

2010-01-01

Bajo la lira de Dios

Manuel José Rincón Domínguez

University of Texas at El Paso, mjrincon@miners.utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [English Language and Literature Commons](#), and the [Fine Arts Commons](#)

Recommended Citation

Rincón Domínguez, Manuel José, "Bajo la lira de Dios" (2010). *Open Access Theses & Dissertations*. 2764.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2764

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

BAJO LA LIRA DE DIOS

MANUEL JOSE RINCON DOMINGUEZ

Department of Creative Writing

APPROVED:

Johnny Payne, Ph.D., Committee Chair

José de Piérola, Ph.D.

Fernando García Núñez, Ph.D.

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Manuel José Rincón Domínguez

May 2010

A Eliana, que estuvo ahí

Dadme la lira de Homero,

Pero sin cuerdas teñidas de sangre.

ANACREONTE

BAJO LA LIRA DE DIOS

by

MANUEL JOSE RINCON DOMINGUEZ

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2010

Agradecimientos

No podría dejar de agradecer a todo el Departamento de Creación Literaria y sus profesores por el apoyo incondicional para llevar a cabo esta novela.

Igualmente un agradecimiento especial a Johnny Payne por sus sabios consejos y orientación del presente proyecto.

Y por supuesto, a mi familia por su apoyo desde la distancia en estos años de ausencia y a Eliana, que estuvo siempre presente, ahí, viendo nacer letra por letra, frase por frase, página por página en medio del desierto y el cielo de El Paso.

El Paso, Texas, Marzo 22 de 2010

Tabla de Contenidos

	Page
Agradecimientos	vi
Tabla de Contenidos.....	vii
0.Prefacio Crítico: <i>Bajo la Lira de Dios</i> :	ix
1.Primer parte.....	1
1.1 Capítulo 1.....	2
1.2 Capítulo 2.....	13
1.3 Capítulo 3.....	26
1.4 Capítulo 4.....	36
1.5 Capítulo 5.....	47
1.6 Capítulo 6.....	57
2.Segunda parte.....	65
2.1 Capítulo 1.....	66
2.2 Capítulo 2.....	79
2.3 Capítulo 3.....	90
2.4 Capítulo 4.....	102
2.5 Capítulo 5.....	114
2.6 Capítulo 6.....	123
3.Tercera parte.....	129
3.1 Capítulo 1.....	130
3.2 Capítulo 2.....	141

3.3 Capítulo 3.....	150
3.4 Capítulo 4.....	160
3.5 Capítulo 5.....	172
3.6 Capítulo 6.....	182
3.7 Capítulo 7.....	194
4.Cuarta parte.....	209
4.1 Capítulo 1.....	210
4.2 Capítulo 2.....	219
4.3 Capítulo 3.....	228
4.4 Capítulo 4.....	240
4.5 Capítulo 5.....	251
4.6 Capítulo 6.....	263
5.Quinta parte.....	273
5.1 Capítulo 1.....	274
5.2 Capítulo 2.....	285
5.3 Capítulo 3.....	297
Bibliografía.....	309
Curriculum Vita.....	311

Prefacio crítico: *Bajo la lira de Dios*

1. Introducción

Bajo la lira de Dios nace inspirada en la vida de William Walker, legendario filibustero norteamericano nacido en Nashville, Tennessee, el 8 de mayo de 1824 en una familia religiosa de origen escocés que se integró rápidamente a las costumbres e intereses del sur de los Estados Unidos. Walker desde pequeño demostró inteligencia, ambición, ansias de mando y una enorme dedicación y curiosidad por el mundo hasta el punto que ingresó a la universidad a los trece años. Luego estudió medicina en Filadelfia donde hizo su doctorado a los 21 años.

Su formación religiosa y educación lo llevaron a tomar el rumbo de la política, el derecho, el periodismo y el poder. Rápidamente luchó en favor de la esclavitud, compartió la visión del presidente James Monroe de “América para los americanos” y la del “Destino manifiesto”, donde la Divina Providencia iluminaba el camino y la expansión de los Estados Unidos, una ilusión que lo llevó a convertirse en Presidente de Sonora y Baja California durante la invasión de 1853-1854. Más adelante llegó a Nicaragua en 1855 apoyado por los liberales de León en franca división política con los conservadores de Granada. “Los ricos comerciantes de Granada, respaldados por el clero, se habían opuesto primero a la independencia y luego repudiaron los ensayos liberales de la facción leonesa, formada por agricultores. Tales inquinas hegemónicas hacen que al romperse la federación, las dos ciudades reclamen para sí la capitalidad, como forma de afirmar su dominio político y arrogarse el estado nacional”.¹ Walker, con una falange reclutada en Nueva Orleans, llega en un momento en que, además,

¹ Ramírez, Sergio. El alba de oro, la historia viva de Nicaragua. México: Siglo veintiuno editores, 1983. Pag. 13.

Gran Bretaña y Estados Unidos tenían la mirada sobre el país debido a la posibilidad de trazar un canal que uniera el océano Atlántico con el Pacífico.

En este contexto de debilidad política e intereses económicos, William Walker se hace elegir Presidente de Nicaragua en 1856. De inmediato restablece la esclavitud, y busca la manera de expandirse a los otros cuatro países centroamericanos. Walker fue derrotado un año después por una coalición centroamericana y obligado a regresar a los Estados Unidos donde fue recibido en muchas partes como héroe. Walker encarnaba el espíritu expansionista americano y la imagen del héroe que luchaba por los principios americanos a cualquier precio, mentalidad que aún perdura.

2. El tema

La novela aborda el tema del poder y los hombres iluminados que conciben el mundo según su propia visión, seres que se amparan en las leyes de Dios, en el bien y el mal y en sí mismos. Actúan en función de dichas creencias, seres que hoy día, sean de izquierda o derecha o de cualquier orientación política, persisten y viven bajo la música de Dios. Bajo esa iluminación se sienten en el derecho de invadir o expandir su poder a toda costa en nombre de Dios y para lograr sus objetivos se ayudan de los políticos de turno, manipulan las emociones de sus ciudadanos, se apoyan en la prensa y acuerdan alianzas con quienes detentan el poder económico. De hecho, se plantea el poder económico, el poder político y el poder religioso y sus alianzas con el llamado “cuarto poder”: la prensa.

De igual manera, la novela toca el tema de la dictadura, no sólo la de un hombre en una República bananera, también la dictadura del sistema económico americano sobre sus propios ciudadanos y cómo los intereses económicos dictan las relaciones internacionales. Un sistema cimentado en lo económico y

en la producción, un sistema capitalista americano como una mano invisible que organiza y dicta normas y leyes.

Walker, en la novela, lleva el poder hasta las últimas consecuencias. En Nicaragua establece la productividad al máximo, no sólo en lo agrícola, emplea la mano de obra y la esclavitud para producir armas y contrarrestar el levantamiento del Norte y el avance de las ideas abolicionistas. Para evitar que los negros se subleven con las propias armas que fabrican, implementa la productividad sectorial, el mismo sistema que existe actualmente en los Estados Unidos para la producción y venta de armamento. Empresas alojadas en cada Estado fabrican por contratación con el Departamento de Defensa una parte de cada arma. Ningún senador critica el sistema de productividad porque cada industria militar es generadora de empleo en su región.

3. División estructural

Bajo la lira de Dios se divide en cinco partes. La primera aborda la infancia y juventud de Walker con signos y comportamientos que desarrollará en su edad adulta. Walker es estudioso y avanzado para su edad hasta el punto de obtener el doctorado en medicina en Filadelfia de donde parte a Europa para continuar sus estudios en Francia. Sin embargo, una experiencia vivida en Francia lo desilusiona y termina recorriendo Europa hasta volver a Estados Unidos. La idea de mostrar su infancia busca que el lector entienda desde el seno familiar de Walker, cómo él va adquiriendo su visión de mundo y su sentimiento de ser un hombre iluminado por Dios. De igual manera, tiene la función de mostrar su proceso de formación ideológica al viajar por diferentes países y recibir otros planteamientos políticos e ideológicos.

La segunda parte narra la llegada de Walker a Nueva Orleans y se desarrolla entre diciembre de 1845 y junio de 1850. En Nueva Orleans se enamora de Ellen Martin, una joven sordomuda que en las noches toca el piano. El decide tomar clases de piano buscando comunicarse con su prometida. Al final, esta parte muestra la cara emocional de Walker, sus sentimientos frente al otro, la parte humana de un ser superdotado y unidireccional. Sin embargo, Walker no logra casarse con Ellen. Ella muere en una de las epidemias de cólera. El hecho cambia la vida del protagonista generando que en su proceso de formación y conversión política y periodística, pase de la teoría a la acción. Una parte que, además, sirve de preámbulo a lo que sería la campaña militar de Walker en Nicaragua.

La tercera parte maneja tres situaciones en función de convertir al personaje en el dictador americano que se verá en Nicaragua. De un lado, Walker llega a San Francisco enajenado por el dolor y muerte de Ellen, una situación que se suma a la presencia cada vez más fuerte de personajes influyentes como Vanderbilt, quien representa el capitalismo sin contemplaciones y la tía Janet, cuya presencia omnipresente hace parte de la formación sexual y política de Walker, es su guía hacia el poder. La novela en esta parte entra en el campo de la acción. Los últimos capítulos, entre el sexto y el séptimo, se centran en la campaña militar en México. Walker invade Sonora y se nombra Presidente de Baja California y Sonora. Con esto se busca explorar el mundo de la política y las alianzas temporales dependiendo de los intereses de cada uno de los protagonistas. Walker ejerce el periodismo en función de su proyección política y el derecho en función de la necesidad de ganar dinero para vivir y de respaldar el capital de los poderosos. Esta parte termina con el juicio de Walker en San Francisco por violación de la neutralidad al haber incursionado en México. Sale exonerado, fortalecido y considerado como un héroe. Walker pone en práctica el manejo de la prensa en función de sí mismo y de su posicionamiento político. El protagonista siente que tiene el poder frente a sí mismo, que la Divina Providencia lo guía cada vez más hacia esa visión de mundo que es el bien.

La cuarta parte aborda el viaje de Walker hasta Nicaragua, su dictadura y el mandato que ejerce después de restablecer la esclavitud en el país centroamericano. Esta es la sección donde sale a flote el

dictador que se fue anidando en su interior. Con un ritmo más acelerado se busca que el lector vea a un Walker que realiza sus sueños, reestablece la esclavitud, busca la conquista de los otros países centroamericanos y trata de evitar la guerra de secesión. Sin embargo, en medio de esta visión de mundo, Walker, a fuerza de los acontecimientos, comienza a tener confrontaciones que lo debilitan hasta terminar derrotado y “derrocado”, por los intereses económicos de sus propios compatriotas que lo debilitan militarmente y facilitan la victoria de la coalición centroamericana.

La quinta y última parte de la novela se centra en la decadencia y fusilamiento de Walker en Honduras en 1860, a la edad de 36 años. Muestra la traición y falta de apoyo político, la falta de amigos. Es más corta con la idea de no extender la lectura ni perder el ritmo, pero al mismo tiempo, con la idea de la brevedad del poder, lo efímero de las alianzas interesadas. Se concentra en su soledad y fin, la soledad y fragilidad del poder. Juega igualmente con la idea de la nada, como en el momento de creación del mundo narrado en la Biblia cuando todo era oscuro, la nada. Walker, al final termina en la oscuridad, su propia sombra, “un silbido en el aire. Quedó una nota silenciosa”. Walker, escuchó la lira de Dios, pero no su propia voz, la de Tucker, su parte artística y poética que vivió en él, pero “Tucker ya se había ido hacía mucho tiempo”.

4. Dificultades técnicas encontradas

La primera dificultad técnica que presentó la elaboración de la novela fue tomar distancia frente a los hechos históricos. Asumir el personaje y el tema desde la ficción. No se trata de una biografía, un perfil o una visión periodística sobre un personaje real. Se trata de un personaje que existió, pero que se aborda desde la ficción. Por mi profesión periodística e investigativa, inicialmente me dejé llevar y desbordar por los hechos, la vida y obra de Walker, su cronología. Las primeras páginas escritas durante el primer año y

medio de la maestría reunían cantidad de hechos, situaciones, muchas con poco desarrollo literario. La novela se volvió lineal, repetitiva y sin sorpresa para el lector. Esta linealidad repercutió en la construcción del personaje. Walker se convirtió en un personaje unidireccional, obtuso y superficial, con escenas que poco aportaban dentro del desarrollo dramático y una vida interna vacía. Walker vivía rodeado de personajes que siempre estaban de acuerdo con él. No había antagonistas ni opositores, sólo amigos que daban los mismos consejos de lo que él ya creía, veía o hacía. Era un personaje precipitado, seguro de sí e incapaz de reflexionar sobre su conducta ética o sus instintos políticos.

También, por un buen rato, la novela anduvo en un limbo entre lo dramático y lo burlesco que no se definía. Apartes irónicos convertían la novela en satírica, pero en otras escenas se volvía seria, dramática. Tanto en la versión inicial como la final, el lector sabe que Walker muere fusilado, el arte está en mantener al lector expectante y en la mayoría de casos, el tono satírico poco ayudaba a mantener el hilo narrativo.

Las soluciones a los problemas presentados fueron varias. Sobre la rigurosidad histórica ayudó, durante el primer año de la maestría en Creación Literaria de la Universidad de Texas en El Paso, la clase del profesor Jeff Sirkin, *Formas y Técnicas de Ficción*. Particularmente la lectura de Philip Dick, *El hombre en el castillo*. Dick fue una luz importante en lo referente al manejo histórico de un hecho que no sucedió. Así como el escritor coloca a los alemanes y japoneses como ganadores de la Segunda guerra, yo coloqué a Walker en una dictadura y un mandato en Nicaragua cuyas acciones durarían más de un año, más del tiempo real en que Walker gobernó, pero sobre todo, propongo un Estado militar basado en la economía de guerra. Otro autor importante en este tipo de inversión de los hechos históricos es el novelista austriaco Stefan Zweig, netamente con sus obras *Américo Vesputio* y *Momentos estelares de la humanidad*, en este sentido, al inicio de la tercera parte (Pag. 147) cuando Walker llega al Océano Pacífico, hago un pequeño guiño al autor austriaco con la mención de “Balboa, el remiso” tal como Zweig lo menciona en *Momentos estelares de la humanidad*. En realidad se trataba de ser conscientes de esa realidad y evadirla a través de la ficción, un poco como dice Mario Vargas Llosa, que la “originalidad de

toda ficción consiste en ser ficticia, en no parecerse a la realidad en la que vivimos, en emanciparse de ella”².

En cuanto a la estructura lineal de la novela, dice Gérard Genette en su texto *Nuevo discurso del relato*, que “Es evidente que el relato, incluso literario y moderno, recurre con menos frecuencia a la anticipación que a la retrospectión”³. En este sentido, uno de los primeros “anuncios” como estrategia previa a los “anticipos” de la novela se ve en la escena en que Walker se mira frente a un espejo en Londres (Pags. 56-58). El juego del espejo, en su descripción física, multiplicación de partículas y visión del futuro como presidente de un país lejano se inspira en la clase de *La física y la imaginación* del profesor Daniel Chacón durante el primer año de la maestría y en la lectura de apartes del libro *The Fabric of the Cosmos* de Brian Green. Así mismo, dentro de los autores vistos durante el segundo año, netamente en los cursos del profesor José de Piérola *Escribiendo con luces y sombras: Cine y literatura en el Siglo XX*, y el *Taller de Narrativa* avanzada con Johnny Payne, uno de los autores que es necesario citar por la influencia en mi novela es Michael Ondaatje, particularmente con *El Paciente Inglés* y *Camino al matadero*. Ondaatje es uno de los escritores que podríamos decir que trabaja las anticipaciones, una estrategia narrativa que hace avanzar la historia de manera ágil, un recurso que, además, juega en el tiempo como yuxtaposición de imágenes, como lo plantea Eisenstein en su texto sobre *Principio cinematográfico e ideogramas* o también David Mamet cuando dice que, “la yuxtaposición de planos es lo que hace avanzar la película. Los planos componen la escena...”⁴, en el caso de las dos novelas mencionadas de Ondaatje y de *Bajo la lira de Dios*, yuxtaponemos frases, fragmentos de escenas. Ondaatje, inicialmente pareciera iniciar linealmente la estructura cronológica del relato, sin embargo, vemos luego saltos al futuro que funcionan como “anticipación” y regresa al hilo de la narración. Este lo pudimos observar en *El Paciente Inglés*, en escenas claras como la llegada de Katarina al desierto y a la vida de Almásy. Estas anticipaciones se diferencian de los “anuncios” en la

² Vargas Llosa, Mario. *La verdad de las mentiras*. Madrid: Santillana-Punto de Lectura, 2007. Pag.

³ Genette, Gérard. *Nuevo discurso del relato*. Madrid: Ediciones Cátedra, Madrid, 1998. Pag. 23.

⁴ Mamet, David. *Una profesión de putas*. Madrid: Debate, 2000. Pag. 348.

medida que hay desarrollo en la historia, más que una mención a un hecho que luego se desarrollara posteriormente. Los hechos se concatenan unos con otros al tiempo que se trabajan las conexiones de los hechos hacia el futuro. Con hechos yuxtapuestos el lector teje inconcientemente y de manera dinámica los hechos que van conduciendo a Walker hasta el patíbulo y su fusilamiento.

Así, la propuesta que hago y desarrollo en la novela, juega con una mezcla de estrategias narrativas: de un lado, escenas sostenidas por hilos conductores como lo hace Ambrose Bierce y la soga en el cuello de la víctima que muere ahorcada en el cuento *An Occurrence at Owl Creek Bridge*, un ejercicio ya trabajado por el propio Mario Vargas Llosa, no sólo estructuralmente en novelas como *Conversación en La Catedral*, también leída en el Taller de narrativa avanzada, sino teóricamente, como lo menciona en su libro *Cartas a un joven novelista*.

En el caso de *Bajo la lira de Dios*, en el primer capítulo se menciona una bala, que sólo se desarrollará al final de la novela, pero ese mismo capítulo inicial está construido sobre el trayecto de Walker con su hermano Lipscomb hasta el arroyo donde ve a la tía Janet desnuda y luego regresan. Entre diálogos y acciones, se intercalan otras escenas que hacen avanzar la narración. Así mismo, la novela, en varios capítulos, presenta frases sueltas, sentencias, al estilo de Ondaatje, sobre todo en *Camino al matadero*. Las frases buscan sorprender al lector, construir acciones que trabajan el flashback, pero sobre todo, la estrategia de anticipación, de hacer avanzar la historia y suscitar en el lector múltiples lecturas y generar mayor expectativa. El lector se vuelve más activo al yuxtaponer sus ideas e imágenes con las frases cortas y las abstracciones sueltas que presenta el texto.

Frente al problema entre lo dramático y lo satírico, la novela le apuesta a lo dramático. Para profundizar en la propuesta, la obra, al inicio de varios capítulos, se ayuda de exordios en tono neutro, sentencias inspiradas en el *I Ching*, *el libro de las mutaciones*, un manejo narrativo similar hace el autor colombiano Enrique Serrano en su novela *Tamerlán* donde se ayuda de varios exordios sobre temas específicos como la estepa, el caballo, la mujer. Dentro de esta estrategia de exordios también me inspiró

en las repeticiones que hace el escritor italiano Alessandro Baricco en *Seda*, novela leída en el mencionado curso de *Escribiendo con luces y sombras: Cine y literatura en el Siglo XX*, durante el segundo año de la maestría. Baricco utiliza 65 capítulos cortos con maestría y agilidad para avanzar en su novela e inspirado en las estructuras musicales de Bach, en varios de los capítulos repite no sólo palabras, como un *leit motiv*, sino frases completas que escasamente cambia una o dos palabras, pero siempre funcionales, como en el caso de las cuatro travesías que hace hasta Japón y su relación con el lago Baikal. Inicialmente en el capítulo 12 la gente lo llamaba “mar”, luego “demonio” (19), después “el último” (31) hasta llamarlo “el santo” (43) en su último viaje, como si cada travesía estuviera marcado por un sino. En *Bajo la lira de Dios*, las variaciones son mayores, pero los exordios empleados utilizan un esquema general que se repite en varios capítulos abordando temas como los viajes (Pag. 29), la escarlatina (Pag. 96), el cólera (Pag. 122), el oro (Pag. 150), el poder (Pag. 191), la escritura (Pag. 221), el imperio (Pag. 252) y la muerte (Pag. 287). La novela logra agilidad con estos exordios, fortalece los temas centrales de la novela y refuerza la idea de la Divina providencia, de la voz de Dios, una voz en tercera persona que el lector escucha en el más allá como la lira de Dios que escucha Walker.

En cuanto al narrador debemos mencionar que se trata, de manera predominante, de un narrador en tercera persona, con voz neutra y focalizada principalmente en Walker, un narrador que da verosimilitud a la historia y dada su versatilidad, nos permite jugar con las distancias. En ocasiones, la narración de un capítulo con Walker, contrasta con lo que otros personajes como la tía Janet y su hermano Lipscomb dicen de él o las acciones de Vanderbilt como antagonista. La voz es contenida. Aunque el narrador escucha a otros, entra a la mente y dice lo que está pensando el personaje, se mantiene neutro. Por lo general ve a la mayoría de los personajes desde afuera, pero en el caso de Walker, está dentro. Revela lo que piensa, lo que ve sin perder de vista su omnisciencia y el saber el final de la historia.

La escogencia de la tercera persona permite a la novela informar con verosimilitud otros hechos. Manejar una simultaneidad de acciones, que es además la apuesta de la novela para darle agilidad. “Gracias a los cambios temporales, la narración evita presentar la vida como una simple sucesión de

acontecimientos, uno detrás de otro y nos permite establecer relaciones de causalidad e ironía entre sucesos muy separados en el tiempo”⁵ y el narrador en tercera persona permite jugar con estos saltos y cambios hacia delante o hacia atrás con más verosimilitud que una primera persona. Se trata de un personaje histórico acompañado de una voz acreditada, una tercera persona que queremos hacer parecer que está en la comunidad, como dice Roland Barthes.

Decía que la novela está contada predominantemente en tercera persona, pero también recurre a la primera persona cuando emplea el género epistolar como recurso narrativo. Esta técnica permite manejar personajes como la tía Janet y Vanderbilt a la distancia mientras Walker se mueve en el mundo. Así mismo, podemos mencionar el caso de la muerte de la madre de Walker, noticia que recibe por carta de la tía Janet, pero al final, en el momento en que Walker se entierra en el delirio y el dolor, es rescatado por Janet físicamente (Pags 188 - 190). Es una licencia si tenemos en cuenta que “el moderno novelista epistolar está obligado a poner entre sus corresponsales una distancia considerable para hacer que la convención parezca creíble”⁶, y digo licencia, particularmente en este capítulo cinco de la tercera parte, porque hay contacto narrativo, pero con un fin específico: con la muerte de la madre, la segunda mujer querida que abandona a Walker, Janet lo adoctrina para que inicie su carrera militar y su período de conquistas, llega, no sólo para consolarlo, sino para introducirlo en el mundo de los senadores y de la política y la doble moral de la política exterior norteamericana. Al final, las cartas de Vanderbilt y Janet son los hilos del poder que juegan sobre Walker, el sistema invisible que tira y afloja sobre él, sobre sus ciudadanos, hasta obtener los resultados que convienen o sacrificarlo. Walker es una ficha más del tablero.

⁵ Lodge, David. El arte de la ficción. Barcelona: Península, 1998. Pag. 119.

⁶ Idem, Pag. 44

5. La novela en el contexto literario actual

La novela, en el contexto literario actual, se enmarca dentro del género de novela histórica moderna. El entramado de sus capítulos y saltos de tiempo justifican la escritura de la novela de un personaje histórico del siglo XIX adecuado a la época contemporánea haciendo el texto interesante para el lector gracias a la atemporalidad.

Desde el primer capítulo queda plasmada una estrategia narrativa en que se manejan en un mismo espacio dos y tres eventos. Inicialmente el anuncio del fusilamiento de Walker sumado a las descripciones de la infancia de Walker, Walker y su hermano Lipscomb camino al arroyo y los diálogos del padre con la madre sobre Walker intercalados con la aparición de la tía Janet, persona fundamental en la trama de la novela. La novela en su narración genera emoción, tensión y acción dentro del espacio escénico planteado. De esta manera, como lo menciona Joseph Frank en su ensayo *Forma espacial en la literatura moderna*, “las unidades de significado se aprehenden de manera reflexiva en un instante de tiempo”⁷. Al entramar en la narración tres niveles espaciales y avanzar en el texto, el lector va conectando el entramado gracias al sistema de referencias que menciona Frank. Mientras Walker camina hacia el arroyo donde se va a encontrar con la imagen de la tía Janet desnuda, en forma simultánea ocurren otros hechos relacionados con su infancia. La simultaneidad en el espacio une el tiempo presente con el futuro. Esta estrategia narrativa se ve en la literatura moderna, como en las ya mencionadas novelas de Ondaatje, y hace eficaz y amena la lectura de una novela histórica, como es el caso de *Bajo la lira de Dios*.

Así mismo, la voz de la novela logra comunicar una realidad que no es extra-textual, sino que se convierte en el imperativo que exige la literatura contemporánea, por medio de las innovaciones que imprime al texto en el estilo del mismo. Citando a John Brenkman en su ensayo *On Voice*, nos afirma que

⁷ Frank, Joseph. “Spatial Form in Modern Literature.” Essentials of the Theory of Fiction. Ed. Michael J. Hofman and Patrick D. Murphy. Durham: Duke University Press, 2005. Pag. 63.

es seguidor de lo que considera como un acierto de Bakhtin, cuando emplea algunas citas del ensayista ruso para afirmar que “el único, verdadero y aún incompleto mundo histórico es hasta ahora el mundo que crea el texto en todos sus aspectos –la realidad reflejada en el texto, los autores creando el texto, la representación de los personajes en el texto... y finalmente los oyentes o los lectores que re-crean y reconstruyen el texto- participan igualmente en la creación y la representación del mundo en el texto”⁸. Así, el lenguaje de esta novela histórica conecta su estructura narrativa a una realidad social contemporánea, con la cual, cuando el lector la re-crea desaparece el tiempo que dista entre el hecho histórico y la ficción actual del escritor. En este caso, las palabras del lenguaje y la realidad de la que me apropio brindan el efecto de transmitir al lector parte de mi visión directa de un mundo contemporáneo que pareciera continuar. Por medio del lenguaje y la apropiación de esa realidad social contemporánea, autor y lector se tocan.

En términos de estructura de la novela, las propuestas narrativas de autores ya mencionados como Ambrose Bierce, Mario Vargas Llosa, Michael Ondaatje, Alessandro Baricco, entre otros influyen en la concepción de *Bajo la lira de Dios* y la manera como se fue armando a través de estos tres años de maestría. Estas combinaciones de métodos de varios autores hacen que la novela se lea de manera ágil, entretenida y sin interrupciones convirtiendo el texto en una propuesta moderna con un ritmo que se va acelerando a medida que se avanza en la historia, como un *crescendo* musical que termina en un clímax, con la muerte de Walker.

Tampoco puedo desconocer la presencia e influencia de obras relacionadas con el poder, las dictaduras y la concepción de mundo de los seres iluminados y autores que gozan de mi admiración, netamente William Shakespeare, Marguerite Yourcenar y latinoamericanos como el mismo Vargas Llosa y Gabriel García Márquez.

⁸ Brenkman, John Brenkman. “On Voice.” Essentials of the Theory of Fiction. Ed. Michael J. Hofman and Patrick D. Murphy. Durham: Duke University Press, 2005. 438.

Pero así mismo, de la misma manera como reconozco la presencia de obras literarias tanto en el tema como en su estrategia narrativa, debo, finalmente reconocer la consulta de autores y obras que más allá de la literatura, han influido entre dictadores del pasado o actuales, como Sun Tzu y *El arte de la guerra* o el mismo Hitler con *Mi lucha*. De hecho, la idea de que el pueblo es como una mujer (Pag. 65), “actúa no por lo que piensa sino por lo que siente en el momento” viene del capítulo sobre la prensa y la propaganda de *Mi lucha*. Igualmente la idea de que “el poder de la política está en la oratoria” en boca de Bismarck (Pag. 65) es también del mismo Hitler. Son, al final, frases sueltas que vienen de un pasado histórico que podrían ser identificadas por lectores con un bagaje más allá de lo literario.

Por último, debo mencionar la excelente radiografía de los Estados Unidos en el siglo XIX escrita en los años de Walker, me refiero a la obra *De la Démocratie en Amerique*, de Alexis de Tocqueville. Se trata de un tratado que debería ser consulta obligada para entender la Norteamérica de hoy día, y sirvió para comprender el contexto de la época en el que se movía Walker. También, la visión de Tocqueville, me sirvió para leer con beneficio de inventario y en su contexto, *La guerra de Nicaragua*, escrita por el propio William Walker, sobre todo, el capítulo sobre la esclavitud. Walker explica las razones por las cuales decretó el restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua y su idea de los negros como raza inferior. Critica a los españoles por su error de mezclarse con los indios para generar una raza mestiza y exalta la prudencia de los ingleses por mantenerse puros.

6. Conclusión.

En mi primera novela, *Princesas en Ámsterdam*, mis pretensiones eran de cierta manera “limitadas”: básicamente buscaba escribir una buena historia con buen ritmo y atrapar al lector, una historia con recursos narrativos bien manejados y que fuera sólida en su concepción literaria. También quería

descubrir y entender el proceso interno de la escritura de una novela para aprender más sobre cómo hacerlo cada vez mejor. Para el caso de *Bajo la lira de Dios* y la historia de William Walker reconozco que he querido ser más ambicioso. La misma historia y la novela en su concepción fue pidiendo su dinámica propia, fue buscando el hilo narrativo, el manejo espacio-temporal y su juego de yuxtaposiciones para captar la atención del lector, pero más allá de la estrategia narrativa, del juego literario, también cabe resaltar el deseo de abordar la dictadura americana manejada bajo ese paraguas del bien y del mal, bajo ese norte donde el bien para los Estados Unidos es la productividad y el tiempo, un valor que no se puede desperdiciar. Esa concepción de “el tiempo es oro” que pareciera una frase suelta, pero que en realidad gobierna la mentalidad del sistema, lo orienta y lo obliga a que la sentencia sea efectiva. No en vano escribo el exordio sobre el oro: “Se funde en silencio con las ilusiones y dispersa la mente del más lúcido... También aumenta la fiebre, el delirio y corroe el corazón... El noble se hace ruin y en la mezquindad, arrastra dolor, oscurece el mar y sacrifica a quien ama”. En esa concepción de “El tiempo es oro”, el arte es visto, en realidad, como un ocio, salvo si se valoriza, salvo si adquiere valor de cambio, ahí, entonces, bajo estos parámetros, pasa a ser una buena inversión.

Es mi deseo que esta novela sea una buena inversión, pero en términos literarios, en términos de crecimiento personal y un paso más allá hacia la buena escritura.

El Paso, Texas, Marzo 22 de 2010

Primera parte

1

¡APUNTEN! ¡FUEGO! —DIJO—. EL ESTRUENDO SE ahogó en el repique de la misa de ocho mientras un perro atravesó la línea de ejecución: tenía una lora entre el hocico a la que apenas se le vislumbraba el agitar de las garras.

—¡Mamá! Después del oficio podemos jugar en el río —preguntó Billy, con la certeza de enredar a su hermano en la aventura. Le gustaba arrancarle las patas a las ranas. Hacerlas saltar. Prefería desgajarles las ancas, porque el animal, por más que intentase brincar, sólo arrastraba el cuerpo amputado con las extremidades delanteras pegadas al piso. Sentía la victoria al recorrer con el dedo índice el rastro de baba en el suelo. El camino viscoso reflejaba el dolor del anfibio y el brillo del sol. También se acostumbró a cortar primero la pata izquierda, luego el anca del mismo lado. Reía cuando la rana hacía intentos de saltar, pero el cuerpo terminaba inclinado sobre el lado sin miembros, un pequeño corazón verde casi inanimado sobre el piso. Una satisfacción similar debieron sentir los soldados hondureños cuando trasgrediendo las normas de fusilamiento le dispararon con alevosía. Primero apuntaron a los pies, el derecho, el izquierdo; luego los muslos, las manos, los brazos. Al final, el oficial mayor miró la hora en el reloj obsequiado por el reo y disparó el tiro de gracia, justo en la frente que Walker buscaba llevar en alto. Los uniformados poco sabían de ranas, pero sintieron entre sus dedos la satisfacción del gatillo, del disparo certero y del cuerpo caído.

—Pero llegan a tiempo para la cena —respondió la madre sentada en una silla. Desde la ventana, sin pararse, pidió a uno de los criados que los cuidara desde lejos.

—Sí, amo Mary. Yo me encargó.

Cuando nació, la piel blanca y la claridad del iris sorprendieron a la partera. Casi lo deja caer mientras lo limpiaba. La negra juró ver al demonio en persona; el diablo blanco con los ojos abiertos y fijos que no cerró, ni siquiera para llorar. El recién nacido clavó la mirada en los rincones del cuarto de los padres hasta detenerse en el crucifijo de ébano encima de la cama y en el marco dorado que encuadraba a George Washington, Presidente. El crucifijo, a pesar de su color negro, brillaba con una luz dorada del más allá mientras Washington parecía leerle la Constitución en el más acá. Ese 8 de mayo de 1824 Billy lloró cuando el almizcle de las manos de la partera se introdujo en sus fosas nasales convertido en pesadillas: una nube oscura lo envolvía dentro de un remolino hasta desintegrarlo. Quizá por eso, un día, al verse sumido en una tormenta, luchó contra bichos que pululaban por los campos de algodón sintiendo que el ángel de la luz lo protegía.

—Ángel de la guardia no me desampares ni de noche ni de día —oraba, mientras el aire se agitaba con el abanicar de su espada de madera.

—¡Vamos, Lipscomb!, el arroyo nos espera —dijo a su hermano.

La partera quedó condenada a cargar y mimar al niño durante los primeros meses, sobre todo porque la madre, después del nacimiento, quedó extenuada y recayó en otro ataque de tuberculosis que la mandó a guardar reposo. La negra no solo tuvo que acostumbrarse a los ojos grises y a la sonrisa plana de Billy, sino a las exigencias, lloriqueos y sustos que terminaban en pañales con olor a leche cortada y mierda fresca. Ella lavaba mientras él reía. Cuando el espanto era mayor, la partera pasaba horas enteras en la friega de pañales. Él dormía hasta despertar con algún sollozo causado por un diluvio donde flotaba sobre las aguas sin ser salvado. Veía como el Arca de Noé se alejaba con las parejas de animales en

cubierta haciendo un gesto de adiós. Le sonreían mientras él chapuceaba en medio de rayos y granizo. Los llantos más fuertes se presentaban cuando se veía abandonado, ya no en el mar, sino en un desierto enorme. Para contrarrestar la inclemencia del sol, gateaba en busca del oasis prometido, pero no encontraba nada, sólo oscuridad y calor en medio del día. Luego cambiaba su ruta intentando aplacar el sofoco, pero la arena y el calor abrasaban sus rodillas. Al final, rompía a llorar como si a punta de lágrimas fertilizara el desierto y calmara la sed. La negra, desesperaba por la vehemencia con la que berreaba el niño, corría a donde la madre y se lo entregaba. Mary le daba de mamar hasta dormirlo y devolverlo a la cuna. Billy, volvía a despertar asfixiado y con tos. Buscaba, entre el desespero, la luz del crucifijo: su consuelo. La madre, cuando escuchaba el quejido, lo mandaba traer para estrecharlo contra el pecho y abrigarlo con el calor de sus senos. Él aprovechaba para mamar de nuevo, pero al final lo alejaba del pezón.

—¡Suficiente! Es la leche de tu hermanito.

—Vamos hacia la sombra, al pozo de los reflejos —dijo Billy, y señaló la parte del río donde los árboles eran más altos y producían siluetas que brillaban en la superficie del agua. No quedaba lejos de la casa, apenas donde terminaban los cultivos de algodón, el sitio perfecto para esconderse del sol de julio.

—¿Qué hace el niño con la Biblia? —preguntó un día su marido cuando vio a Billy atravesar el estudio con los evangelios bajo el brazo.

—Aprende a leer —respondió la madre, sin saber si debía preocuparse o respirar con tranquilidad.

Lo cuidaba a distancia con las pocas energías que le dejaba la tuberculosis. Billy salía del estudio, recorría la casa, subía al segundo piso o al ático. En ocasiones se encerraba en la

biblioteca bajo la mirada de los anaqueles para gozar con la victoria de David sobre Goliat, con Daniel y los leones o Moisés guiando a su pueblo más allá del Mar Rojo, pero las angustias no desaparecían.

Una noche lloró hasta al amanecer. Por más que sus padres intentaron calmarlo, una a una, las plagas de Egipto aparecieron en sueños. Chapoteaba en un río de sangre mientras un enorme saltamontes lo empujaba con la cabeza. Cuando intentaba llegar a la superficie, el animal levantaba las patas delanteras y lo hundía. El pequeño Billy, entre más luchaba por salir, el insecto gigante lo tomaba del cuello, lo sacudía de lado a lado y lo volvía a sembrar en medio del río. Se salvó cuando la partera entró al cuarto con un platón de agua fría.

—¡Calma, hijo! Calma —dijo la negra, mientras mojaba con una toalla húmeda la frente.

Billy vio a Moisés abrir el Mar Rojo para que se salvara. Y así, en medio de su delirio, recuperó la espada de David y le cortó la cabeza a la negra. Desde su sonrisa observó como la esclava salía del cuarto con la testa entre el platón hasta atravesar el umbral de la puerta hacia una luz blanca. Vio un túnel de tranquilidad dentro del cual escuchaba voces de alivio. Las pesadillas desaparecieron.

En la madrugada logró conciliar el sueño. La negra, por supuesto, nunca supo que el pequeño Billy la había decapitado, ni siquiera por la mirada y la sonrisa con la que el muchacho comenzó a observarla desde ese día. Algo había cambiado en los ojos del niño, pero la negra encerraba demasiada bondad para percibir en él los atisbos de superioridad. Ella lo contemplaba. Él la vigilaba.

—¿Mejóro el niño? —preguntó el padre de Billy.

—Parece —respondió la madre.

—De todas maneras llamen al doctor —replicó—. Y que traiga quinina. Ya es hora de que nos deje dormir.

A medida que se acercaban al pozo, Lipscomb sentía la presión del calor y el afán de su hermano. Mientras Billy daba dos pasos, él tres para mantener el ritmo y no perder la distancia fraternal.

—¡Espérame! —decía.

Pero Billy tenía los ojos puestos en el oasis de árboles y en la sombra. Sabía que encontraría aire fresco y más animales para jugar.

—¡Apúrate!, que se nos va el tesoro —inventaba, para que su hermano aligerara el paso y no le hiciera perder tiempo.

—¿Tesoro?

—Sí, cuando el sol se acerca al horizonte, salen los duendes del pozo y te dan obsequios —dijo Billy.

—¿Y ahora que es lo que lee ese niño?

—Las aventuras de la dama del lago —respondió Mary.

—¿La dama del lago?

—Sí, el maestro Lindsley dice que el niño cada vez está más entusiasta con las aventuras del Rey Arturo, de Ivanhoe y del mago Merlín.

—Ese niño está pasando mucho tiempo con mi hermana —replicó el padre.

Las sombras de los árboles próximas al pozo tejían sobre el camino telarañas en forma de dragones.

—¡Cuidado! Te muerde —decía Billy, y empujó a Lipscomb a un lado para salvarlo—. Ahora tu vida me pertenece.

Lipscomb lo miró con la extrañeza de un niño de cinco años que trata de entender a su hermano dos años mayor. Al final, se dejó llevar por el desconcierto y el temor, más cuando oyó la orden de ¡Silencio! Billy escuchaba el fluir del agua y la caída de goterones sobre el pozo.

—Shhhhhh... —volvió a decir—. Hay alguien —se ocultaron entre los matorrales y troncos que rodeaban el pozo. Lipscomb sentía el palpitar de su corazón mientras Billy se movía a sus anchas, como si conociera el terreno de toda la vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Lipscomb en voz baja.

Billy no respondió. Permaneció mudo, con las pupilas dilatadas al extremo y la boca abierta.

—¡Déjala tranquila! Si no fuera por ella, hace mucho se me hubiera acabado el aliento para educar a tus hijos —replicó Mary, con las pocas fuerzas que le dejaba la enfermedad—. Además, nunca estás en casa. ¿De qué te quejas?

—Está loca.

—No más que tú.

James Walker dejó la discusión en ese punto y bajó a la biblioteca para intentar leer algo que lo alejara de la preocupación. Prendió la lámpara de petróleo y mientras ojeaba la Biblia que había dejado Billy sobre el escritorio, se sumió en el duermevela. Él, después de haber emigrado de Escocia en un carguero con sus hermanos Robert y Janet, había tenido una fulgurante carrera en el Sur. De explorador y aventurero por ocho Estados, pasó a ser un reconocido prestamista de los algodóneros de Tennessee y fundador de la Compañía Comercial de Seguros de Nashville. En menos de cinco años, desde que llegó en 1820,

consiguió esposa, hijos y setecientas cincuenta y dos acres, supuestamente compradas a los indios. James, con rifle en mano, sonrió cuando los Creek se retiraron cabizbajos del condado. Arrastraban las almas de sus hermanos llenas de plomo y pólvora. A medida que los indios avanzaban en su peregrinación, las vainas de las balas de los blancos caían formando un camino que se perdió en el Golfo de México. James Walker se había convertido en un temido asegurador que cuidaba más sus intereses y cultivos que a su propia familia, un hombre que medía la capacidad de pago de los clientes en función del número de indios muertos, las acres colonizadas y la cantidad de esclavos que poseían.

—No creas que leyendo ahuyentarás tus fantasmas —dijo Janet, al verlo semidormido en el estudio con la Biblia en la mano—, los fantasmas que uno crea a costa de los demás son los que nunca te abandonan.

—Déjame tranquilo —recriminó—. Es más: ¡Aléjate de Mary y mis hijos! Aquí nadie te necesita.

—A ti es al que no necesitan —dijo. Siguió de largo, como un espectro que lanza su semilla en un cultivo de silencios.

Lipscomb tuvo un aumento de palpitaciones al ver los ojos congelados de Billy. Brillaban más, pero no había parpadeo. El tiempo y el frío se habían detenido en ellos. Luego quedó mudo al ver surgir del agua el cuerpo de la tía Janet. Sus dos pechos se mecían con suavidad, proyectaban el brillo naranja del sol, como si en vez de agua estuviera ungida con aceite mientras los pezones miraban sin parpadear. Del pelo escurrían gotas. Se deslizaban por lianas y terminaban en las puntas onduladas del cabello. Se precipitaban sobre pozo tejiendo ondas en forma de conchas. Parecían estrellas. Lipscomb y Billy, estiraron el cuello para hipnotizarse en el sexo de la tía Janet. Lo vieron como un mundo de rizos, pero mientras Lipscomb pensaba en el copete de un cardenal esquivo, Billy se imaginaba la crin de un

caballo agitada por el viento. Janet sintió algo de ruido. Se cubrió los pechos, pero cuando vio uno de los zapatos de los niños entre el matorral y más allá al sirviente de Mary con su espalda cuadrado oculta detrás del tronco de un árbol, se descubrió de nuevo. Se agachó sobre la superficie del pozo y con las manos en forma de pocillo sacó agua y la regó sobre el pelo, la cara, se masajeó los pechos. Colocaba una mano sobre el derecho, como sosteniendo el plato de una balanza, luego invertía el movimiento. Billy miró a su hermano que tampoco parpadeaba. La tía Janet buscaba la toalla. Se secaba y movía la cabellera en un vaivén que seguía escurriendo agua. Parecen brillantes que se esparcen en el agua, pensó Billy. Se vistió sin afán, tomó su caballo y regresó a casa bordeando los campos de algodón. Sobre el aire quedaron esporas. Los niños las respiraron. Tocaron el pozo y bebieron el agua con la esperanza de descifrar el sabor de la tía Janet.

—¿Leíste el libro que te recomendé?

—Sí, tía. Me gusta mucho —respondió Billy—. ¿Tienes más?

Al ingresar a la preparatoria, Billy ya no sólo leía la Biblia, Merlín, las aventuras del Rey Arturo y las hazañas de Ivanhoe, había encontrado un gusto particular en las historias sobre las campañas de Napoleón que llegaban en gacetas y libros vía Nueva Orleans. Se fascinaba cada vez más con los relatos de guerra, hasta el punto de obligar a los hermanos a escuchar una versión modificada. Lipscomb y James lograban huir de la obligación mientras que la pequeña Alice, aún con su chupo en la boca, quedaba envuelta en los relatos fantásticos de Billy: y Merlín y Moisés abrieron el mar rojo mientras Arturo comandaba la legión de esclavos hasta Avalón en busca de su princesa que se bañaba en un arroyo.

—¡Alice! Escúchame —gritaba Billy. Su hermana apenas gateaba por el estudio buscando cómo huir.

—Pero no le digas a tu padre que te los presté —respondió Janet.

Esa tarde que sus hermanos huyeron, Billy salió de casa sin decir nada, se escapó hacia la granja y ordenó a tres esclavos encerrar dos vacas en un establo y ordeñarlas hasta sacarles más leche de la que podían dar. Las vacas se cansan pastando y pierden leche. ¡Hay que encerrarlas!, dijo. Al día siguiente uno de los animales murió y el otro se quedó sin leche. Billy, a punta de látigo, agarró por igual a los negros y a la vaca. Nadie le dijo nada. Es lo que hace mi padre, pensó.

—Los negros son inferiores. No tienen alma ni piensan. Están sólo para trabajar la tierra —había dicho el padre—. Su deber en el mundo es ser esclavos fieles y dóciles y el nuestro: evitar el mestizaje y no seguir el mal ejemplo ni repetir los errores de los españoles —continuó—. Ellos arrojaron sobre sus dominios continentales la maldición de una raza mestiza en vez de luchar por mantener la pureza, como los ingleses con nosotros.

—Eres un bruto —reclamó Janet.

Las frases del padre se grabaron en la mente de Billy. Sentencias iluminadoras, verdades irrefutables. Qué brillante es mi padre, pensaba. Palabras como mestizaje, colonias, españoles, Moisés, éxodo, Centroamérica, Napoleón, esclavitud, Merlín, se consolidaban en el diccionario de lo cotidiano. Escuchaba ecos sabios, dictámenes que guiaban su paso por la vida. Voces y luces mostraban el Norte, su estrella polar. Una malla invisible tejía su destino manifiesto. La telaraña crecía en anillos expandiéndose en sentencias y doctrinas sobre el

arroyo de su mente. Las enseñanzas del maestro y la familia regían su andar como lo hacía Merlín sobre Arturo o Dios sobre Moisés.

—Fíjate en la Biblia —decía James Walker padre—. Él era el que era y también tenía sus escogidos como Moisés, David o Josué, cada uno llamado a liberar y consolidar la independencia de su pueblo. Ese es nuestro camino... tu destino.

—¡No, querida! Soy el que manda.

El día que su padre le habló de pueblo e independencia, Billy reunió su pequeña legión. Comandó a sus hermanos Lipscomb y James y a Farquharson, uno de los compañeros de clase, para jugar con hormigas. Primero las observaron cómo entraban y salían de la tierra. Otras traían pequeños pedazos de hojas y migas de pan.

—Están muy dispersas —dijo Billy—. Hay que organizarlas en fila india.

Y los cuatro comenzaron a trazar un camino que en vez de ordenar el trabajo de los animales, los dispersó por doquier.

—¡Se escapan! Se escapan —gritó Farquharson—, mientras las hormigas desesperadas buscaban cómo regresar al agujero.

—Que vayan al otro hueco —ordenó Billy.

La legión de niños insistía en obligarlas a ir hasta el otro hormiguero, sólo que la paciencia se agotó con rapidez: cualquiera que se salía de la ruta era pisoteada. Esa no valía la pena, decía Billy, y seguía con su tarea imposible de cambiar de casa a la falange de insectos ahora dispersas a diestra y siniestra buscando salvarse de los cuatro monstruos que danzaban a zapatazos sobre ellos. Farquharson, después de la masacre, invitó a Billy a rezar por el alma de las hormigas, pero el arrepentimiento no hacía parte de su diccionario. Él, todopoderoso, ahí, y ellas, despavoridas, sin salvación posible. Las hormigas no tienen alma, asevero. Y en

su cabeza escuchaba la voz del padre, el eco del sabio. El hombre blanco sacó al negro de sus desiertos natales para enseñarle la vida. Le otorgó los inefables beneficios de una religión verdadera, escuchaba.

—¡Ven, Lipscomb! Es hora de cenar, pero no digas nada —ordenó, al tiempo que el río recuperaba la calma—. El secreto de la tía es entre tú y yo. Si preguntan: estuvimos jugando con las ranas.

Billy, desesperado, veía que las hormigas no querían entrar en el templo de sus ideas. Terminó de saltar sobre ellas y se fue. Dejó a sus hermanos y a Farquharson en medio del desastre. Sólo escucharon, sobre el aire sostenido, una sentencia que quedó flotando en el aire y en el tiempo:

—Ya vendrán empresas mayores.

—¿Cómo les fue en el río? —preguntó Mary en la cena.

El brillo de los ojos de Billy se encontró con la sonrisa de la tía Janet. Lipscomb clavó los suyos en la sopa.

WALKER LLEGÓ A FILADELFIA CON un crucifijo de plata; un reloj de bolsillo que se adelantaba: el tiempo no existe, lo importante está en lo que vives cada instante, le había dicho la tía Janet cuando se lo obsequió, y con la Biblia en edición de lujo comprada en un viejo taller de Maguncia, la misma en la que aprendió a leer: “Para Billy, este sol del pasado que ilumina el presente y el camino del niño que es la luz misma”, decía la dedicatoria del maestro Lindsley.

En los momentos de abandono o en los de iluminación, las sagradas escrituras se convertían en su mejor feligrés. Cuando estaba seguro de encontrarse sin nadie que lo escuchara, la leía en voz alta hasta sentir la voz de Dios en su corazón: Entre todos los sabios y reyes del mundo, no hay nadie como tú. Todos ellos son necios, no tienen ninguna inteligencia... El Señor es el Dios verdadero, el Dios viviente, el Rey eterno. Cuando se enoja, tiembla la tierra; las naciones no pueden resistir su ira, leía para dormir plácido. Sus sueños se llenaban de querubines, como si estuviera pintado dentro de un cuadro y él volara cogido de la mano de amigos que le mostraban el camino.

—Ya te dije que te largues. No tienes nada que hacer aquí.

—¡Madre! ¡Quiero un caballo!

Desde la silla, la calle desfilaba por sus ojos a través de los cristales de la ventana. Mantuvo la compostura a pesar del pequeño trueno que había entrado al cuarto. Mary parecía reflexionar, viajar por el tiempo hasta la Glasgow natal en Kentucky. Ella, de ascendencia escocesa, venía de una familia acomodada y amante de los corceles; la tradición les había dado reputación, cultura y dividendos. El mundo de la caballería no le era ajeno y James, que

frecuentaba las ferias equinas a la que asistían también los colonos ricos y aventureros del Norte, incluso los de Chicago, la conoció en una carrera de caballos. Él, cuya sangre le hervía con la idea de tener y poseer, y no ajeno a la riqueza de los Norvell, la conquistó. Nueve meses exactos después de la noche de bodas, nació el pequeño Billy, el mismo que ahora daba órdenes con voz chillona.

Esa tarde Billy había visto a la tía Janet salir del establo algo desarreglada. El esclavo que los cuidaba le cogía una de las botas. A Billy le pareció que el negro la ayudaba a montar el caballo. La tía se peinaba el pelo que caía sobre la espalda a la altura de los omoplatos. Su padre por el contrario, se molestó al ver el mismo cuadro desde el segundo piso de la hacienda. Movi6 la cabeza como un péndulo enfurecido. El esclavo, al ver al pequeño de ojos claros acercarse, bajó la frente y se retiró hacia el establo al tiempo que se limpiaba restos de paja de la espalda.

—¡Vamos! ¡Sube! —dijo la tía. Sonreía y miraba hacia la puerta de la caballeriza.

Billy, desde el sillín de la bestia, observó el contraste de los negros con el color de la tierra en medio de los cultivos de algodón, los contempló con mirada superior. Desde el lomo del animal la vista se hacía más amplia. Comprendió que aquellos seres oscuros e inferiores, como decía su padre y el maestro Lindsley, habían sido traídos a la tierra para labrarla. Obnubilado por el horizonte ancho y propio que se revelaba ante sus ojos, regresó a casa lleno de visiones.

—¡Madre! ¡Qué necesito un caballo! —repitió Billy

La primera capital de los Estados Unidos no sólo reunía la historia y la cuna de la Declaración de Independencia, también confirmaba, como lo había visto montado a caballo,

la necesidad de expansión tanto de su mente como de su patria. Walker caminaba bajo los cerezos hasta los salones de medicina de la Universidad de Pennsylvania, mientras los pensamientos prosperaban entre las hojas del otoño. La novedad de una nueva ciudad y la excitación de las semanas iniciales de estudio se transformaron con rapidez en tristeza, como si los vientos propios de la estación arrastraran ilusiones. Entre la abundancia publicitaria de la prensa local, le llamó la atención el aviso en un periódico. Unos jóvenes elegantes, bien vestidos y peinados con cuidado, esgrimían la bandera. Debajo aparecía un mensaje: Amigo americano, únase a la causa de la igualdad proclamada por nuestra independencia, únase a la Sociedad Antiesclavista Americana y Foránea, y más abajo, figuraba una dirección no muy lejos de los salones de la Universidad, en la Calle Novena con Castaño. Anduvo con el periódico mezclado entre los libros varios días hasta que la curiosidad pudo más que su paciencia y decidió tomarle el pulso a la Sociedad.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que sobras en esta casa?

—Tendrás que aguantarme. Tu mujer quiere que le consiga un caballo al pequeño Billy.

La hermana de James Walker padre también era experta en bestias y montaba de lado, pero cuando estaba sola y sin compromisos sociales, dejaba las apariencias y cabalgaba a horcajadas como cualquier hombre. No tenía reparo en saltar obstáculos, cabalgar a paso rápido en el agua, visitar los riachuelos del bosque y bañarse en ellos. En muchas ocasiones se perdía entre los árboles. Sólo regresaba al final de la tarde sonriente y con la blusa transpiraba. Billy, a pesar de cierto almizcle que le recordaba a la partera, le pedía a la tía que leyeran juntos aventuras de caballería y conquistas medievales, como si él fuera el rey Arturo y ella su Ginebra sin pensar, por supuesto, que un Lancelot podría estar oculto en alguna parte del bosque. Lady Walker, como la llamaban los esclavos, se había encargado de

inculcar en el sobrino el amor por los caballos y la necesidad de ser un buen jinete. Ahora, al escuchar la misión que le encomendaba la cuñada, un ligero placer, un aire de complicidad se apoderaba de ella. Además de idolatrarlo y ver los avances como jinete, había tenido en mente regalarle un corcel blanco.

—Vengo por el aviso del periódico —dijo, cuando le abrieron la puerta de una casa de ladrillo.

Un muchacho de corbatín y chaqué, con camisa blanca y cuello abierto, lo hizo seguir hasta el salón donde otros jóvenes optimistas esperaban ser atendidos.

—¿Llevas mucho tiempo acá? —preguntó Walker a su vecino.

En su décimo cumpleaños, el pequeño Billy, de contextura delgada y rasgos finos hasta asemejarse a su madre, recibió su primer caballo. Aún neófito en el montar, mostró firmeza y dominio en un arte heredado de familia, más cuando la bestia aún conservaba bríos, algo que no fue un impedimento para él. Con cautela tomó las riendas y lo puso mirando al sol. Lo acarició, le habló con tranquilidad: vas a ser un buen muchacho, ¿cierto?, le decía, y lo hizo mirar su sombra hasta que la bestia olvidó los remanentes salvajes por el nerviosismo que produjo su propia imagen proyectada en el piso. Lo montó con un control nato sobre las riendas. Las halaba con suavidad y las soltaba con lentitud, la sutileza que conecta la mano del jinete con el brío de la bestia para iniciar el galope esperado. El pequeño Billy fue feliz, no sólo por el placer de montar sino porque los dioses se habían manifestado: lo invitaban a ver el mundo desde las alturas.

—¿O ella o yo? —gritó James, frente a los ojos asombrados de Mary que no podía creer la histeria de su marido—. ¡Huele a negro! Mi hermana es una desgracia para la familia.

—Pronto te irás créeme —insistió.

—Quizá, pero no te librarás de mí con facilidad. ¡Te conozco! —insistió Janet.

—¿Por qué la demora?

—Sólo dos personas atienden.

—...

—Mientras se llena el formulario hacen preguntas sobre cómo apoyar la causa abolicionista. Piden aportar ideas para expandir la libertad de los negros en los Estados del sur...

La dicha de las cabalgatas terminó el día que la tía Janet abandonó la casa sin siquiera despedirse del pequeño Billy. Él recuerda la discusión nocturna en que alcanzó a entender que su padre le gritaba algo así como meretriz de poca monta, bestia negra, pájara de establo y pensó que poca monta, bestia, pájara y establo tenían que ver con alguno de los caballos que ella acostumbraba a montar. Debe ser algo con el corcel negro que la tía lleva al bosque en compañía del esclavo que le da de comer a los caballos, dijo, y trató de dormir ahogado en lágrimas.

—¿Y la tía? —preguntó en el desayuno.

—De vacaciones —respondió el padre, esquivando la ira de Mary.

—¿Para qué quieren a los negros libres? —preguntó Walker.

—¡Hombre! Porque todos los hombres son creados iguales. Está en la Declaración de Independencia.

Antes de que Walker fuera atendido por alguno de los jóvenes de la Asociación, su rostro se transfiguró, las pupilas se agrandaron hasta ocultar el odio que dirigía a su vecino.

—¿Y quién dijo que los negros eran hombres?

El silencio se apoderó del lugar. Los voluntarios de la causa libertaria apuntaron la mirada contra Walker, quien se vio crucificado, y antes de que el ejército de paganos clavara sus espadas en un costado del vientre, corrió a buscar un baño. Duró tres minutos encerrado hasta que vio la oportunidad de salir de un lugar que entró a formar parte de la lista de sitios no recomendados para el espíritu humano. Hay muchos lugares de perdición y este es uno de ellos, se dijo.

Billy no volvió a ver en mucho tiempo a la tía Janet. Sólo tenía noticias por carta o cuando la madre le contaba alguna anécdota o respondía con monosílabos y voz baja a sus preguntas. Con la nostalgia en la mano escribió una primera misiva en la que le contaba que había progresado en la escuela. Que con el maestro Lindsley tenía cinco lecciones en la mañana y cinco en la tarde. Eso me tiene muy ocupado, decía, explicando por qué no podía escribirle con más frecuencia. Además, dice que pronto puedo ir a la Universidad, incluso piensa que podría dedicarme a la medicina, añadía. La pequeña Alice ha mejorado de su gripe. También estoy contento porque puedo decir que mi querida madre está bastante bien. Creo que se ha repuesto totalmente, por lo menos tengo la esperanza. Más adelante reflejaba la nostalgia. Hubiera querido visitarte este verano pero Papá no puede dejar los negocios y dice que será el próximo año. Tengo muchas ganas de verte. Todos tus conocidos acá están bien al igual que los caballos del establo. William Gill, tu ex amado, estuvo visitando a Mamá ayer y se ve muy bien. Te manda saludos. Finalmente se despidió con un: Mi querida tía, por favor escíbeme cuando recibas esta carta. Saludos. Mañana tengo mucho que estudiar. Amor para todos. Guardó la nota en un sobre que escondió debajo del colchón hasta

que se diera la oportunidad de enviar la misiva con alguien de confianza, con alguien que no la perdiera en el bosque, porque varias de sus mensajes nunca llegaron a las manos de la tía Janet. Y repetía en su mente el por favor escíbeme cuando recibas esta carta.

Walker, cuando regreso de Filadelfia a pasar Navidad con sus padres, anduvo desconcentrado, inquieto y comió poco. El hambre lo llevó hasta los campos de desolados de algodón y tabaco. Bandadas de cuervos con caras de negros se comían las cosechas y dejaban a su paso un desierto. Otro día no veía cuervos sino langostas. En cuestión de minutos arrasaban con las plantaciones y las hojas de los árboles hasta meterse dentro de las casas de los terratenientes. Le preocupaba quién trabajaría la tierra, el efecto económico y el nivel de estupidez humana concentrado en Estados que cada vez tenían menos negros en sus territorios bajo el pretexto de la libertad y de la igualdad, como si eliminando la esclavitud, los negros fueran a encontrar la libertad, decía.

—¡No pierdas el entorno! —dijo su amigo Farquharson, al verlo distraído durante la clase de disección. Walker operaba un conejo, pero por momentos olvidaba reorganizar los intestinos del animal.

—Son frases acomodadas de *Liberté, Égalité et Fraternité* —dijo su tutor durante la fiesta de año nuevo en casa de los Walker—. Son mentes estrechas que confunden las ideas.

—Sí, pero cada vez hay más incautos que creen que ese es el Norte de América.

—¡Billy! ¡Mira! —repitió Farquharson—. Estás dejando por fuera el estómago.

—Ya sé. Sólo quiero limpiar esta parte del intestino —respondió, mientras señalaba la boca del intestino delgado.

—No te preocupes. La fuerza inevitable de los acontecimientos mostrará que somos superiores.

—Pero la libertad de los negros o de cualquier pueblo inferior va en contra de nuestra economía.

—No seas iluso. Puedes escribir cartas, artículos, pero es inútil. Tienes que estar en el interior de un periódico para que te hagan caso.

—¡Eso es! Debo conocer el mundo, debo saber más de la vida —pensó—. Trabajaré en un periódico, y dejó el conejo bien cocido, pero olvidó colocar los intestinos en su sitio. Cuando cayó en cuenta del error, escondió los órganos dentro de un cajón.

—Billy: no pierdas el entorno —insistió Farquharson.

—Pero debo hacerles ver el error.

—Billy, por Dios... ¡No! —enfaticó Lindsley— ¡Sólo hables del clima, del sol y del frío!

Ante el error, su amigo comenzó a reparar el daño. Descosió el animal y lo reoperó hasta dejar todo en su sitio.

—Estás loco, Billy. No puedes abandonar el salón como hoy —reclamó.

—¿?

Walker, mientras escribía cartas, parecía hablar sólo ante los ojos desconcertados de su amigo. Comenzó a enviar una por semana a la Sociedad Antiesclavista Americana y Foránea. Luego mandó artículos a los periódicos, que nunca le publicaron. Lo único que

encontraba en la prensa era anuncios, una que otra noticia política sin interés y muchas anécdotas. Sus compañeros de medicina tampoco le prestaban atención.

Ante la indiferencia, encontró otro sitio de meditación. Con la tristeza en hombros, fue hasta el Hall de la Independencia y se arrodilló frente a la Campana del Edificio del Viejo Estado. ¡Señor! No permitas que prosperen las ideas de nortños que creen que la libertad de América es gracias a ellos, no permitas que promuevan la libertad de nuestra mano de obra. Tú mismo lo has dicho: Todos ellos son necios, no tienen ninguna inteligencia. ¡Un pedazo de madera nada puede enseñarles! Señor, no permitas que las sandeces germinen en esta ciudad, luz y ejemplo de nuestra historia.

Walker se convencía cada vez más de que la ruptura de la campana, seis años atrás, no había sido porque sonara todos los cuatro de julio hasta la fatiga del material, sino por un llamado de los dioses, una señal inequívoca de que el Norte no podía enfrascarse en debates anodinos sobre el alma de los negros y su libertad, no podía alienarse con filosofías importadas sobre los derechos del hombre. Luego, transportado por la música de sus ideas y el temor de las otras, se ahogaba en el remolino de su propia mente. Escuchaba el doblar de la campana y veía la herida del metal. El sueño se mezclaba con la primera trompeta de los ángeles del Apocalipsis que se había venido hasta Filadelfia para regar la tierra con granizo y fuego mezclados con sangre. Veía con claridad que si seguían prosperando las ideas abolicionistas se cumpliría el anuncio del primer mensajero y las tierras del Sur desaparecerían, ya no por el efecto de las langostas, sino por el efecto “ébano”. Walker, lleno de temor por las revelaciones, estaba convencido que lo primero que harían los negros al encontrar la libertad sería quemar los cultivos. La campana protestaba con su melodía contra aquellos fanáticos religiosos de clase media que creían que los esclavos podían ser liberados a través de algún decreto. Despertaba de su oración y caminaba para cumplir con los horarios y las clases de medicina.

—Qué lindo día hace ¿No? —decía a sus compañeros.

Walker diseccionaba gallinas, conejos y perros en el mesón de anatomía en medio de la música que producía en su mente el badajo inmóvil de la campana del Edificio del Viejo Estado, como si las ondas del pasado produjeran en sus neuronas la sensación de independencia, el llamado del más allá. La presencia del ángel de la luz seguía ahí. Los campanazos de fondo, intermitentes, los escuchaba con claridad, aunque sus compañeros de estudio no. Para ellos era imposible: la Campana seguía rota. Estúpidos antiesclavistas, repetía mentalmente. Son movimientos propios del frenesí público de gentes y clérigos caritativos que saben más de griego y hebreo que de fisiología y de economía política, un movimiento propio de solteronas enamoradas de la humanidad. Otro pueblo de ignorantes, comentaba en su interior

—¡Sí! —respondían los colegas estudiantes de medicina—, pero dicen que esta semana lloverá.

—Pues que así sea.

Walker comenzó a orar para sí mismo. Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen. Entendía el clima, el sol, el frío y el verdadero espíritu de la Democracia americana.

En su último año de medicina todo era más claro, más cuando en un día lluvioso regresó al Edificio del Viejo Estado y se sentó de nuevo frente a la campana que ahora los abolicionistas llamaban de la libertad. Leía en el borde de la pieza de bronce el Pregonado libertad en la tierra a todos sus moradores. Se arrodilló, sacó el crucifijo y oró frente a aquel objeto metálico resquebrajado que, para él, simbolizaba la independencia de todos los

moradores blancos de la tierra. Una época libre donde cada hombre, en el seno de su familia, gozaba de la posesión de sus tierras y de otras más allá de la América natal. Después de la oración, al darse vuelta para salir del corredor, se impactó con el rayo de sol que entraba por la ventana. Su imagen se reflejaba sobre el vidrio de una de las puertas del Hall de la Independencia. Veía, a lo lejos, los prados extensos, el verde, y más allá, el arco iris. Los colores del universo se abrían a la vista; y sobre el cristal, como luceros que iluminan un camino, sus dos ojos grises resplandecientes; el izquierdo por fuera del arco iris, el derecho dentro. Era la señal que buscaba. Sintió, además del brillo del iris y la dilatación de las pupilas, el tintineo de la música producida por la campana. Las notas imaginarias hablaban sobre su deber en el mundo y sus ojos, ya no grises sino casi blancos, veían en el reflejo, la luz de las ideas, la claridad del futuro y la ruta del camino correcto.

Una semana después tomó el bisturí y cortó la yugular del chivo que estaba en el mesón.

—¿Qué haces? —preguntó Farquharson.

—Nada —respondió—. Tengo que preparar una disertación sobre la sangre y su repercusión en sentidos como el de la vista.

Walker, al hacer el corte sobre la yugular, sintió la conexión, la iluminación reflejada en la ventana del Hall de la Independencia y decidió escribir sobre el ojo y el iris como tema de tesis. Pasó horas frente al espejo, ya no hablando consigo mismo, sino observando sus ojos, describiendo las características físicas y el color gris claro de su iris. Quería las palabras exactas con la misma precisión con la que empleaba el bisturí en el laboratorio de anatomía. Cuando no estaba frente al espejo, se le veía hablando con el director de tesis o en la biblioteca de la Universidad absorbido en la lectura de Zenón de Licópolis y el *Tratado de las propiedades físicas de las pupilas claras, un reflejo místico de los seres privilegiados*, escrito

en el año 246 después de Cristo. A los ojos del futuro médico, el texto facsimilar se había convertido, junto con la biografía de la diosa Iris escrita por Homero, en sus dos libros de cabecera al lado de la Biblia de Maguncia. El sólo hecho de haber descubierto en Iris una aliada, la mensajera de Zeus y Hera para establecer un puente entre los dioses y los hombres, significaba para él la confirmación de que estaba en este mundo para grandes cosas. No podía ser un simple mortal perdiendo el tiempo en la escritura de cartas inútiles. Sus pupilas se dilataban y contraían a una velocidad incalculable cuando el propio Zenón escribía que los ojos claros, sobre todo los grises, son propios de niños sanos y puros nacidos de padres excepcionales. La armonía de estos infantes está conectada con las vibraciones del corazón de Dios y en los ojos claros, la lira del Supremo. Este privilegio hace que los niños gocen de una voz fina y delicada que conservan, en los casos más especiales, hasta edades avanzadas, siempre y cuando lleven una vida pulcra encaminada por la ruta del bien. En su mente retumbaba la campana con el eco de aquella voz interior que le decía: eres la lira de Dios, sois sus ojos. El éxtasis de la lectura lo llevaba a escribir páginas y páginas de su tesis. Una dieta sana y balanceada, rica en vegetales y frutas, sobre todo el potasio contenido en el banano, ayudan a conservar la claridad, no sólo de los ojos sino de la mente. Se sentía llevado de la mano de Dios, poseído y acompañado por libros que para él deberían ser lectura obligada en las escuelas. Los seres nacidos bajo la lira de Dios tienen la fortuna en sus ojos, en ellos se deposita el futuro. Walker entendió, más cuando se veía al espejo, por qué en la constelación de Lira estaba Vega, la estrella más brillante del hemisferio norte.

—Eres mi sobrino iluminado —había dicho la tía Janet, una semana antes de la disputa con James. Luego le dejó el reloj debajo de la almohada—. El tiempo es tuyo, es el que marcas con tus acciones —Insistió, acarició las mejillas, besó la frente y finalmente le rozó los labios.

Terminó su tesis, un compendio que mezclaba la historia de la diosa Iris con descripciones fisiológicas de las pupilas y de cómo los ojos claros eran un signo de buena salud. Escribió sobre la importancia de llevar una vida alejada de los vicios que son los que oscurecen los ojos. Analizaba por qué Jesús también tenía los ojos claros; hizo cálculos estadísticos y obtuvo el dato del mínimo porcentaje de niños, que después de adultos, habían logrado conservar la voz aguda y los ojos grises, como él. Mientras Walker escribía su ditirambo titulado: *Estructura y función del iris*, escuchaba los cantos de la diosa griega y sentía en su corazón la lira del Supremo. Soy el pacto de los hombres y los dioses, el fin de la tormenta, se repetía.

Finalmente, se graduó como el alumno más joven de la academia entre ciento catorce candidatos en un día en que la lluvia de primavera ocultó el epígrafe de su tesis: La verdad, la belleza y la virtud, jamás se oponen entre sí, son manifestaciones diferentes del mismo espíritu divino.

El día que recibió la carta de felicitaciones de la tía Janet, acompañada con la daguerrotipia de la familia gracias al aparato que acababan de importar de Francia y una camisa blanca con puños al estilo de Napoleón, Walker, sin volver a Nashville, pero soñando con el Emperador, Ivanhoe, Arturo y sus antepasados escoceses, clavó el iris en el mapa de Europa y se encaminó hacia el Viejo Continente con el sonido de la lira de Dios y el de la Campana de la Libertad.

—La Sorbona me espera —dijo.

3

LOS VIAJES SON COMO EL PASO A OTRO estado de espíritu. Los ojos se abren al mundo y a la vida. Hay silencio, reflexión, novedad. El desprevenido ve el horizonte más amplio. Escucha otras voces. El que disfruta los puertos desconocidos engrandece el pensamiento. Lo nuevo genera fiebre. El sabio sabe manejar el delirio. No hay miedo. El temor no es propio de los valientes. Después del periplo el mundo no es el mismo.

Bajo el cielo ámbar el sol encandelilla la lejanía.

Tenía la cabeza recostada en una de las ventanas del tren que lo llevaba de Camden a Nueva York y en las manos, la carta de la tía Janet. Sobre el horizonte, los árboles buscaban la luz con los primeros retoños de primavera. Los contaba. Uno, dos, tres, cuatro y volvía. Los veía uno a uno a una velocidad que parecía el parpadeo de un bosque. Uno, dos, tres... No lograba dejar la tristeza atrás. Walker se asfixiaba con el dolor de no haber compartido con la familia el grado de doctor y con la carta. ¿Miedo? ¿Cuál miedo? Pensaba. Soy joven, pero fuerte. Mi espíritu no está abierto a ninguna perturbación ni oscuridad. Todo lo veo claro, como mis ojos, se dijo. Buscaba en el vidrio el reflejo del gris de la mirada. Sobre el cristal encontró la imagen de su madre en silla de ruedas despidiéndose desde la ventana del segundo piso de la casa de Nashville mientras el partía para Filadelfia. Empeoró y durante el mes de marzo ni siquiera pudo pararse de la cama. Pensó que ella lo observaba desde alguno de los árboles en los campos de Nueva Jersey. Walker alzó la mano e hizo un gesto de adiós abanicando el aire, luego bajo la persiana.

—No lo vieron.

—¿Perdón? —dijo sorprendido por el comentario del desconocido.

Salió de su ensoñación y miró al interlocutor.

En ocasiones me acompañan espíritus fuertes, hombres que han forjado el país. Me los encuentro en los momentos más indicados y marcan mi camino, le escribió a la tía Janet. Parto esta tarde hacia Europa en el mejor camarote de El Esmeralda, el vapor más rápido que va a Francia. Me lo ofreció Cornelius Vanderbilt. Es un hombre extraordinario, algo mayor que mi padre, pero a pesar de no haber estudiado nada, ha forjado un enorme capital. Comenzó con los trenes, pero ahora es propietario de varios de los barcos que unen al mundo con Estados Unidos. Por cierto, tía, el miedo es como el tiempo: no existe. Es como tu reloj, pero en vez de estar en el futuro, queda en el pasado, mientras no lo llevemos dentro. Lo importante está en lo que vivimos cada instante.

—No lo vieron. Si se despiden de alguien con el tren a esta velocidad, las personas afuera sólo ven una pequeña mancha difuminada en el tiempo.

—Era una ilusión —respondió Walker.

—O, ¿una alucinación?

—¡No! Le dije que era una ilusión. Pensaba en mi madre.

Lamento, sí, tía, que no puedas visitar a mamá. Le queda el consuelo de contar con mis hermanos y con la pequeña Alice, pero estoy seguro de que le haces mucha falta. Verla en su silla de ruedas me lastima, más ahora que no estoy y no tiene a quien leerle. Su voz aún me arrulla como tus clases de montar a caballo. Es una época inolvidable de mi vida, imágenes grabadas en mi corazón.

Y sobre el rubor de las nubes, el cincel del tiempo.

—¿Está lejos? —preguntó el desconocido.

—En Nashville. Nací allá.

—Yo, en Nueva York. Soy Cornelius Vanderbilt, de Nueva York —dijo el hombre de unos cincuenta años. Le llamaba la atención, además de la juventud y la voz femenina del muchacho, sus ojos claros y el que viajara en primera clase en uno de los mejores trenes que administraba.

—William Walker —y retiró el guante blanco de su mano derecha para corresponder el saludo—, de Nashville —insistió.

En cambio mi padre, desde que te fuiste, vive furioso. Mamá dice que habla poco y reniega mucho. Maldice, y eso hace daño a todos. Con sus blasfemias va a desatar la ira y los castigos de Dios. Se queja día a día y dice que te llevaste su dinero. Grita palabras que nadie puede repetir. Mamá ha empeorado. En la última navidad tenía los ojos marchitos. Seguro llora sola en las noches porque papá, a veces, ya no duerme en casa. Dice que tiene que ocuparse de la granja y los esclavos, y pasa dos y tres días por fuera.

Vanderbilt, remarcó, ya no sólo los ojos y la voz, sino la delicadeza de los nudillos y la pulcritud de la vestimenta del muchacho. Había algo en su aspecto infantil que le recordaba al último de sus trece hijos nacido hacía cuatro años y que había bautizado como George Washington, en honor al ex presidente. Por el nombre de Walker, pensaba en otro.

—Qué curioso, uno de mis hijos también se llama William y debe tener su edad.

—Confío en que haga honor al nombre.

—Sí, el mayor de los varones. Ejerce como abogado. Ha sido invaluable en mis negocios.

—...

—¿Y usted, qué hace? —preguntó Vanderbilt con ganas de saciar su curiosidad al ver al muchacho con ademanes de un joven de familia acomodada.

—Soy Doctor en medicina y cirugía de la Universidad de Pensilvania. Ahora voy a París para continuar mis estudios.

Walker había reparado en los gestos y la calidad de la ropa que utilizaba Vanderbilt, en la comida que había pedido y en sus buenos modales, aunque le sorprendían las manos con múltiples cicatrices.

—Es usted muy joven para ser doctor.

—No se engañe. Entré a la universidad a los trece años y a los diez y siete comencé mi doctorado.

—¡Ajá! Un joven prodigio.

—No sé. Si son prodigios, lo son por obra de Dios y si nací con ellos, quisiera saber para qué.

—Para cosas buenas... imagino.

—Eso siento.

—¿Y es bueno para la medicina?

—Me gradué con honores.

—¡Interesante! Quizá me pueda ayudar —Vanderbilt comenzó a contar la historia de una de sus hijas enferma desde hacía un mes—. A pesar de que los mejores médicos de Nueva York la han visto, sigue con fiebres altas y delirios —enfaticó.

—Hoy tendré algo de tiempo en Nueva York —dijo Walker, viendo la oportunidad de relacionarse con alguien importante de la ciudad—. Mi especialidad son los ojos, pero si quiere, podría ver qué tiene su hija.

El bisel trasluce heridas labradas en el diluvio.

Sí, sobrino. Déjame confesarte que hay hombres cuyo camino se enturbia, como si una tormenta arrastrara residuos de tierra y madera, le había escrito la tía Janet. No puedo ahondar en ejemplos. Hay cosas que se prometen y se cumplen y debo cumplir con ello. Me fui de casa por tu bien y por la de tu madre. Quizás un día tu padre te explique, quizá yo, pero aún no es tiempo. Sólo puedo decirte que uno no escoge a sus hermanos. Eso lo entenderás más adelante. Por lo pronto vive, aprende, disfruta el viaje, porque lo que importa es este presente que construimos. Tu padre desapueba mis andares, pero tampoco comparte los de él. Es recíproco, pero no dudes de mí a amor hacia ti. Antes que cualquier riqueza estás tú, la familia, pero hay hombres que no entienden esto. Se acostumbran a pasar por encima de los demás. ¡Huye de ellos! No te engolosines con sus mieles, porque tarde o temprano descubres que es sólo hiel. Aprovecha Europa y mantén el buen pulso. Serás el mejor cirujano de América.

El ofrecimiento coincidió con la llegada del tren a la estación de Nueva York. El ajetreo de la ciudad se reflejaba en los pasajeros que salían de los vagones prestos a continuar con sus obligaciones mientras los usuarios de primera clase se arreglaban los vestidos de paño para descender.

—¡Venga! —dijo Vanderbilt. —Un coche me espera.

—Tengo que ir a mi hotel.

—Yo me encargo.

Tomaron el carruaje en medio de una estación llena de inmigrantes venidos de ultramar.

—Usted se va y ellos llegan —comentó Vanderbilt, mientras el coche dejaba atrás a la estela humana—. Parecen moscas, pero para mí mejor. Negocios son negocios: yo los transporto.

Walker miraba incómodo por la ventana. Perdía el control de su espacio, más cuando después de cinco minutos sólo escuchaba la voz de Vanderbilt hablando de Vanderbilt sin que él pudiera disertar sobre él. Los dos parecían verse al espejo sin escucharse, se admiraban el uno al otro, no porque se estuvieran comunicando, se veían como reflejos. Walker se imaginaba así de adulto mientras que Vanderbilt recordaba sus años de infancia. A pesar de que no se escuchaban, las bases de una amistad sólida estaban ahí, sólo era cuestión de tiempo para que se consolidara, cada uno acorde con sus intereses.

Bueno tía, es hora de dejar la carta en el correo antes de partir. Conté con mucha suerte en Nueva York. El señor Vanderbilt es uno de los hombres más ricos de la ciudad y fue dadivoso. Pareciera que la generosidad fuera una de sus grandes cualidades, hasta se ve en sus hijos: tiene una legión completa. Uno de ellos se llama como yo y otro igual que Washington. Una de sus hijas, Catherine, está enferma desde marzo. La pude auscultar y estoy seguro de que mejorará. Ha sido bien medicada y los síntomas de fiebre desaparecieron cuando tomé la temperatura. Pude escuchar en su pecho los latidos de un corazón en franca mejoría.

La noche fue agradable para los nuevos amigos. Vanderbilt hizo que Walker examinara a Catherine, su hija de trece años y luego, en agradecimiento, lo invitó a cenar. Cada uno hablaba de sus logros, aventuras, triunfos, títulos.

—Mi padre inmigró de Escocia hace veintitrés años y se hizo rico cuando compró setecientas cincuenta acres a los indios.

—Mi primer antepasado llegó de Holanda en 1650.

—Mi padre maneja una aseguradora.

—Yo controló gran parte del transporte fluvial y ferroviario de esta zona.

—Yo me gradué con las mejores notas de medicina.

—Le puedo conseguir el mejor tiquete de primera clase para París.

El contrapunteo entre los dos se suavizó. Walker vio la oportunidad de viajar en mejores condiciones, a pesar de que el comerciante tenía el control de la conversación.

—Pienso zarpar este domingo en El Hibiscus.

—Le puedo ofrecer el camarote de lujo mañana en El Esmeralda, uno de los mejores vapores que van a Francia.

—De acuerdo. No me agradaba la idea de partir el día en que se honra al Señor.

—¡Perfecto! Yo mismo me encargo de llevarlo al muelle.

Vanderbilt se levantó de la mesa y caminó hacia la sala. Bebieron té en medio del reflejo de la luz de la chimenea y conversaron hasta la medianoche del Yo y del Mí. Al final el comerciante mandó a uno de los criados para bajar las maletas del coche.

—Es mejor que descanse y duerma con nosotros —dijo—, mañana tendrá un largo viaje.

La noche terminó con la admiración de sí mismos gracias a que ambos espejos no se escucharon. Sólo vieron la proyección de sus propias ilusiones.

Un nuevo amanecer palpita bajo la niebla.

—¿Le duele?

—No.

—¿Y aquí?

—Tampoco.

Los ojos de Catherine parecían reflejar el brillo de los de Walker. Sentía las yemas de los dedos recorrer la espalda, la nuca. Examinar la boca, hasta que Walker, haciendo el ademán de médico graduado, auscultó con mayor profundidad los pulmones, el naciente pecho de la joven. Los pezones lograron erizarse ante el roce de unos dedos que buscaban, no los pechos de la hija de Vanderbilt, sino soñaban con explorar los de la tía Janet. El corazón de la adolescente perdió el ritmo, ganó velocidad. El del joven médico, en su primera consulta, también. Se miraron a los ojos y mientras Walker veía a la tía, Catherine sentía por primera vez unas vibraciones que se asemejaban a los pétalos de los girasoles acosados por el viento de primavera.

—¿Y aquí? —insistió Walker, al tocar la garganta.

—No doctor —dijo—. Ya me siento mejor. En realidad me siento un poco mareada, pero bien.

—¿Cómo está? —preguntó Vanderbilt al verlo salir del cuarto.

—Mejorará. Sólo preocúpense por suministrarle la droga como lo ha hecho. En tres días estará jugando con sus hermanos.

El puerto de Nueva York amaneció con niebla, presagio de un día caluroso, como si los primeros aires de la primavera soplaran de sur a norte.

—Tendrá un buen viaje —comentó Vanderbilt—. Siempre que hay niebla, el sol aparece a la hora de zarpar.

—Sí. Como si Dios aclarara la mente —acotó Walker.

Al fondo, en el puerto de carga, se escuchaba el ajetreo de los estibadores. Uno que otro joven voceaba las noticias del periódico. Walker, atento a cualquier movimiento en el puerto, reparó en un niño que cargaba un baúl. Pensó que era el suyo dejando atrás recuerdos,

pero acumulando, no sólo experiencias, sino sus bienes de Filadelfia, los libros y por supuesto, la Biblia. Era de esos jóvenes que se sentían seguros cargando obsequios como herramientas necesarias para soportar el presente.

—Así comencé yo —dijo Vanderbilt, señalando hacia el muchacho en que Walker había concentrado sus divagaciones.

—¿Perdón?

—No soy tan estudiado —explicó Vanderbilt—, pero a los once años me di cuenta que lo mío eran los negocios, no la escuela. Me dediqué a trabajar en el puerto. Ahora, a mis cincuenta, soy dueño de varios vapores. Todo ha sido con estas manos.

—Y las de Dios —agregó Walker.

—¡Claro! Y las de Dios. El bien siempre está con nosotros —agregó Vanderbilt mientras les mostraba El Esmeralda.

—¡Qué hermoso! —comentó—. Había oído hablar de este vapor, pero nunca imaginé lo bello que era.

—Con buen tiempo calculo que llegará en menos de un mes. Así, querido amigo, le deseo muchos éxitos en Europa.

Walker le pidió a Vanderbilt el favor de enviar la carta a la tía, le dio los agradecimientos de rigor y un abrazo de nostalgia que incluía cierto aire de incertidumbre. Montó la escalera hasta llegar al corredor de estribor del barco donde se ubicaban los camarotes de primera clase. Miró desde lo alto, observó la hora en su reloj de bolsillo y se fue a guardar las maletas y el baúl de las nostalgias.

Es una niña muy bella. Por momentos, mientras la examinaba, te recordaba. Cuando crezca será una mujer con porte y delicadeza. No sé si tendrá tu empeño, tu fuerza, pero por supuesto, será una mujer a la que no le faltará nada. Creo que se fijó en mí.

Media hora después, a las ocho y treinta y siete minutos de la mañana del sábado ocho de abril de 1843, William Walker, partió del puerto de Nueva York hacia Europa. Lo acompañaba el estruendo de las cornetas de los vapores y un pañuelo perfumado que la pequeña Catherine escondió a hurtadillas en el bolsillo de Walker. Él soñaba con la tía Janet.

EL ESMERALDA ATRACÓ EN EL PUERTO DE El Havre con el pasajero recomendado por Vanderbilt. En su mente se trazaba la ruta de una especialización médica, un estudio profundo del ojo y cómo, desde el iris, la realidad se podía corregir. La alegría por el viaje sólo se comparaba con la gracia de Dios. Descendió con el vaivén permanente en la cabeza por el efecto del mar. Llegó provisto de una fuerza que no ponía en duda la nueva meta: yo enviaré mi ángel delante de ti, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que te he preparado. No te alejes de él; obedécelo y no le seas rebelde, porque él actúa en mi nombre y no perdonará los pecados. El vigor de Walker no tenía posibilidades de refundirse en el Viejo Mundo, a pesar de que el racimo de bananos embarcado en Nueva York se había podrido. Tenía la esperanza de ingerir suficiente potasio en su dieta diaria y evitar que en algún momento sus ojos se oscurecieran. Ya conseguiré más, dijo, y tomó el carruaje para París acompañado del Do y el Mi de la lira celestial. Mientras los seis caballos tiraban del coche por el bosque de Bolonia, los árboles de la periferia llenaron a Walker de un espíritu napoleónico, no sólo porque a la salida de la arboleda se divisaba el Gran Arco recién terminado, sino porque por fin veía la ciudad del emperador. Los corceles tomaron la vía de los campos Elisios. A la derecha se observaba el Sena. Su corazón palpitaba cada vez más rápido a medida que se acercaba al Palacio de Louvre. Levitaba desde su asiento hasta el corredor de la coronación. Lo imaginó con su séquito y él mismo colocándose la corona. Cónsul vitalicio. Eso es tener genialidad, pensó. Vio a Napoleón con los ojos claros, por supuesto, al tiempo que ponía sobre Josefina la corona de emperatriz y cayó en cuenta que él no tenía su Josefina. Eso me distrae, pensó, y siguió divagando entre los intentos de restauración de la monarquía y la condena en la isla de Santa Helena. Su corazón se compadeció del gran hombre que había sido Bonaparte y lo mucho que le hubiera gustado

haber utilizado sus dotes médicas para salvarlo. Ahora, su único consuelo sería visitarlo en la tumba y admirarse con la majestuosidad de piedra construida sobre la Plaza de la Estrella.

—*Nous sommes arrivé.*

El grito de llegada del cochero sacó a Walker de las divagaciones. Por un momento la emoción, al ver los primeros trazos de la ciudad, tuvo que postergarse para más adelante. La voz del conductor lo traía a la realidad y al barrio latino donde quedaba el hospedaje. El anuncio lo bajó de Marengo y de la imagen de la entrada triunfal a la capital francesa. Su sueño de emperador, montado ya no en el corcel en el que le había enseñado la tía Janet sino en el caballo blanco de Napoleón, se difuminó con la velocidad de un parpadeo y el bullicio urbano. Se resistía a descender de la misma manera como Napoleón se negaba a renunciar a los principios monárquicos. *Liberté, Égalité et Fraternité*, que absurdo, pensó. El pueblo siempre necesita un guía, un emperador, la voz de mando y descendió por fin del coche. Pisaba tierra parisina en medio de la efervescencia de ideas revolucionarias, de una monarquía extinta y una burguesía dispersa en busca de poder y posicionamiento político.

Los primeros días los pasó superando el mareo del viaje, conociendo su entorno, visitando la universidad y recorriendo la ciudad. Respiraba cada rincón, cada puente, los árboles, el contraste de las nubes con el Palacio de su Napoleón. Por las tardes, caminaba desde la casa hasta la Plaza de la Estrella para ver el atardecer bajo el Gran Arco. El sol se filtraba entre las columnas de piedra esculpida y le enviaba, ideas, lucidez, música, Sol, Mí; Mí Sol. De regreso, pensaba en la medicina, en las vidas que salvaría y en las cartas que enviaría a Estados Unidos. Vivía la novedad como un recién nacido observa el mundo.

—Sí tía, las ilusiones tienen un color y la realidad otro —comentó Lipscomb—, papá no sabe, pero Billy dice que abandonará la medicina.

—Tu madre enfermará más —dijo Janet—. Tú comienzas a decir que te dedicarás al ejército y tu hermano, que daba muestras de lucidez, ahora dice que va a ser abogado, que deja la medicina y los años de estudio por las leyes.

—Dice que el derecho es el camino a un mundo más justo.

—Lo que le falta es una mujer. El derecho es el primer paso hacia la ambición. Me encargaré de mostrarle el camino.

Walker, entre los anaqueles de medicina, se escandalizó al explorar los libros de anatomía humana. ¿Cómo pueden tener libros de escritores paganos?, exclamó. Algunos trataban sobre el cuerpo humano, como la *Gran enciclopedia médica del medioevo* de Avicena; otros, como los siete tomos de Abbasí, abordaban temas de animales, pero la lista de absurdos creció con *El libro de las utilidades de los animales. Remedios naturales para la salud* de Mawsili. En su mente se dibujaron imágenes de animales salvajes comandados por el ángel de la oscuridad, pájaros encendidos que se estrellaban contra barcos y orgías de animales negros con cuerpos de hombres. Tampoco aceptaba interpretaciones extrañas que liberaran la libido a través del esperma del toro o el que se horneara el pan con harina mezclada con médula de vaca y miel, como la que se untaba en los labios ulcerados de los niños para curar las llagas. Se sentía engañado y con la sensación de haber caído en un aula de charlatanería y no en el *Alma Mater* donde se estudiaba el cuerpo humano y las curas para el mal.

—¿Por qué tienen libros paganos? —preguntó, en el francés aprendido en el colegio con su acento americano.

—¿Paganos? —exclamó el administrador de la biblioteca.

El empleado vio la molestia de Walker en los ojos grises oscurecidos por el enojo.

—¡Sí! En los anaqueles de libros científicos están textos heréticos, como la *Gran enciclopedia médica del medioevo*.

—*Monsieur*, el tratado de Avicena es la síntesis científica más importante hasta ahora conocida sobre la medicina de Grecia y Roma —respondió con la mirada clavada en el iris derecho de Walker—. Es más, desde Aristóteles, está considerada como la enciclopedia más completa de las ciencias médicas y naturales.

—Son libros que van contra el bien.

—¿El bien? En medicina, el bien son las curas a las enfermedades, los medicamentos que inventamos para disminuir nuestros padecimientos. De eso trata la enciclopedia. ¡Señor!, creo que usted ahí aprendería más sobre anatomía que lo mucho que puede haber estudiado en la universidad —respondió, mientras le daba la espalda para seguir clasificando los papeles de su oficina—. ¡Ah! Y no olvide dejar el tomo en su sitio.

Walker subió molesto al tercer piso de la biblioteca para depositar el libro que le quemaba las manos. El trayecto parecía verse lejano e interrumpido por anaqueles que lo miraban. Su mente, escandalizada, no podía dejar de atormentarse frente a la sección de literatura árabe. Veía los doce tomos de las Mil y Una noches traducidos y expurgados por Galland al lado de la versión completa traída recientemente por Napoleón desde El Cairo... y el Califa, en la noche de bodas, esgrimió treinta y seis veces su ariete en la vulva de su mujer.... Walker dejó el ejemplar pagano y se persignó. Luego, cuando llegó a la sección de medicina, antes de devolver el primer tomo del libro de Avicena, lo abrió en la sección ilustrada de los genitales femeninos; miró hacia los lados para asegurarse de que nadie lo observaba, y cuando estuvo seguro, arrancó las treinta y tres páginas que hablaban sobre la vulva. Tiró los folios a la basura, se limpió las manos y volvió a persignarse antes de abandonar la biblioteca más importante de París.

Durmió la noche entre tinieblas ayudando al ángel del señor que luchaba con su espada mágica contra el ángel acusador en forma de vagina que devoraba todo lo que encontraba en el camino. Se veía en un cuarto exclusivo de la biblioteca de la Sorbona arrancando páginas y páginas de libros aún sin clasificar traídos por Napoleón desde Egipto. Arrancaba las páginas y las quemaba. Sí, Sí, Sí... En caso de tener dudas sobre alguno de los textos, salía corriendo hasta un gran tablero de ajedrez donde el rey blanco decidía si esas hojas aportadas por el pequeño peón de ojos grises se quemaban o no. Napoleón yacía en uno de los extremos del tablero preso en la torre. Miraba con tristeza cómo los libros traídos eran ultrajados. Walker, gracias a su gran obra, pasaba a montar uno de los caballos del tablero y salía cabalgando hasta el cuarto de los ejemplares condenados. Cubría su nariz con el pañuelo de Catherine Vanderbilt para evitar el polvo venenoso de las obras. Se tapaba las orejas para no escuchar sandeces y las malas ideas importadas. La misión histórica se perpetuó toda la noche hasta que regresaba al campo de juego dando brincos cortos con su caballo para ayudar al Dios blanco a luchar contra las fichas negras del ejército pagano. Quería derrotar al rey del turbante y a su reina vagina porque pervertían el mundo y expandían la semilla de la discordia. El sueño se difuminó al ver como la torre donde estaba preso Napoleón enrocaba para poner al rey de lado y diseñar una nueva estrategia de combate, pero no necesariamente contra el ejército de turbantes. Él envejeció con rapidez y pasó a ocupar la casilla del rey. Veía desde una de las esquinas del tablero, como las otras fichas iniciaban una nueva campaña, solo que no atacaban a las negras sino que unos y otros se daban la mano y abandonaban el tablero para ir a tomar vino rojo con queso a una de las tabernas de Saint Germain. Las fichas negras bebían té de menta mientras las blancas, los encantos de su reina que había abdicado para irse de fiesta con sus súbditos. El nuevo rey, antes de declinar por no poder controlar su pequeño tablero, sacaba un rosario y se encomendaba a Dios.

—Seguro que se ha dejado obnubilar por París.

—No tía, al contrario, dice que es una ciudad pecadora llena de gente escandalosa.

—Lo que lo tiene deprimido es haber cumplido veinte años sólo.

—¡No! Papá lo recomendó con un amigo francés, seguro que la pasó bien.

—¡Ay, Lipscomb! Yo no me fiaría de los amigos de tu padre. Recuerda que lo conozco de toda la vida. Ya me contará pormenores del viaje.

El día de su cumpleaños amaneció agitado y sin deseos de verse al espejo. Sabía que sus ojos estaban oscuros. Además de persignarse todo el tiempo y orar en silencio, necesita salir al mercado en busca de bananos para aclarar los ojos y la mente. Buscaba tranquilizar su espíritu antes de la cita que su padre le había organizado con un banquero parisino. Lo relajaba el día soleado y que su *rendez vous* sería hasta la noche en un café de Montmartre. El padre de Walker le había dicho al amigo banquero que no quería que su hijo se fuera a entristecer en una fecha tan importante. Te ruego lo mantengas entretenido. Pero la palabra “entretenido” en los campos de Nashville no significaba lo mismo para un miembro de la naciente burguesía francesa. Phillipe de la Rochelle se encargó de que el muchacho estuviera a gusto y lo agasajó con un excelente menú acompañado de vino tinto que Walker no bebió.

—Me hace daño y tampoco tengo edad.

El agasajado observaba. Los comensales bebían a borbotones como si fuera agua y hablaban con la euforia que los llevaba a abrazar a las mujeres de los amigos. Se quejó del espectáculo. La Rochelle lo veía con curiosidad, no solo por los ojos grises, sino por el rostro pálido y asustado del joven novicio. Se reía internamente de la voz afeminada y chillona hasta que el sonsonete y lo que decía comenzó a fastidiarle. Miles de hilos invisibles vibraban en sus tímpanos. La Rochelle creyó que los estorninos de París habían decidido piar el

atardecer dentro de sus orejas, así que antes de enloquecer decidió tomar la palabra y decir cualquier cosa con tal de comandar la conversación y evitar la tortura auditiva.

—París es la urbe más importante de Europa, más que Londres o cualquier otra ciudad inglesa. Vivimos para el placer y el deleite de la vida. Tu padre debió hablarte más sobre las bondades de la capital. Por ejemplo...

Siguió con disertaciones que Walker escuchaba escandalizado y ofendido, pero al mismo tiempo necesitado por la fragilidad de estar sólo en una ciudad lejana y permisiva. Poco a poco sucumbió a las palabras de La Rochelle hasta el final de la cena.

—Y ahora el postre —dijo con una sonrisa irónica—. Te llevo al mejor sitio de cancán que hay en Montmartre.

Walker, sin hacer oír su voz chillona en medio de las conversaciones de los franceses, se vio de un momento a otro dentro de un gran salón donde lo primero que hizo fue persignarse y dar marcha atrás. Sin embargo, el movimiento rápido de regreso hacia la puerta de salida resultó tardío. La Rochelle, junto con la ola humana que entraba al cabaret, lo arrojó al borde de la pista, casi frente a los tacones de las bailarinas de cancán. En medio del humo de tabaco y de los gritos y la euforia de los asistentes, una de las cabareteras lo salvó de ser pisoteado por el baile de cuadrilla con pasos de cuatro a cuatro.

—*!Oh la la!* Qué frágil es este muñeco —comentó, mientras lo acercaba a una de las mesas que daba vista hacia el espectáculo central. Luego le sirvió un vaso de vino hasta rebosar.

—No bebo —dijo con la voz infantil absorbida de inmediato por el taconeo de las bailarinas y los aplausos de los espectadores que gritaban cada vez más ebrios.

Billy, aturdido por lo degradante del lugar y por la bulla del cabaret, trató de llamar a La Rochelle, quién estaba de espaldas saludando a un amigo. El brazo perdido se movía entre

el bosque de aplausos y de piernas del lugar. La camarera que lo había salvado, al otro lado de la pista, vio el llamado de auxilio. Esta vez no reparó en él sino en sus ojos grises y claros.

—¡Qué lindo! Parece un ángel —pensó en voz alta mientras se le acercaba—, pero como que es de los que no beben —agregó, al tiempo que limpiaba la mesa y le hacía guiños a las meretrices del lugar.

—Quiero un jugo —reclamó Walker con voz de auxilio, mientras el pavor le hacía olvidar las intenciones de abandonar el cabaret, como si el ángel negro le dijera: “¡Quédate! ¡Quédate!”.

—*Mon amour*, a los ángeles se les trae lo que pidan.

La camarera era conciente de la presa y el bocado que tenía a la vista, de la diferencia que marcaba el joven bien vestido entre el público parisino. Le vio las manos delicadas y aquellos ojos brillantes que la transportaban al cielo. No escatimó en traerle un jugo mezclado con ajeno ligeramente rendido en gotas de alcohol, la dosis imperceptible pero necesaria para dejar listo al muchacho hacia un viaje de placer con las peliforras del café. La noche será larga y deliciosa para este joven, imaginó mientras se acercaba hipnotizada a la mesa de Walker.

—¡Tome! La bebida de los dioses —dijo mirándolo a los ojos. El brillo, en medio de un cuerpo pequeño y delicado que parecía poderse desmoronar, seducía a la cabaretera. Que pequeño se ve, pensó, mientras dirigía la vista hacia la orquesta de ninfas para que se acercaran a la mesa del muchacho.

El amigo de su padre lo observaba desde la barra con el pensamiento claro de que a este joven no le hacía falta entretenimiento sino hacerse hombre. Walker alucinaba en el templo de pecadores. Quería irse. Trataba de pararse de la mesa, pero la fuerza de lo inevitable lo oprimía hacia el asiento, como si el ángel de las tinieblas diera la orden de permanecer en el cabaret. Debe ser una prueba de nuestro Señor, se decía. Bebió un sorbo de

ajenjo. El líquido le hirvió las venas y aceleró, no sólo la respiración sino la sangre entre su cuerpo. Las palpitaciones aumentaron. La cabaretera y dos calientacamás se le aproximaron con trajes escotados a la usanza de los mejores burdeles de la ciudad. Él, ya no con ojos grises, sino saltones, observaba los pechos levantados de las visitantes mientras en su interior sentía el látigo de Dios abanicado por el ángel de la luz que le gritaba ¡Pecado! ¡Pecado! Dios mío, aleja de mí este cáliz..., y sucumbía al ajenjo. Placer y perdición se mezclaban mientras se daba latigazos de fuego por su falta de templanza. Do, Do, Do, cantaba un ángel; Sí, Sí, Sí, decía el otro. La cabaretera sonreía ante la orgía que le esperaba después de haberle recibido el pago a La Rochelle. Walker, por el contrario, se veía sumergido en un agujero impronunciable del cual sus oraciones no lograban salvarlo. Movía los labios como tratando de rezar de manera que las tres Marías del lugar pensaron que pedía alcohol y besos. Comenzaron a mojarle los labios, el cuello, las orejas. Entre el ajenjo y la seducción, veía a los dos ángeles de Sodoma y Gomorra que buscaban sus ojos para ennegrecerlo por sus pecados, más cuando las tres seductoras lo subieron a uno de los cuartos del cabaret. Más que la pasión, el temor se había apoderado. Lo desvistieron con sevicia. La cabaretera mayor seguía capturada entre los ojos grises que giraban desorbitados evitando a los dos ángeles del Señor que aparecían y desaparecían entre los senos y las espaldas de las palilleras. Culpa y placer se mezclaban con las alucinaciones de la bebida. Quería y no quería sentir su vientre crecer, la sangre se encendía y enfriaba al mismo tiempo en medio de su primera experiencia sexual, las sensaciones pecaminosas, que a esta altura del encuentro parecían derrotar el látigo de la culpa y la autoflagelación. Walker estaba dispuesto al pecado en una París libertina que se derrumbó a sus pies cuando las carcajadas de las dos mujerzuelas y la cabaretera retumbaron en su cabeza. Se sintió empequeñecer ante la burla de las mujeres que no podían contener la risa frente a la falta de erección de su miembro.

—Necesitamos más alcohol y masajes —gritó una.

Las muchachas miraban extrañadas, veían la entrepierna de Walker con el sexo flácido, un acordeón contraído que necesitaba crecer para hacer escuchar la música, una larva arrugada que intentaba salir a la luz. Como un gusano entre una manzana, su pene buscaba vencer la fuerza de gravedad, las penas, la culpa, el pavor y el terror. Las risas de las meretrices retumbaban como badajos; voces y coros castigaban la osadía de visitar un cabaret de cancan. El ajeno perdió efecto, la sangre caliente se congeló entre su órgano. La cabaretera, con sorna, lo cogió entre sus dedos y lo sacudió como quien escurre las últimas gotas de orines de un hijo. Walker cerró los ojos aguados, se vistió lo más rápido que pudo, tomó de la mano a los dos ángeles enviados por Dios para vigilar a Sodoma y Gomorra antes de la destrucción, y como Lot, huyó del cabaret, no sin antes ver su pene convertido en sal, temeroso de derretirse ante lo que pudo haber sido su primera eyaculación. En la huída, sólo quedó un charco de ácido úrico, un lago de culpas y su sangre hervida, ya no por el ajeno, sino por el crucifijo apretado entre la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

Humillado y sin encontrar auxilio en Philippe de la Rochelle, Walker regresó a la pensión con la firme determinación de dejar la medicina. Ahora tenía que encontrar otro destino para su vida y cómo convencer a sus padres que estudiaría otra cosa.

Sí tía, París es Sodoma y Gomorra, escribió a Janet buscando desahogo en su espíritu, expurgar la culpa y la desilusión. Las relaciones entre los dos sexos en todas las clases de la sociedad son horribles. Entre las parejas casadas hay un acuerdo tácito donde el marido tiene muchas amantes y la esposa muchos mancebos... el veneno está en todas las venas. Francia ya no es la nación de la influencia social, moral, literaria, política, científica y religiosa, es por el contrario, una tierra inmoral, permisiva, pecaminosa, pagana, depravada, disoluta y adúltera.

—Lo dicho —comentó la tía Janet, al dejar la nota de Billy sobre el tocador junto con los títulos de las tierras que había recuperado del escritorio de James Walker. Luego se acomodó el corsé—. Tengo mucho trabajo por hacer —concluyó.

Walker ya estaba camino a Inglaterra y Escocia en busca de sus raíces, de su pasado.

DESPUÉS DE LONDRES, LO PRIMERO QUE VISITÓ fue la casa de los abuelos en Glasgow, pero sólo encontró una morada pequeña y en ruinas abandonada incluso por las ratas. La imagen no tenía nada que ver con la mansión que había imaginado ni se asemejaba a la casa en Nashville, mucho menos con las setecientas cincuenta y dos acres de su padre. El terreno parecía destruido por un tornado y en el medio, un rancho a punto de desboronarse. El único encanto: un riachuelo que bañaba la pradera entre varios árboles donde nacía un bosque. Por un momento recordó a la tía Janet emergiendo del arroyo entre la arboleda. También pensó en el abuelo leyendo historias medievales en voz alta, Walker las escuchaba al otro lado del río, al otro lado del mar. Detrás del arroyo se mezclaban la realidad y los sueños de infancia, las lecturas y el pasado familiar, un bosque frondoso, pero sin almas. Parecía como si los antepasados no hubieran dejado huella, fantasmas que huyeron para evitar cargar con las culpas del pasado.

—Te lo dije, lo único que te queda es una tía abuela tuerta y loca que deambula por las calles de Glasgow —repitió Thomas MacDuncan, el ministro presbiteriano que lo recibió al llegar a Escocia.

—No puede ser. Tiene que haber alguien de la familia.

—¡Se fueron! Todos se fueron —enfaticó el prelado amigo del padre de Walker—. Si quieres saber más de tu pasado y ancestros, William Malory puede ayudarte. Es algo serio, pero un experto en heráldica y genealogías.

La sensación de aire puro, de respirar y expirar el cielo de la madre patria que se había apoderado de Walker desde el momento en que descendió en Inglaterra, se transformaba en incertidumbre. Atrás había quedado el olor de nueve meses sumido en tierras que no quería

recordar. Se sintió rejuvenecido montado en el coche camino a Londres. Sus ojos, mientras recorría la capital, lanzaban sonrisas, los rayos de Merlín escarbando los bosques de Robin, Walker entrando al mundo de Ricardo Corazón de León. Volvió a Nashville y a las lecturas en voz alta cuando le contaba a su madre las aventuras de las cruzadas, la lucha contra los infieles y las tareas que había hecho ese día. Se veía jugando de niño pero vestido con un manto blanco. Tú eres la reina, le decía a su hermana Alice y ustedes traigan más herejes para la hoguera, ordenaba a sus otros hermanos. Les mostraba con autoridad el dibujo de la cruz de San Jorge en el pecho, la misma que lo hizo entrar en confianza, sentirse a salvo cuando en lo alto de la puerta de Londres la observó en el escudo de la ciudad. Dos dragones le daban la bienvenida. Los animales esgrimían con orgullo la espada de San Pablo y le susurraban al oído el mensaje de los dioses, el lema del emporio: el Señor nos guía. Y una capital que es dirigida por el Supremo es digna de confianza, se dijo. Le hizo la reverencia al escudo y siguió camino al hotel pensando en las muchas semejanzas de los ingleses con él y con su padre y cómo sería el escudo de los Walker de Glasgow.

La idea de los antepasados se convirtió en obsesión y misterio. Al respirar el aire y la humedad de las tierras escocesas se preguntaba con mayor frecuencia el por qué su padre y los tíos Robert y Janet emigraron. No tenía memoria de algún relato a propósito de la travesía familiar ni detalles de cómo llegaron o por qué, sólo que cada uno arribó con buen dinero. El capital permitió a tu padre comprar las tierras a los indios, eso dice él, y a los tíos apropiarse de varias casas y terrenos gracias a la herencia, decía Janet, aunque hay otras cosas que por ahora no debes saber, agregaba. Lo otro que quería descifrar tenía que ver con el escudo ancestral. Si algo distinguía a las familias de abolengo era el poder esgrimir con orgullo su árbol genealógico y la descendencia. Entre sus tareas estaba consolidar el origen noble del apellido.

—No olvides llevar siempre la frente en alto, como corresponde a los Walker y su linaje —decía con orgullo el padre—, y él se convencía de aquella alcurnia que marcaba el destino.

Escocia estaba a un paso, así que aprovechó la estadía en Inglaterra para forjar la mente, construir ideales, consolidar su visión. Se deleitó unos días caminando bajo edificios, palacios, calles de piedra y puentes y otros frente a la torre de Londres. Imaginaba en el interior la historia de los caballeros del Rey Arturo, aunque también escuchaba el clamor de los torturados en las mazmorras. Se lo merecían, dijo. Cada lugar parecía tener secretos, esconder tesoros. Por sus venas hervía la historia del imperio británico. Gracias Dios mío por haber sido conquistados por los anglosajones, pensaba con ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Luego se perdía de nuevo entre sus divagaciones e incertidumbre. Señor: ¡Dirígeme!, pedía y clavó los iris en dos Lores que salían del Parlamento inglés. Debo comprarme un nuevo traje, comentó y se fue al hotel. No veo la hora de desentrañar nuestras raíces, escribió, encontrar el emblema protector.

—Nuestro escudo debe tener estrellas en algún lado —insinuaba—, o por lo menos alguna media luna, recuerdo de nuestra participación en las cruzadas.

—Los Walker de Glasgow descienden de dos ex presidiarios y un sacerdote católico irlandés acusado de sollicitación. El cura se escapó con su amante a las tierras medias escocesas hace doscientos años y los ex presidiarios recuperaron su libertad al volverse marinos —dijo el experto, recomendado por el ministro—. No hay mucho de dónde escoger.

—No importa.

—Pero, no hay escudo ni símbolos para estos personajes.

Otro día, mientras pensaba en el viaje a Glasgow, caminó hasta el lago del parque Saint James y se sentó en un banca a leer los periódicos que hablaban sobre la expansión del imperio y las disputas con la dinastía Qing por el comercio del opio. También sobre las reformas al puerto de Hong Kong y el derecho de los ciudadanos británicos en China a ser juzgados únicamente por cónsules designados por Gran Bretaña. Así debe ser, comentaba Walker. Gozaba, como si fuera un caballero más del Gran Imperio, con la consolidación de Compañía de las Indias Orientales y la expansión británica a través del territorio hindú. Leía los artículos que debatían el transporte de convictos, amotinados e irlandeses hacia Australia Oriental. Es un ejemplo de lucidez que deberíamos seguir en América, pensaba. Le llamó la atención la gaceta sobre los debates que se preparaban en el Parlamento. Una discusión, en especial, se relacionaba con la declaración de Puerto Natal como posesión británica donde se mantenía vigente la esclavitud. ¡Qué raro son los ingleses!, exclamó. Sobre una realidad incuestionable ante los ojos de Dios no puede haber debate. Cuando la tarde caía, y antes de que la luz del sol pegara sobre las alas de los patos, cisnes y gansos trasformándolos en un ejército de amotinados, Walker abandonó el parque en dirección al Palacio de Buckingham con la esperanza de ver a la Reina Victoria y su escudo real.

—¡Lo hacemos! Si eran tres, entonces que sean tres medias lunas en creciente.

—La media luna es la victoria contra la oscuridad, el mal y las calumnias. Son propias de los espíritus nobles que se lucieron en batallas gloriosas.

—Por eso —enfaticó Walker.

Malory se quedó impávido. Observó los ojos claros y brillantes del visitante. Titilaban con la excitación de una estrella desorbitada, de una luz única que merece un escudo único. Se dio cuenta que tendría que inventar, llenar las ansias de abolengo del desconocido y maldijo al prelado por haberle enviado otro enajenado más. Tenía frente a él a uno de esos

seres que sueñan con tejer en filigrana el escudo para esgrimirlo en el salón principal de la casa.

Desde que vio a los Lores y leyó en la gaceta la fecha del debate político, se propuso ir al Parlamento inglés. Debo entender cómo una monarquía que se considera perfecta gracias al equilibrio entre reyes que mandan y Lores que legislan, quiere ahora darle espacio a los comunes y aceptar un sistema bicameral. La idea no gustaba. ¿Por qué los nobles ahora ceden poder al pueblo? ¿Acaso las bases del Gran Imperio no están construidas por la realeza? Tenía que ver con sus ojos el experimento de los comunes. Debe ser una repercusión de la *Liberté, Egalité et Fraternité*, pensaba. Caminó desde el hotel por el borde del río. Después de media hora de contemplación, pasó a la acción. Ya está. Es aquí, y entró al debate que quería escuchar sobre Puerto Natal y la estrategia del Gran Imperio de explotar a los negros para que trabajaran las minas de la región. Si en El Cabo habían abolido la esclavitud, la idea no podía expandirse a Puerto Natal. Necesitamos más independencia para hacer trabajar a la población negra. Así es como debe ser, pensó, y siguió de cerca la sesión en la que los británicos establecían reglas para gobernar, mantener el control de la población y prohibir el mestizaje. Walker, por primera vez, después de muchos días, recobró el brillo de sus ojos. La excitación del debate lo hizo divagar por su mundo de sueños, como cuando le escribió a Janet confesándole que de niño pensaba en la carrera política. Ahora, con la imagen de los Lores, la idea volvía a tomar vigencia. Siento que el ángel de la luz me ilumina, el derecho es mi paso obligado hacia la política y se fue de la Cámara de los Lores convencido de que ese sería el nuevo camino. Mientras meditaba, reparó en la elegancia de los políticos ingleses, en los vestidos de paño y en el porte. Ya está. ¡Me compraré un buen traje! Y caminó hacia Oxford Street.

—¿Hay algún color de fondo que represente fuerza, integridad, firmeza, vigilancia, elocuencia, vencimiento? —preguntó Walker.

—El plateado.

—¡Bien! Bien. Esto toma forma.

—¿Y si alguno de los antepasados resultó herido en una de las cruzadas?

—Se divide el escudo con un cabrio.

Malory vio que Walker intentaba entender, pero no daba con la imagen.

—Es una banda que ocupa un tercio del escudo, como un compás abierto adentro que divide el espacio en dos. Muestra valor, firmeza y determinación familiar, además de la constancia de una herida en combate.

—¡Eso! Eso. Algo así es lo que veo.

—Como sus antepasados tienen que ver con armería, puedo adornar el escudo con hojas de acanto a los alrededores...; los lambrequines representan el esfuerzo valeroso que se emplea en el vencimiento del enemigo, y por su traje elegante veo que usted y su familia tienen ese don —comentó Malory, alimentando el espíritu iluminado, pero sin ver que en la mente del americano parecía dibujarse un ejército de vencedores no sólo en el pasado, sino en el futuro.

La modistería estaba al lado del Teatro de La Princesa donde se presentaba *El mercader de Venecia*, con la actuación de William Charles Macready. La función llenó a Walker de alegría y desasosiego al mismo tiempo. De un lado, recordó a Scott y varias de las citas que utilizaba en *Ivanhoe*, epígrafes que despertaron de niño su curiosidad y lo llevaron a leer a Shakespeare. Al final, no fueron obras que hubiera disfrutado. Prefirió seguir sumergido en las aventuras de Robin del bosque, en las cruzadas medievales, que pensar si Antonio y Bassanio, entre líneas, entre telones, eran amantes, y de serlo, la idea no sólo

turbaba su mente, sino que era contranatura. A pesar de disfrutar las historias medievales de Scott, cuando llegaba a los inicios de capítulo con citas de Shakespeare, prefería saltárselas o tapar con un papel blanco el texto que le disgustaba e iniciar de inmediato la lectura del capítulo. El teatro del dramaturgo lo perturbaba. Le parecía ligero, disperso, libertino y hasta mentiroso. Shakespeare no ha podido escribir solo todas esas obras, decía; es el seudónimo de algún grupo de ingleses perniciosos divulgando malas ideas y corrompiendo a la juventud. Prefirió entrar a la modistería. Más adelante verá si vale la pena presenciar la obra de teatro, se dijo. Siguió con la idea de buscar un traje elegante que le diera un aire de lord inglés, un vestido oscuro que contrastara con sus ojos y lo distinguiera entre el resto de los mortales. Quiero algo impecable, sin tacha. Algo único como lo que yo represento, pensó. Poco a poco se fue cubriendo con capas de paño inglés. Camisa blanca bien almidonada, puño con mancuernas y cuello parado, faja de seda, corbatín y chaleco negro satinado de cuatro botones y el frac, con solapa a la moda y ajustada la caída desde los hombros hasta el pantalón y sin faldones delanteros que le permitiera moverse a sus anchas.

El empleado del almacén le mostró el espejo para que se viera y aprobara el nuevo traje del emperador.

—¿Está bueno?

—¿?

—¿Qué si el espejo está bueno? —insistió Walker.

El empleado lo miró desconcertado. No sabía si le hablaba en serio o era un americano más practicando el humor inglés. Sin embargo, fiel a la consigna de que el cliente siempre tiene la razón, le dijo que sí, que claro, que era un espejo veneciano hecho con cristal biselado que hacía ver a la gente tal y como era en la realidad.

—La base y el marco son de nogal tallado a mano —agregó.

Walker, seguía observando el cristal con desconfianza, con duda, como si al mirarse se fuera a perder en él. Acostumbrado a su reflejo, no entendía por qué ahora las ondas de luz parecían absorberlo. Su mente divagaba como si fuera a recibir la imagen de la culpa sobre el cristal. Por un momento vio el espejo como un plato de comida que llegaba a la mesa de Alejandro Magno, a la de Napoleón, a la suya, pero sin un probador al lado. Se acercó, miró al vendedor y le dio la vuelta al marco. Observaba los contornos, la madera, el laminado y desde este lado veía igualmente su reflejo, sólo que sentía el cuerpo como miles de filamentos de luz que se separaban y se volvían a juntar. Se asustó, pero contuvo los músculos del rostro evitando que se notara la más mínima reacción. Regreso al lado del vendedor y se miró el frac frente al espejo. Se veía radiante, luminoso. ¿Soy yo?, preguntó. El conjunto le daba un aire imponente, una luz que hablaba. Me veo maravilloso. Pero, aún no podía creer que la unión entre el cristal y el frac le dieran ese aire superior. Volvió a darle la vuelta al espejo. Tocó la parte de atrás, primero con cautela, luego, con las yemas de los dedos comenzó a recorrerlo de lado a lado y de arriba abajo, en círculos, como quien busca un veneno escondido.

—¡Quiero estrellas!

—¿?

—Sí. Estrellas, esplendor, luz. Una guía.

—Grandes representan constancia en el servicio al soberano y pequeñas, justicia del monarca hacia el pueblo.

—¡Sí! Sí, las pequeñas. Justicia y monarquía... —Walker se perdió en un mundo lejano como si su mente vislumbrara el futuro.

—¿Está todo bien? —preguntó el vendedor sin saber qué hacer con el cliente que comenzaba a intimidarlo—. ¿Quiere que limpie el espejo?

Walker, concentrado en la parte de atrás del cristal, sentía una infinidad de partículas atravesando el vidrio, se fraccionaban en forma de ondas que luego se convertían en diferentes reflejos de él. Por un momento, antes de que las ondas recuperaran su forma original, vio la proyección de su cuerpo caminar por la calles de Nueva Orleans, atravesar una selva, navegar por mares. Se vio en un juicio donde la gente gritaba, otros vociferaban, el juez daba martillazos a un escritorio mientras los amanuenses anotaban letras que se movían como hilos sobre el papel hasta cobrar forma de sentencia y veredicto. Le gustó la imagen del abogado transitando por la sala, pero se asustó con la herida en un duelo. Vio artículos de periódicos, se vio hablando con un Presidente y luego él de Presidente de un país desconocido, hasta que vislumbró a una mujer bella vestida de blanco que no alcanzó a escuchar. Mi Josefina, pensó.

—Es posible que se lo podamos vender —dijo el empleado.

—No gracias. Quiero uno más grande.

Walker pagó, se arregló una vez más el vestido y abandonó el almacén con el espíritu renovado por el traje y las partículas del espejo impregnadas en él, el brillo de los cristales en su cuerpo. Antes de iniciar la marcha hacia Glasgow, estudió en la mente los argumentos para convencer a la familia de que el Derecho era el camino indicado para él.

Malory, aburrido, no sabía qué más hacer. Aceleró las ideas para salir lo más rápido posible del visitante.

—El origen de sus antepasados debe ser noble... ¿cierto?

—Por supuesto.

—Entonces cabría un casco de caballero —y le mostró varios dibujos medievales.

—Éste me gusta —Walker señaló un casco frontal y cerrado.

—Difícil, difícil. Es para príncipes. Todo el mundo lo sabe.

La cara de Walker languideció. Los ojos perdieron brillo y desde el fondo de su corazón salió un suspiro que enfrió el ambiente de una tristeza nunca vista por el experto medieval. Antes de que el lamento se convirtiera en orden, un desvarío más de la voz chillona del visitante, Malory sugirió algo adicional:

—Pero podemos colocar este casco lateral y cerrado; representa a los caballeros y nobles como usted —dijo con énfasis en el “como usted” —. Y arriba, una corona en forma de torre para los que respetan las instituciones y el orden establecido.

—¡Perfecto! Perfecto.

—¿Algo más?

—Quiero riqueza, dinero. Poder económico —agregó, mientras se sacudía su traje nuevo.

—Ah... un gorro frigio con oro adentro.

—¡Bien! Muy bien. ¿Sí ve cómo nos entendemos? —exclamó Walter, sin caer en cuenta de que el gorro también simbolizaba la libertad que esgrimían los revolucionarios franceses que tanto detestaba, aquella *Liberté, Egalité et, Fraternité* que se le había convertido en un eco de repudio por todo lo que significaba Francia para él y para Europa, salvo Napoleón, claro está.

ANTES DE CUMPLIR LOS VEINTIÚN AÑOS, Walker trazó el regreso vía Nápoles sin dejar de pasar por Florencia y Roma, dos escalas obligadas. Además de reforzar sus creencias religiosas, quería sentir el poder y la fuerza de los elegidos: Miguel Ángel y el David, la mano de Dios posada sobre los dedos del escultor. Necesitaba ver la luz en los ojos del héroe bíblico. En uno de los costados de la Plaza de la Señoría, frente al Palacio Vecchio, Walker permaneció extasiado ante la fuerza de la escultura. Veía fundidos heroísmo y libertad, fuerza y determinación. Tiene casi mi edad, pensaba, mientras el iris se dilataba al ver la vena del cuello, la tensión de los músculos, la mirada fija en el monstruo, el enemigo invisible que derrotaría el espíritu firme de David. Solo le faltan mis ojos, dijo. Las cejas pobladas, la nariz recta y la frente arrugada le mostraban a un adolescente concentrado en su objetivo, un joven escuchando la lira de Dios, el Sí, Sí, Sí del piano celestial que él también oía. Walker bajó la mirada por el hombro derecho, como si una gota de agua se deslizara sobre la piel hasta desembocar en las venas de la mano, las ramas de la sangre palpitando asidas a la vida, a la honda, al pastoreo. La mano que enfrentaba leones y osos, la misma que encerró el guijarro certero contra Goliath. Sus pensamientos viajaron hasta el campo de los filisteos, cercenaban la cabeza del gigante que había osado retar al pueblo de Dios. En el momento en que David tomaba la espada de Goliath, Walker cayó en cuenta que estaba frente a un joven desnudo con su sexo al aire libre expuesto a los ojos del mundo. Confundió el musgo púbico con la cabeza de la medusa cuya serpiente mayor se abanicaba buscando la víctima. Walker cerró los ojos, apretó los párpados con fuerza, pero la imagen ya se había instalado en su mente. Los abrió de nuevo, y aunque evitó la mirada del reptil, reparó en un par de ojos escondidos entre el pubis entorchado de David, una especie de Eolo dispuesto a luchar a los cuatro vientos. Finalmente, a pesar de esquivar el pene del héroe, sintió culpa y curiosidad al mismo tiempo.

En el sexo del elegido veía la determinación de acabar con Goliath, la virilidad del héroe. El mío es más grande, dijo, pero no compartía el que estuviera expuesto al público. Deberían taparlo con una hoja de parra, dijo, y dio media vuelta ignorando el resto de la escultura. Es un pedazo de mármol frío, una caliza sin vida. Solo debo circuncidar el gorro frigio del escudo familiar, y se fue directo al puerto de Nápoles.

Las olas emanan palpitaciones, fragancias mudas.

La salida por el mar mediterráneo, al principio, fue más bien tranquila, no sólo porque las corrientes frías no recibían aún el enviste de las cálidas, sino por el viento de mayo. El aire acariciaba la cubierta del vapor en el que Walker regresaba a su patria después de dos años de ausencia. Pensaba en su familia, en sus hermanos y en la tía Janet. Es hora de volverlos a ver. Europa ya nos dio lo que tenía que darnos. El futuro está en América, escribió en la carta que anunciaba el regreso. Llegaré a Nueva York después de mi cumpleaños. Pero se abstuvo de dar detalles para no proporcionar pistas de impaciencia. Tampoco quería mostrar fatiga ni desilusión. Menos que supieran que sus ojos habían perdido brillo, como si una nube de tristeza y dolor se hubiera instalado en su rostro, una catarata que distorsionaba la realidad. Y mientras seguía el borde de la costa mediterránea, Walker, al buscar el reflejo del atardecer en la popa, recordó las luces de Alemania, el brote de ideas en su mente en ciernes.

—Nuestra monarquía ha logrado mantener el poder —dijo Schultz, un viejo conocido del maestro Lindsley que incursionaba en política y cócteles—, pero el equilibrio no ha sido fácil por los tiempos que vivimos y las manifestaciones políticas.

—Entonces deberían reprimirlas —acotó Walker.

—Lo hacemos, lo hacemos, pero el aire revolucionario se expande como un gusano que se contrae y se alarga con lentitud.

—Pueden construir alianzas con las clases privilegiadas —dijo Walker, haciendo alusión al equilibrio logrado por Metternich en la confederación germánica—, de lo contrario. seguirá existiendo el peligro de desintegración por culpa de los ideales franceses que continúan expandiéndose por Europa.

—¡Claro! ¡Lo hacemos! ¿No es cierto querido Otto? —señaló Schultz, y dirigió la mirada y la copa de vino blanco hacia un joven que veía los ojos de Walker con curiosidad. No ocultaba la sorpresa frente al contraste de las ideas y la firmeza de las sentencias del muchacho americano que perdían elocuencia por el tono infantil de la voz. Schultz los presentó haciendo énfasis en el origen noble y burgués y en las propiedades de los padres de Otto. Eran reconocidos por ser grandes terratenientes del noreste de Berlín y una de las zonas más prósperas de la Confederación.

—Mucho gusto. Otto von Bismarck de Schönhausen.

—William Walker de Nashville, herederos de Glasgow.

Los atardeceres en el mediterráneo se distinguen, en esta época del año, no sólo por la niebla y el salitre que acompañan la caída del sol, también por los vientos de la Tramontana. El vapor pasó de la tranquilidad al vaivén que le producía la brisa. Muchos de los pasajeros preferían dormir en sus camarotes hasta que la ventisca mermara. Walker metió la mano a su bolsillo. Encontró de nuevo el pañuelo de Catherine, la fragancia del regreso. Volvió al camarote.

La niebla va y viene, desfila en el ojo de la escotilla.

Recostado en su cama, leía la victoria de Josué sobre los amorreos. Por momentos pensaba que quizá la borrasca podría convertirse en grandes piedras de granizo. El temor no existe mientras no lo lleves dentro. Se santiguó mientras cavilaba en Josué deteniendo el sol y la luna, el Sol, Sí, el sol detenido sobre Gabaón. Sol, Sol, Sol, sobre cubierta y regresó a la proa pensando que ya no solo escuchaba las notas celestiales, sino que quizá vería la luz suprema. Oteó a babor, a estribor, a popa, pero nada. No había luz, solo la imagen del sol anaranjado detenido sobre el horizonte y dos dragones pintados que ahora peleaban entre sí con sus lenguas de fuego alejando el viento de la cubierta.

—Otto parecía haber sido picado por la política —agregó Schultz— y creo que está por abandonar los negocios familiares para hacerse delegado en la dieta prusiana.

—Exagera, exagera. Por ahora me considero un ferviente conservador nacionalista que ha comprendido la historia en su verdadera dimensión.

—¿Y cuál es esa “verdadera dimensión”? —preguntó Walker.

—Las grandes campañas militares —dijo Bismarck, con voz pausada y firme, a pesar de que su edad no superaba los treinta años—, y creo que si la unión alemana no se logra con ideas y oratoria, será necesario a punta de sangre y acero.

—Por favor, Otto..., qué exagerado —dijo Schultz.

—No te preocupes, querido amigo. Soy consciente de que un joven como yo, salvo contadas excepciones, sea por talento o genialidad, debe tener la cautela de no actuar en política antes de los treinta años.

Walker pensó en los nueve años que le faltaban si seguía los criterios del germano. Sopesaba las frases como un eco que se instala en el cerebro en forma de larva anidada con comodidad en el calor de las ideas hasta que maduran lo suficiente para convertirse en la mariposa de sus sueños.

—Sólo a esa edad se termina de formar la mente y la voz.

—¿La voz? —preguntó Walker.

—¡Claro! El pueblo siempre se entrega ante las arengas. El poder de la política está en la oratoria —agregó Bismarck cautivando la atención del joven Walker ya extasiado por el tono sólido del alemán—. El vulgo es como una mujer: actúa no por lo que piensa sino por lo que siente en el momento. Es más propenso a la sensualidad anímica que a la reflexión —concluyó, haciendo énfasis en la última frase.

Se agita. La niebla, como una musa, invade la noche.

Antes de acostarse, leyó el pasaje de Daniel en el foso de los leones. Él mismo se vio en la cueva orando mientras los sublevados rugían. En el duermevela, los papeles se invirtieron y Daniel arrojó a los charlatanes al foso de las bestias que se dieron su buen festín. Walker sonrió. Unos revolucionarios menos, dijo, mientras volvía a ver a Catherine vestida de blanco y sin fiebre. Los dos caminaban por el Coliseo romano. Venían de visitar las cuevas de los leones hambrientos.

—Pobres cristianos —dijo ella.

Él no escuchaba. Con la mirada seguía la ruta de la mano derecha, las venas delicadas, el color almendra y los vellos oscuros del brazo; sentía como debajo de la piel transitaba la sangre y viajaba hacia el corazón de la joven y el palpitar conocido. Recorrió el hombro y al observar la curva de piel en el cuello que sostiene la cabeza, escuchó voces de ángeles. Volvió a ver el rostro, ya más rozagante, las cejas, la nariz y se encontró con los ojos que lo interrogaban esperando la respuesta. Una respuesta..., debo responder, debo decir algo.

—Todos no eran buenos cristianos —dijo Walker—. Hablaban mucho y oraban poco.

La muchacha arrugó la frente, lo miró con determinación, como David a Goliat, y se silenció durante el trayecto en que recorrieron el interior del Coliseo. Walker no sabía como recobrar la voz, romper el hielo, ver la sonrisa, los hoyuelos que lo cautivaban. Mientras pensaba en algo recorría la silueta y el vestido blanco de Catherine. Salieron al prado. A la izquierda veían el arco de Constantino mientras al frente solo pasto y piedras, ruinas de historia que le dificultaban la marcha en medio de las joyas arquitectónicas que deleitaban los ojos de la joven. Ella estaba feliz. Se sentía en un museo al aire libre, gozaba del viento, de la luz sobre las piedras, de los arcos contrastados con el cielo azul. Luego tropezó. Walker evitó que cayera y vio la oportunidad para romper el hielo.

—Deberían construir un camino entre estas ruinas —dijo—, una ruta que permita llegar sin tropiezos al Coliseo y llamarla *Via dei Fori Imperiale*.

Catherine lo miró con enfado, pero Walker no entendió. Y ahora que dije, pensó. Prefirió seguir caminando sin decir nada. Luego se volteó de lado reacomodando la almohada más hacia la nuca para dormir mejor. La visita al Coliseo y Catherine se esfumaron con el cambio de posición, como un sueño que se evapora y no se vuelve a recuperar.

—¡Sí! Más emoción que razón —repitió Walker.

Los tres rieron, pero quedaron con la idea enterrada en la mente como uno de los diez mandamientos del poder tallado en un manual de política avanzada.

—Pero bueno, como aún tú y yo somos jóvenes en formación: preocúpate por participar en pequeños círculos antes de actuar en grande, así conoces la moralidad y las concepciones... te darás cuenta que son a menudo infinitamente primitivas —dijo Bismarck y se despidió de Walker y Hans Schultz.

—Llegará lejos.

—Ya lo creo —confirmó Walker, mientras pensaba en cada una de las frases de Otto y se preocupaba por su tono de voz, su flauta dulce poco propensa a la oratoria y las arengas. Sentía, de la misma manera, un deseo de regresar cada vez más fuerte, como si el aleteo de su corazón le dictara el camino y la ruta indicada. La mariposa necesitaba salir de su crisálida para reunirse con los suyos e iniciar una nueva etapa de su vida: el derecho y la política.

Devora, captura, ruge sobre el amor escondido.

Navegó de nuevo sobre el camarote, cambio de posición hasta encontrar de nuevo a Catherine. Esta vez le hablaba de Rómulo y Remo, le contaba la historia de los dos hermanos abandonados sobre el Tiber.

—Como Moisés en el Nilo —dijo Walker.

—Sí. Solo que a los dos hermanos, antes de que se ahogaran, los salvó una loba que los encontró mientras calmaba la sed en el río. Luego los llevó a su guarida y los amamantó.

—Como la hija del Faraón y la nodriza con Moisés.

—Sí.

Walker divagaba feliz con la historia y la voz de la joven que había roto el silencio, que le hablaba como si fueran dos viejos conocidos. No había enojo ni malestar en la historia, sólo el calor de Rómulo y Remo, el placer de los dos hermanos amantados por la loba. Antes de que la muchacha terminara de contar la adolescencia de los jóvenes, de cómo, cuando crecieron, regresaron al sitio donde fueron abandonados para fundar la ciudad, Walker se vio como Rómulo y a ella como Remo. Se deleitaba con la leche de la loba, saboreaba las mieles del crecer hasta el momento en que no hubo Remo sino Billy amamantado por la muchacha que le mostraba sus senos. Muerto de sed, chupaba, extraía, bebía sin pausa hasta crecer ya

no para saciarse con los pezones de la vía láctea sino para deleitar su lengua sobre la areola parda y firme de Catherine.

Despertó sobre exaltado, confuso, pero creyó ver la luz.

—Necesito mi Josefina, dijo

El perro, al sentir el olor a pólvora abandonó la lora. Había perdido el entusiasmo por el agitar de las patas y por el sabor a derrota que invadió la plaza.

—¡El siguiente! —escuchó—. ¡Apunte!

Segunda parte

WALKER DESEMBARCÓ EN NUEVA ORLEANS un martes que hacía sol con una maleta en la mano derecha y otra en la izquierda. Parecía una balanza andante, como si la escultura de la justicia cobrara vida al bajar del barco. Farquharson no aparecía. El muelle mostraba actividad, pero sin rastros de su amigo. Quizá no le llegó mi carta, pensó. Siempre ha sido puntual. Cansado de esperar en el puerto caminó hacia la plaza central. La luz caía con fuerza sobre los tejados, se descolgaba y tejía sombras entre los balcones de hierro forjado y el piso. Terminó protegiéndose bajo un alero de una casa esquinera. Esperaré aquí. Escuchaba el ruido de los transeúntes mezclado con el olor de las chimeneas de los vapores, los vendedores ambulantes y la algarabía previa al carnaval. El viento arrastrado por el Missisipi antes de ir a depositarse en el mar rozaba su rostro. Sentía dedos en la nuca, un soplo en el cuello, las venas del David recorridas por una mano mágica. Pero a pesar del viento, solo, en la esquina, con sus dos maletas, se veía como el retrato de un joven a la deriva en una ciudad desconocida. El reloj de bolsillo marcaba las cinco y media de la tarde. Las sombras largas y acostadas anunciaban la noche. Vio las dos maletas proyectadas en el piso. ¿A qué horas vendrá? Espero que pueda llegar. A lo lejos alcanzó a ver una silueta que cruzó una calle y volteó a la derecha hasta perderse de vista. No era él. Comenzó a contar los transeúntes para entretenerse, luego el tiempo que se gastaba cada carruaje en atravesar la calle de una esquina a otra. Enumeró las chimeneas de los vapores, midió la altura de las columnas de humo. Llegó la noche. Siguió contando carruajes. Ese gastó unos veinte segundos, aquel trece, debe ser el del correo. Pasó otro con dos damas que habían cerrado las sombrillas de sol. No tienen prisa. Intentó ver los rostros pero la oscuridad se lo impidió. Ya no había sombras, sólo crepúsculo. Miro de nuevo el reloj. Apenas habían transcurrido veinte minutos. ¿Será que vendrá? Un ligero viento y el cansancio comenzaron a inclinar la balanza de maletas. Decidió

depositar la derecha en el piso, luego la valija de la mano izquierda y se recostó contra la pared. Recogió una hoja de castaño. Observó sus venas, el color. Sintió la textura, que bella, dijo. La vida, pensó, hasta que llegó la sensación de incertidumbre al no saber a dónde ir, la inestabilidad que da el haber confiado la vida a alguien que no llega. Todo parecía haberse ido dormir, menos Walker. Volvió a mirar el reloj. La aguja sólo se había movido diez minutos. Se sentó sobre la maleta derecha tratando de descansar. Se mecía hacia delante y hacia atrás evitando el tedio. Por qué no le hice caso al cochero. Me hubiera llevado a la casa de Farquharson o a un hotel. Pero si la carta la envié hace un mes y medio, tuvo que haberla recibido. Maldijo y luego se persignó. Pidió perdón antes de blasfemar de nuevo. Una silueta volteó la esquina y camino derecho hacia él. Ahí está, ese es, pero siguió de largo. Miró el reloj. ¡Me voy! Y la estatua sin venda comenzó a errar por el barrio francés con las dos maletas que se inclinaban indistintamente hacia un lado o hacia otro. Se veía como un cojo con el cansancio a cuestas. Sudaba. Se llevó la mano a la camisa que le había regalado la tía Janet. Tocó las costuras. La noche no sólo se había apoderado de la ciudad, también de él. Se había convertido en una silueta invisible bajo un firmamento sin luna.

—¿Qué vas a hacer en Nueva Orleans?

—Estudiar, tía. Graduarme como abogado.

—Estudiar y estudiar —repitió la tía—. ¿Acaso ya no has estudiado lo suficiente? Primero ibas a ser pastor, luego médico, ahora abogado. En algún momento tendrás que sentar cabeza —y se le fue acercando. Movía los labios, el de abajo más largo y delgado, el de arriba más arqueado—. Ya es hora de que comiences a pensar en tu vida, establecerte, conseguirte una buena mujer, tener hijos.

Mientras lo aconsejaba, la tía Janet posó la mano sobre la mejilla. Walker la sintió tibia, no sólo en el rostro. La calidez de los dedos se esparció por su cara mientras el anular

rozó el borde del labio inferior. Tuvo ganas de tocarlo con la lengua, de humedecerlo, beber de él. La suavidad de su mano pasó a la nuca y él creyó que un relámpago se convertía en corriente que descendía por la columna, se propagaba por las costillas y se depositaba en el corazón. Tengo frío, tengo calor y el corazón me hace boom, boom. La miraba a los ojos y ella le sonreía, esta vez con los labios más alargados.

—Tienes un futuro brillante. Has recibido mejor educación que tus hermanos y posees una facultad especial para escribir, para conseguir con las palabras lo que quieres, para seducir con lo que escribes —y acarició la mano derecha—. Pareces poeta. No sabes cuánto nos gustan los poetas. ¡No dejes de escribir! Nos llevarás lejos. Quizás un día te acompañe.

Esta vez ella colocó la mano de Walker sobre su mejilla, la aprisionó y él estiró el dedo anular repitiendo el gesto de la tía. Ella lo tocó con la punta de la lengua, como si una pluma lo rozara y le retiró la mano de la mejilla. Lo besó en la frente y se fue hasta el closet. La puerta de madera del armario alcanzó a chirriar. Entre su ropa sacó una camisa blanca.

—¡Toma! Es de hombre, pero la he usado para dormir. Siempre me trae felices sueños. Te dará suerte y protección. Atraerá el amor —se la entregó y lo estrechó entre sus brazos. Le rozó sus senos en el pecho. Lo volvió a besar, esta vez en la mejilla, apenas tocando con los labios delgados el borde de los de Walker. Lo suficiente para que sintiera la humedad de la piel blanda y rosada, para que el destello del relámpago hiciera retumbar el corazón, para que quedara con el deseo, ya no de tocar el dedo anular de la tía, sino abarcar su boca.

—Te traerá buena suerte —repitió—, estoy segura de eso.

El carruaje que había tomado para ir hasta la casa de Farquharson ya estaba de regreso. Su amigo no sólo no había aparecido en el puerto, tampoco estaba en casa. Tendré que pasar la noche solo.

Al Hotel Planters le crujían los balcones de madera. Su fachada de dos pisos mostraba vestigios del pasado mezclados con el presente. Walker entró sin más opción. La necesidad lo llamaba a refugiarse antes de que se hiciera más tarde, de que la noche cubriera sus pensamientos. Los pasos sobre la madera emitían voces.

—¿Qué quiere? —preguntó el conserje.

La habitación que tomó daba hacia la calle mientras la bañera estaba al final del corredor. No le agradó mucho la idea de atravesar un pasillo. Al caminar, el piso de madera rechinaba. Parecía escuchar el ulular de un búho. Escasamente veía el temblor de la llama de una lámpara sobre la pared del corredor. Necesitaba un baño, un descanso sumergido en agua, ahogar sus pensamientos y dormir. Las gotas que escurrían de su cuerpo en el momento de salir de la tina le recordaron la imagen de Janet surgiendo del río. La tía desnuda lo perseguía, como si el olor de la camisa que le había regalado la hiciera omnipresente. Rememoró esa tarde. Él, oculto entre los matorrales del río que atravesaba el rancho de su padre, observó como el amarillo del sol brillaba sobre su piel. La sombra de las ramas y la hora le daban un tono canela claro mientras su pelo negro se movía por la espalda como una ola en baja mar. Inclínaba el cuello para tomar con sus dos manos el pelo y escurrirlo. Al principio nació un hilo de agua, luego logró contar las gotas hasta detenerse en los senos, en los dos pezones que había sentido en su pecho, en las dos puntas duras que se hundieron en el abrazo de despedida. Te traerá buena suerte, recordó la voz, casi tan suave como la piel bañada por el sol del atardecer. A tu hermano también le regalé una camisa. Siempre me escribe diciendo lo bien que le va, había dicho.

Pensó en las palabras de Lipscomb: La tía Janet tiene la fuerza de un huracán y el andar discreto del silencio, salvo cuando monta a caballo. Se acerca sin sentirse. Cuando habla, unas veces lo hace con suavidad, como si una nube te abrigara y otras veces fuerte,

como el aguijón de una avispa. ¿Ya te bañaste?, o ¡Ve al establo y trae leña!, decía, pero más me gustaba cuando nos bañaba de pequeños. Mamá, por su enfermedad, lo hizo pocas veces, pero la tía deslizaba la esponja sobre nuestro cuerpo. Pintaba una escultura. ¿Te acuerdas?

—¡Qué músculos! Te estás volviendo hombre, mi pequeño Lipscomb. Creo que pronto no podré volverte a bañar —yo la miraba con tristeza cuando me decía eso—, pero por ahora levanta el brazo y te limpio las axilas. ¡Mira que brazo! Te estás volviendo más fuerte que Billy —me decía, y luego jabonaba la pierna derecha, la izquierda, los brazos—. Tienes que limpiarte muy bien el ombligo —y colocaba el índice en el pequeño remolino del estómago, como si quisiera sacar la mugre dándole vueltas, agitando olas y me recorriera las cosquillas. La tía sabía eso, cerraba los ojos y luego cambiaba de tema, no sin antes hacer algún comentario sobre los hombres y cómo debíamos tratar a las mujeres. Ella sueña con el amor, a pesar de que en su rostro siempre hay un dejo de tristeza—. Yo creo que hubiera querido ser hombre. Ustedes todo lo tienen más fácil, decía —luego me secaba y me mandaba a dormir con un beso.

—¿Qué bonita está la tía? —recordó las palabras de Lipscomb.

Su hermano acababa de enrolarse en el ejército.

La algarabía del puerto lo despertó. El viento del río traía las cornetas de los vapores, el galopar de los carruajes en su ir y venir, la alegría de una ciudad con vida, como si cada jornada fuera una fiesta, un carnaval. No sabía si el desahogo de la gente era un exceso. Prefirió concentrar sus fuerzas en buscar a Farquharson, mirar sitios dónde vivir y establecerse. Primero tomó la vereda al borde del río. El aire lo refrescaba, pero el tumulto de gente y el agite del descargue sobre los muelles lo hizo cambiar de rumbo, adentrarse en la ciudad y tomar una vía alterna. Se encontró de frente con la iglesia presbiteriana. Acaba de

terminar el oficio y los feligreses se despedían entre sí. Comenzaba a huir de un tumulto para encontrarse con otro. Tengo que ir a misa, recordó. Sentía urgencia de encontrar al amigo, el Farquharson de Nashville que lo había abandonado en el puerto a su llegada, pero sus pensamientos se extraviaron cuando vio salir a su Josefina de la iglesia. No pudo contener la emoción. Se sintió levitar por la imagen de la joven debajo del arco de la entrada principal. El sol llegaba de lado y aumentaba la luz de la muchacha. Walker paró. No quiso ser evidente. Avanzó un poco hasta voltear por la siguiente esquina y verla desde el borde sin que fuera descubierto. Delineó sus cejas arqueadas como el labio superior de la tía Janet. Oscuras, profundas, pobladas. Sus ojos, se veían más negros con la luz del sol, como si el iris se hubiera cerrado totalmente para protegerla de cualquier deslumbramiento. La joven reía y hacía venias de despedida a los otros feligreses. Se cautivó con la sonrisa. Imaginó su voz viajar por el aire, decirle un ¡Hola! Y continuar el trayecto hasta el interior de su corazón. Un perfume de cadmia ingresó directo hasta la parte del cerebro donde los recuerdos no se olvidan. El traje blanco reflejaba la luz hasta hacerla más visible, más brillante, casi encandelillaba sus ojos. Observó sus manos. Vio cuando retiró el guante derecho. Ella tocaba su rostro, recorría la mejilla y palpaba sus labios.

—Siempre imaginé este momento —dijo.

Sonrió. Le acarició el rostro queriendo iluminar los ojos grises de Walker.

Imaginó que se acercaba a ella. Un saludo con un beso en la mejilla, un roce que con el tiempo se prolongaría. Viajaría hasta el borde de sus labios. Los sintió sobre los suyos. Los vio iguales a los de la tía Janet. Su corazón se aceleró. Tuvo calor y frío hasta convertirse en un boom, boom que desapareció. Un transeúnte tropezó con él. Walker quiso esconderse cuando se sintió ubicado por uno de los feligreses.

—Perdón —dijo—, y regresó la vista. La joven salió acompañada de varias personas. Es de una familia numerosa, pensó. La siguió con lentitud mientras se dirigía hacia el este de la ciudad.

—¿Tía, cómo enamoró a una musa?

Tomaban la misma dirección a la que él iba. Los siguió cuadra y media hasta que se subieron a un carruaje. Partieron. Se quedó quieto, de una pieza, congelado en medio del calor de la mañana. Los vio partir como si se alejaran entre los rieles de la vía del tren. Su sombra se proyectaba en el piso. Sin maletas. Una única y sola mancha oscura que seguía la misma ruta del tren. Cruzó los brazos y creyó que la sombra lo miraba. Una estatua de piedra se derretía sobre el piso.

—Regálale un cuadro —respondió la tía—, una flor.

Walker recogió los escombros de su sombra y volvió hacia la ruta del río. Necesitaba aire, viento, refrescarse en medio del calor. Esta vez poco le importó el barullo del puerto. Caminó entre los estibadores, entre los negros cargando las balas de algodón, el azúcar, el cacao, entre frutas venidas del Caribe. No escuchaba el vapor de los barcos. Después de quince minutos comenzó a abandonar las bodegas de ladrillo. Se acercó a una zona más residencial. Al encontrar la aldaba sobre la puerta principal del conjunto de casas de la calle Julia 131 miró hacia atrás, buscó la nave principal de la iglesia y tocó la puerta. Farquharson reconoció la presencia física de Walker, pero no su espíritu. Lo vio en otro mundo. Lo saludo efusivamente, pero él escasamente dijo “Hola”.

—Creí que llegabas mañana.

—Llegué ayer.

—Entonces escribiste jueves en tu carta.

—Puse martes.

Farquharson reconoció de nuevo al Walker del colegio y de la universidad. Tenía el rostro seco con la respuesta, aunque algo enajenado. Con el saludo se dio cuenta que conservaba los aires de la época de estudiante.

—Espero que no estés molesto —dijo.

—¡No! Te equivocaste y ya.

No le quiso llevar la contraria. Lo invitó a seguir. Atravesaron la entrada hasta el patio principal con una fuente de agua y varias plantas de plátano en los alrededores. Luego se dirigieron hasta una de las casas de tres pisos en la que vivía su amigo.

—Debes tener sed —le alcanzó un vaso con agua—. Pareces insolado.

—¡No! Vi una musa —y sonrió. Los ojos brillaron. Una mirada que Farquharson nunca había visto desde que lo conocía.

Le gustaba como se iluminaban sus ojos. Ella tocaba su rostro con delicadeza, como las teclas del piano.

Tenía una mirada nueva y en la sonrisa, un dejo de relajación. Le veía el entusiasmo que superaba los discursos teóricos y las elucubraciones. El amigo recordó cuando Walker citaba a Platón en clase, se refería a Esculapio, especulaba de la medicina del renacimiento o recitaba apartes de la Biblia de memoria. No era el que discutía con los profesores con voz pausada y un insoportable dejo de autoridad. Parece caído de las estrellas, pensó Farquharson. Por un momento llegó a creer que Walker, en efecto, se había encontrado con una musa verdadera o hasta un ángel de alas, rizos dorados y la aureola sobre la cabeza.

—Y que dijo —preguntó en tono serio intentando saber de qué hablaba.

—Nada. Sonrió, se montó en un carruaje y se vino en esta dirección.

Farquharson observó el rostro que seguía perdido en algún lugar del Universo, luego dirigió la vista hasta su escritorio donde estaba la carta de Walker, el papel donde había escrito que llegaba el jueves. Claramente decía jueves. Optó por hablar sobre las musas.

—¿Y por qué se montó en un carruaje? —preguntó—. ¿Acaso las musas no son como los ángeles y vuelan?

—¡Robert! Hablo en serio. Sabes a la perfección lo que es una metáfora, de lo contrario tus padres perdieron el tiempo contigo —reviró Walker—. ¡Hablo en sentido m e t a f ó r i c o! —insistió—. Lo que te quiero decir, Bob, es que acabo de conocer a la madre de mis hijos.

¡Aprende a tocar piano! —insistió la tía.

Una musa,

Luz hecha vida,

El Olimpo.

—Es eso a lo que me refiero con sentido metafórico. Una musa en tierra mundana. Con ella me siento en el cielo. En cuanto la vi, tuve que detenerme, dejar de caminar, como si hubiera encontrado a la mujer de mi vida. Confieso que llegué a imaginarla saliendo de una perla. No fue un sueño. Es una imagen recurrente. La siento venir hacia mí. La volveré a ver. La iglesia es un sitio de encuentro. Si entre semana va al templo, con mayor razón lo hará el domingo. ¡Ahí estaré!

Farquharson estaba petrificado escuchando la voz enajenada de Walker. No sabía si hablarle de la carta, de sus proyectos en Nueva Orleans o del alojamiento que quería buscar. Observó como los ojos orbitaban alrededor de los pensamientos y se llegó a preguntar cómo era ella.

—¿Cómo quieres que te la describa? Era una luz. Sólo eso. No te puedo decir alta, delgada, pelo largo, ojos negros y cejas pobladas, ni que tenía la boca afrutada y el corpiño bien ceñido al pecho. Eso déjaselo a las malas descripciones de los franceses. Ella era sólo luz. Con eso basta, simplemente luz. Cierra los ojos y piensa en un hada, como en los cuentos infantiles.

—Veo que soñarás esta noche con ella.

—No hay necesidad de soñar con ella. ¡Está ahí!

El amigo aprovechó para cambiar de tema, para preguntarle por la posada y dónde había pensado dormir.

—En realidad el sitio donde estoy es algo lúgubre. Tiene un conserje que ladra, un piso que parece desarmarse y no es extraño que los vecinos o yo mismo tenga que matar alguna cucaracha. Anoche me despertó un par de zapatazos contra la pared, pero bueno, que se podía esperar por un dólar y medio. No tenía a dónde ir. Cuando vine hasta acá nadie supo darme razón de dónde andabas. El médico no está, fue todo lo que me dijeron. Tú no fuiste a recogerme.

—Lo siento. Me confundí con tu carta, pero puedes venir a dormir acá.

—Qué bonito piano —comentó Walker al escuchar las notas que entraban por la ventana.

—Es la vecina. Toca todos los días.

—Sí tía, me dijo que se había enamorado en Nueva Orleans. Que es una joven de buena familia.

—No te preocupes —dijo—, podemos buscar otro lugar donde te sientas cómodo, pero sabes que puedes venir a mi conjunto. Acá hay espacio para dos y estoy seguro que a tus padres les agradara saber que compartes con alguien conocido.

Espero que le vaya bien. Algo he querido enseñarle, pero tu hermano es más impetuoso que tú. Sin embargo, es hábil e inteligente y con los años se ha vuelto más atractivo. No tendrá problemas.

Walker, dos días después, sumergido en la habitación del Hotel Planters, terminó de empacar de nuevo su Biblia de Maguncia, siete cartas de la tía Janet, un atado de correspondencia con los padres, una recomendación de juez Whitford amigo de la familia y otras dos de Edgard y Andrew Swing, los directores de un bufete de Nashville y se mudó al exclusivo conjunto de trece casas donde vivía Farquharson. Las viviendas en ladrillo, adornadas en sus fachadas con enredaderas, daban un ambiente londinense, un aire de madre patria que lo llenó de confianza. Me siento en casa, pensó. Ahora sólo me falta buscar mis tutores y que el domingo llegue pronto.

—La conoció en la iglesia. Dice que es un buen augurio.

Se puso la pijama y entre las cobijas leyó un salmo: Dios da a los solitarios un hogar donde vivir, libera a los prisioneros y les da prosperidad. De un soplo apagó la luz. Sus pupilas se fueron acostumbrando a la oscuridad hasta ver el azul de la luna atravesar la

ventana. Una melodía se reflejada en un lago, como si danzara sobre las pequeñas ondas de agua producidas por el nado de una hoja de nogal dormida. Se sentía plácido, liviano. Cayó en cuenta que la sensación de placer era producida por las notas del piano que escuchaba a lo lejos, por el Do, Re, Do de *Claro de Luna*. Su corazón tocado por la música, una pluma de arco iris sobre su pecho. Más allá de los colores proyectados en la cortina de agua, recordó que había escuchado la misma melodía en su viaje de regreso, sólo que ahora las notas no se movían con el vaivén del mar. Sentía un mundo enmudecido, silencio en sus pulmones para dar paso al vuelo sutil del Mi cuando se convierte en Sol. Sobre la fuente, ya no había una hoja de nogal emergida sino una mariposa flotando sin mojarse, el insecto parecía brincar sobre cada nota, fundirse en el piano, sentir la sutileza de unas manos transparentes que acariciaban el Si, Sol del teclado. Walker imaginó la mano de Dios en su pecho, su música en el corazón, viajó hasta el instrumento y vio como una joven vestida de traje largo y blanco, casi transparente, navegaba sobre el piano. Las manos se deslizaban sin tocar las teclas, sólo el aire entre los dedos de la muchacha y los pulsadores, un aire caliente que vibra como un espejismo en el desierto. Veía el trayecto de las clavijas hasta el martillo para terminar acariciando las cuerdas del arpa, como si una lira se hubiera depositado en su pecho y tocara una nueva melodía: las mieles de Nueva Orleáns. Con los dos últimos Do, Do del primer movimiento durmió abrigado por su propia sonrisa.

—Ya te dije que es el piano de la vecina.

—Y está aprendiendo a tocar piano. Siguió tu consejo tía. Dice que es algo maravilloso. Que cuando roza las teclas, siente que es magia en los dedos, como si en cada pulsión el aire se convirtiera en la voz de Dios. Progresó lento, pero está seguro de tocar algo pronto que sea digno de él. Dice que lo que le parece increíble es cuando comienza a jugar

con las escalas y las repeticiones. Al principio parece sencillo, pero cuando tiene que combinar ambas manos y manejar los tiempos, a veces cree que las corcheas se le escapan. En todo caso progresa. Lo hace bien y creo que para navidad le escucharemos su primer concierto. Al menos uno o dos movimientos de las suites sencillas de Bach. Pero está seguro que después de eso seguirá con Beethoven. Dice que tiene que llegar a dominar *Claro de Luna*. Con esa luz en sus manos será feliz.

La noche de navidad Walker había vuelto a escuchar el piano. Las notas, ya no sólo de Beethoven, sino también de Bach, lo habían obnubilado hasta el punto de ser él, esta vez, el que flotaba sobre el lago bajo la luz de la luna. Sentía que una bandada de garzas blancas iluminadas por el azul de la noche lo levantaba de su cama para transportarlo a uno de los prados de Apolo hasta donde la musa de la música. La melodía lo llevó al marco de la ventana. Las notas seguían siendo sutiles y cercanas. Venían de alguna casa vecina. Miró las diferentes ventanas, pero solo vio dos primeros pisos iluminados, uno al frente, donde varios coches esperaban a sus dueños y una sala de otra casa más lejana. Volvió a su lecho y durmió arrullado por los acordes. Construyó un colchón donde el cuerpo encajaba perfecto y la melodía ondulaba sobre su piel, como caricias.

—¿Y la muchacha qué dice?

—Nada, tía —respondió Lipscomb—. Es sordomuda.

EL ÓLEO CAFÉ, SOBRE EL LIENZO DE RIBONI, delineaba el marco de una puerta que se abría hacia el balcón del jardín lateral de la casa de los Martin. Recubrió con un verde oliva y claro las hojas del sauce que daban sombra en la esquina derecha y trazó un camino de arena en la parte alta del cuadro, un sendero que se perdía en el mar. Perfiló unos árboles pequeños sobre la colina en el lado izquierdo y le dijo a Ellen que ahora sí se quedara quieta.

—Mira hacia el espejo y sube el brazo derecho encima de la cabeza, como si te estuvieras arreglando las flores del pelo —dijo el pintor, modulando los labios y reforzando la instrucción con varios gestos de mano.

Ellen arrugó un poco la frente al observar los labios gruesos de Riboni. Parecía no entender la señal. Se sentó de lado, con la mano izquierda sosteniendo el sombrero, al tiempo que levantó la izquierda según las indicaciones del pintor. Su cuello quedó ligeramente torcido para poder ver el espejo a la derecha, la cintura y el resto del cuerpo miraban hacia el marco de la puerta.

—Así. Perfecto —exclamó Riboni, satisfecho con la pose—. Ahora no te muevas, al menos hasta que termine el brazo.

El pintor tomó el óleo blanco y dibujó los bordes del vestido. Luego, con una escobilla más delgada, iluminó el brazo levantado. Pintó la mano arriba, casi a la altura del sauce, con tres dedos al aire mientras el pulgar y el índice sostenían una pequeña flor amarilla. Ellen amenazaba colocarla sobre su pelo para terminar el moño. La fatiga movía un poco el brazo de la joven.

—¡Quieta Ellen! Falta poco —insistió Riboni.

Trataba de sonreír, pero al cabo de un rato el brazo en lo alto parecía no aguantar la pose. El cuello también daba muestras de fatiga y sentía que la cabeza se inflaba hasta

reventar por el olor a trementina que había invadido la sala de la casa y por la tensión de estar mirando sobre la derecha mientras el resto del cuerpo seguía apuntando hacia la izquierda. Con los ojos hizo la señal de si falta mucho. Suspiró.

—¡No! No. Tranquila. Solo estos trazos. El resto lo tengo en mi cabeza y en los bocetos,

Y en efecto, el cuadro estaba en la mente de Riboni, en la paleta y en algunas líneas en carboncillo que había dibujado. El boceto del espejo sobre la izquierda no era complicado para el artista, un juego de claroscuro y algo de trementina sobre las zonas del marco. El vestido largo de Ellen ya estaba definido y el toque final se resumía en las sombras de los pliegues a la altura de los tobillos, en la flor amarilla sobre la cintura y en el rostro, la parte más difícil.

—Perfecto. Descansemos un poco antes de que la luz se vaya —dijo Riboni, preocupado por la hora y la necesidad de terminar el cuadro.

Cuando cayó la noche y se acercaba la hora del oficio, caminó hasta la Primera Iglesia Presbiteriana de la ciudad, cerca del nuevo edificio del ayuntamiento inaugurado hacía poco tiempo. Aún huele a nuevo, dijo. Al llegar al templo, antes de entrar, siguió con sus ojos la torre gótica hasta desembocar en un cielo despejado lleno de luces, como quien espera un mensaje. Fijó la vista en el cazador. Orión estaba en su esplendor. Brillaba con firmeza en medio del frío. Walker recordó que el héroe griego había estado enamorado de la bella Merope a quien pidió en matrimonio, pero como el Rey Enopión y padre de la joven no daba su consentimiento, intento abusar de ella y fue cegado y exiliado a la isla de Creta. Orión recuperó la vista y volvió a quedar enamorado, pero esta vez de la cacería y la diosa Artemisa. Salían juntos en busca de ciervos y aves. Hacían concursos de tiro y se bañaban en las fuentes de la isla hasta que el cazador, seducido por el cuerpo desnudo de la diosa, intentó

poseerla a la fuerza. Artemisa, enfurecida, soltó un escorpión que lo mató. Zeus, triste por el fallecimiento del gran cazador, lo convirtió en constelación a pesar de la ira de su hija agraviada. Ella, con sus poderes, quien también convirtió en estrellas al escorpión para que continuara la cacería de Orión y no fuera a ultrajar a las jóvenes del cielo. Walker reflexionó un poco mientras entraba al oficio de Navidad. Pensó en Merope, en Artemisa, en la picada del escorpión y se quedó tranquilo a sabiendas de que el animal venenoso sólo se podía observar en el firmamento a partir de abril, así que el cazador podía seguir su ruta por los cielos de diciembre.

Riboni, guardando las proporciones del cuerpo, pintó un ovalo inclinado sobre el hombro derecho. Dentro del mismo, delineó las cejas, los ojos negros, las pestañas y trazó una nariz pequeña y recta que se anchaba un poco a la altura de las fosas nasales. Luego, con el carboncillo, detalló una boca fina que recubrió con óleo carmesí y finalizó la cara con el mentón terminado en punta. Se esforzó bastante a sabiendas de que los retratos no eran su fuerte. La fama adquirida en Nueva Orleáns se debía a sus paisajes y al manejo de los verdes y azules propios de la Europa mediterránea. Por eso, para ocultar algunos pequeños errores en el dibujo del rostro de la joven y la frustración de no haberle podido dar la alegría que merecía, acentuó en el cuadro un fondo de árboles y montañas que se veían desde la puerta de la sala. También colocó flores en el sombrero que reposaba en la otra mano. La arropó con un enorme vestido blanco que iba hasta el borde inferior de la pintura y puso un espejo al lado izquierdo. Sin embargo, por más que lo intentó, los ojos azabaches de la muchacha concentraban la mirada del cuadro. Imposible separarse de la fuerza de gravedad que ejercían sobre cualquiera que mirara la pintura. Las pestañas también parecían hablar solas y lo único que Riboni no pudo captar fueron los hoyuelos que nacían del rostro de Ellen cuando sonreía.

—Ya puedes descansar —dijo el artista—. Para cuando regresen del templo encontrarás la pintura terminada. Me faltan retoques y uno que otro trazo.

Ella lo miró de nuevo concentrada en el movimiento de labios, ojos, gestos. Sonrió. Luego hizo una venia de agradecimiento al tiempo que puso su mano derecha sobre el corazón y se dirigió, en cinco pasos, hasta el balcón. Ellen, con las manos apoyadas sobre la baranda de hierro forjado, se quedó observando el atardecer. Cambió el olor del disolvente del salón por el aroma del río y el mar. Respiró y espiró con los ojos cerrados. Soñaba con el anaranjado encendido sobre los árboles que había pintado Riboni y cayó en cuenta que el artista había olvidado las gaviotas, el humo de los vapores en el puerto y que en un cuadro era imposible plasmar las fragancias, el salitre del mar, la resina del sauce de su casa o los sabores, aunque se podía pintar alegría, tristeza, nostalgia.

—¿Ya estás lista? —preguntó la madre al entrar al balcón que se había convertido para Ellen en un muelle de recuerdos.

Ella movió la cabeza con un gesto de sí.

—¿Y el cuadro?

Subió los hombros con gracia. Después, con las manos, dio a entender que faltaba poco para terminar y con pulgar y el índice derecho trazó unas líneas en el aire, como si ella misma pintara; luego señaló a Riboni que daba las puntadas finales. Besó a su madre en la mejilla, abandonó la sala y subió las escaleras para ir hasta el cuarto y terminar de arreglarse.

—¡Toma! A esto sabe el arco iris.

Lo primero que hizo, frente al espejo, fue ajustar el moño de flores del sombrero que había estado todo el tiempo boca abajo mientras modelaba para el cuadro. Luego se recogió el pelo, acomodó las hombreras del vestido y se midió los guantes de seda que estrenaría en

la iglesia. Arregló la flor amarilla de la cintura y buscó sobre su mesa de noche la Biblia de portada de cuero blanco. Abrió el cajón para buscar una de las cintas de colores. Encontró, al lado de su diario, la violeta, la azul, la verde, la anaranjada, la roja y tomó la amarilla. Hacía juego con las flores del sombrero y de su cintura. Amarró los evangelios con un moño pequeño. Iría a la misa de navidad con el recuerdo de Bigotes y con el mismo traje que se había puesto para la pintura de Riboni. Estoy lista, dijo, y fue en busca de su madre.

—¿Quién era Bigotes? —preguntó.

Admiró lo monumental de la Iglesia, más alta que la de Nashville, pero con una sola nave. También, más profunda, con tres filas de bancas de madera dispuestas en orden hasta el altar. Se sentó en una de las del lado derecho y se concentró, esta vez en la arquitectura y el estilo gótico. El reverendo inició el oficio. Lo sacó de sus divagaciones. Había estado distraído, desvelado y poco concentrado en los estudios. Las notas del piano no lo dejaban dormir. La melodía nacía de una ventana vecina, atravesaba el jardín común hasta proyectarse, como la luz de la luna, por los cristales del cuarto y llegar hasta sus oídos y su mente. Hermanos míos, estamos aquí reunidos para celebrar el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, el abanderado de Dios y del pueblo elegido, decía el reverendo, y él se concentraba en las palabras. Volvía a sumergirse en las lecturas de la Biblia de Maguncia. El reverendo seguía con su sermón: No olviden que nuestra única, verdadera y real fe y vida son las Sagradas Escrituras, es la voz de Dios, la voz del bien que nos corresponde defender a toda costa, y los feligreses repetían en coro: Sí, la voz de Dios, la voz del bien, pero Walker sólo escuchaba el Do, Do, Do, el Mi Sol del piano, el piano de Dios.

Los Martin dejaron el coche a media cuadra de la Iglesia Presbiteriana y John, el padre de Ellen, aprovechó para saludar a Norbert Rillieux, el *creole* que acababa de comprar una de las plantaciones de azúcar más grandes de Nueva Orleans y al General Taylor, llegado recientemente al sur por encargo del propio Presidente. También se encontraron, en la entrada del templo con Joseph Marshall, un prominente abogado y político que hacía carrera en Louisiana. Se sentaron adelante, en la segunda banca a la izquierda cerca del altar, al lado de Edmund Randolph, otro joven abogado nieto de George Washington. Ellen se hizo en el extremo de la banca de tal manera que pudiera ver los labios del reverendo Parker, quien había sido invitado a Nueva Orleans para officiar la misa en la nueva iglesia presbiteriana construida en uno de los sectores más exclusivos de la ciudad. Hermanos míos, estamos aquí reunidos para celebrar el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, el abanderado de Dios y del pueblo elegido. Ellen leyó los labios del reverendo y se santiguó. Comenzó a orar y pedir por el alma de Bigotes.

—Me regaló estas cintas de colores —escribió en la pizarra.

Walker observó, deslumbrado, a la musa sentada en la banca de la derecha, a dos filas del altar. Delineó el aura de la joven con sombrero adornado de flores, un jardín que brillaba en la noche, cada pétalo con luz propia flotaba sobre la melodía del piano. El pelo recogido dejaba ver el cuello largo, fino, delgado. Reflejaba la luz amarilla de la iglesia. Lo veía atravesado por una vena que bajaba con delicadeza hasta el hombro, una línea tenue de color verde azulado, como si el pincel de Dios se hubiera posado en aquel lienzo extendido sobre la nuca de la muchacha. Los hombros, cubiertos por el vestido, se movían al compás de la respiración, un Do, Re; Do, Re que terminaba en el horizonte trazado por la banca que no dejaba ver la espalda completa. Luego dirigió su iris iluminado hasta los brazos y los guantes

de seda. Sostenían una Biblia cubierta con un moño amarillo del mismo color de las flores del sombrero. Walker suspiró. Sus palpitaciones aumentaron cuando el reverendo pidió ponerse de pie para agradecer al Señor por los favores recibidos y él vio el cuerpo de la joven hasta la cintura. Observaba como el traje se ceñía acariciando el talle adornado con otra flor que hacía juego con las del sombrero y la Biblia. Reverendo, que el señor nazca pronto para que terminemos el oficio y pueda ver la cara de esta musa, pensó. Sus manos, posadas sobre el espaldar de la banca de enfrente, dejaban sobre la madera rastros de sudor mientras sus pies se movían de un lado a otro o se empinaban tratando de mirar las manos invocando a Dios, aunque él desviaba los ojos con disimulo hacia la derecha. Observó como la muchacha soltó la mano que jugaba con el lazo amarillo de la Biblia y la llevó hacia el pelo para acomodárselo detrás de la oreja. Repitió el gesto dos veces y estiro el cuello para mirar hacia el altar.

Y le alcanzó el ejemplar del *Picayune*.

Se vio de nuevo transportada por las ingeniosidades de Bigotes, como si saboreara las galletas en forma de tortuga, estrellas, muñecos que una tarde llevó a la casa, o el día en que le enseñó a deslizar un mono de cartón sobre una cuerda. Él halaba la piola y el mono parecía dar brincos y vueltas sobre el hilo a medida que lo tensionaba o soltaba. Ves, los blancos nos dicen monos porque brincamos así, y volvía a tirar de la cuerda muerto de risa. De las personas que había conocido hasta sus diez y nueve años, Bigotes había sido la que más la había hecho reír en su vida. Jugó un rato con el dedo y la cinta de la Biblia mientras el Reverendo, en medio del sermón, decía que no había que olvidar que nuestra única, verdadera y real fe y vida son las Sagradas Escrituras. Es la voz de Dios, la voz del bien que nos corresponde defender a toda costa, y pensó en la Corte y la voz que escuchaban los

jueces: no era la misma que ella oía. Imaginó en como sería el verbo de Dios y el sonido de sus feligreses y por un momento pensó que si era el eco condenatoria se alegraba de que nunca lo escucharía. Se volvió a santiguar aunque no era el momento y retomó la Biblia con las dos manos. Se paró cuando el reverendo dio la orden y volvió a jugar con el cordel amarillo, lo enrollaba en su índice derecho y lo soltaba de nuevo. Luego subió la mano hasta su oreja y se arregló el pelo. Repitió el gesto y miró de nuevo hacia el altar, siempre atenta a los labios del Reverendo Parker.

—Envolvían un pan que el había horneado.

Con el movimiento de manos sintió que abanicaba el viento y arrojaba un aroma de lavanda. Olfateo el aire hasta que en el fondo escucho un: ...y antes de desearles una feliz navidad, no olviden en estas festividades orar por el alma de nuestros hermanos que combaten por nuestro bienestar, nuestros soldados acantonados en Corpus Christi en medio del frío y el viento. Ellos, que encarnan la acción de la Providencia, merecen nuestra bendición. ¡Oremos! y oraron hasta que el reverendo agregó: y que la gracia y bondad de nuestro Señor los siga iluminando por el camino del bien. Los feligreses comenzaron a desearse felicidades y a retirarse del templo. El tiempo se detuvo cuando vio de frente a la muchacha y sus enormes ojos. Contrastaban con las sombras que producían los hoyuelos de sus mejillas. Vio una sonrisa que imaginó como la luna en sus noches de piano. No podía salir de su melodía cuando ella camino por el corredor de la iglesia. Los pasos eran lentos, sonreía, hacía venías con la cabeza y el cuello de buenas noches a los conocidos y siguió el recorrido hasta la puerta. Ella parecía no haber reparado en él, pero él no pudo dejar de seguirla, verla escapar por la puerta derecha debajo de la torre que apuntaba hacia Orión.

Es el pan más rico que me he comido en mi vida.

Ya sentía cansancio. Había sido un día largo. Agradeció cuando vio que decía que antes de desearles una feliz navidad, no olviden en estas festividades orar por el alma de nuestros hermanos que combaten por nuestro bienestar, nuestros soldados acantonados en Corpus Christi en medio del frío y el viento. Ellos, que encarnan la acción de la Providencia, merecen nuestra bendición. ¡Oremos! y oraron hasta que el reverendo agregó: y que la gracia y bondad de nuestro señor esté con nosotros y les deseo una feliz navidad y que la gracia y bondad de nuestro Señor los siga iluminando por el camino del bien. Los feligreses sonreían, se abrazaban y se deseaban feliz navidad. Al abandonar la nave de la iglesia, por el lado izquierdo, Ellen se sorprendió al ver de reojo un par de ojos grises claros que brillaban en medio de la luz amarilla del templo. Sintió cierto palpito, pero de inmediato corrigió la vista sin mirar directamente al rostro del joven. Salió rápido del recinto, cumplió con las despedidas y felicitaciones de rigor por la navidad y caminó hacia el coche que esperaba a los Martin sin volver la vista atrás.

Walker terminó de leer la pizarra y siguió con el artículo. Hablaba de la muerte de Bigotes propiciada por los latigazos que le daba diariamente un panadero criollo de apellido Louapré. El niño negro trabajaba en las mañanas en la panadería y por las tardes con los Martin hasta que dejó de ir. Luego se enteraron de la muerte. La Corte acaba de exonerar a Louapré.

A la salida y bajo las estrellas del gran cazador, vio cómo la familia se despedía de otros amigos y conocidos de la ciudad. Saludaban a un lado, se despedían en otro, hacían venias. Seguían dándose las felicitaciones de rigor por la navidad mientras él fijaba con

disimulo la vista en Ellen. Seguía la silueta, las flores del sombrero, la flor amarilla en la cintura y la delicadeza del vestido blanco, el movimiento del pliegue a la altura del tobillo. Ella sonreía o hacía pequeñas venias a los amigos de la familia hasta que se montaron en el carruaje y partieron por el Square Lafayette. Walker se despidió en silencio cuando vio partir a los dos caballos con un sueño a bordo, una musa, una diosa. Artemisa en el bosque de su amor.

Ellen no lograba creerlo, como si la justicia no existiera. Walker la miraba con el acostumbrado titilar de sus pupilas mientras ella se dirigió al balcón del tiempo. Retomó el vuelo de las gaviotas, y como si se montara sobre una de ellas, se fue hasta el puerto a contemplar el atardecer en el mar en medio de la brisa seca del invierno. Recordó las tardes de primavera en que su madre permitía que se fuera con Bigotes hasta la bahía. Los dos se habían hecho muy amigos. Él traía conchas de mar. Un día le dio un gran caracol para que ella tratara de oír el sonido del mar. A Ellen se le salieron las lágrimas, no porque no pudiera escucharlo, sino porque sabía que el mar del que hablaba Bigotes era el mismo que ella buscaba en su piano, una enorme extensión de ondas cuya música y vibraciones solo se percibían a través de la piel, de las manos de un sutil temblor del aire sobre su cuerpo. Ella se acercó al muchacho, le dio un beso en la mejilla y como agradecimiento, regresaron esa tarde a casa y lo sentó al lado del piano para que sintiera en las teclas las vibraciones del mar que escuchaba. Al otro día, Bigotes, feliz de haber navegado con Ellen en aquel barco de música, trajo un pan envuelto en cintas de colores que él mismo había horneado.

—¡Toma! A esto sabe el arco iris —dijo.

Walker tocó la mejilla, capturó la primera lágrima, la quiso saborear pero no lo hizo delante de ella. Finalmente sacó su pañuelo, el de Catherine Vanderbilt, y limpió las otras que brillaban sobre la cara de Ellen.

No sólo se deleitó con el sabor de la miga y la corteza cocinada con el corazón del niño, también guardó las seis cintas de colores. Fundían la luz y el sabor de la amistad. Ahora, en medio de la nostalgia, hacía fuerza para que lloviera, como invocando el cuento de Bigotes. Él le dijo que después de haber montado en la nave de la música, había soñado que ella era el Sol y él la lluvia. La llovizna no hacía ruido al caer en el mar pero Ellen podía escucharla. Luego, él se dejaba bañar por la lluvia y nacían los colores del arco iris. Bigotes sacó el pan de su caja para entregárselo con las cintas.

Ellen, hermanos y padres se subieron al coche y partieron hacia la casa número seis de la calle Julia 131.

Esa noche, en casa, escribió en el diario los pormenores del día. El recuerdo de Bigotes, el cuadro de Riboni y el par de ojos grises de la iglesia. Escribió que no entendía cómo esa iluminación alegraba el día, de cómo esa energía contenida en el muchacho que había visto la entusiasmaba. Pidió, finalmente, como regalo de navidad, que el Señor conspirara para poder volver a ver a aquel joven rubio de ojos grises que parecía alegrarle el silencio de su existencia.

Ellen se acostó sintiéndose lluvia y los ojos de Walker, Sol.

3

LA ESCARLATINA ES SILENCIOSA COMO EL AMOR, acecha al desprevenido. Muda, deambula por el aire, luego se deja respirar y sigilosa llega a los pulmones, al corazón. Parece una gripe inofensiva. En unos casos produce fiebre, en otros erupciones, palpitaciones. Tiene el mismo color: es roja. Al principio rosada como los labios, pero luego se oscurece, se coagula sobre el pecho, se endurece. En esos momentos pierde el sigilo, se convierte en un lamento, en dolor, llanto. Su estruendo oprime el pecho, produce espasmos y cuando no es mortal, deja secuelas: puede enmudecer una sirena e impide escuchar el sonido de las olas.

—Conocí a la musa. Es la vecina del piano.

—¿Ellen? Una joven bella y sensible —acotó Farquharson—, a pesar de su defecto.

—¿Defecto? Todo en ella es un e n c a n t o.

—Es sorda y muda.

—¡No! Escucho su voz desde que llegué. Quiero conocerla ya —dijo Walker.

—Mañana. Hoy van al cementerio.

El hombre que abrió la puerta estaba en levitadora, el pelo gris expulsado por encima de las orejas y un tabaco en la mano. Olía a quinina y polilla.

—Busco al profesor Paul Emile Johns.

—*C'est moi.*

—Vengo por las clases. Quisiera dos horas diarias en las tardes.

Johns, entre el eco de la voz de Walker, lo miró de arriba abajo. Intentó escudriñar en los ojos, extraer una idea aproximada de dónde nacía la determinación del joven que tenía al frente. Sabía que el primer maestro de música era la pasión; el segundo, la dedicación, la

constancia, la disciplina y el tercero el ¿por qué? El resto llegaba con el tiempo. El futuro estudiante parecía reunir los tres elementos en la piel. Le vio empeño, motivación y un fuego interior que nacía en el corazón y se reflejaba en el brillo de la mirada.

—¿A quién tengo el honor?

—William Walker de Nashville, abogado. Bueno, aún no. Vine a Nueva Orleans por el título —dijo—, pero necesito la música, las vibraciones del aire. Sentir el alma, hacer palpar a las personas, no sólo a través de las palabras.

Johns tomó el tabaco, se lo llevó a la boca y expiró el humo.

—*D'accord*. Mañana a las tres —y cerró la puerta de la Toulouse Street, deseando que se llamara calle París, Quartier Latín, Chopin, Liszt o George Sand.

Walker recogió su sombra del piso, avanzó tres pasos hacia la derecha y colocó la cara sobre los cristales de la ventana. En el fondo del salón estaba el piano. La luz apenas reflejaba el marfil de las teclas y el ébano del instrumento.

Volvió a tocar la puerta.

—¿*Et alors?*

—Quisiera comenzar hoy mismo.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—Sí, pero vi su piano y mis manos comenzaron a moverse solas. Mire.

Johns sonrió. Le gustó el ingenio y la blancura de la piel del futuro alumno. Reparó en los dedos largos. Formaban arcos extendidos entre las puntas de los dedos y los nudillos pronunciados. Los escuchó moverse con soltura, y más en el fondo, una voz gitana ronroneaba: el alumno que querías.

—Vuelva en una hora.

A medida que el carruaje de los Martin bordeaba el río hacia Escorpión, su pulso parecía querer salir de la camisa. Los seguía a media cuadra, lo suficiente para escuchar los cascos de los dos caballos que tiraban el carruaje de cuatro ruedas mientras que él tenía que frenar constantemente el suyo para no dejarse descubrir. Luego tomaron la calle Julia e ingresaron por el mismo corredor por el que él había llegado a buscar a Farquharson cuando desembarcó en la ciudad. Con la noche, las casas parecían iluminadas con luces que emitían voces. Descendió. Corrió hasta el borde y se escudó en la esquina, al final del túnel de ingreso. Detrás de la fuente, en medio del patio común del conjunto, los vio entrar a la casa número seis, justo al frente de la suya. Se quedó inmóvil, con el aire comprimido y el pecho henchido. Al poco rato, antes de que el frío lo obligara a entrar, la luz del salón principal se iluminó. Por la ventana salían corcheas, semicorcheas, un Si, seguido del Sol, luego un Mi acompañado de otra semicorchea que vino a plantarse sobre él con el eco del último Si. Esa noche durmió con una sonrisa que parecían las alas de una gaviota sobrevolando el curso del río. Si alguien hubiera entrado al cuarto para desearle felices sueños, no lo hubiera encontrado: el cuerpo de Walker estaba ahí, pero el resto levitaba entre las líneas de un pentagrama.

Además, dice que ha contado con suerte. Que su profesor es un polaco loco muy bueno, aunque tiene los vicios de la escuela francesa contemporánea. Que llegó a tocar con Chopin, Liszt y sigue en contacto con ellos desde que llegó a Nueva Orleans hace más de veinte años. Le envían partituras y las comparte con sus alumnos. No sabe si algún día llegará a tocarlas, porque son tristes. Hay nostalgia en ellas y lo que Billy siente, tía, es alegría. No logra describirla, pero hay emoción en sus dedos. Admira a Bach y Beethoven. Quiere tocar como ellos y según su profesor, parece que podría lograrlo. Le ha cogido cariño y a veces lo hace tocar más de las dos horas. El no protesta. Sabe que así progresará. A veces siento

envidia, tía, pero como tú misma dices, es un sentimiento que no debe existir entre hermanos, pero es que mientras el toca el piano, yo aguanto frío en Corpus Christi en espera de nuevas órdenes. Aunque claro, me ilusiona la idea de volverte a ver. Si no me mandan en campaña, para año nuevo visitó de nuevo a Billy y paso a verte.

Él regresó el gesto. Los dedos tocaron la mejilla. Se abstuvo de rozarle el borde del labio.

—¿Qué haces? —preguntó Farquharson.

—Voy al cementerio.

—¡Siéntate derecho! —ordenó Johns.

Walker se acomodó frente al piano. Una nube azul grisácea iba y venida al ritmo del Do, del martillo tocando la cuerda del arpa. Johns le mostraba como intercalar los dedos. Primero el Do con el pulgar, el Re con el índice, el Mi con el medio, y de nuevo con el pulgar el Fa, el Sol, La con el medio, Si con el anular.

—¡Otra vez! —dijo—. Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, *voilà*, así. Retoma ahora el Do con el dedo gordo hasta terminar la escala con el meñique —Se emocionaba Johns—. *Très bien, très bien*. Continua, siempre intercalando los dedos en tres y cuatro. Perfecto.

Las manos del aprendiz se deslizaban suaves sobre el marfil. Los dedos parecían contentos. Una sonrisa se dibujaba en las yemas.

—¿Es la primera vez que tocas el piano?

Asintió.

—¡Toma! —Johns le alcanzó la suite de Bach. Explicó las notas y le mostró como se traducían en el teclado.

Walker inicio el viaje con los dedos. A medida que el metrónomo marcaba el tic-tac, él progresaba ante la mirada satisfecha del polaco que no dejaba de exhalar el humo y elogiarse de lo buen profesor que era. Walker adquirió la rapidez de levantar la mano derecha del piano, abanicar el humo gris y volver al teclado. Al final de la tarde ya manejaba el primer movimiento y había iniciado el segundo.

—El pentagrama habla —dijo

Sus dedos captaban las repeticiones, las escalas sobre los bajos y sobre las agudas. Su mano derecha avanzaba con rapidez, la izquierda respondía.

—Es cómo las matemáticas.

—*Oui, c'est ça*. Lo mismo dice Federico, sólo que él suma despacio.

—Uno puedo sumar lo que quiera, sustraer, repetir. Me gusta —dijo Walker.

Retomó la suite como si llevara medio año practicando. Johns imaginaba que después de un par de meses podría proponerle al cura de la Catedral un concierto de primavera.

Los ojos de Walker iban y venían entre las dos ventanas. Había subido a su cuarto y desde ahí vigilaba una y otra vez la casa vecina en espera de verlos llegar. Terminó contando los ladrillos de la fachada como si fueran días, mil seiscientos cincuenta y nueve. Le parecieron años. Regreso la vista hacia la punta de sus dedos. Salía música. Intentaba apaciguarla. Se vio atravesando el río, caminando con ella por los cañaverales. ¿Te gusta este olor? ¡Me encanta! De pequeña mi padre me traía a ver el atardecer, por eso el sol de la tarde es para mí como una gran galleta con almíbar de caña. Por fin apareció el carruaje de regreso a casa. Era de noche. Los caballos agotados se estacionaron al frente. La familia descendió hasta que bajó Ellen. No la vio completa. Sólo un brazo, el guante, la espalda con el pelo hasta la nuca, una flor, de nuevo la nuca. Pensó en el lunar al lado derecho que había visto en la iglesia. Añoraba que tocara el piano de nuevo. Se quedó esperando. Frente al silencio,

imaginó el aroma de la flor amarilla. Cerró los ojos como si cerrara la cortina de la habitación. Se durmió lo más rápido que pudo deseando que amaneciera pronto. Soñaré con ella, dijo. Al fondo, el agua de la fuente tocaba su melodía. Las ondas se expandían sin descanso hasta los bordes de piedra y regresaban en forma de sonrisas que reflejaban el brillo de la luna.

—Los lunes no toca el piano.

Antes de llamar con la aldaba, Walker quedó maravillado, no sólo por las notas conocidas que escapaban de la casa, sino por el postigo de cristal que adornaba la parte superior de la puerta.

—Es de estilo italiano —acotó Farquharson.

A través de los prismas alcanzó a vislumbrar los dedos de Ellen sobre el teclado. Quedó seducido por los colores del arco iris y la habilidad de la joven. Un concierto a cuatro manos, pensó. La luna multiplicaba las imágenes, un caleidoscopio se transformó en palpitaciones. Walker se corría hacia un lado, luego hacia el contrario. Buscaba las muñecas a través de una de las aristas del cristal. Una mano sobre la otra y la izquierda hacia lo mismo. Cuatro manos. Farquharson lo cogió suave del brazo, lo retiró de la puerta, como diciéndole: es de mala educación. Cayó en cuenta.

—Perdón —dijo.

Llamaron.

Alcanzó a limpiar las huellas de la nariz sobre el vidrio antes de que abrieran. Metió las manos en el bolsillo y se hizo detrás del amigo.

—Amo Farquharson, que gusto verlo —dijo el esclavo, que abrió la puerta.

Las manos de Ellen iban del Do al Mi para regresar al Re. Tocaban las teclas como si fueran copetones brincando de rama en rama. Cuando la puerta se abrió, el viento entró sin pedir permiso. La corriente de aire llegó sobre la espalda. Se volteó, con los ojos bien abiertos, como buscando la fuente de aire. Enmudeció más. Se quedó con el espasmo contenido. Lo soltó en forma de notas dispersas, una serie errática y sin melodía. Detrás de la espalda de Farquharson, brillaba el ojo derecho de Walker, una lágrima más del cristal de la puerta. Benjamín los invitó a pasar. Por un instante lo perdió de vista cuando entró primero el médico vecino, pero luego apareció en cuerpo entero. ¡Dios mío! ¡Gracias! Has escuchado mi ruego. Detrás de él, el prisma de la puerta proyectaba colores. Ellen se calzó y abandonó la butaca. Sonrió. Hizo una venia de saludo y luego, como pidiendo excusas, volvió la espalda y salió con paso ligero, rogando que sus padres bajaran pronto a saludar. Apenas se supo que no era observada subió corriendo las escaleras hasta el cuarto de sus padres. Agitó los brazos con suavidad, pero más de lo normal. Señaló la casa del frente. Luego vieron a Benjamín frente a la puerta.

—El señor Farquharson vino —dijo.

Luego le rozó la nuca.

Walker se llevó la mano al pecho cuando la vio alejarse. Quiso que no se esfumara en el rellano, pero no lo pudo evitar. Los pasos de ella parecían devorar la escalinata. Observó como en cada grada quedaba algo de ella, un olor, la sonrisa, una cinta de color, el moño, la flor amarilla. Imaginó las nubes y vio el cielo con sabor a caña de azúcar. Esperaron parados hasta que regresó Benjamín y los hizo sentar.

—Amo Martin ya baja.

En diagonal a él: el piano. Viajó por la superficie. Entre la partitura y el teclado tres varillas de balsa de veinte centímetros de largo reposaban dormidas, como la batuta de un director de orquesta ausente. Subió la vista, un candelabro a cada lado y debajo de ellos un vaso con agua lleno hasta la mitad, el de la derecha ligeramente con más líquido que el de la izquierda. Se tropezó con las patas del piano. Las habían recortado cinco centímetros y ampliado la base con tacos de madera que aumentaban el contacto del piano con el piso. Parecen patas de garza sumergidas en cubos de agua, pensó. Cerca, pero a una distancia prudencial de los pies, dos cubetas con carbones encendidos sostenidas por repisas de hierro forjado. El olor a carbón se mezcló con el aroma de Ellen. Cerró los ojos y la vio tocar. Descalza, movía las manos de un lado a otro. Los ojos fijos en las ondas de agua iban y venían con parpadeos imperceptibles para él. Una de las varas de balsa levitaba sobre el piano. Por un momento se sintió el mago que con la mano la hacía flotar. Recogió sus divagaciones y abotonó el corazón cuando escuchó la voz de John Martin.

—Mi amigo y nuevo vecino William Walker —dijo Farquharson, con la cortesía del caso.

Walker saludó, habló de planes, sus padres, la vida, sus estudios, pero seguía ausente explorando cada uno de los rincones del salón por los que Ellen transitaba. Perseguía un aura que sólo él y nadie más veía, como recopilando las partículas que ella dejó en el aire cuando se escapó por las escaleras hasta el segundo piso.

—...y quisiera invitar a Ellen, si ustedes, por supuesto lo permiten, a pasear mañana al otro lado del río.

La mano derecha en el cristal de la ventana. Una lágrima. Sobre una rama, el ruiseñor canta.

—¡Derecho! —ordenó el maestro de piano—. ¿Cuántas veces tengo que repetir que te sientes derecho? A los buenos alumnos no hay de decirles las cosas más de una vez.

Walker se enderezó. Corrió la butaca unos centímetros más cerca del piano. Cuando ya estaba con las manos arqueadas sobre el teclado, el mundo se transformó en una masa oscura e informe. La noche se apoderó de sus ojos. En el silencio fugaz escuchó de nuevo el eco del profesor:

—Hoy aprenderás a no mirar el teclado, a agudizar el oído —y le apretó una venda sobre los ojos.

No dijo nada. Tomó aire. Abrió los ojos entre la venda y siguió sumido en la noche. Se quitó los zapatos y comenzó a tocar. Los oídos de Johns no podían creer lo que brotaba de las manos de Walker. Las escalas habían mejorado hasta convertirse en notas fugaces, rápidas, alegres, llenas de luz. Lo veía como un niño que se ha adentrado en un bosque a perseguir las ardillas, como si cada castaña fuera una nota musical.

—Cuando me cubrió los ojos me fui a un bosque en medio de la noche —contó en el desayuno a Farquharson—, y comencé a sentir las notas. Parecían estrellas que se movían. De un momento a otro cada luciérnaga me señalaba donde posar mis dedos. En ocasiones la luz volaba dos veces sobre la misma nota y volvía a la escala. Sentí como si Ellen hubiera tomado la varita de su piano. Luego la vi, ahí, en medio del bosque, el hada que dirigía la orquesta y yo el pianista invitado.

—¡Para! ¡Para! —decía Johns, pero Walker no escuchaba—. ¡Que pares! Que se acabo el tiempo. Ya deja de tocar, que me tengo que ir —insistió.

El maestro no vio que las agujas del reloj dieron esta vez tres vueltas completas. Había quedado en un limbo entre la melodía del aprendiz y el libro que quiso leer y sólo despertó cuando la ardilla soltó una de las castañas al piso. Sonó igual a un Do sostenido en el lugar equivocado. Walker sacó del bosque a su maestro y John, al ver a su alumno poseído,

sólo atinó a quitarle la venda de los ojos. Quedó enceguecido. Recobró aplomo, pero le fue imposible evitar que sus ojos se aguaran. Antes de que el maestro lo viera, agachó la cabeza y se retiró.

—Hasta mañana —dijo.

—*Et alors* —exclamó el maestro—. ¿Qué quieres que haga con tus zapatos?

—*Pardon* —respondió en francés. Walker se calzó y abandonó la casa de Johns, esta vez hacia la plaza central para llegar hasta la rivera. Mientras caminaba, los árboles los veía más verdes, las flores más amarillas, más rosadas, más blancas. Se detuvo a contemplar cómo una abeja extraía el néctar de los pistilos. Cuando se sentó en la banca para contemplar el río, la algarabía del puerto no evitó que dejara de pensar en aquel momento en que Ellen le cogió la mano y se la colocó sobre la baranda del transbordador. Se la aplastó con suavidad sobre la madera mientras el planchón flotaba entre una orilla y la otra. Ella retiró la mano, hizo el mismo gesto sobre su izquierda que se quedó dormida al lado de la derecha de él. Con los dedos libres le mostró como viajaban las vibraciones de la embarcación. Walker se desconcentró. Movía los dedos como si su brazo fuera un teclado hasta terminar el viaje en el corpiño de Ellen que alcanzaba a mostrar el latir de su corazón.

Sintió como si una nota aguda se hubiera posado en el dorso del cuello, y, paso a paso, viajara por el pequeño desierto de piel hasta dormir detrás de la oreja, justo en el sitio en donde las olas inundan el silencio.

Los padres de Ellen la mandaron a llamar. Ella tenía las manos y el cuerpo pegado al piso. Escuchaba las vibraciones de las voces del salón. Benjamín entró. Le dijo que la esperaban abajo. Ella se reincorporó, alisó el vestido y se peinó.

—Ya sé —respondió con las manos, y bajó tratando de que no se le notara la impaciencia.

Walker retiró los ojos de la pequeña mesa redonda de madera al lado del piano. Reposaban dos novelas y un manuscrito de poesías. Desanduvo los mismos pasos que había visto cuando ella salió del salón. A medida que los zapatos, el vestido largo, los brazos, se iban asomando por la escalera, hizo todos los esfuerzos posibles para que no se notara que sus palpitaciones estaban a punto de romper el botón que aseguraba la templanza. Él parecía el mudo.

Ellen salió en su auxilio cuando dijo con gestos que sí, que sí quería salir con Billy. Que por supuesto cómo no iba a aceptarla la invitación del vecino, de un recomendado del doctor de la casa. Que a qué horas vendría por ella.

Walker seguía mudo viendo como las manos, los dedos de la izquierda, el puño de la derecha cerrado llegando al pecho de Ellen le decían que sí, que claro. Cada gesto, cada movimiento de ceja, labios, inclinación de la cabeza, del cuerpo, cada mirada se convertían en una voz inolvidable. Vio luego como agradeció la visita y se retiró hacia su cuarto.

Ellen, detrás del velo de la ventana del cuarto, observó como Billy y Farquharson hicieron una corta escala en la fuente de agua. Walker quedó sostenido por cada hilo de agua suspendido en el aire hasta diluirse en la superficie. Los pensamientos navegaban entre las olas. Ellen imaginó que terminaban en una orilla del atardecer. Los dos jóvenes abandonaron la pileta y continuaron el trayecto hasta la puerta del frente. Los separaban menos de cien metros. Benjamín supo que la distancia entre la puerta número seis y la tres era de ochenta y tres pasos cuando pasaba por el lado derecho de la fuente y de ochenta y dos cuando lo hacía por el izquierdo. Walker también se acostumbró a contar los pasos del esclavo mientras llevaba chocolates, flores, poemas, cajas de música y venida con mensajes, partituras con

cintas de colores, un pan horneado por Ellen o simplemente una hoja en blanco y una pluma. Los dos se acostumbraron, antes del desayuno, a ver el ir y venir de Benjamín una y otra vez. Cuando lo perdían de vista, bajo el techo que cubría el altillo del portón de la entrada de las casas, bajaban a abrirle la puerta. Por las tardes, cuando no salían a pasear, se agradecían mutuamente los regalos. Contaban lo que habían hecho en el día y luego pasaban a los conciertos a cuatro manos. Los dos no sólo tocaban el piano, se dejaban embargar por las vibraciones de las teclas que eran más intensas cuando Ellen le cogía la mano y le mostraba como el Si se hacía más dulce cuando apoyaba el dedo más lento que el compás del metrónomo. Billy le respondía con un Sol sostenido que a veces se dormía. A Ellen le gustaba sentir la mano dormida sobre la de ella. No hacía mucho esfuerzo por continuar con la siguiente nota. Giraba con cierta timidez. Le sonreía y luego se perdía en la mirada de él. Le gustaba como brillaban sus ojos cuando ella tocaba con delicadeza las teclas del piano.

Esa noche nadie durmió.

BENJAMÍN ENTRÓ EL CARRUAJE AL TRANSBORDADOR. Luego bajó para tener los dos caballos tranquilos mientras pasaban hasta la orilla oeste. A Ellen le gustaban las haciendas de *Algiers Point*, el olor de las flores, el sabor a caña que destilaban los campos.

—En una época la gente no venía acá —dijo con señas—. Decían que había lagartos capaces de devorar a un hombre entero y serpientes que con su picada te convertía en estatua en menos de un minuto.

Walker se asustó cuando vio que los brazos de Ellen se agitaban con energía formando varias equis en el aire. Creyó haber hecho algo mal, sin haber hecho nada. Ella decía que “la gente no venía acá”. Luego no supo si reír o abrir más los ojos cuando las dos manos se abrieron y cerraron como una mandíbula. Se llevó la derecha a la cabeza y con la izquierda oprimió el mentón e hizo el gesto de devorar algo. Entendió con más claridad cuando el brazo extendido de ella, desde el hombro hasta las puntas de los dedos, ondulaba en forma de letras eses. La palma de la mano, en posición vertical, dirigía el movimiento. Luego la palma se detuvo. Giró en posición horizontal. La mano se convirtió en dos colmillos que fueron a posarse sobre el brazo derecho de Billy. Recordó sus primeros estudios de medicina. Tenía que escoger que tipo de veneno había recibido. Desechó la destrucción de los glóbulos rojos. No quería tomar una coloración escarlata. Tampoco debo asustarla con convulsiones y la destrucción del sistema nervioso, se dijo. Y optó por organizar una hemorragia interna que desorganizara su cuerpo hasta transformarlo en una masa inmóvil. Se convirtió en estatua. Rogó que Ellen fuera la princesa que lo regresara a la vida. El aire del río acarició sus labios, quiso mojarlos con la lengua. Se abstuvo, pero imagino que lo había hecho. Luego escuchó cuando ella se acercó con aplausos cortos, casi silencios. Las dos manos se detuvieron frente a su cara, pero supo que no tocarían sus mejillas. Abrió los ojos y el espasmo que le produjo

la sonrisa de ella entró por las venas, devoró cada uno de los glóbulos de su sistema sanguíneo y ocasionó un desmayo imperceptible que ocultó. Ella aplaudió con más fuerza, soltó una risa que dejó ver sus dientes, una luz que reflejaba los ojos de Walker. Te quiero, pensó, pero esta vez la vibración de su pensamiento quedó absorbida por la voz de Benjamín.

—¡Llegamos!

—Te vas a enfermar caminando descalzo —dijo Farquharson—, y pareces un mendigo.

Walker no dijo nada. Siguió hasta la cocina, persiguiendo el aroma del café traído de Nueva Granada. Regresó con una taza en la mano y una galleta en la otra.

—Eres médico. ¿De qué me preocupo?

Farquharson levantó la cabeza por encima del periódico. Walker parecía un sueño. Lo más real que tenía eran los pies desnudos sobre la madera. El resto del cuerpo levitaba entre las dos casas. Una nube iba hasta tocar el frente de la vivienda vecina, hacia una curva y regresaba por la ventana hasta depositarse de nuevo dentro de la taza de café.

—Puedo curar una gripe, pero no tengo nada contra las enfermedades del corazón.

—¿Qué dice el periódico? —preguntó Walker, con ánimo de cambiar el tema.

—Nada. Que la ciudad necesita abogados, pero ahora nadie quiere estudiar.

—¡Caramba! Pareces un Papá.

—¿Y tú? ¿No te has visto al espejo? Sonríes como bobo.

Walker mojó la galleta dentro de la taza del café, cerró la vista, saboreó el bosque, se paró y se fue.

—Viniste a hacerte abogado, y ahora tengo un músico en casa. Te voy a cobrar arriendo por el piano.

El humo de la taza lo siguió hasta al cuarto. Mutó en melodía.

La polea parecía gritar con cada tirón que daban los dos cargadores. El mástil, empotrado en el último piso de la casa de Farquharson, formaba un puente del cual colgaban seis lazos de navegación.

—¡Cuidado! —advertía Walker—. Que no se raye.

—Más bien que no se caiga —decía el tercer hombre, el dueño del almacén traído desde Ámsterdam. Su especialidad era entrar por las ventanas de las casas armarios, escritorios, bibliotecas, pianos, cualquier cosa que no cupiera por la puerta principal.

Walker veía oscilar el péndulo rectangular de un lado a otro. Se imaginaba el arpa de hierro recibiendo los golpes de los martillos, un ligero temblor en el aire cada vez que una de las cuerdas hacía sonar alguna tecla. Como una lira, pensó.

—¡Cuidado! —repetía.

Quiso entrar a la casa y no ver más el piano de Damocles.

—¡Me está doliendo a mí! —dijo.

Creyó sentir un tirón en el cuello, un jalón, un Do menor, pero grave. Sólo quería sentarse a tocarlo. Cada cosa a su tiempo, había dicho Johns, pero él no pudo esperar más y a la séptima clase salió de la calle Toulouse decidido a comprar un piano. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, dice mi tía.

—¡Está muy cerca de la pared! —advertía.

—¡Tranquilo, Jefe! Vamos bien.

El piano estaba casi a la altura de su cuarto. Faltaba hacerlo entrar por la ventana. A lo lejos, Benjamín veía como el mueble de ébano ingresaba por la ventana. Creyó ver una ballena colgada del mástil de un barco. No supo por qué, como si algún antepasado en Costa de Marfil le enviara una imagen desde el más allá. Se imaginó un atardecer acompañado del trino de la selva, luego un estruendo y la ballena saltando por la borda del barco. Era la última

imagen que tenía de su abuelo. Miró el reloj de los Martin y contempló de nuevo el piano. Lo van a descubrir, dijo. Walker hizo una seña. Benjamín supo que tenía que ir hasta la otra casa.

El carruaje tomó la rivera del río hasta uno de los caminos que los llevaba al bosque. Los ojos de Walker tenían susto. Su miedo era superior al silencio de Ellen.

—Pareces tener aún la picada de la serpiente —intentó decir con señas.

Billy sonrió. Luego se asomó por la ventana. Faltaba una hora para el atardecer. Pidió a Benjamín que fueran hasta la otra orilla.

—Desde dónde se vea la catedral —aclaró.

Walker le ofreció la mano. Descendieron. Le alcanzó el chal para que se abrigara y se sentaron a esperar la caída del sol. La vista de la torre de la catedral y la plaza central se obstruía de vez en cuando por el paso de los barcos que iban y venían por el río.

—El St. Cloud llegó —escribió Ellen sobre la pizarra, al señalar el vapor que atravesaba el horizonte.

La embarcación dejaba un rastro de nubes mientras el sol luchaba por asomarse entre la columna de humo, mostrar su rostro cada vez más naranja. Cuando el St. Cloud terminó de pasar, el resplandor del astro apareció cerca de la torre de la catedral. Es el momento, pensó.

—¡Benjamín! ¡La caja!

—Te tengo un obsequio —dijo, mostrándole los labios para que Ellen lo escuchara.

Ella sonrió. Ocultó la impaciencia. Quiso evitar el retumbar del corazón, pero la emoción la delataba como delataban a Walker el brillo del iris, el latir de las pupilas, el ir y venir de sus ojos en los de Ellen. Ella miró la caja con curiosidad. Percibió una minúscula corriente de aire y unas ligeras vibraciones sobre las paredes de madera.

—Si estuviera lloviznando, esto sería lo que verías —y colocó la caja sobre los guantes blancos de Ellen.

Intentó desanudar la cinta amarilla lo más lento posible. Walker escuchaba un yo también te quiero en sus manos, en la velocidad de los dedos desenredando el moño de adorno.

—Ábrela despacio —dijo.

Ellen hizo caso. El reloj de la catedral marcaba las cinco de la tarde cuando a través de la rendija vio salir una mariposa violeta, otra azul, una verde, la anaranjada del atardecer, una roja y por último la amarilla, como si el moño hubiera adquirido vida.

—Es el arco iris. Te lo obsequio.

Nítida, la voz de Walker viajó por su oído medio, se deslizó por el interno, pasó a una de las neuronas cuya chispa se instaló en el cerebro y ocasionó un desmayo imperceptible que Ellen intentó ocultar. Una pestaña filtró la lágrima que trazó un hilo brillante sobre su mejilla. Apareció otra. Walker tocó la mejilla, capturó la primera, la quiso saborear pero no lo hizo delante de ella. Finalmente sacó su pañuelo y limpió las otras que brillaban con la luz del atardecer.

Al lado de unas notas del color del arco iris, Ellen también volaba de línea en línea sobre el pentagrama de su vida.

—¡Sube rápido! —gritó—. Tenemos que apurarnos.

Cuando Benjamín entró al cuarto, Walker había quitado la tapa frontal del piano para amarrar a cada uno de los extremos del arpa un alambre. El hilo pasaba luego por las patas traseras. Benjamín nunca había visto el esqueleto de un piano. Pensó en la sonrisa de las ballenas cuando vio el contraste entre las teclas y el paño de los martillos.

—¡No te quedes ahí parado! ¡Toma! —y le entregó la continuación de los alambres—. Tienes que desenrollarlos rápido y hacerlos pasar por cada uno de estos huecos. —Le señaló

los bordes de la ventana del cuarto. En cada uno de los extremos de la parte inferior había fabricado dos agujeros.

Bajó rápido las escaleras mientras Benjamín desenrollaba el alambre y lo hacía pasar por cada agujero. Walker esperó que las puntas llegaran al patio frontal. Haló.

—¡Despacio, amo! Me quema las manos.

Tomó la otra punta. Benjamín vio como el alambre se deslizaba por el agujero hasta quedar templado. Se asomó por la ventana. Walker lo llamaba desde la puerta de entrada de los Martin. Corrió.

—Sube a la ventana de Ellen y agarra el alambre cuando te lo tire.

Había amarrado en cada punta una piedra para hacerlo llegar hasta el segundo piso. Se los tiró a Benjamín. El primero lo agarró bien, el segundo lo soltó.

—¡Despierta! No tengo toda la tarde.

—Ya amo, ya los tengo.

—Espera ahí.

Walker subió hasta el cuarto de Ellen. Dos agujeros idénticos a los de su ventana estaban listos para ser atravesados por el alambre. Benjamín pasó uno, Walker el otro. Cada alambre quedó amarrado a una de las patas de la cabecera de la cama.

—Amó, tengo que ir a recogerlos.

—¡Tenemos que hablar!

Walker escuchó la voz de Farquharson. La sintió cargada de reproche. Seca. Una piedra. Viene montada sobre una ola de obligaciones, pensó. Parece la voz de la sorpresa, el enfado. ¿Y ahora qué hice? Seguro comienza con el: Mira Billy, soy tu amigo. Nos conocemos desde... Lo que quiero es ayudarte. Todo el mundo quiere ayudar. Las almas del cielo para redimirnos. ¡Ponte los zapatos! ¡No dejes el saco tirado en la sala! ¡Olvidaste traer

el mercado! ¿Qué tal tu examen? ¡No toques tan tarde! ¡Tenemos! Tener, ese verbo cargado de obligación, de violencia, que te fuerza; un vocablo casi ineludible, un reglamento en sí mismo. Cuando me case me independizo.

—Lo sé, Robert, lo sé, pero ahora no tengo tiempo —abrió el portón y se fue.

Farquharson se quedó con las palabras en la boca. Recogió la lengua con la oleada de reclamos de los vecinos y trató de no tragárselos de nuevo. ¡Doctor!, nuestros hijos tienen que dormir, pero dos pianos es mucho. Por favor, que al menos no toque después de las nueve. ¡Fíjese! La señorita Ellen siempre deja de tocar a esa hora, pero, ¡por Dios!, ella termina y él comienza. No lo hace mal, pero, es que nadie duerme. El piano tiembla en las paredes de nuestras casas. Que toque en la mañana, al mediodía, pero no en la noche. Usted es doctor y entiende. Sabe de qué le estoy hablando.

—Lo sé, lo sé. Gracias por decirme. Lo siento mucho —dijo Farquharson—. Le ruego me excuse. Se lo diré. Lo prometo.

Esperaré hasta la tarde para hablar con él, se dijo y subió hasta el cuarto de Walker. La cama sin tender, los zapatos llenos de polvo, una camisa por el piso. Cartas, partituras intercaladas con notas de Ellen. La letra era inconfundible. No sólo elegante, tenía fuerza, el peso de la voz muda. Vio un pentagrama con notas escritas por Walker y corregidas por Johns. Se sentó en un borde de la cama. ¿Y ahora qué hago?, se preguntó. Veía al amigo desbocado, con un único norte. Tan sordo como Ellen, pensó. ¡No! Está más sordo que ella. Ya no escucha. No ve a su alrededor. Como Filadelfia. Recordó cuando en el laboratorio cosió el conejo y él tuvo que quedarse reoperando el animal. No pierdas el entorno, le decía. Sobre el piano, los vasos con agua y el par de alambres que salían del arpa del instrumento, atravesaban la ventana, viajaban por encima de la glorieta del conjunto y llegaban hasta los latidos de Ellen. ¡Los amigos!, cómo duelen los amigos. Abrió la tapa superior del piano.

Absorbido por el paño de los martillos, el armazón y las cuerdas templadas encontró la respuesta. ¡Una sordina!, eso es. ¡Qué toque con sordina!

Cerró los ojos. La onda imperceptible se transformó en corriente. Bañó la playa de los silencios.

Cuando Benjamín vio las mariposas en el cielo y las manos de Ellen sobre el vientre supo que tenía otro amo. Su rutina cambiaría y aunque los ojos de Walker le parecían demasiado claros, él no podía vivir sin el piano de la señorita Ellen.

La sirena del St. Cloud anunció el desembarco y ella aterrizó, momentáneamente. Su sonrisa lo dijo todo. No tuvo necesidad de escribir nada, de hacer gestos. Las palabras revoloteaban a su alrededor. Guardó la mariposa violeta; de su flor extrajo el aroma. La azul la dejó en el aire; un ala era mar, la otra, cielo. La verde, con su vuelo, pintó árboles más frondosos y coloridos que los de Riboni. La anaranjada la vio perderse en el horizonte donde los barcos morían en el atardecer cuando la tierra era plana. No se puso triste, sabía que volvería al amanecer. La roja, la roja la dejó a un lado. Podía ser la escarlatina de la cual no quería saber nada. Aunque también pensó en el amor, que a veces tiene efectos parecidos. Pero la amarilla, la amarilla era otra cosa. Estiró la mano izquierda con su guante para que la seda no fuera a hacerle ningún daño. La mariposa se posó sobre ella. Ellen cayó en cuenta que por más que lo intentara, el pincel de sus dedos dañaría las esporas de las alas. Cerró los ojos. ¡Azafrán! Y sopló con cuidado hasta fundirse en cada polen de oro. Billy vio primero la flor en el pelo, la de la cintura y luego una princesa bañada en oro. No necesitaba la luz del atardecer ni las palabras. Ellen suspiró, abrió los ojos, estiró las manos, recogió el pentagrama del aire y le hizo la seña a Benjamín de regresar. Billy la miraba con ojos de príncipe, de cuento de hadas. Ella, igual. Los dos, en su imaginación, se cogieron las manos. Las sintieron

tibias. Benjamín vio que las mariposas iban y venían. La melodía pasaba de una ventana a la otra.

Olor a Billy. Un relámpago de néctar. Mojó los labios con la punta de la lengua.

—¡Espera! Tenemos algo de tiempo —dijo—. Ve hasta mi cuarto y toca el piano. Las teclas de la derecha son las suaves.

Benjamin bajo rápido. Se hacía tarde para ir a recogerlos a la salida de la iglesia, pero tampoco quería contrariar a Walker. A las personas enamoradas no se les puede decir mucho. Una idea a la vez. Se limitó a recordarle que tenía que irse pronto. Que no quería llegar tarde.

—Ya sé, ya sé. ¡Ve y toca!

Y mientras atravesaba la glorieta se vio otra vez llevando notas de amor, regresando con cartas de Walker o con partituras. Contó de nuevo los ochenta y tres pasos, subió la escalera, entró al cuarto y se montó en la ballena. Le gustó como reía, pero aún más cuando puso los dedos negros sobre los dientes y emergió un canto desde el fondo del mar. Navegaba a través de los alambres.

Walker, amarrado a la cama, escuchó sirenas.

—¡Vaya!, el negro no lo hace mal.

Benjamín dejó el animal, descendió corriendo las escaleras y se fue a buscar a los Martin. Mientras recorría las calles, mezcló el galopar de las herraduras en el suelo con las sirenas de los barcos y las teclas del piano. Se sentía feliz.

Walker también estaba contento. Abandonó la cama. Limpió la tierra que había quedado al borde de la ventana, bajó las escaleras y atravesó la glorieta deteniéndose en cada planta, en las nubes, en la fuente de agua.

Querido sobrino. Si son ciertas las buenas noticias que me ha dado Lipscomb, espero que vengas pronto a visitarme. Siempre quisiste un caballo. Puedes contar con él. Aquí te espera. Besos. Tu tía Janet.

Un lamento cayó sobre los pies desnudos de Walker. Ocultó la mirada. Johns lo miró con nostalgia.

—Deja la tristeza. No te viene bien —dijo el maestro.

Walker levantó la cara.

—Además —agregó—, eres buen estudiante. A tu edad no tocaba como tú. Ni siquiera sabía componer.

—No es justo —comentó Walker.

—¡Volveré! —dijo Johns.

Se dirigió hasta uno de los anaqueles de la biblioteca y le entregó una carpeta de cuero con partituras

—¡Cúidalas como oro! Ahí tienes el futuro de la música. Volveré por ellas.

Walker desenredó la cinta verde y comenzó a pasar una a una cada partitura. Brincó de un árbol a otro. Los iris recobraron brillo. Cada nota producía un espasmo, un salto, un brinco en alguna parte del cuerpo. Sumergido en el bosque se dejó llevar por la orquesta.

—Es lo que están componiendo mis amigos de *Paris*.

Hizo caso omiso a París. La música que leía perdonaba los pecados de la ciudad.

—Maestro... —dijo Walker—, ¿tocaría para mí? —Le alcanzó la segunda partitura. La que tenía nostalgia, un adiós y el sonido del mar. Las olas iban y venían de una luz a otra sin que nada impidiera las vibraciones que se producen al interior de un gran caracol.

Y se rozaron, primero como un amanecer. Ella sintió el regreso del marinero. Había descubierto que la tierra no era plana.

—¡Que bonitas flores! Ellen se va a poner feliz —dijo Farquharson.

—Son para ti —respondió Walker.

—Vaya. Gracias.

Farquharson aprovechó para entregarle la sordina que había comprado en la calle *Pirate's Alley*, cerca al parque.

—¿Y de qué querías hablarme? —dijo Walker, mientras miraba el regalo.

—Nada en particular —acotó, al ver que Billy entendía el mensaje—. Se te ve cansado, por qué no salimos esta noche. Te invito a un café.

—No sé. Hoy perdí el examen —confesó con dificultad. Ahora viene el: te lo dije. ¡Deberías! ¡Tienes!, pensó.

—¿Y? Lo repites y ya. ¡Vamos!

El carruaje llegó hasta el transbordar. La brisa del río era más fuerte, pero ellos sólo sentían el aleteo del aire, las palpitaciones de las mariposas, las esporas de la caña de azúcar. De ida, Ellen había picado con su mano el brazo de Billy; de regreso, él se había instalado en ella. Silencioso, se hizo respirar hasta convertirse en aire que irriga los pulmones, en viento que sopla entre las venas. Ellen sabía que si Bigotes viviera, estaría feliz. Había alguien más que sabía escuchar el mar. Bajaron del carruaje y caminaron hasta el borde de la plataforma. Benjamín se quedó con la rienda en la mano. Tiraba fuerte de ella. Miró de reojo. Ellen le cogió la mano y se la colocó sobre la barandilla del transbordador. Billy sintió la seda del guante, una nube tibia dormía sobre su mano. Ella la oprimió lo suficiente hasta que él sintió el agua del río en la barandilla. Ellen, se llevó la otra mano al corazón, le decía que sintiera

las vibraciones. Billy viajó con los dedos que recorrían el brazo y terminaban en el corpiño en forma de temblores. El corazón de Ellen trataba de escaparse como una gaviota.

La tierra se convirtió en cielo. Las estrellas nadaban en el fondo del mar. Los peces brillaban entre las nubes.

Johns dejó el tabaco a un lado del piano, arregló las mangas de la levantadora, colocó la partitura y tomó aire. La melodía entró por las plantas de los pies de Walker, tembló en sus piernas, pasó por los brazos cargada de fuerza recogida en su corazón, salió por la ventana de la casa de la calle Toulouse, bajó hasta la catedral, atravesó el parque, tomó rumbo hacia la calle Julia por la rivera del río, entró en la ventana del segundo piso de la casa número tres, se instaló en el arpa del piano de Walker, retomó las vibraciones, y como si se convirtiera en aire tibio, viajó cargada de impulsos eléctricos por los alambres hasta la ventana de la casa número seis. Ellen dormía una siesta, pero repitió en su sueño: ¡Sí!, sí me caso contigo. Walker tocaba la misma partitura con variaciones. Dejaba que bañara el aire hasta convertirse en la corriente que se amarraba a la cama de su amada. Ya no tocaba en la noche, pero lo seguía haciendo cuando Ellen dormía, durante las siestas de la tarde. ¡Sí!, sí me caso contigo, sintió Billy esa tarde. Primero en las plantas de los pies, cuando escuchó el piano de ella, luego al verla a los ojos.

La boda se fijó para el siguiente verano.

EL CÓLERA ES SILENCIOSO COMO LA ESCARLATINA. Acecha al desprevenido, muda, navega por el agua, se deja beber y sigiloso llega a las entrañas. Al principio parece inofensivo e invisible, como el amor, hasta que produce vomito, diarrea, calambres musculares, sed. Cuando el corazón bebé sin distinción, el monstruo se agranda. En esos momentos pierde el sigilo. El huracán arrasa, se convierte en lamento, dolor, llanto. Su estruendo oprime el pecho, produce espasmos, un combate a muerte. Si se sobrevive, deja secuelas iguales a las de la guerra: en los testigos, amargura y rostros ajados; en la ciudad, un enorme paisaje de tumbas y cruces con olor a tristeza. Puede entorpecer la luz del lúcido e impide escuchar la lira de Dios.

—No sé por qué dices que Ellen es sorda. Me escucha todo.

Farquharson sonrió. Lo miró como se mira a un hombre enamorado, con los mismos ojos de Benjamín y la certeza de hablarle sin decirle mucho: una idea a la vez.

—¡Escarlatina, amigo! Escarlatina.

Luego le explicó que la enfermedad había hecho estragos en los Martin.

—Ella y Mary, una hermana menor, contrajeron la Escarlatina hace once años. No contaron con suerte y no supieron como tratarlas —dijo—. Mary murió y Ellen quedó sorda y muda. Por fortuna ya tocaba el piano. Eso la ayudó.

—Yo la oigo.

—No se necesitan oídos para escuchar ni ojos para ver.

—Pero sí corazón para amar.

Farquharson sonrió, le cogió el cuello con suavidad, como haciéndole un masaje. Cambió un poco el tono.

—Habrán muchos momentos en que no te entienda.

—Más me preocupa no entenderla.

Walker se llevó la taza de café a la boca, bebió un sorbo, la regresó al plato:

—Y no saber amarla.

Sobre el horizonte, la tía montaba un caballo cuyo brillo absorbía la luz de los alisos que crecían al borde del riachuelo. A pesar del resplandor, detalló a Janet cabalgando a pelo, con pantalones apretados y camisa de hombre. Así debe vestir la francesa de la que hablaba Paul Emile Jones, pensó, la que se aburrió de su marido y lo abandonó para irse a intimar con dos amigos pianistas de París. ¡Hasta se escapó un invierno a Mallorca con Federico!, le había dicho.

La tía Janet, cuando lo vio apoyado en la cerca, se vino directo hacia él. Frenó con un tirón fuerte en la rienda, aflojó las piernas que atenazaban el cuerpo del animal hasta quedar a un metro de Billy. Descendió para abrazarlo.

—¡Por Dios! Cada día más bello —dijo— y has sudado casi como mi caballo.

—¡Tía! —Y se refugió en el abrazo. Se acomodó en ella. Ya lo había hecho con Ellen. Sentía los mismos pechos y el sudor pegado a la piel. Se separó un poco.

El artículo que leía no era sobre Bigotes, el caso estaba cerrado, pero tenía el ingrediente necesario para que los ojos de Ellen saltaran sobre las palabras, sobre un verbo fuerte acompañado del adjetivo bien puesto, sin exageración. Las imágenes se perseguían sobre el río. Leyó las iniciales WW y lo miró con orgullo, con el pecho henchido. Luego el título: *El Misisipi a medianoche*. A medida que navegaba sobre las seis estancias del poema, sobre los espacios que dejaban las líneas de cuatro versos, intentaba tomar más aire. “Cuán solemne barre esta marea negra y densa”. Tenía temblor, pero los versos eran más fuertes.

—A la casa de los Duverjé —escribió en la pizarra.

—¡Benjamín! A la casa de los Duverjé —repitió Walker, golpeando el piso de madera con su bastón.

Cuando bajaron del carruaje, Ellen lo abrazó. No podía contener su felicidad.

—¡Eres poeta! —dijo con los ojos, que centellaban como el Missisipi, no a la medianoche a la luz de la luna sino al mediodía a la luz del sol.

Billy se perturbó al notar por primera vez el busto de Ellen sobre su cuerpo. A pesar del corsé experimentó un roce, una ligera dureza cerca de su tetilla.

“Y la oscuridad emparentada toda ante nosotros...”.

—Ven acompáñame al establo que me tengo que cambiar —y lo tomó de la mano—. Si mi esposo me ve así, hará mala cara toda la comida.

Uno de los criados se llevó la maleta de Walker hasta la casa mientras la tía atravesó el prado llena de preguntas.

—¿Cómo está Ellen?

—¡Hermosa, tía! ¡Hermosa! —exclamó—. Tienes que conocerla.

Se le escapó el “tener”, la obligación, el tono escondido de reproche y culpa. Ese oculto sentido del deber.

—Tía, me encantaría que la conocieras —corrigió.

—Ya lo sé. No creas que me escaparé de tu boda —luego preguntó—: ¿y tu padre, cuándo irá?

—Dice que el verano es una mala época para viajar. Lo que no sabe es que la boda se pospuso. De todas maneras dudo que el trabajo lo deje ir. Nunca sale de Nashville.

—No cambiaré. Siempre lo mismo —dijo—. Espero que no estés triste.

Y de inmediato buscó cambiar el tema. Como si el tener ahora sí pesara, lo sintiera en un eco, una voz muda que le repetía: tienes que evitar hablar de él. Siempre el tener.

—¿Y Nueva Orleans? Tiene vida propia... —el animal bufó—. Siempre quise vivir ahí. Me imagino que también te diviertes ¿Ya probaste el ron? —preguntó, al tiempo que quitaba la brida a la bestia.

—¡Tía! Por favor...

—¡Niño! Me escribes de tu amada y ni siquiera te diviertes. ¡Por favor! ¿Cómo la haces reír?

Querido ahijado, espero que Catherine no este triste por tu boda. Sabes bien que dejaste en ella una huella imborrable. No deja de repetir que fuiste su mejor remedio, que la fiebre desapareció con sólo verte. De todas maneras quiero que sepas que la familia Vanderbilt te acompaña de corazón. Yo trataré de ir, pero al parecer, debo estar en Europa el próximo verano. Quiero que sepas que tu felicidad es la mía. Con cariño. Siempre tuyo. Cornelius.

Benjamín daba muestras de aburrición esperando bajo la sombra de la buganvilla frente a la casona de los Duverjé. Es un arbusto precioso, le había dicho Billy a Ellen:

—¡Mira el color de sus flores!, parecen encenderse con el sol. —Ella ya era Sol—. El conde de *Bougainville* las llevó a Francia desde Suramérica y uno de sus hijos las trajo acá — Walker intentaba olvidar la perturbación del abrazo que Ellen le había dado. Borrar la dureza del pezón hundido sobre su pecho. Arrancó una de las flores, pero el temblor de las manos sólo alcanzó un pétalo. Repitió el movimiento.

—Toma —y le entregó la flor completa.

Ellen la colocó junto al poema y le dio un beso en la mejilla evitando que el aturdimiento de Billy se evaporara con la luz.

—¡Ven! —dijo con las manos.

Entraron a la casona.

“Salvaje y ancho se lanzan sus brazos”.

Cuando llegaron al establo le pasó las riendas.

—¡Toma! Es tuyo —dijo.

—Le daré agua.

—Es tu regalo de bodas. Ya te lo había dicho.

Billy se quedó sin aire, como sin un relámpago hubiera velado la voz. Recuperó el pensamiento. Los dos se refugiaron en otro abrazo.

—¡Tía! Debió costar mucho.

—No te preocupes. En el fondo es dinero tuyo, pero no le digas nada a tu padre.

Billy se abstuvo de preguntar. Desde la noche en que la tía se fue de la casa de Nashville, ni su padre ni ella habían vuelto a hablar.

—Espérame aquí —dijo, en medio del corredor—. Me voy a cambiar.

La luz de la tarde comenzó a escasear. Se sentó en una de las bancas. La fatiga del viaje parecía nublar el aire. Algo entorpecía los pensamientos.

Farquharson lo cogió de los hombros, lo sacudió suave. Quería darle un par de palmadas de médico, traerlo al mundo, despertarlo, pero sólo lo meció un poco, tres veces.

—¡Tranquilo! —dijo—. El que la ames es suficiente para saber cómo amarla. Además —agregó—, ella, te aseguro, también tiene sus propias dudas, sustos, temores. Ese es el amor.

—Pero da susto.

Farquharson volvió a sonreír.

—Billy... los dos se irán descubriendo. No te empantanes. Ve y visita a tu tía o a tus padres. Descansa un poco. Ellen entenderá.

La tía Janet comenzó a cambiarse en el otro cobertizo. Desde la banca, Billy vio una fracción del cuerpo y algo de piel despejaba cuando se quitó los pantalones.

—¿Ya la invitaste a montar a caballo? —gritó.

—No tía

—¿Y qué esperas? Acaso no sabes que nos apasiona.

La tía había terminado de quitarse los pantalones. Billy alcanzó a observar sus calzones largos hasta la rodilla, la pantorrilla sólida. La tía colgó el pantalón en una cerca y alistó el corsé y el vestido largo que tenía que ponerse. Desde lo lejos miró el corpiño entre la camisa abierta. La tía buscaba algo entre la paja de la caballeriza.

—Que sienta el sudor del animal, la crin, el roce de su pelo, los bríos, la respiración, ¡Billy!, que huela el animal.

—¡Tía! Qué cosas dices.

—¿Billy? ¿Ves la lámpara?

Dejó de observar la pantorrilla y el corsé para buscar la lámpara. Estaba al lado de la banca.

—¡Aquí está!

—Préndela con cuidado y me la traes, por favor —dijo. Buscaba algo para taparse.

Pensó en el aire. Sonrió.

—¿Estás seguro de querer casarte con la sordomuda? —preguntó en seco.

—¡Tía! Qué cosas preguntas —dijo, cuando entraba al cobertizo.

—¡Perdón tía!

—No seas tonto niño. Más bien pon la lámpara ahí en ese borde y ayúdame a apretar el corsé.

“El que navega sobre sus reinos”.

Benjamín veía como la sombra de la buganvilla se había corrido un poco más a la izquierda de la carreta. A pesar de haber perdido un pétalo y una flor, el tamaño no variaba, sólo el desplazamiento. Colocó el mango del rejo de manera vertical para seguir con facilidad el movimiento. Comenzó a mover los dedos, primero la mano derecha sobre la pierna, luego la mano izquierda. Imaginó el teclado de Walker, la sonrisa de la ballena. Tocó el Re. Vio recorrer la nota por el alambre. Luego escuchó un Sí. La respuesta fue más lenta, pero suficiente. Tocó el Mi y ella respondió con el Sol. Dejó de tocar sobre sus piernas. Miró la sombra cada vez más larga y retomó el piano.

“Y sin luna y sin estrellas, el cielo se curvó sobre la pared”.

Dejó la luz a un lado y mientras se acercaba a la espalda vio que a sus cuarenta y dos años la tía no había perdido belleza. La vio igual. Recordó aquella imagen de infancia cuando la veía saltar las cercas en contra de su padre, cuando la encontró bañándose en el río, cuando la observó desnuda entre la rendija del baño de su casa. La tía Janet, seguía siendo la misma.

—¿Y que vas a hacer cuando te cases? —preguntó, mientras tomaba una de sus manos temblorosa en el hilo del corsé. La acercó al lado de la espalda de tal manera que el índice quedó a la altura del borde del seno.

—Tener hijos —dijo—, como Dios manda.

La tía cogió la otra mano y la colocó en el borde izquierdo del tronco.

—¡Hazla sentir mujer! No sólo la madre de tus hijos —reclamó—. ¡Y aprieta fuerte! Aquí, en los bordes del corsé o no podrás anudarlo.

Billy obedeció, pero el efecto fue contrario. El corsé se aflojo dejando ver la parte superior de los senos y los bordes de las areolas.

Ella sonrió. Tomó el índice derecho de Billy. Se lo llevó a sus labios. Lo mojó despacio con la lengua, dio tres vueltas sobre el dedo y lo puso entre la boca.

—Sabes a hombre...

Terminó de mojar el dedo con la saliva tibia. Lo chupó con delicadeza. Se lo volvió a mojar hasta retirarlo de los labios y luego, como quien toma una pluma, lo introdujo entre el corsé y la parte baja del pezón. Comenzó moverle el dedo de un lado a otro, con calma, como si la parte media del dedo apenas rozara el botón cada vez más duro. Cogió el pulgar y poco a poco hizo que lo presionara sin afán. Abría los dos dedos y se los volvía a cerrar hasta que sintió que la mano de Billy adquiriría movimiento propio.

“¡Oh, aguas incansables! Como el rápido sueño de la vida”.

Los dedos de las manos parecían duendes alrededor de una fogata. Con la luz del ocaso, solo faltaba un telón, una sábana para que se convirtieran en siluetas chinas. Benjamín nunca las había visto, pero la manera en que tocaba hacia que pareciera un teatro y él, el músico invitado para el concierto. Al terminar, y con la poca luz que le quedaba a la tarde,

por fin los vio salir de la casa de los Duverjé cogidos de la mano. No se decían nada. Había en ellos un silencio de felicidad. Supo que al otro día contaría ochenta y dos pasos desde la casa número tres hasta la seis para llevar el ramo de flores más grande que Walker consiguió en la ciudad. En realidad no fue el más grande, después tuvo que cargar otro. Lo recordaría siempre, porque ese día también comenzó a construir su propio piano.

—Tía, esto es pecado.

—Pecado es no sabe amar a una mujer.

CUANDO REGRESÓ DE VISITAR A LA TÍA JANET, Nueva Orleans no era la misma. Las nubes habían descendido en forma de niebla. Hasta el caballo se veía gris. El lugar parecía arrasado por un huracán colérico. El monstruo, en silencio, había entrado por los esteros y se había instalado en las entrañas de la ciudad. Las campanas doblaban en un único y permanente concierto tratando de abrir espacio en el cementerio atiborrado de tumbas. No cabían más almas. La gente iba y venía. Evitaban respirar el vaho. Bebían agua hervida. Caminaban con afán, pero no se escuchaba nada, absolutamente nada, como si la urbe estuviera dentro de la cabeza de Ellen.

Walker no oía, pero le fue inevitable sentir las vibraciones de la bestia invisible. Bajó del vapor, montó su caballo y se fue hasta a la casa. A medida que avanzaba, la opresión en el pecho crecía. La niebla se hacía más densa. Ni siquiera las almas lograban atravesarla. El caballo de la tía Janet se detuvo. Tampoco quiso andar. Vio lo invisible. Walker llegó a pié.

El ruiseñor voló hacia el atardecer. Retiró la mano del vidrio. Al secar la lágrima, se resquebrajó.

—¿Te acompaño?

—Lo necesito —respondió Walker.

La primera imagen que encontró al llegar a la casa fue la glorieta colmada de carruajes. La puerta de Ellen estaba abierta. El aire entraba acompañado del monstruo invisible. Se había vestido de luto. Por segunda vez en menos de cuatro meses, la muerte se había despertado. Walker entró directo al salón de los Martin. Del temor pasó a la

interrogación. Un ataúd, blanco como una tumba de mármol, estaba en medio de la sala. Era pequeño. Ellen lo vio y vino hacia él. Descargó el dolor en un abrazo que Billy sintió como dos vigas de plomo. La estrechó tratando de extraerle la tristeza, pero ya se había anclado en ella. Tres meses y medio atrás su padre había muerto. Sacó el pañuelo para secarle las mejillas. Se acercó al ataúd llevado de la mano de Ellen. El vaho de la bestia había cobrado la vida de Wilson, el menor de los Martin. Y cuando la muerte se lleva a un niño, un ser que apenas despierta al mundo, el más creyente de los creyentes se confunde. Farquharson se acercó a los dos, unió sus brazos a los de la pareja y se fue por la misma puerta por la que había entrado Billy. Walker vio el rostro de impotencia, de soldado derrotado, la cara de quién ha hecho lo imposible por acabar al enemigo invisible. Vio la desesperanza. Abrazó con más fuerza a Ellen mientras desde el corazón de ella se estiraban las venas y las arterias. Se convertían en lazos invisibles. La aorta apretaba el cuello. Estaba ahí, agazapada. La sentía muy cerca. Silenciosa, como la niebla cuando descendió del barco. Más muerte al acecho.

Entorpece la luz del lúcido e impide escuchar la lira de Dios.

Benjamín no lograba parpadear. Los alambres que unían las dos casas se destemplanaron. Colgaban como lianas abandonadas. El esqueleto y la sonrisa de la ballena saltaban por la ventana. Los martillos del piano, las aletas, los trozos de las patas parecían brincar desde el segundo piso. Walker destrozaba el cuerpo de ébano con un hacha y arrojaba furioso los pedazos. Nadie quiso impedirlo, pero tampoco ayudarlo. Solo, sin ayuda, con una barra de hierro y una viga, deslizó el arpa de acero hasta el borde del ventanal. La botó. Un estruendo, como un trueno destemplado, invadió el conjunto de casas. El rayo cavó un cráter. Ninguna persona se atrevió a rellenarlo, ni siquiera Benjamín, cuando en la noche recogió uno a uno los despojos.

La tierra plana. El abismo. La nada.

Walker, arrodillado, en las tablas del mismo templo donde vio por primera a Ellen, maldecía. Ni el olor de los cirios ni el incienso calmaron su dolor. Dios todopoderoso, dijo, desenfundas tu espada y lanzas tu ira en un escenario donde juegas con la creación. Mueves las tablas, colocas a los actores. Y tú, como el cólera, te mueves sobre el agua. ¡Cobras diezmos! Torturas a tus imágenes. Ofendes. Nos pones a prueba y descargas tu semejanza de dolor en nosotros. Si eres todopoderoso, ¿Por qué nos castigas?, preguntó. ¿En dónde quedó tu perdón? Acaso no somos tu imagen y semejanza. ¿Así de imperfecto eres? No has superado la cruz y nos sometes a tu dolor para que paguemos tus culpas. ¿Quién eres? ¿Dónde estás? No es suficiente el padre y ahora el hermano de Ellen. No fue suficiente la muerte de la hermana, ni la sordera y la mudez de ella. ¿Qué más quieres? ¿Qué necesitas? No crees que ya somos miserables, desgraciados. ¡Déjanos tranquilos! ¡Vete! Hiciste de nosotros un despojo de hombre, un pedazo de carne para alimentar la tierra, pero por más que la alimentemos, nunca será suficiente. ¿Qué más pruebas necesitas? Te faltaron días, meses, años. ¿Acaso quedamos mal hechos y gozas con nuestras astillas? ¿Hasta cuándo?

Se paró y comenzó a caminar por el corredor de la iglesia. La luz que entraba por la puerta principal no lo dejaba distinguir. Vio el resplandor de la salida, la entrada al túnel de desdichas. No sabía si acelerar o disminuir. Caminaba sin tiempo. Daba un paso, otro, uno más. La luz lo enceguecía. Los pensamientos, reclamos, pesadumbre, seguían en su mente. Vociferaba la quejumbre hasta que se encontró de frente con la mirada firme y oscura de un tronco humano. El hombre se arrastraba hacia el altar sin piernas ni manos. El cuerpo se impulsaba con la fuerza de los dos muñones de los antebrazos. Walker pasó lento a su lado hasta quedar quieto, firme, estático bajo el umbral de la puerta. Cerró los ojos y quedó

inmóvil cerca de un minuto, el tiempo suficiente para desanudarse la aorta del cuello, pero no la de Ellen.

—¡Perdón! ¡Perdón, Dios mío! Perdón; soy un infeliz desagradecido —gritó—. Luego caminó de rodillas hasta el altar. Seguía la espalda del tronco humano que tenía al frente.

¡Perdón, Dios mío!, repitió. No tengo derecho a renegar de ti. ¡No lo volveré a hacer! No soy desgraciado. Tengo mis miembros, mi mente, mi familia. Me queda Ellen. Tenemos una vida por delante. Tenemos todo para ser felices. Podemos traer hijos al mundo. Hacer parte de tu reino. Podemos, podemos, podemos. Dios mío, no volveré a ofenderte. Somos vida, esperanza, somos todo. Lo tenemos todo. ¡Gracias, Dios mío! Me has mostrado nuevamente la luz y el camino. Dame fortaleza para sufrir y tener más confianza en ti. Enséñame más.

Benjamín atravesó la glorieta, preparó la calesa con el caballo de Walker y ayudó a Farquharson a cargar el ramo de buganvillas, el más grande que vio.

—Yo los llevo —dijo.

Eran sólo los tres, pero el mutismo hizo más larga la procesión por la calle Canal. Vestida de lamentos, estaba inundada de negro. El caballo quería detenerse. No se acostumbraba a la niebla. Presentía al monstruo silencioso. Respiraba el aire que arrasaba la ciudad. La epidemia crecía con la lluvia, como la fila de cadáveres frente al cementerio. Las cruces se perseguían. Walker caminó hasta el mausoleo de los Martin. Ahora eran cuatro nombres en la lápida. Con el puño de su camisa limpió la última fecha, 1826 - 1849, dejó las flores frente a Ellen y oró varios minutos. Farquharson y Benjamin observaban como Walker se perdía en un país lejano, inalcanzable hasta que el cólera se despertó de nuevo con las primeras gotas. Una nueva lluvia se avecinaba.

—¡Me voy! —dijo, mientras regresaban.

Benjamín también hizo su duelo. Por las noches, antes de irse a acostar, unía una a una las piezas del piano. Remplazó los pedazos de madera rota con otros que él talló. Los martillos los reconstruyó con la misma delicadeza con la que Ellen escribía a la luz de las velas. Con un yunque, como soporte, logró templar y remplazar las cuerdas dañadas del arpa; fue lo que más trabajo le costó. También el teclado le exigió tiempo y dedicación. Parecía una sonrisa mueca de la que nacían lamentos bajo el mar. Con el tiempo lo fue afinando hasta llegar a tocar casi como la señorita Ellen. En realidad lo hacía a cuatro manos, unos días sentía que ella lo acompañaba, otros Walker. Poco a poco las tonadas se volvieron más alegres, pero jamás tocó un día lunes.

—Billy, tengo que decirte algo...

Walker apenas tuvo fuerzas para voltearse. Su mirada se había hundido en el foso de la nada, antes de que hubiera cielo y tierra.

Un hombre invisible salió al amanecer de la calle Julia número tres. Lo delataban los charcos pisados, las huellas que formaba en el agua con cada paso, pero el agua se encargaba de cubrir. No paraba de llover, como el cólera que no se iba de Nueva Orleans. Las gotas caían con fuerza sobre los tejados. Escuchaba el ruido, el golpeteo intensificado por los chorros de agua que escurrían al piso desde las canales. Luego el vaho de la muerte. Detrás de la cortina de agua, su retrato era el de un joven a la deriva. El reloj de bolsillo marcaba las cinco y media de la mañana. Mientras caminaba, contaba los relámpagos para no pensar en nada. Luego la diferencia entre la luz y el ruido. Uno, dos, tres hasta sentir la vibración del trueno. Ese cayó a diez cuerdas. Uno, dos; a siete cuerdas; un, dos, tres, cuatro; a kilómetro y

medio. Uno de los rayos alumbró la cuadra en la que estaba y no alcanzó a contar. Se quedó con el “uno” en el abismo de la boca. El estruendo lo sacudió. Vio la fachada de la iglesia presbiteriana. Las puertas cerradas. No le importó. Pasó de largo. El agua arreció. Se recostó en la pared de una esquina. Quiso escampar. Se mecía hacia delante y hacia atrás evitando que el poco calor corporal se ahogara con la lluvia. Retomó el camino. Erró hasta el puerto. Los barcos iban y venían.

—¿Destino? —preguntó el hombre que vendía los tiquetes.

Walker levantó la mirada. Trató de escoger detrás del velo de agua. Todos los barcos le parecían iguales.

—Ese para dónde va —señaló un vapor con dos chimeneas.

—San Francisco.

—A San Francisco, repitió.

—Ellen... estaba embarazada —dijo Farquharson.

El segundo disparó dejó una nube de pólvora, un trueno que ocultó el ardor del primero.

Tercera parte

1

DESPUÉS DE TRES DÍAS DE NAVEGACIÓN LA niebla sigue conmigo. La presencia de Ellen es insoportable. No sé que hacer, tía. Lo mejor ha sido partir, abandonar las huellas, dejar que los recuerdos se acumulen en el olvido. En este barco hacia San Francisco sólo oigo hablar de oro, aventura, fiebre, poder. Mi corazón está con ella, pero mi mente se dispersa. Por momentos pienso que lo mejor sería volver a la medicina o seguir los consejos del maestro Lindsay y convertirme en pastor. Pero también, cuando veo a los pasajeros con la ilusión en los ojos, con la aventura en sus cuerpos, siento un brillo que trata de iluminar mi camino, como si fuera un llamado a convertirme en conquistador y California me esperara. Todo es confuso. Quizá por eso la niebla me parece permanente. Oh, tía, ¿Qué culpas estaré pagando? ¿Cuándo acabará este martirio?

Walker sentía por la borda los golpes de los vientos de junio. Azotaban el Golfo mientras su mente convertía la niebla en olas. Por un momento la sonrisa reapareció en el rostro al saber que el dominio europeo estaba casi excluido de la zona que navegaba.

Más de la mitad de las costas son nuestras ahora. Una vez tengamos a Cuba, tierra apetecible que veré consumada en pocos años, el Golfo de México será parte integral de nuestra nación como lo es hoy el lago Michigan. Sí tía, a veces veo tierras que deben ser nuestras. Olvidé decirte que en cubierta han aparecido amigos que comparten mi parecer. También viajan con tristeza y nostalgia.

Miraba el navegar del vapor, los tres mástiles y el ondear de la bandera en la popa. La fumarola, con su estela de melancolía, enmudecía el piano de Ellen. El humo colocaba una capa de hollín sobre el amor para dar paso a los trazos del poder.

Tía amada, por esta ruta tendremos el control a sus vías de acceso, el camino para extender nuestra influencia política. Somos la luz, la libertad, el bien. Son nuevos Estados para fundirlos dentro de nuestro propio sistema.

—¡Llegamos! ¡Llegamos! —repitió el capitán.

Walker, desde la proa, no supo distinguir si el mar esmeralda, la playa de conchas diminutas de Portobelo y los cocoteros hacían parte del Mediterráneo americano o era un paisaje real, como los que describía Timothy Tucker, uno de los nuevos amigos que se creía poeta: El verde de tus ojos, como este mar, hace que navegue en el agua de tu corazón y tu piel. La playa inexplorada invita a acariciar el blanco entre el parpadeo de las palmeras, convida a escribir sobre esta piedra la fortaleza de mi alma. ¡Qué adolescente!, pensó. Tampoco supo distinguir si lo que veía a lo lejos desovando en la playa eran tortugas gigantes y si sobre el caparazón de alguna de ellas volvería a ver la imagen de Ellen. Parece una procesión de rezanderas, dijo. Rogó para que el anuncio del capitán no fuera el vaticinio de la tierra prometida sino una penitencia obligada en la ruta del oro, la punición a la codicia y a la vanidad. Señor, no dejes que pierda mi entorno, el Norte, mi camino. Ya me has castigado lo suficiente. No más. Dame luz eterna, guía. Soy tu siervo. No me dejes naufragar en las aguas de la fiebre amarilla.

En el desconsuelo fluye el resplandor del infortunio.

Cuando descendió del Ohio, recorrió durante tres días y dos noches los pasos del general Narciso López, el hombre que un mes antes había intentado invadir Cuba. El intento fue rechazado con rapidez por los españoles. Caminó por el edificio de la Aduana, la Gobernación, el cuartel mientras invocaba al general López. ¡Que grande eres Narciso! Qué

grande y visionario eres: Cuba, la próxima Texas. No te metas con Texas, decía, al tiempo que esquivaba los esclavos de la isla que se le aparecían en cada esquina de La Habana.

—¿Qué hará tanto negro suelto? Deberían estar cortando caña —pensó.

Luego viajó por su mente hasta una isla prospera y organizada bajo un nuevo orden, una tierra extensa y productiva, no sólo en caña, café y tabaco, sino en esclavos. Se podría comenzar a pensar en industrias textiles y fábricas. Y los veía entrar a las escuelas.

—Los negros no necesitan leer.

Gabriel Gumbo, otro de los acompañantes de viaje que se había embarcado en Nueva Orleans, lo miró sin encontrar palabras para decirle que Cuba no era Estados Unidos y que la isla tenía más negros libres que cualquier otra del Caribe. No alcanzó a musitar palabra cuando vio a Walker dirigirse hacia una de las ventanas de la escuela. Daba brincos intentando escudriñar el interior del salón. Después de varios saltos, Gumbo le alcanzó un cajón de madera para que se parara en él y saciara la curiosidad. Asomado por uno de los vidrios, se restregó los ojos una y otra vez, como queriendo borrar del iris la visión que tenía.

—Es por el cometa.

—¿Cuál cometa? —preguntó Walker, asustado al pensar que la luz eterna podría ser un astro efímero cuya maledicencia se adhería a su cuerpo como la humedad de las costas panameñas.

—El cometa Peterson, señor —respondió James Jenkins, otro de los nuevos acompañantes de Walker—. Lleva una semana colgado en el cielo. Es un anuncio. Los indios dicen que por eso las tortugas retrasaron el desove para hacerlo a la luz del día. Ellos recogieron sus cosas y huyeron hacia la montaña, donde la humedad es el purgatorio. Prefieren las sombras de la penalidad a morir asfixiados por los gases del infierno.

—¡Brutos! Se nota que Dios no ha llegado a estas tierras.

—Señor, sí llegó a estas tierras, pero siguió de largo.

—¿Y qué hay en el interior?

—¿Interior del país o de la zona?

—De lo que sea.

—Nada señor. Al interior del istmo, selva y al interior de la Nueva Granada, políticos que no saben qué hacer con su independencia. Llevan treinta años enfrascados en guerras civiles.

Walker divagó con el mar en su mente mientras el coronel y capitán Dick Dobs ordenaba el desembarco para iniciar la travesía hasta ciudad de Panamá. Las nubes se pintaron, primero con un color amarillo, luego el naranja y el púrpura hasta el violeta encendido perturbado por el estruendo de nubes de pericos en busca de sus nidos y las siluetas de las guacamayas con cola de golondrina cortando el horizonte. Las palmeras tomaban la coloración del atardecer mientras el verde de la selva parecía incendiarse frente a la expedición.

—¡El paraíso! —exclamó Tucker.

—¡El infierno! —dijo Walker.

Detrás del cristal escuchaba el murmullo de la voz queda de Ellen. La veía a través de la ventana. Pensaba en borrar la imagen con sus manos. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Seguía ahí, sonriente, con su vestido blanco y una de las cintas de colores anudada al pelo como libélula. La maestra daba la palabra a los alumnos. Dictaba clases, sonreía y le hacía la venia a Walker. Los niños sacaron sus bongos y comenzaron a tocar. Lo invitaban a la ceremonia que preparaban para ahuyentar los malos espíritus. Cepillaba un chivo y le anudaban varias cintas de colores en el cuello mientras los alumnos continuaban con la percusión y las niñas, en coro, invocaban a Yemayá. Ellen tomó el chivo y lo entregó a uno

de los niños vestido de blanco. En medio de un redoble de tambores y un solo de bongó, el animal y el muchacho elegido iniciaron la peregrinación hacia el mar. El chivo parecía mirar a Walker. “Oye mi tambor, oye mi tambor, oye, oye mi tambor”, balaba. Al llegar a la playa, el niño, con las cintas de colores, formó un arco iris hasta que el sol inició el descenso en el mar. Ellen soltó el animal. Se transformó en delfín a medida que la luna ascendía por las montañas de la sierra. Nadó hasta el horizonte, como si buscara el sol hundido. Las olas se agitaron más, inundaban con más fuerza la playa y los caminos de arena hasta llegar al interior de la escuela. Ellen salió por la puerta, navegaba en un pequeño bote al tiempo que Gumbo, desesperado, le gritaba que despertara, que saliera del trance. Lo llevó al barco antes de que se sumiera en la oscuridad de la noche.

—Lo que tiene es fiebre amarilla —confirmó el médico del barco.

Dobs, dio la orden de zarpar hacia la provincia de Panamá en la Nueva Granada mientras Gumbo le aplicaba paños de agua tibia en la frente.

—Descanse, señor. Descanse —decía.

Walker se ahogó entre las olas de Yemayá. Ellen navegaba en su bote de madera impulsado por las crestas de agua que producía el chapoteo del enfermo bajo los gases del cometa sobre el Caribe.

Tía, estaremos aún más orgullosos de nuestra nación cuando el Golfo sea el centro del comercio del Mediterráneo; Nueva Orleans, Alejandría y la Habana, la Constantinopla de nuestro imperio. Seremos más grandes y poderosos que Roma.

Mientras el coronel Dobs y Jenkins organizaban la carga para la travesía de cuarenta y cinco kilómetros por el istmo, Walker, Tucker y Gumbo, al igual que John Brown y John Smith, hombres de sociedad de Nueva Orleans, se dirigieron hasta el hotel Bellavista de

Portobelo. Venus, a lo lejos, anunciaba la caída de la noche. La fiebre de Walker volvía a invadir su mente, como si el cometa Peterson no atravesara el firmamento sino su cuerpo. Desde la ventana del hotel, con el cielo más oscuro, la estrella del atardecer brillaba con intensidad. La luz de Dios siempre fuerte, dijo. Mi luz, mi camino, ni Norte. Luego, un poco más arriba del astro y hacia la derecha, con una cola tenue, pero algo larga y apuntando hacia el oriente, el cometa trazaba la ruta.

—¡Mira! La puerta de salida del infierno —exclamó Walker.

—Señor —dijo Gumbo—, es sólo un astro en el cielo.

—¡No! No. Es por allá. Tienes que decirle a Jenkins que debemos caminar en esa dirección.

—Sí señor —aceptó Gumbo, mientras le bajaba la fiebre con un paño en la frente—. Mañana iniciamos la ruta hacia el Pacífico por el camino del cometa.

A pesar de mi dolor, es grato saber que me acompañan personas como usted, escribió Walker a Vanderbilt. Su nombre es muy popular en estas tierras y más, su carácter visionario. Me he sentido orgulloso de volver a recordar aquella noche en Nueva York y el calor de su hospitalidad. También, el haber contribuido a la salud de Catherine. Ya dejé la medicina, pero los recuerdos de su hija sonriente y sana me acompañan, es como si el aroma del mar de la Nueva Ámsterdam que vieron sus ancestros me llegara hasta este pedazo del Pacífico que usted quiere unir con el Atlántico. Visionarios como usted es lo que necesitamos.

Walker pasó la noche envuelto en llamas. Sudaba la fiebre muerto de terror al ver indios y negros atizar la hoguera en que se consumía. Creía escuchar a Ellen entre los bailarines diciéndole a Gumbo que trazar un canal por Panamá era como buscar a Dios en el infierno.

—Dile que la ruta del oro por ahí es eterna —comentaba Ellen.

—La única ventaja es que a nadie le importa la selva —respondía él.

Gumbo sentía aumentar la fiebre de Walker al tiempo que el enfermo meditaba sobre los políticos de la Nueva Granada y los de la Federación Centroamericana. En ambas regiones, liberales y conservadores no lograban ponerse de acuerdo para gobernar. Vivían ensimismados en debates anodinos y cambiando de Presidente después de cada guerra civil. Lograron independizarse de España pero no de sí mismos, pensó.

—¡Estás tierras deben ser nuestras! —gritó Walker.

Cayó dormido mientras veía que la ruta dorada resultaba ser larga y peligrosa, pero factible desde bahía Limón. Si algún día trazan algo, deben comenzar por ahí.

El amanecer lo sorprendió con la fiebre amarilla más baja y los colores del cielo similares a los del atardecer, pero en orden contrario. Venus y el cometa habían abandonado el firmamento. El tiempo parecía regresar. Primero vio a las guacamayas levantarse sobre el horizonte, luego escuchó a los pericos alborotados en un coro de Si, Si, Sí, Mi, Mi, Mí y se exaltó al ver las nubes que pasaron del violeta encendido, al naranja, al amarillo hasta un gris y blanco que hizo desaparecer cualquier rastro de infierno. Veía las nubes blancas sobre un azul húmedo.

—¡Estoy listo Coronel! —dijo.

Dobs y Gumbo lo miraron con ojos de médico satisfecho.

—Nosotros también.

En el desayuno encontraron a uno de los ingenieros que descansaba en la ciudad. Llevaba dos semanas trabajando en el trazado del ferrocarril que unía el Atlántico con el Pacífico.

Sólo espero volver a verlo. Tener la oportunidad de compartir nuestros puntos de vista como lo hicimos en Nueva York.

—Váyanse por el río Chagres, sino vivirán todas las penurias y las plagas del trópico juntas —dijo uno de los ingenieros, mientras sorbía un café suave traído del interior del país.

—Es la ruta que haremos hoy —comentó Walker.

—No olviden llevar mucho agua, quinina y untarse el cuerpo con aceite. Acá, los zancudos atraviesan la ropa y cavan cráteres sobre la piel.

—¿Algo más? —preguntó Dobs.

—Mantengan los ojos bien abiertos y las fogatas encendidas —agregó—. Ahuyentan sapos, serpientes, caimanes y hasta indios.

—¿Cuánto dura la travesía? —preguntó Walker.

—Ahora, entre siete y diez días, pero con el tren, Vanderbilt espera reducir el trayecto a medio día.

—¿Cornelius Vanderbilt?

—Sí. Trabajo para él.

—Lo conozco. Hace tres años viajé con él en uno de sus trenes hasta Nueva York. Me alojé en su mansión de la quinta avenida —dijo Walker—. Por favor, envíele mis saludos.

Tengo también ciertas ideas que engrandecerán nuestro universo, nuestra tierra y nuestra visión. Sólo contemplar este mar, como lo hizo Balboa, hace que mi mente se expanda. Creo que usted y yo podemos trabajar juntos.

El coronel Dobs lamentó iniciar la expedición en momentos en que el sol se encontraba en el cenit. La humedad, el calor y las nubes de mosquitos generaron un concierto

de reclamos al interior de la expedición. Las mulas sudaban y lo único que las hacía andar eran los látigos de los exploradores y el olor a caimán. Apenas es el comienzo, pensó. Los primeros en quejarse fueron Smith y Brown, acostumbrados a los cócteles y los bailes de sociedad. Siguieron en su orden Jenkins, parecía un niño al que sólo le faltaba llorar; John Jones, con facciones de adolescente afeminado que reclamaba por el calor y su cutis y Gumbo no entendía por qué la ruta del oro hasta San Francisco tenía que ser tan demorada y onerosa. Divagaba sobre cómo acortar el viaje y con quién hablar en Washington para financiar un mejor proyecto. El único que parecía disfrutar la travesía era Tucker. Estaba maravillado por la naturaleza. Sacaba de la maleta de explorador novicio un lápiz, un cuaderno y escribía poemas sobre la selva, los colores de las aves, las notas musicales de la lluvia. Hacía rimas sobre las hojas de los árboles, la mariposa azul que se posaba en el hombro y claro, el amor. Walker cabalgaba sobre los pensamientos. La ruta dorada no puede ser esta. Gumbo tiene razón. Hay que pensar en otra cosa. Es un desastre, a menos que se trace un canal. El ferrocarril no es suficiente. Debo hablar con Vanderbilt.

—Sigue siendo absurdo —dijo Gumbo—. Un canal por Panamá nos queda muy lejos. Hay otras posibilidades.

—¿Nicaragua? —preguntó Walker.

—Esta más cerca y es más barato.

—Igual, podemos tomar estas tierras. Nadie las va a reclamar —insistió.

—En Nicaragua es lo mismo. Puedes convencer a Vanderbilt para que piense en esa ruta.

A medida que pasaron los días, aumentaron los delirios, los mosquitos y los quejidos de la expedición.

—Gumbo tiene razón. Le escribiré a Vanderbilt —dijo—. Esta pesadilla no es para nosotros.

—Dejémosela a los franceses —agregó el coronel Dobs—. Estamos llamados a causas mayores. Que los consuma la fiebre amarilla.

—Eso debe ser lo que anunciaba el cometa —respondió Walker.

El astro no había dejado ningún vestigio cuando la expedición llegó a ciudad de Panamá. Walker no sólo se alegró por sentir la desaparición de los malos aires, de los quejidos de mico y la humedad de la selva: se dejó maravillado por la vista. Imaginó a Balboa con su casco de hierro contemplando extasiado el Pacífico. Lo vio solo, sobre una piedra mientras los otros setenta y ocho hombres esperaban el permiso para contemplar la nueva conquista. Balboa, el remiso. Esto fue lo que sintió, pensó. Ante sus ojos veía un mar extenso, con un azul profundo que absorbía sus pensamientos y daba rienda suelta a las divagaciones, a la voz de su corazón, a la lira de Tucker, que le decía que estas aguas estaban vírgenes. Una manifestación más de la voz de Dios.

—Esto es poesía, Tucker, esto es poesía.

Quizá, por ejemplo, valga la pena acortar la ruta del oro por Nicaragua. El trayecto de Panamá es oneroso y los políticos de la Nueva Granada no se ponen de acuerdo. El ferrocarril es una buena idea, pero siempre y cuando sirva para trazar un canal que permita el paso rápido de los barcos. Sin embargo, creo que el futuro está en Nicaragua. Valdría la pena pensar en esto. Luego le contó algunos pormenores de su vida en Nueva Orleans, sus planes en San Francisco que comenzaban a aclararse con el viaje. Me despido con aprecio y le ruego dar a un saludo especial a Catherine. Puede decirle que la alegría de su salud me ha acompañado en esta tristeza que arrastro en mi interior.

El Oregón fondeaba sobre el puerto de Ciudad de Panamá en espera de los nuevos pasajeros, la mayoría, aventureros seducidos por la ruta del oro camino hacia San Francisco.

Walker se paseaba por cubierta impaciente por partir. Después de casi un mes de viaje, sentía la hora de llegar. Los más contentos eran Dobs, que descansaría de sus labores de coronel frente a un grupo de incompetentes y Smith y Brown, que por fin podrían acicalarse y volver a bailes de sociedad. El más triste, Tucker, cuya poesía perdía su inspiración al abandonar lo que él llamaba jungla.

—¿Y ese perro? —preguntó Walker.

—Leoncio V —respondió Gumbo—. Es del capitán del barco.

—¿Leoncio V?

—Sí. En Panamá todos los perros se llaman Leoncio.

—Pues que esté lejos de mí. Soy alérgico a los perros y a los negros.

—¿Y en San Francisco qué vas a ser? —preguntó Gumbo, para cambiarle el tema—.

¿Te dedicarás a la política?

Walker se quedó mudo viendo el pelambre de Leoncio V. Levantó la vista hacia Ciudad de Panamá. El pabellón parecía derrumbarse del asta de la guarnición. Los soldados de la Nueva Granada no sabían que hacer. Se pasaban la bandera, como si se les quemara la mano. Movié la cabeza de lado a lado en señal de ¡No! ¡Que brutos! Vaya herencia española que tienen. Luego vio otro Leoncio. Creyendo que jugaban con él, el perro se botó sobre la bandera. Corrió con la tela por la playa mientras tres soldados lo perseguían. Parece una patria boba, eso fue lo que les dejaron los españoles: una patria boba. En medio de su visión, observó cuando el capitán salió de la garita principal, desenfundó la pistola y sin que le temblara la mano, disparó al perro. Ya pueden traer la bandera, creyó escuchar.

—Fundar un periódico y abrir un bufete de abogados —respondió Walker.

EL ORO DESLUMBRA. SE FUNDE EN SILENCIO con las ilusiones y dispersa la mente del más lúcido. En tiempos de escasez destila codicia hasta permear las entrañas. Al principio seduce, encanta, conquista. También aumenta la fiebre, el delirio y corroe el corazón. En abundancia es amenazador. El reflejo se hace intenso. El espejo se fractura en partículas de avaricia. El noble se hace ruin y en la mezquindad, arrastra dolor, oscurece el mar y sacrifica a quien ama. En su brillo está Dios, también cenizas de guerra, desiertos de huesos y hombres con sueños extraviados. El oro es maleable al engaño, quema, tiembla, brilla. La nada.

Vanderbilt veía el lienzo. El fondo rojo y naranja contrastaba con la levita negra. Las patillas gruesas, abundantes, de color cenizo le agrandaban la cara mientras la pajarita blanca cubría buena parte del cuello. El porte se reforzaba con la mano a la altura del pecho, sólida, gruesa, en actitud de control.

—Me gusta —dijo—, pero quiero una mirada más aguda. Un poco más de sombra en las cejas o en los párpados. Que se note el azul de mis ojos.

—Claro —respondió Samuel Waugh.

—Y más brillo en el rostro. —insistió—. Parezco sombrío.

—No tía. Debe estar confundido. No creo que haya superado la muerte de Ellen. Ahora habla menos.

—¿Confundido? Lo superará —acotó Janet, buscando tranquilizar la preocupación de Lipscomb—. Además —agregó—, en el dolor del duelo los grandes hombres se hacen fuertes.

Terminado el óleo, Vanderbilt descendió las escaleras de mármol hasta encontrarse a mitad de camino frente al espejo de la entrada. Se paró un instante. La luz se introducía por las ventanas del corredor y rodeaba su cuerpo de brillo.

—¡Waugh! —gritó—. ¡Venga!

Samuel Waugh retocaba partes del retrato cuando escuchó el trueno de Vanderbilt. El pincel tembló hasta trazar una línea imprevista y gruesa encima del labio. Bajó sobresaltado.

—¡Miré! —señaló el Comodoro—. ¿Ve ese brillo? Es el que quiero en la pintura.

Waugh, al detectar la reverberación de la luz de la ventana sobre el espejo y el cuerpo de Vanderbilt en el medio, comprendió lo que quería el Comodoro: un aura alrededor del rostro.

—¡Perfecto! —dijo, en tono tranquilizador, mientras pensaba en cómo aplicar la técnica italiana en el retrato que llevaba quince días sobre el caballete.

—San Francisco hará de tu hermano un hombre listo para cualquier reto.

—No sé, tía, la ciudad es algo fría en verano. Billy quiere calor, acción, trasegar bajo el sol.

—Es perfecto. Volverá a escribir en un periódico. Siempre ha dicho que la pluma engrandece un país.

La tía Janet se levantó del sillón. Caminó lento hacia la ventana. Observó la arboleda, el campo y a lo lejos, la caballeriza.

—Es cierto. Siempre ha creído en la imagen de una América grande —acotó Lipscomb.

—¿Lo ves? —preguntó la tía—. Tu hermano construyendo nación desde un periódico y tú, agrandando el país desde el ejército.

Se acercó a Lipscomb por la espalda. Le tocó los hombros.

—Cómo te has hecho de fuerte, hijo —y con la mano derecha le apretó el músculo del brazo.

El Comodoro abandonó el espejo en medio de la escalera. Recorrió el resto de los treinta y dos escalones y entró al estudio del primer piso. En su escritorio estaban los balances de las acciones de Nueva York y San Francisco. La *Accessory Transit Company* presentaba los mejores dividendos. Hay algunos problemas en la zona del lago de Nicaragua, explicaba Morgan, su agente de confianza en Nueva York, pero por lo general, la mercancía y los pasajeros llegan bien. Garrison dice que a San Francisco la gente llega poseída por la fiebre del oro. Que poco protestan por lo demorado y las inconveniencias del viaje, aunque si han habido robos. Luego leyó las notas de viaje de Walker. Las primeras impresiones de la selva en Panamá, los planes en San Francisco y las recomendaciones sobre Nueva Granada y Nicaragua. Buen muchacho. Podría servirme como abogado en San Francisco, pensó.

—¡Catherine! ¡Catherine! —llamó—. Tienes otra nota de Walker.

Dejó la carta en una de las mesas del corredor y regresó a revisar los términos de la concesión que había firmado el año pasado con el gobierno nicaragüense. El acuerdo permitía, de manera exclusiva y barata, operar un servicio de transporte de pasajeros y carga por la desembocadura del río San Juan, en el Atlántico y conectar con el Pacífico a través del lago de Nicaragua. La ruta del oro más corta y rápida. El máximo rendimiento con la menor inversión, dijo.

—¡Bien! Muy bien —encendió la pipa traída de China y se sentó a mirar a través de la ventana.

—¿Y esto?

—Es una herida profunda —comentó, mientras sentía el índice sobre la piel templada del pecho.

—Pero no te duele —afirmó la tía.

El guante de seda que cubría la mano de Catherine Vanderbilt se deslizó con suavidad sobre la bandeja de plata donde su padre había dejado la misiva. Abandonó el olor a picadura que se había instalado en el corredor, subió rápido las escaleras y se encerró en el cuarto. Repetía una y otra vez las líneas de Walker. El puerto me recuerda mi última noche en Nueva York. Se llevaba la nota hasta la cara intentando sustraer los aromas de las letras, como quien busca el perfume de la mano que la escribió. Y el frío de la bahía me hace extrañar el calor de hogar que sentí con ustedes. Los pesares de Nueva Orleans poco a poco quedan atrás. Las palpitaciones de Catherine aumentaron de manera imperceptible. Muchas gracias por las palabras de aliento. Tu padre y tú son un candil entre el vaho de muerte que me cubrió. Sé que pronto nos volveremos a ver en mejores circunstancias. Y comenzó, con el dedo índice, a recorrer en pequeños círculos los rizos del pelo que le llegaban hasta el hombro. Sé que pronto nos volveremos a ver, releyó con entusiasmo, como si en su mente un eco proyectara el futuro. Catherine recordó los pétalos de los girasoles acosados por el viento de primavera.

El dedo experto siguió el recorrido por el pecho joven.

De inmediato tomó una pluma, una hoja de papel con motivos similares al pañuelo que alguna vez deslizó sobre el bolsillo de Walker. Le roció el mismo perfume traído de Europa y escribió sin parar, con un ritmo más maduro, pero sin perder el entusiasmo de la adolescencia. Catherine no olvidaba los dedos del doctor cuando la fiebre anidó en su cabeza y los girasoles en el vientre.

—¿Y aquí? —La yema del dedo tocó el borde de la tetilla donde el rasguño de una bala había dejado su muesca.

—Tampoco —respondió Lipscomb—. Más duele la distancia, la familia, la soledad. Esos fueron nuestros enemigos. Luego sacó la botella de agave que le había encargado la tía Janet.

Cornelius Vanderbilt se paró de su escritorio, salió del estudio y abandonó las columnas griegas de su casa.

—¡Al banco! —ordenó al cochero.

—Por ti —dijo, al ritmo del alcohol.

—Por ti, sobrino.

Lipscomb sintió el momento de hablar de las bondades de la carrera militar y lo feliz que había sido en la campaña contra México.

—Sí, tía. Lo más duro, fue el invierno y el abandono en Corpus Cristi, pero tan pronto llegaron los pertrechos y el dinero de los banqueros para la campaña, logramos desembarcar en costas mexicanos —decía—. Conquistamos Veracruz, Puebla y la Ciudad de México. No sabes cuán hermosa se veía nuestra bandera ondeando sobre el tricolor derrotado de los mexicanos y la satisfacción de ver la cara de Santa Anna rendido. ¡Somos grandes tía!

—Necesito dos giros a San Francisco. Uno al banco Baldwin y el otro al Wells & Co —pidió Vanderbilt, y entregó al empleado las dos autorizaciones.

Sobre el perfume, escribió una carta que por momentos olía a Catherine, pero poco a poco se transformó en una misiva con aroma de nostalgia. Ya son muchos los años sin que hayas vuelto a Nueva York. La ciudad ha cambiado. Crece a un ritmo que tus ojos no lo creerían, decía. Te inspiraría ver como la vida fluye entre nuestras calles. Así como te distanciaste de la medicina, las construcciones se alejan del puerto. Cada vez hay más casas y gente hacia el norte de la isla. Papá se enorgullece de la fiebre y la actividad como cuando recibe noticias tuyas. Vive orgulloso de haberte conocido e insiste que tienes un espíritu como el de la metrópolis. Que tu mente crece y se expande. Él no lo dice, pero sé que también te extraña. Ojalá nos visites pronto.

Vanderbilt salió satisfecho por las dos transacciones. Una iba destinada a pagar publicidad de la Compañía en el *San Francisco Herald*: ¡La ruta más rápida y segura hacia la fortuna! ¡Viva la ruta dorada con nuestros barcos! El otro giro buscaba reforzar la seguridad y la ampliación del embarcadero donde llegaban los buscadores de oro. Garrison ahora no puede quejarse, pensó. Con este dinero mantendremos nuestra reputación y el primer lugar en el transporte de pasajeros. Retomó la carta de Walker: habría que trazar un canal por Panamá. No sería difícil. Todos los pueblos del istmo, sin excepción alguna, están sumidos en el abandono. Los políticos del interior no se preocupan por la zona. Esa negligencia nos da derecho a administrar la región, poner orden e implementar nuestra visión y buen Gobierno. El empeño de trazar el ferrocarril es loable. Vi con mis propios ojos el alcance y las posibilidades, pero el trayecto es difícil. La fiebre acosaría a los pasajeros y muchos sucumbirían a las enfermedades. Hay que diversificar los frentes de la empresa. Creo que debe consolidar la zona de Nicaragua e invertir en Panamá. En ambos casos, necesitaría el apoyo de la administración en Washington y pensar en la construcción de un canal. Yo podría

ayudarle con algunos senadores del Sur, aunque no dudo que usted tiene muchos aliados. De todas maneras es esencial comenzar a integrar otros territorios a la Unión.

La victoria fue la retribución a tanta penuria. Sí, tía. Por momentos nos sentimos abandonados. A veces llegaba una que otra carta o algo de ropa para vencer el invierno, pero los soldados estábamos desmoralizados. El hambre aumentaba y los pertrechos que nos habían prometido no se veían por ningún lado. Nos decían que teníamos que atacar, pero parecía que Washington nos había abandonado. Fue duro, pero tus cartas y la idea de la victoria me mantuvieron vivo. Una fuerza interior. A pesar del sufrimiento, había algo que me hacía sentir que yo era esencial para el ejército. Un hombre de honor y que al final vendría la retribución y la fama.

El Comodoro tomó el transbordador hacia Staten Island. Los empleados de la sala de mando, en medio de la sorpresa y el temor, no podían creer que el propietario estuviera viajando con ellos. No era un pasajero más sino uno de ellos. Vanderbilt aprovechó la visita al cementerio familiar para supervisar sus trabajadores. Unos se esforzaban por atenderlo bien, los más nuevos en no cometer errores. Desde cubierta vio como uno de los empleados dejaba pasar a una señora con dos hijos, uno de brazos y el otro de unos seis años. Sólo cobró un pasaje.

—¡Acompañeme! —dijo, al capitán del transbordador.

—¿Quién es este? —preguntó, al llegar hasta el empleado que había dejado pasar a la dama.

—Johnson, señor, Georges Johnson, uno de los trabajadores más antiguos y queridos de la compañía.

Johnson miraba algo sorprendido al Comodoro, pero contento. Se sentía elogiado que el propietario se hubiera fijado en él.

—Mucho gusto —dijo el empleado, y estiró la mano para saludarlo.

—¿Qué hace?

—¿?...

—Señor Johnson. ¿Cuál es su trabajo?

—Controlar el ingreso de los pasajeros —respondió, rápido ante el tono implacable.

—¿Y eso?

—Nada señor —dijo—. Una madre con sus dos hijos.

—No sabe usted que todo niño paga.

—Señor, con todo respeto —respondió, con la cabeza abajo—. Es una señora de pocos recursos. Viaja todos los días hasta la isla para hacer el trabajo de jardinería en el cementerio. No tiene con quién dejar sus hijos.

—No es mi problema. ¡Todo el mundo paga!

—No volverá a ocurrir señor.

—¡Quiero ver que pague!

Johnson sacó de su bolsillo el dinero de los dos pasajes.

Vanderbilt mantuvo la compostura, pero furioso, ordenó al capitán del barco que regresaran a Manhattan. Llevaban cerca de cinco minutos de navegación.

—¡Señor Johnson! Está usted despedido —y ordenó que bajara junto con la mujer y los dos niños.

—Mi querido Lipscomb, eres un hombre hecho y derecho —dijo Janet—. Has madurado. La guerra ha forjado tu carácter, pero sigues siendo el niño noble que conocí. Ahora que estás hecho todo un hombre —acarició la mejilla—, te pido que estés pendiente de

tu hermano. Es muy valioso, pero a veces creo que puede ser muy impulsivo. No dejes que pierda su ruta. Sé que de una u otra manera superará la muerte de Ellen.

—Trataré, tía —respondió.

La tía Janet terminó la petición bebiendo con Lipscomb el trago de agave traído desde México. Los dos brindaron por placeres diferentes.

Vanderbilt finalizó su recorrido en el mausoleo. En el cementerio de Staten Island reunió el espíritu de cada uno de los familiares enterrados con el ánimo de continuar su carrera emprendedora, seguir forjando el capital que lo colocaba como uno de los hombres más ricos e influyentes de la Unión americana. No se percató que las tumbas no tenían flores. La señora con los dos niños, además de arreglar el jardín del campo santo, limpiaba las lápidas del mausoleo de los Vanderbilt y colocaba en las tardes, antes de tomar el barco de regreso, un girasol mirando hacia el occidente para que durmiera sus pétalos en el atardecer.

3

LA PRIMERA REACCIÓN DE WALKER EN EL PUERTO DE San Francisco fue vomitar, no por los remantes de fiebre amarilla o por la pérdida de equilibrio y el efecto del vaivén del viaje, sino por el olor. Bajo la niebla del puerto, entre el viento gris y el frío, una emanación fétida se apoderó de él. Pensó en el cólera de Nueva Orleans. Se sintió impregnado por las especies venidas de oriente, la carne de ballena y el pescado seco del puerto. Descendió mareado y arrojó la bilis sobre los zapatos de Smith y Brown quienes lo ayudaban a descender del vapor. La agitación y el bochorno reinaban en la bahía. La gente pasaba de largo. Corrían iluminados para internarse en las vetas de oro. Lo empujaban. En sus ojos desorbitados se veía la necesidad de un hotel. El viento pegaba sobre las velas y las chimeneas de los barcos, luego, caía hasta azotarle la cara verde.

La tía Janet se sentó frente a su escritorio de roble. Tomó la pluma de faisán, la tinta y sobre una hoja de papel de China comenzó a escribir. Querido sobrino, no sabes cuánto dolor me causó la muerte de tu prometida, pero más aún, el saber que estaba embarazada. Con la primera frase hizo una pausa, bajó la mano derecha y se tocó el vientre. Guardaré tu confidencia, pero la ira invade mi ser al verte solo y desamparado. Te imagino sumido en el pesar, tus ojos sin brillo y tu cabeza desorientada. Créeme, lo único que he hecho es orar por ti y sólo espero ayudarte en tu camino, estar ahí, abrazarte, que sientas que somos la misma sangre.

El pulsador del telégrafo golpeaba el contacto sin pausa. Los puntos y líneas del mensaje se volvían una única raya, un guión largo. Un sonido similar al de las teclas de un piano cuando se toca con rabia. Los puntos, convertidos en un sonido corto y agudo, se

habían vuelto indescifrables. El operario de Nueva York tuvo que enviar un mensaje desde el otro telégrafo pidiendo calma.

—¿Qué haces? —Preguntó Cole cuando vio a Walker enajenado peleando contra el aparato del periódico.

—Nada. Enviaba un mensaje a Vanderbilt.

—¡Hombre! Lo vas a romper.

—Pero, no me entienden —reclamó Walker.

—Claro que sí. Trabaja las pausas para diferenciar los puntos de las líneas.

—Lo sé, lo sé, pero no me entienden.

Movía la pluma de un lado a otro, como si los pensamientos llegaran con más rapidez al abanicar el aire. Sí, sobrino. Entiendo tu dolor. Es como si fuera mío. Recuerda que cuando eras pequeño también tuve una pérdida en mi primer embarazo. Después de eso, la maternidad se volvió ajena, extraña. La posibilidad de tener hijos me fue negada. No sabes cuánto dolor me traen estos recuerdos. Por fortuna no estoy sola. Tu hermano Lipscomb ha venido a visitarme. La tía Janet levantó la pluma, congeló los pensamientos, los saboreó con la comisura de los labios mientras miraba uno de los cipreses entre la arboleda. Un ligero destello surgió de sus ojos, se transformó en letras. Sí, tu hermano está cada vez más fuerte. Sus músculos se han fortalecido y su carácter se traduce en detalles que lo engrandecen. Hemos compartido mucho en estos tres días. Volvió a detenerse. Dejó de escribir. Lo pensó. Lo digo o no lo digo. Me trajo una botella de agave, el elixir de los dioses, dicen los mexicanos.

El bufete de Cole dominaba el mar. Se veía el trasegar de los barcos desde los ventanales apuntando hacia el horizonte. Walker alcanzaba a sentir el almizcle de oriente, el

olor del pasado y el aroma del futuro. Ya no sentía el hedor del cólera, el mareo ni la muerte disfrazada de Nueva Orleans. Tampoco contemplaba tortugas desovando en las costas panameñas. Se veía llegando a otras tierras. Cabalgaba triunfante con una tropa que le rendía pleitesía, como si al atravesar la puerta del despacho de abogados su vida sufriera una transformación inmediata y se viera frente al espejo que descomponía el cuerpo en infinidad de partículas. Walker se proyectaba en un juicio, un duelo, una horca, pero sobre todo, siempre homenajeado, rodeado de personas que le obedecían y acataban sus órdenes. Esgrimía su bandera. ¡Esto es lo mío!, esto es lo mío, repitió, y llamó a la puerta.

—Ya van a abrir —dijo Gumbo—, quien había decidido acompañarlo.

Retomó el manuscrito. Sabía que tenía que cambiar el tono y acercarse de nuevo a Billy antes de enviar la carta. Pero volviendo a mí dolor, sabes bien que he sido feliz de otras maneras. Tú has llenado un vacío en mi vida. Tus hermanos también, pero bien sabes que eres mi sobrino preferido. En ti veo un don y por ese don sé que superarás esta prueba. No temas a la muerte que es nuestra sentencia. Lo mismo fue antes y será después. ¡Muerte, qué buena consejera eres para el que sufre ya sin fuerzas, para el que tropieza y cae a cada paso, y está triste y ha perdido la esperanza! Piensa en esas palabras santas. Sí, el dolor también es como el oro: obnubila. Pero no te pierdas. También es buena consejera si se sabe mirar. Mantente en tu Norte. La tía Janet continuó con la escritura de otros párrafos hasta escuchar a uno de los sirvientes anunciar el desayuno.

—¿Lipscomb ya está en la mesa?

—¡Sí! Madame.

—¿Y mi marido?

—El amo Sam en el establo, madame.

La tía cerró el sobre, lo dejó al lado del tintero y salió.

—Envía cuanto antes la carta que dejé en el escritorio. Después del desayuno hacemos maletas.

Seguía absorto. Mezclaba olores y visiones sin ver la luz en su mente, como si el sol de la mañana no despertara. Las divagaciones volvieron a concentrarse en un solo punto cuando escuchó la voz de Gumbo en su mente.

—Oigo pasos —dijo.

—Siga hasta la recepción—pidió un empleado, después de abrir la puerta.

Gumbo parecía darle patadas en las espinillas para despertarlo hasta que Walker atesoró contra su pecho el portafolio de papeles y preguntó por Byron Cole.

—¿A quién debo anunciar?

—Walker. William Walker de Nashville.

Cole se acercó a Walker. Tomó la mano y pidió que sintiera las pausas del pulsador. Que tratara de percibir el punto y la línea con breves espacios de tiempo, como si pasara de un Do a un Re y de Mi a un Si. Walker no captaba el Re, pero tomó aire, respiró tres veces y aún con la mano de Cole sobre la suya, sintió la energía del Mi y el Sí. Creyó que Ellen dictaba un mensaje. Le decía lo mucho que lo quería, y sobre todo, decía que sí, que la noche era la mejor consejera. Vio cómo el telégrafo cobraba vida propia. Se transformaba en un idilio. Le escribía también a la tía Janet y le confesaba lo mucho que la quería, lo mucho que le gustaba soñar con aquella imagen saliendo desnuda del río o verla en la caballeriza. Veo tus gotas resbalar por tus senos, caer sobre las piedras del río y navegar fundidas en el arroyo de mis pensamientos, escribiría Tucker en alguno de sus poemas.

Cuando Billy recibió la carta de la tía Janet, la suma de pensamientos se convirtió en un remolino de ideas. Entendía el dolor, pero casi rompe el escrito cuando leyó la mención de Lispcomb. Se calmó con el siguiente párrafo. Luego, divagó mientras continuaba la lectura. Veía con claridad el trazo redondo de la letra de la tía que parecían notas musicales, corcheas y semicorcheas escritas con el corazón. Por tu carta, siento que pronto vas a salir adelante. Es como si el perfume de la vida volviera a ti. El que hubieras escuchado hablar de Vanderbilt en Panamá es una señal. ¡Aprovéchala hijo! Y Walker tomó el viejo pañuelo que Catherine deslizó en su saco. Lo rozó con los dedos. El aroma había desaparecido, pero una fragancia de esperanza se deslizó entre sus yemas, subió por el brazo, pasó por el hombro, se quedó un rato en la nuca hasta llegar, como un coletazo, a la cabeza. Anonadado, se recostó en la cama. Miraba el techo con sus propios pensamientos.

Mientras esperaba, Gumbo le mostró las pinturas de las paredes. Señalaba a Jefferson, Washington e incluso un reciente cuadro de Robert Lee, después de su campaña contra México en compañía del general Scott.

—Estos guías son mis guías —comento Walker— y también lo han sido de mi hermano. —Se reincorporó en el momento en que reconoció a Cole con su barba acicalada, su pelo peinado con delicadeza hacia la derecha y sus ojos firmes y oscuros que contrastaban con la claridad de los de él. Cole lo saludó con un abrazo que recordaba los cócteles y fiestas de Nueva Orleans, con el calor y la solidaridad de un amigo que comparte ideales y penas.

—Supe lo de Ellen —dijo.

—Y yo lo de tu quiebra —respondió—, lo lamento.

—No importa. La vida continúa.

El eco de Walker respondió:

—¡La vida continúa!

Luego explicó por qué había venido, qué lo motivaba en San Francisco y los planes políticos.

El oro es maleable al engaño, quema, tiembla, brilla como la nada.

También encontrarás nuevos amigos. Los nombres que te doy son de algunas personas importantes que conocí, pero créeme que la decisión de volver a escribir es la mejor. La pluma relajará el espíritu y te hará conocer otras personas. Estarás por encima de los buscadores de oro, de los seres ordinarios y aventureros sin estilo. Eres más que esa gente perdida entre la fiebre dorada y la nueva riqueza. Al leer las líneas se tranquilizó. Estás por encima de las personas desorientadas por un simple brillo. Tú eres el brillo.

—Quiero ser diputado, gobernador, presidente. Quiero hacer historia —agregó Walker lúcido y recuperado del trasnocho.

—Mi querido amigo, no cambias —dijo Cole. —Te puedo ayudar. Tengo algunos casos. Hemos tenido que defender desde ladrones hasta políticos. Siempre hay trabajo, pero donde más me gustaría que me ayudaras es con el *San Francisco Herald*. Es lo que me está sacando de la quiebra y donde podemos consolidar ciertos negocios.

Walker escuchaba con atención mientras Gumbo asentía.

—También, si te interesa la política, el periódico te puede dar la imagen que necesitas. Conoces el trabajo editorial y tu pluma, como lo fue en Nueva Orleans, es impecable e implacable.

—Exageras.

—¡No! No, amigo. Es lo que necesitamos —agregó Cole. —Apenas llevamos dos meses circulando. Estoy seguro que tus escritos serán bien recibidos. Esta ciudad se llenó de usureros, pícaros, soñadores de oro y prostitutas. Falta cultura y visión.

Necesito que tengas mucha fuerza, al menos mientras llevo. Sí, hijo. Pronto iré a visitarte.

—¿Ves lo simple que es? —preguntó Cole, al tiempo que le soltaba la mano sudorosa aún pegada al telégrafo del periódico.

—Sí, sí —respondió Walker con una voz ahogada en su eco agudo de niña, en su nerviosismo, una voz inundada de imágenes.

—Has de cuenta que tocas a una mujer.

—El pueblo es emocional, como una mujer —recordó, Walker.

Por fin su mensaje se transmitía desde la yema del dedo hasta el pulsador y de ahí al telégrafo de Nueva York. Sintió que producía la emoción que quería al otro lado de la línea. Luego, al poco rato, vio la respuesta en el receptor del *San Francisco Herald*.

—Haremos llegar el mensaje.

—Bien, bien —dijo Cole—, veo que aprendiste.

El corazón de Walker parecía escapar de su pecho y atravesar la camisa ante la noticia de la tía Janet. La cabeza le daba vueltas. Volvió a sentarse en la cama. Tu madre se quedará sola unos días y quiere aprovechar para que vaya. Creo que no debes preocuparte, pero también me dijo que no se ha sentido bien en los últimos meses. No sabe si es por su mala salud o por la soledad que le embarga cada vez más. Sólo tiene a Alice como compañía.

Pasaré a visitarla y luego iré hasta Nueva Orleans a tomar el barco. Parecía verla abordar y él, en el puerto, presto a abrazarla, estrecharla hasta fundirse en ella.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Walker.

—Dinero. Recuperar mi capital con el periódico, mis abogados y algunas influencias —respondió Cole.

—La política y el dinero van de la mano.

—Por eso. Tú te encargas de los editoriales, yo de los negocios.

Walker se sintió reconfortado. La incertidumbre desaparecía. La lira de Dios volvía a tocar su melodía, lo tomaba de la mano y mostraba la nueva ruta. Su dorado.

—Nos fue bien ¿No? —dijo Gumbo.

—Nos fue bien —respondió Walker.

Se paciente hijo. Pronto estaremos juntos. Tú y yo de nuevo. Me necesitas. Te voy a mostrar otras caras de la vida. Como las colinas de San Francisco, nuestra existencia esta llena de altos y bajos. Sientes como si te hubieras caído de una cumbre, pero ya ascenderás otra y verás lo amplio que es el horizonte. Volverás a vivir.

Aprovechó la emoción de Walker para preguntarle si había podido averiguar por las importaciones de arroz desde Oriente.

—Vienen dos barcos con veinte toneladas cada uno —respondió.

—Perfecto, perfecto —comentó Cole—. Ahora puedes hablar en uno de tus editoriales de la escasez de arroz, que los buscadores de oro se llevan todo lo que llega al puerto y que uno de los barcos que traía granos se hundió. Yo subiré un centavo el kilo de arroz.

Por lo pronto, no dejes de escribir, pero no sólo editoriales. Visita a Cole, es una buena persona y quiere las mismas cosas que queremos todos. Es de los nuestros y él se acuerda muy bien de mí. ¿Se acuerda muy bien de mí?, se preguntó Walker.

El editorial se convirtió en una disertación sobre el expansionismo americano. Sobre el sueño del oro y la construcción de uno nuevo país gracias a hombres de honor que exponían su propia vida por el bien de la patria. Y lamentaba sí, que en esa carrera por una América más grande, los precios de los víveres aumentarían, ya fuera por las ansias de los aventureros o por el azar y los accidentes en el transporte. Muchas veces productos como el arroz llegan con hongos por la humedad o algún barco se hunde con la carga, como le sucedió al Asashi. El barco se perdió en las profundidades del Pacífico con su reciente carga de arroz sin que lograra llegar a la bahía de San Francisco. Más abajo del editorial y en la misma página, salía un aviso de la tienda de víveres de Cole con un mensaje en letras capitales y en negrilla: ¡Tenemos los mejores precios de la ciudad!

Y sobre Catherine, estoy seguro que encontrarás las palabras indicadas para hacer arder su corazón más de lo que ya arde. Es la mujer que te conviene, la que necesitas.

—Muy bien, muy bien. Así se hace amigo —dijo Cole cuando vio el artículo—. Ya necesitarás poner avisos para apoyar tu campaña política o buscar dinero para financiar alguna de esas iluminaciones que ves en las noches.

Bueno, querido sobrino, te dejo. Voy a desayunar con tu hermano. Me está esperando y Sam se fue al establo. Salió a montar en el alazán. Un beso.

Sobre Walker, las corcheas y semicorcheas cayeron con tonos destemplados, como quien arroja un piano por la ventana.

LA MAÑANA DEL DOCE DE ENERO AMANECIÓ MÁS FRÍA que nunca, con un cielo lúcido y una luna menguante que comenzaba a enterrarse sobre el occidente. William Graham se veía tranquilo. No sólo era un abogado prominente de San Francisco, también había combatido en la guerra contra México. Tenía experiencia en armas. Acompañado de dos testigos, miraba hacia la iglesia de la Misión de Dolores. Sus dos campanarios y las torres de color ocre se erigían hacia al cielo. Cada una terminaba con una cruz en la cúspide.

—Más parece la Misión de los William —comentó el juez del duelo. Acababa de llegar con los revólveres Colt.

—¿Por qué? —preguntó Graham.

—Dos torres, dos Williams, dos cruces.

—Le aseguro que no será mi cruz. Más le apostaría a la luna sobre el cadáver de Walker.

El juez se sorprendió hasta que Graham explicó que la luna era augurio de muerte y su contrincante había escogido ese lado para el duelo.

—Mírelo usted mismo —señaló Graham—. Tiene la luna sobre la cabeza. No es propiamente una aureola.

Insistió en que no se retractaría de haberlo tratado de “alimaña” después de leer las acusaciones de corrupción que Walker hizo del juez Morrison. En un editorial dijo que él y el magistrado, asociados con la administración pública, estaban comprando terrenos ilegalmente.

—Pero no parece un mal hombre —comentó el juez—. Se ve seguro de sí mismo y sus pasos son firmes. Hasta su cara muestra don de gente.

—Mostraba, señor juez, mostraba. Después de hoy Walker no nos causará más problemas.

La chalupa de George Tanner flotaba como un león marino al lado del barco de lujo de Vanderbilt. El *White Star*, anclado cerca de la bahía, estaba listo para iniciar el regreso a Nueva York. Los pasajeros eran senadores que El Comodoro había invitado para promocionar la ruta dorada y la *Accessory Transit Company*. El vapor crecía magnificado por otro artículo de Walker a propósito de la visita y los avisos publicitarios aparecidos día a día sobre la compañía. Tanner no sabía leer. Poco conocía del historial del barco, pero el hambre hablaba: un buen botín. ¡Un excelente botín! La niebla nocturna se había convertido en la mejor aliada.

Walker se consolidaba como una de las plumas más virulentas del *San Francisco Herald*. Sus editoriales nítidos, escuetos y directos sumaban lectores. Se sentían a gusto con alguien cuyos adjetivos y críticas apuntaban hacia la corrupción. Primero censuró a la administración del puerto por la suciedad y la proliferación de ratas que invadían las bodegas de granos. Luego se enfrascó en una disputa contra otro de los periódicos por defender las ideas de igualdad para todos, incluyendo a los negros y a una California libre de esclavitud. Cole, viendo que las cartas al periódico iban en aumento, lo azuzaba para que continuara la línea editorial. Le hacía leer sólo las misivas que estaban de acuerdo, las otras terminaban en la basura del periódico. Los juicios y reseñas siguieron en aumento hasta personalizar cada vez más las acusaciones. Un día criticaba a alguien del ayuntamiento y otro exaltaba la gran América. También su pluma se ocupó de hablar bien de los negocios de Cole o defender las ideas de hombres excepcionales como Gabriel Gumbo o los intereses de Vanderbilt... Es por ello que los líderes y reformadores del mundo han puesto su confianza en el destino y las

estrellas... Una gran idea surge en el alma de un hombre; le agita todo el ser, lo transporta del presente ignorante y le hace sentir el futuro iluminado en un instante, decía sobre ellos. Muy bien, muy bien, comentaba Cole.

—¡Walker! ¡Walker! ¡Viva Walker! —gritaba la gente enardecida.

Graham escogió el arma para el duelo. Luego, mientras el juez se dirigía hacia Walker para darle el otro revólver, uno de los acompañantes entregó una nota al ofendido. Déjale una herida de la que se acuerde, decía el magistrado Morrison, una que le arda. El abogado la leyó como un edicto, tomó aire y revisó el arma. Observó cómo Walker cogía la Colt. No lo hace mal, pensó, parece conocerla. Vio cómo la cargaba, pero al hacer girar el tambor si dio cuenta que le faltaba experiencia. Respiró más tranquilo, miró hacia la luna e hizo la señal de estar listo.

—Ya saben —dijo el juez—, diez pasos, se voltean y disparan. Si no hay muerte o herida, siguen con otro tiro por cada paso que den hacia ustedes. Disparan hasta vaciar el tambor.

Graham avanzó sin olvidar la altura de su oponente. Escuchaba la voz del juez hasta que contó diez. Iba a disparar cuando sintió el viento de la bala de Walker. Pasó de largo, a más de un metro de su cuerpo y se incrustó en un castaño. Apuntó su Colt, pero se distrajo con la mirada gris. Contrastaba los ojos con la luna, como esperando un parpadeo que nunca llegó, ni siquiera en el momento del disparo. La bala de Graham se deslizó por el aire algo desorientada hasta perder altura y rozar el pantalón y la piel. Walker no parpadeo, apretó los dientes, contuvo el aire y dejó salir un sonido gutural que nadie escuchó. Maldijo al errar el tiro. No sólo había fallado. Ahora Walker tenía la oportunidad de vengarse. Espero que no

dispare como con sus editoriales, pensó, mientras lo veía levantar la mano, apoyar el gatillo, cerrar los ojos. William Graham escuchó el estruendo de la pólvora.

—¡Libertad! ¡Libertad para Walker! —gritaba la gente atiborrada en la plaza al frente del juzgado—. ¡Que lo suelten! ¡Que lo suelten!

Los gritos iban y venían. El magistrado Morrison no sabía qué hacer mientras miraba a Graham con reproche.

—Has debido meterle el tiro en la frente.

—Querían dolor, no un mártir.

—Y ahora tenemos un héroe y a la prensa contra nosotros —reclamó el magistrado. Se van a meter al ayuntamiento.

Walker, acusado de calumnia, injuria y desacato, había sido apresado después de negarse a pagar una multa de quinientos dólares. Las imputaciones a diestra y siniestra le hicieron ganar adeptos, pero también enemigos. Ni siquiera los esfuerzos de Cole y su bufete por defenderlo evitaron que Morrison lo pusiera entre rejas. Sin embargo, un día después, el periódico publicó la noticia de Walker en prisión y los seguidores se congregaron en la plaza.

—¡Viva Walker! Que lo suelten. ¡Queremos a Walker libre! —Gritaban.

Desde la chalupa, al lado de la quilla, Tanner observó las amarras del barco, el ancla, las escotillas. Su estomago murmuraba reclamos, ronroneaba como un gato. Aunque el susurro era leve, temió ser descubierto. Trepó por la cadena del ancla hasta la cubierta de proa. Se deslizó hasta la bodega. No se interesó en los objetos de lujo de los senadores en los camarotes, buscaba comida. Al ver la despensa con papas imaginó una buena sopa; con la harina, pan para su familia y con los granos, la siembra en la huerta y una cosecha para sobrellevar el invierno. Las gallinas vivas, los corderos y el whisky eran un lujo, pero le

partió el cuello a una de las aves intentando que el cacareo no delatara su presencia y sucumbió a la tentación de llevarse un pequeño barril de Whisky traído especialmente para El Comodoro desde Escocia.

El ruido y el olor a pólvora recordaron la nota que había escrito a Walker defendiendo al magistrado Morrison: Alimañas como usted es lo que menos necesita nuestra nación, si su carne estuviera en venta, hasta las moscas huirían. Al día siguiente, en sus oficinas, Graham vio venir a Walker de frente. Sacudía los brazos como un pulpo enrojecido. Dio golpes a las puertas, lanzó gritos y dentro del despachó, lo abofeteó. Entregó el desafío: Nos vemos este lunes a las afueras de la ciudad en el camino a la Misión de Dolores.

Morrison fue hasta la celda de Walker. Lo vio tranquilo, como si el eco de la muchedumbre creara en él un aire de complacencia y equilibrio. Parecía que la brisa del mar apenas rozaba su rostro para mantenerlo fresco. Ninguno de sus músculos se movía. El magistrado cerró los ojos y los volvió a abrir tratando de borrar la imagen, pero seguía ahí, como si el condenado ahora fuera él y Walker el juez.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo—. El pueblo te reclama.

Morrison vio como Walker le clavó los iris. Dos rayos que lo fulminaba, una luz que se convertía en voz, en eco, en zarza ardiente. En pueblo.

—Si me mantienen encerrado tendrán a un pueblo amotinado, sí salgo tendré más gente a mi favor.

Morrison llamó a Graham. Tendremos que sacarlo antes de que la gente se nos venga encima, pero si la agita, le disparas.

—¡Moriremos linchados! —replicó Graham.

—No lo hará, créeme.

Y el eco de la calle aumentó cuando el caudillo apareció sobre el balcón del segundo piso. Graham con la pistola a sus espaldas.

—¡Walker! Walker, Walker, Walker.

Morrison lo acercó un poco más a la baranda mientras Walker, sereno, lo observaba. Me mira como si me tuviera en sus manos, pensó. El pueblo calló cuando el caudillo alzó la mano agradeciendo las manifestaciones de solidaridad. Graham le enterró el cañón sobre el riñón derecho,

—¡Ten cuidado con esa mano! —dijo, casi atravesando la pistola—. Haces ruido y dejas de respirar.

—No se interesen en mí, sino en la causa que defiende —dijo, con un gesto de dolor. El pueblo lo vitoreo de nuevo—. Protestan por el derecho a denunciar la corrupción, por nuestra seguridad y por su tranquilidad. Solo soy el que soy.

Tanner no se percató, pero el alboroto de las gallinas atrajo la atención del centinela de proa. Mientras estaba sobre la cubierta de estribor, el vigilante se acercaba por babor. Tanner caminaba sigiloso. Se dirigía hacia el ancla. Desde el borde arrojó el bulto de harina, las papas y la cebada a la chalupa.

—¡Viva Walker! ¡Muera la corrupción! Que lo suelten... —insistía el pueblo.

Si muero ahora, los van a linchar, pensó. Un disparo de ellos sólo hará que se amotinen. Seré un héroe, pero un héroe sin logros. Mi muerte no hará más grande a la Unión, pero los lincharán.

Graham vio que levantaba la otra mano.

El eco del disparo se perdió junto con la bala en el vacío. Graham confirmó que Walker podría ser un buen escritor, un buen orador, pero en el campo de la acción, del duelo y los disparos, era nulo. Levantó su arma. Disparó sin contemplación. El tiro se incrustó en el muslo, lo arrojó contra el piso sobre un hormiguero. La sangre se derramaba a borbotones. El ardor se esparcía por el cuerpo de Walker. Una serpiente navegando entre sus venas dejando el veneno en cada centímetro de carne. El dolor se depositaba en su corazón. Trató de moverse, pero sólo alcanzó a arrastrar unos centímetros.

—Parece una rana sin patas —comentó Graham.

El juez del duelo también vio al anfibio arrastrarse. Dejaba en el camino una mancha viscosa, una baba de sangre que desapareció cuando declaró ganador a Graham. Autorizó atender al herido. La serpiente de dolor dio su último coletazo, le hizo perder el sentido mientras la luna se perdía bajo el horizonte. William Graham sonrió.

Tanner sintió la bala del centinela atravesar la madera del barril de whisky cuando iba a descender. El chorro amarillo se evaporó casi tan rápido como la llegada de los otros guardias. Lo rodearon, cada uno apuntándole a la cabeza.

—No hice nada —dijo—. ¡Tengo hambre!

Los brazos de Walker levantados con las palmas de la mano mirando al pueblo pedían calma. Graham contuvo el percutor.

—Te volviste famoso con el duelo —comentó Cole en el hospital—. Sales en el artículo del periódico como un hombre corajudo que mostró temple y serenidad —y le alcanzó los saludos de solidaridad que habían llegado a su oficina y el *San Francisco Herald*.

—Es lo menos que se puede esperar cuando uno lucha contra abogados que propagan la corrupción del juez Morrison.

—¿Y la herida?

—Bien. Con algo de dolor. La bala rozó el hueso —dijo—, pero pronto saldré... caminando.

—¿Volverás con las críticas? —preguntó Cole.

—Claro —y le entregó un artículo que había redactado en su convalecencia.

Walker se había enfrascado ahora contra otro juez de San Francisco y despotricaba por la falta de acción de las autoridades contra la delincuencia y contra los saqueadores que aprovechaban los incendios para hurtar los almacenes.

La defensa de Tanner cayó en manos del bufete de Byron Cole quien cedió de inmediato el caso a Walker.

—No dudo que el jurado cederá a tus encantos y popularidad —afirmó.

—*Una vía para detener el crimen*, qué buen título —dijo Cole, y leyó apartes del artículo:

Organicemos una banda de doscientos o trescientos *reguladores*, integrada por individuos que tengan algo que perder en la ciudad, propietarios que se interesen en el bienestar de la comunidad o ricos que hayan tenido alguna pérdida familiar. La existencia misma de dicha banda espantará a los malhechores y arrojará a los criminales de la urbe. Si llegan a agarrar a dos o tres ladrones y rateros y los linchan, en el futuro sus camaradas se cuidarán mucho. No volverán a robar.

—Muy bien, muy bien, sólo te faltó pena de muerte —agregó Cole.

—No es necesario. Está implícita. Será a discreción del jurado —respondió—. Pronto vendrán lo primeros ahorcados y yo seré un testigo privilegiado.

—Soy inocente —dijo Tanner, ante las preguntas de Walker—. Necesitaba comida para mi familia.

—¡Horca a los corruptos! ¡Horca para Graham y Morrison! —insistía el coro de seguidores.

La pistola volvió sobre el riñón.

Walker, mientras hablaba con Cole veía en el espejo del hospital como Gumbo y Dobs lo observaban con admiración, con ojos de tener frente a ellos a un visionario, a un hombre de acción y de armas tomar, la mezcla necesaria entre el político hábil y el estratega militar. Gozaba de la admiración, releía su escrito delante del cristal y se proyectaba hacia el éxito como guía y luz de una gran nación donde predominaba la ley del Supremo y la suya. Veía uno que otro ahorcado, esgrimía el látigo igual a la ira de Dios que fulminaba a los culpables. Los pecados son cadena: unos eslabones a otros se agregan, pensaba, y de inmediato veía soluciones, trabajo forzado para los infractores, mazmorra para los corruptos, incomunicación para los propagadores de la calumnia, sed para el beodo. Veía engrandecer el país gracias al trabajo de negros organizados en jornadas de diez y seis horas y se vio gobernando a un pueblo que lo adoraba y lanzaba vivas porque se sentía seguro y guiado por la mano de Dios. Pero no la del perdón sino la mano fuerte que llevó a David a la victoria, la que no tiembla, la mano cuyo pulso no sólo escribe sino manda y dirige. Gracias Dios mío por tu luz, por tu fuerza, por ser mi guía y mi Señor.

—Muy bien. Pareces el hombre ideal llamado para hacer cumplir la ley y el orden — dijo Cole, despidiéndose de su amigo—. Y que te recuperes pronto.

Era un caso sencillo de robo de papa, harina, cebado y un barril de whisky.

Walker lo acompañó con la mirada hasta la puerta y de inmediato comenzó a redactar otro editorial contra otro juez, el magistrado Parson. Lo acusaba, no sólo de su amistad con Morrison, “el jurisconsulto de los sobornos en la corte”, sino también de favoritismo y condescendencia con bandoleros y ladrones a quienes les aplicaba penas insignificantes que favorecía el aumento del hurto y el peligro. La severidad y la horca cada vez son más esquivas a la balanza de la justicia, el peso del crimen inclina el plato hacia la bondad de prefectos inescrupulosos, hombres que han comprado su puesto para beneficio propio y no en función de la ley y el orden, decía. Definitivamente prefiero la red de vigilantes de San Francisco y su mano implacable contra los infractores. La pluma de Walker parecía escribir con el veneno irrigado por la serpiente que anidaba en su sangre. El animal que navegaba por su torrente sanguíneo recordándole la herida y los motivos del enfrentamiento. Sus escritos calaban entre aventureros, nuevos ricos, políticos y un pueblo abandonado que sentía la ira de Dios cada vez que las llamas del infierno se posaban sobre la ciudad. Este es el hombre que necesitamos, se rumoraba en las calles; siente como nosotros, escribe lo que piensa, nos ama. Y las ventas del periódico aumentaban en beneficio de los nuevos propietarios y en contra de los jueces. Morrison terminó condenado por soborno mientras Parson seguía en la mira. ¡Gracias Dios mío! Me haces sentir como David, me das la fuerza de la victoria y el coraje para no dejarme derrotar por los monstruos de la corrupción, repetía.

El cuerpo de George Tanner oscilaba de lado a lado con la soga al cuello. Walker miraba el péndulo. Sobre sus piernas reposaba la sentencia del jurado que había condenado a muerte al reo. Los ojos grises y claros, la argumentación empleada y las argucias finales de Walker en la defensa del culpable no habían sido suficientes para evitarle la horca. La misma pena de muerte que él propagó desde sus editoriales apretaba la garganta del ladrón sin que pudiera salvarlo. Al lado de la sentencia estaba una nota de Cole preguntándole por qué no había logrado evitarle la pena de muerte. Era un caso sencillo de robos de papa, harina, cebada y un barril de whisky.

—¡Viva Walker! Que lo suelten, que lo suelten... —insistía la voz del pueblo.

Y él, con los brazos en alto siguió pidiendo calma. Agradeció la solidaridad, pero insistió en pedir calma. De todas maneras quedará libre, pensó.

Vanderbilt brindó.

Walker aún no había respondido. Seguía viendo cómo el cuerpo inerte de Tanner se mecía de lado a lado del patíbulo. ¡Dios mío, porque me has abandonado!, dijo. El pueblo me aclama, pero he caído en tentación. ¡Líbrame del mal!

Era un caso sencillo de robo de papa, harina, cebada y un barril de whisky, pensaba Cole. Leía con más detenimiento los artículos de Walker. Una nota destacaba las características técnicas del White Star, otra era la noticia sobre su almacén y el elogio por tener los mejores precios de San Francisco. Ha aumentado mis ganancias, sí, pero ahora parece mirar por encima de nosotros.

Walker se retiró del balcón impulsado por el coro que gritaba vivas en su favor y la horca para Parson. Quedó libre, más por la presión de la muchedumbre que por sus debates y argucias judiciales. De regreso a la libertad, el eco de Gumbo lo azuzaba para que aprovechara la popularidad en función de su carrera política

Graham guardó la pistola.

—He debido meterle el tiro en la frente —dijo.

\

WALKER CREYÓ QUE UN LEÓN HABÍA ENTRADO a la habitación cuando la tierra rugió. El bramido pasó primero por el borde de la cama, se apoderó del crucifijo que colgaba sobre la cabecera, llegó al espejo, que comenzó a resquebrajarse hasta convertirse en infinitos reflejos que no logró distinguir por el temor que lo invadía, y se depositó en la puerta de su cuarto que vibraba sin parar, como si alguien tratara de abrirla. La cama comenzó a tranquilizarse a la par con la puerta hasta que entró Jones muerto de susto y Brown y Smith, que se quejaban porque la ropa se les había empolvado al caer parte del techo sobre la cómoda. Miró de nuevo a su alrededor. Sintió como si la voz de Dios le enviara un mensaje, un castigo en vísperas de su cumpleaños y se paró de la cama buscando la salvación. Comenzó a recoger los pedazos de espejo, a juntar recuerdos y visiones. Los cristales rotos bocabajo lo llevaban hasta los brazos de la tía Janet, el piano de Ellen, la voz de su madre. Veía de nuevo el cuerpo de Tanner oscilar con la soga al cuello. Las tres mujeres descolgaban el cuerpo, lo cubrían con una manta y comenzaron a rezar. Asistían al velorio. Luego vio a su madre sentada en la silla al borde de la ventana con un nuevo ataque de tuberculosis. Alzaba la mano haciendo la señal de adiós, comenzaba a transfigurarse, un rejuvenecimiento donde su rostro tomaba varias caras hasta detenerse en el de Ellen, en sus movimientos de manos, en la sonrisa. El silencio de su madre mezclado con la voz muda de Ellen sólo fue interrumpido por un nuevo movimiento de tierra, más suave que el anterior, pero con la suficiente fuerza como para sacar a Walker de sus reflejos y readaptar sus pensamientos. ¿Qué quieres de mí?, perdona mi pecado, mi maldad. Vuelve a aceptarme como tu pueblo, por favor señor, perdona el mal que he hecho como yo he perdonado a los que me han hecho mal.

La tierra reacomoda su corteza, el hombre los pesares.

—Debo ir al periódico. Me necesitan.

Querido sobrino, lamento mucho la muerte de tu madre.

Los estragos del terremoto se notaban más en los rostros de los habitantes que en la realidad de la ciudad. Mientras Walker caminaba hacia el *San Francisco Herald*, la gente sacaba cosas de sus viviendas, otros esperaban una señal de tranquilidad o corrían hacia las casas de sus familiares en busca de noticias. Dos cuadras antes de llegar al periódico, un hombre de edad, con sotana blanca y un Cristo en lo alto, vociferaba con tono seguro: ¡Soy la voz de Dios! Arrepentíos impíos. Codiciosos. Este es el primer llamado de los ángeles, las primeras trompetas. Corran, corran que la salvación está en la muerte. Herejes perversos, apóstatas condenados, soberbios enajenados por la gula del oro, ya saben que el pecado de mucho bulto no puede estar siempre oculto. ¡Prepárense para el fin del mundo! ¡Ya vienen las llamas del infierno! El hombre se perdió en una esquina. La culpa de Walker se esparció entre el polvo y los escombros del sismo. Oscilaba en su cerebro. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.

Sé que es un golpe terrible para ti, pero piensa igualmente que ahora descansa. Su espíritu, su fuerza y las enseñanzas que nos inculcó están con nosotros. Ella fue una mujer extraordinaria, pero sufrió mucho con la tuberculosis. En los últimos días, terminó postrada en su silla de madera viendo el mundo desde la ventana, como buscándote para intentar percibirlo a través de tu mirada. Sus ojos brillaban cuando le hablaba de ti, de tus progresos, de lo fuerte y valiente que eras, de lo bien que escribías y cómo construías el mundo a través

de los escritos. De cómo sueñas con una América más grande. La pude ver hace un par de meses mientras tu padre iba a Nueva Orleans a recoger tus cosas.

El torrente se represa en ecos oscuros.

Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra. Oraba hasta que entró a la redacción, se sintió más tranquilo, como si el susto hubiera desaparecido. Así como se hace en el cielo. Las líneas y puntos del telégrafo se convertían ahora en música, señales externas que vibraban como el movimiento telúrico con noticias del mercado, anuncios de barcos con víveres de Oriente. Danos hoy el pan que necesitamos. Informes de la Casa Blanca. Perdónanos el mal que hemos hecho. Y las nuevas políticas expansionistas del Presidente Filmore. Perdónanos el mal que hemos hecho, repitió. Walker se puso al tanto de la situación y aprovechó para enviarle otro mensaje a Vanderbilt. Así como nosotros hemos perdonado a los que nos han hecho mal. Lo felicitó por sus planes de navegación y la nueva ruta del oro desde Nueva York hasta San Francisco. Nicaragua era la mejor opción. No nos expongas a la tentación. Me alegra que haya escuchado mi consejo. Siempre he dicho que visionarios como usted es lo que necesita nuestra América. Sino líbranos del mal. Amén.

Intentaba apaciguar la culpa trabajando en el turno de la noche. Aprovechaba las madrugadas escribiendo cartas, redactando editoriales, leyendo sobre los últimos acontecimientos de Europa o viendo en el telégrafo cómo amanecían los Estados del Este. Escuchar el aparato producía en él un encanto especial, una melodía mágica que lo arrullaba. Los hechos comprimidos en puntos y líneas, las palpitaciones del mundo frente a sus ojos. Las vibraciones del pulsador lo hipnotizaban hasta que en la madrugada, dos días después del terremoto, vio como los tres telégrafos del periódico se enmudecieron simultáneamente. Por un momento creyó que el cielo se había detenido, como si el reino hubiera dejado de girar. Se

acercó hasta la mesa de comunicaciones. Vio los esqueletos mecánicos mudos, las ruedas estáticas y los pulsadores sin hacer contacto. Dejó de respirar por unos segundos. Miró los cables de la mesa, revisó si algún hilo se había soltado hasta que un reflejo de luz naranja entró por la ventana del periódico. Vibraba como una cortina que se agita por culpa del viento. El espasmo se convirtió en espanto cuando se acercó a la luz y vio, frente al periódico, cómo las llamas consumían el Hotel Unión y se propagaban hasta la plaza El Dorado y la casa de cambios California. Trató de creer que las lenguas de fuego hacían parte de un mal sueño, pero el calor ya no era el de la primavera: el incendio se propagaba hacia otros edificios. La gente corría en todas las direcciones posibles, hormigas humanas que se salían de su camino. Una fuerza incontrolable se apoderaba del centro de la ciudad y pisoteaba a sus habitantes. No es tan grave, son sólo mexicanos, pensó. Todos corrían, gritaban desesperados ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! Walker iba a abandonar la redacción cuando se encontró de frente con el vigilante nocturno dormido. Veía como sus bigotes subían y bajaban. Respiraba profundo, con un ligero ronquido. Por eso les ganamos la guerra, dijo, y gritó ¡Fuego! ¡Fuego!

—¿Dónde, patrón? ¿Dónde? —exclamó el guardia, saliendo de su letargo.

Vuelve la nada. La sombra se desborda.

Tu madre estaba muy triste el día que la vi.

Walker tomó la correspondencia que había llegado al periódico y volvió a rezar de nuevo acompañado del vigilante que marcaba el camino. Padre nuestro que estas en el cielo... Atravesaron la plaza en dirección hacia la oficina de correos. Las llamas parecían detenerse en el costado de la calle Kearney. Mientras huían, vio el crucifijo en llamas del

anciano de sotana y escuchó la risa del hombre de barba. ¡Se los dije! ¡Se los dije!, gritaba. El viejo parecía salir de entre las llamas del borde de la plaza. El Cristo del crucifijo se contorsionaba de calor, como si el pedazo de madera crucificado tratara de desclavarse de la cruz. Lo primero que se quemó fue la pierna derecha doblada hacia arriba, luego el brazo del mismo lado. Sobre el costado del vientre, la herida sangraba alquitrán, baba hirviente que dejaba su rastro en el piso. Luego la barba del Cristo se consumió hasta espantar al anciano que arrojó el bastón al piso y siguió gritando: ¡Herejes! Se los dije. Es el fin del mundo, el fin del mundo. Walker se acercó a lo que quedaba del trozo de madera. Pensó en el rastro viscoso. Es un milagro, un milagro; la sangre de Cristo y la tocó. El guardia sonrió entre dientes al ver el dolor en los ojos de Walker. El índice lo abanicaba en el aire tratando de enfriarlo. Se lo llevó hacia la cabeza y se frotó el pelo con el dedo. Como dice mi mamá que se debe hacer cuando uno se quema, dijo. Quedó absorto contemplando las cenizas mientras escuchaba estruendos y explosiones. El fin del mundo, seguía gritando el anciano cada vez más lejos de la plaza.

—¡Patrón! Tenemos que irnos —dijo el guardia—. Aquí se acabaron los milagros. No creo que usted quiera quedar como ese crucifijo.

Walker sólo pedía perdón, quería llegar a su cuarto y flagelarse. Por favor Dios mío, perdona el mal que he hecho como yo también he perdonado a los que me han hecho mal.

Me recomendó que estuviera pendiente de ti y tus hermanos. Por Alice no se preocupa mucho. Sabe que saldrá adelante. Adquirió el espíritu reflexivo de ella, pero en cuanto a los hombres de la familia, dijo que todos ustedes eran impulsivos. Contigo también se sentía tranquila. Que eras inteligente y visionario, pero estaba muy preocupada por Lipscomb. Dijo que la guerra lo cambió mucho. Que estaba muy joven cuando fue a pelear. Las mentes

jóvenes no tienen madurez para vivir entre la muerte, sólo se aprovechan de sus impulsos, dijo.

—¡Vámonos ya! ¡Corra! —insistió el guardia.

—¡No me grite! —respondió, y siguió orando... como yo también he perdonado.

Las llamas seguían extendiéndose por el centro de la ciudad. Los primeros remolques de bomberos comenzaron a llegar a los sitios más afectados mientras al fondo, en el puerto, los barcos hacían sonar sus trompetas anunciando el peligro. Walker no distinguió el sonido de las embarcaciones. Mezcló las llamas, las trompetas y el crucifijo. Luego se encontró con Dobs, adueñado de la situación; con Jenkins, aterrorizado por las llamas y volvió a ver al ángel negro. Las explosiones de varias casas y edificios lo aterrorizaron. Estaba convencido que uno de los ángeles arrojaba fuego y alquitrán. Volvió a escuchar las trompetas del mar. Ahora las bolas de fuego caían sobre el puerto. Los peces flotaban carbonizados mientras el agua adquiría un tinte rojizo con olor a azufre. Ya comenzaba a amanecer cuando creyó ver a Venus precipitarse sobre la ciudad.

—Deja esa amargura —gritó Dobs—. ¡Tenemos que correr!

Pero Walker seguía inmóvil, estático, aterrorizado con cara de Jenkins. Parecía gritar mamá, mamá mientras volvía a frotarse el índice en el pelo. Vio que el sol sobre el horizonte se asomaba incompleto. Un dragón le había devorado un pedazo.

—¡Que corramos, demonios! —volvió a gritar Dobs.

Entremos por la puerta angosta. Porque la puerta y el camino que llevan a la perdición son anchos y espaciosos, decía Walker, pero sólo veía una ciudad en llamas, sin puertas anchas ni angostas. ¡Dios mío, perdóname!

Letras negras fluyen con dolor.

El paso de Walker hasta el hotel fue lento, como si la carta de la tía Janet tuviera pegados los tipos de plomo de imprenta. Abatido, comenzó a arrastrar los pies, ¿A quién maté?, decía mientras veía al anciano de sotana blanca volar transformado en águila con ojos verdes y cabeza blanca. Gritaba sin parar. ¡El fin del mundo! ¡Bienvenidos al infierno! ¡Renunciad para siempre a la esperanza! Dobs, desesperado, lo cogió del brazo y, como si se lo hubiera arrancado al ángel negro, salieron por fin de la plaza acompañados del eco del anciano gritando que faltaban todavía tres trompetas, tres ángeles. ¡Morirás! ¡Morirás! ¡Morirás con tu crucifijo en la mano! Jenkins corría detrás de ellos con el terror en sus ojos grises. Escuchaba las primeras cargas de dinamita, no las de buscar oro, sino las de los bomberos para extinguir el fuego. Los explosivos retumbaban en los oídos de la ciudad al tiempo que el dorado de las llamas cedía. El centro era ahora un montón de cenizas y humo. El infierno no sólo devoró más de cincuenta edificios importantes, también acabó con varios bancos, tiendas y el *San Francisco Herald*.

Otra luz en la edad.

Es probable que cuando leas la carta, yo esté próxima a acompañarte en tu dolor. No mereces que soportes la muerte de dos mujeres amadas. Estaré contigo pronto. Créeme. Recostado en la cama, en medio del resplandor del infierno, Walker trataba de leer las letras negras de la tía Janet. Las sombras de luz y las lenguas de fuego parecían invadir cualquier espacio de la habitación. Cualquier pensamiento entraba por el marco de la ventana. El dolor. Su madre en Nashville, Ellen en Nueva Orleans, pero sin ningún piano. Volvió a ver a su madre que le hacía señas de un adiós para siempre. Entró a la casa de Nashville en compañía de Jenkins con lágrimas en los ojos.

—¡Mamá! Mamá... —gritaba.

Su padre lo abrazó con la fuerza ausente de los años acumulados. Walker se recostó un poco en el pecho hasta que se sintió incomodo. Sobre el brazo derecho del padre alcanzó a ver a Alice. Se zafó con suavidad y de inmediato fue hacia ella y la abrazó.

—Hermanita. No sabes cuánta falta me has hecho.

Alice lo estrechó con ternura y cautela al mismo tiempo, como recordando cuando de pequeño los obligaba a salir al patio a jugar con los animales.

—Aquí estoy y aquí siempre he estado.

Walker le escribía poco. Sintió cierto reproche que evadió con rapidez cuando abrazó a Lipscomb con la misma frialdad que a su padre. Luego estrechó a James y se dirigió hacia el lecho de su madre. A la derecha no podía dejar de observar a la partera descabezada que lloraba desconsoladamente al lado del cuerpo de su amo. La negra seguía viendo a Walker con los mismos ojos de pavor que tuvo que lidiar en su infancia. Esta vez era ella la que veía y se encomendaba al crucifijo tallado en ébano mientras el hijo pródigo volvía a recordar el cuadro de George Washington en un costado de la cama y a su madre con el rostro verde respirando aún la tuberculosis que la acompañó toda la vida. El color del rostro era idéntico al de Ellen después del cólera. Estoy rodeado de mujeres enfermas, pensó. Luego miró a la partera con ácido en los ojos. Fue tanto su odio que la esclava tuvo que salir corriendo a echarse agua fría y santiguarse. Walker volvía a ver el cuerpo de su madre.

—¡Cuida a tus hermanos! —pareció escuchar—. No dejes que se dispersen en el olvido de tu padre. Sigue y seguirá absorto en los negocios.

—No te preocupes madre. Yo me encargaré de ellos

—Protege a James. Parece haber heredado mi salud.

—No madre. No digas eso —reclamó Walker.

—Y Lipscomb, no dejes que se aleje del camino de Dios —agregó—. El ejército lo cambió. Ahora no sabe hacer nada más.

—No te preocupes madre, lo mantendré alejado de los vicios. Lo pondré a trabajar a mi lado.

—¡Ay! Hijo. Qué hubiera sido de mi vida sin ti. No sabes cuán feliz me has hecho.

—Pero madre, ahorqué a un negro.

—Has sido siempre el cordero de Dios.

—Madre, perdóname. Fui yo.

—Has sido mi prodigio, mi creación.

—¡Madre! No te vayas. No me dejes. No me abandones. ¡Madre! —gritaba Walker enajenado—. ¿Por qué todas las mujeres me abandonan?

En la oscuridad, oro.

—No te he abandonado.

Walker, sobresaltado, despertó cuando escuchó a la tía Janet.

Se frotó los ojos con la mano derecha. Con la izquierda aún sostenía la carta. Algunas letras se habían corrido por efecto de las lágrimas.

—No te he abandonado —repitió la tía Janet, mientras le retiraba la carta de las manos y lo abrazaba.

—Tía, ahorqué a mi madre. Yo la maté.

Explayó su dolor, su torrente de tristeza entre los brazos de la tía. Las imágenes del pasado, las luces de los recuerdos y las voces de la familia tomaban otro cauce mientras Walker repetía: yo la ahorqué, yo la ahorqué, tía.

La tierra reacomoda su corteza, el hombre los pesares.

EL PODER Y EL DOLOR DESLUMBRAN COMO EL ORO. Se difuminan en la mente, sin ruido. Sigilosos duermen al acecho. El poder se despierta con las ilusiones y dispersa la mente del más lúcido. Corroe. Es ácido que carcome a los nacidos bajo la buena estrella. En tiempos de oscuridad se vuelve luz trasformada en hombre noble. Al principio encanta, conquista; también aumenta la fiebre del pueblo, el delirio y oculta las palabras del sabio. En abundancia es amenazador. Pierde el lucero del Norte. El rumbo se hace confuso. Se fractura. Cae sobre sus semejantes como rayos sin piedad. Se viste de mujer, seduce, arrastra oscuridad. Convierte sillas en imperio. Sobre la luz, duermen tinieblas de dolor. El poder arrastra en silencio ríos rojos ocultos en el discurso del soberano. Los cuerpos se ahogan. Hay más semillas de dolor. La nada.

Los primeros días, la tía Janet acompañó a Walker como su sombra. Quería evitar que se esfumara o se fundiera con la noche. Los signos no eran alentadores, y lo sabía bien. Casas arruinadas por el terremoto, gente con hambre, un periódico quemado, un reo ahorcado y ahora, sobre todo, la muerte de la madre.

—¡Sobrino! Piensa que descansó. Que cambió la silla en la que andaba postrada por un lecho en el cielo.

—Fui yo el que la mató —insistía.

—Si alguien la mató fue tu padre —dijo, molesta, pero sin perder la oportunidad de incrementar el odio. Poner al hijo contra el padre. Cobrarle a James Walker la herencia robada.

La tía Janet lo vio pensativo, una pequeña franja de olvido que debía aprovechar con una luz. Algo para sacarlo de las penumbras de la culpa.

—¡Toma!

Walker recibió uno de sus artículos donde afirmaba que las condiciones estaban dadas para propagar la esclavitud en la Costa Pacífica.

—Tú puedes ser el elegido, sobrino, el hombre llamado a dirigir una excursión histórica. Tu madre estaría más que orgullosa de ti. Los grandes hombres se levantan de los golpes de la vida —agregó—. Piensa en Napoleón, en el emperador Adriano, en Alejandro. Lucharon por su imperio, por su grandeza.

—Contaban con apoyo.

—¡Toma! Se coherente contigo mismo —y le pasó el artículo que promocionaba la visita de los senadores amigos de Vanderbilt—. ¿Esto no te dice algo?

—Sólo conozco a Vanderbilt, pero se quedó en Nueva York.

—¡Sobrino! Déjame a mí reunirlos, tú prepárate para convencerlos. Se el que has sido y véndeles el proyecto. Hasta puede ser tu carrera hacia el Congreso —insistió.

La tía Janet también se veía en el Capitolio.

—¡Ven! —Tomó la mano de Walker y lo llevó frente al espejo—. ¡Comienza a recuperar tu oratoria, tu fuerza. Haz de cuenta que tu madre está con nosotros.

Querida Catherine, no sé porque en mis momentos de tristeza encuentro un bálsamo al escribirte. Quizá siento tu cercanía con el White Star atracado en la bahía. En todo caso quería decirte que saldré en campaña para Sonora y Baja California. Serán nuevos Estados de la Unión, pero apenas terminé la conquista, iré a Nueva York. Quiero visitarlos. Ha pasado mucho tiempo.

La tía Janet se movió con rapidez, la suficiente para derrotar la culpa, la pesadumbre y canalizar el dolor de Walker. Aprovechó la visita de los políticos e industriales amigos de

Vanderbilt y su amistad con M.Gwin. En cuestión de una semana había organizado una reunión con los senadores Crabb, M.Gwin y Buchanan; con un socio abogado sobrino del cónsul en Sonora, Tobin Robinson; cuatro financistas interesados en expandir las bodegas del puerto de San Francisco; el General Robert Lee y otros demócratas seguidores del Destino Manifiesto y favorables a la idea de la expansión. Mientras saludaba a los asistentes les dijo que el oro ya se estaba acabando y sino se pensaba en algo diferente, la ciudad iba a quedar sumida en el vandalismo y la miseria.

—Después de una esperanza, no hay nada peor que la desilusión, más si se mezcla con el hambre —dijo la tía Janet—. Son enfermedades que pasan de una frontera a otra. Hay que evitar que se propaguen.

La tía se acompañó de M.Gwin para presentar a Walker en sociedad, hablaba de sus logros, su fuerza.

—Y a este no lo pierdas de vista —dijo—. Llegará a la Presidencia.

El senador Buchanan respondió al saludo con cierta parquedad, pero agradeció la confianza.

—Es tu turno, hijo.

La tía cedió la palabra.

Walker comenzó a mirar a su audiencia, repitió los gestos y el discurso que había ensayado frente al espejo. Habló sobre la continuación de la expansión de América hacia el sur, la conquista de dos nuevos Estados para anexar. La “América para los americanos” cada vez más concreta, dijo. Movía las manos como había indicado la tía, pero con énfasis en una, si mueves las dos puedes distraer al público. Eso me lo dijo una vez M.Gwin. Necesitamos expandir la libertad y la igualdad. El norte de México seguirá agregando Estados a nuestra lista. Ya no serán Texas, California y Nuevo México, también Baja California y Sonora, puntualizó.

—¿Y el dinero para la campaña? —preguntó Buchanan.

—Sólo pido apoyo político y la financiación de avisos en los periódicos donde anunciaremos el lanzamiento de los bonos de independencia —respondió.

Los asistentes se miraron entre sí, como pidiendo explicación. La tía Janet reapareció y puso en cada uno de los puestos la carpeta con el dibujo del anuncio.

—Ahora los americanos progresistas pueden comprar por quinientos dólares una legua cuadrada en Sonora.

Los senadores parecían aprobar la idea.

—Escribiremos artículos que anuncien el descubrimiento de nuevas minas de plata, cobre y enormes vetas de oro en Sonora.

Asintieron con entusiasmo mientras detallaban el facsímil de los títulos de tierra en Sonora.

—Proyectaremos la fiebre minera más allá de la frontera. Donde haya riquezas, ahí debemos estar —concluyó.

—Este hombre nos llevará lejos —comentó M.Gwin a Buchanan, quien escuchaba atento.

—Habla con convicción —respondió—. Esperemos hechos.

La tía Janet estaba contenta. Se movía de un lado a otro escuchando las impresiones de los asistentes hasta que llegó al puesto de uno de los inversionistas de Nueva York. Le entregó un sobre.

—Por favor, es para el señor Vanderbilt —dijo—, son detalles de la expedición.

También iba la carta para Catherine que había escrito Walker. La misiva incluía una cadena de oro y dos medallas con sus iniciales y las de ella.

Además del frío y el viento, en el puerto de San Francisco reinaba esa mañana de otoño la agitación y el desconsuelo. Walker, Gumbo y Dobs, desde el muelle, veían cómo las autoridades incautaban el Arrow y decomisaban cañones, fusiles, pólvora y otros pertrechos necesarios para la conquista de Sonora.

—No decías que teníamos a las autoridades a nuestro favor —reclamó Walker a Gumbo.

—Claro que sí. Eso estaba garantizado.

—Ya ves. Los políticos tarde o temprano te traicionan —dijo Walker.

—También soy político, coronel —recordó Gumbo molesto por la alusión mientras Walker lo miraba y se miraba.

—Tú y yo somos uno solo. No hablo de ti.

Volvió a concentrar la vista en el bergantín inglés inmovilizado. Oró: tú Señor, eres mi luz; tú, Dios mío alumbras mi oscuridad. Con tu ayuda atacaré al enemigo y pasaré sobre el muro de sus ciudades. Luego se fue a escribirles telegramas al presidente Pierce y a los senadores M.Gwin y Crabb para que liberaran el barco y la tripulación de filibusteros.

—¡Sobrino! —dijo la tía Janet—, si esperas una respuesta de Washington, los víveres se te van a podrir. La mitad de tus senadores a favor van en el White Star. ¡Cambia de nave! Y arranquemos.

—¿Arranquemos, Tía? ¡No! Tú no puedes venir con nosotros.

—No vine desde lejos para verte partir. Voy contigo.

Walker se quedó pensando. No podía entrar en discusión con ella. Sabía que la astucia de la tía la subiría al barco.

—Tía, te necesito aquí. Cuando hayamos triunfado, necesito a alguien de confianza para que de nuestro parte de victoria, alguien que obtenga más apoyo, dinero.

Es una persona elegante y habla con convicción de sus planes visionarios, escribió Robinson, el sobrino del cónsul en Sonora después de la reunión de San Francisco. Está claro que invadirá Sonora y lo puede lograr. Tío, este hombre está lleno de determinación, hay senadores e industriales que lo apoyan y bien sabes que la tropa en Sonora anda ocupada combatiendo a los Apaches. Su idea es poner a producir las tierras con negros comprados en el sur. Subestimar a Walker sería un error.

Walker y Dobs abordaron en la noche el Arrow y sacaron lo que más pudieron: setenta y un fusiles, veinticinco rifles, noventa y nueve latas de pólvora y dos cañones de barco. Con la ayuda de otros filibusteros los transportaron hasta La Carolina y zarparon rumbo a México.

—¿No se te ocurrió abordar algo mejor? —preguntó Walker a Dobs al ver que la embarcación era un velero lleno de turistas mexicanos, alemanes y dos negros esclavos que venían con una pareja germano-americana de Nueva Orleans.

—Coronel, era lo único que había.

El cónsul, aprovechando la carta de su sobrino notificó a Washington a propósito de los planes de Walker y sus intenciones de invadir Sonora. En el oficio explicó que a pesar de ser un aventurero más, este tiene un carácter decidido y una audacia que rima con un notable poder de seducción. Hay que seguirlo de cerca, advirtió.

Los turistas a bordo de La Carolina miraban con extrañeza el conjunto de mercenarios. Walker se veía rodeado por Smith y Brown, con la elegancia acostumbrada; Tucker escribiendo poemas en la popa; Jenkins y Jones, con rostros juveniles y cara de asustados; Dobs dando órdenes mientras Gumbo veía con preocupación cómo cerca de

cuarenta filibusteros se emborrachaban sin parar en cubierta frente a los ojos de los alemanes escandalizados y los mexicanos felices de regresar a su país.

—Parece Ali Babá y los cuarenta ladrones —exclamó uno de los turistas.

—No estoy seguro —acotó uno de los alemanes—, más parece alguien con mucha tristeza.

—O Moisés camino a la tierra prometida —agregó otro.

—Y lleno de mexicanitos —refunfuñó Walker ante Dobs—. Definitivamente los españoles echaron sobre sus dominios continentales la maldición de una raza mestiza. Y miró hacia el lado en que estaban los alemanes hasta perder la vista en una mujer que atravesó la cubierta hacia el puente de mando en donde estaba el capitán del barco.

—¿Quién es esa? —señaló Walker con disimulo.

—La esposa del capitán Snow —respondió Gumbo.

Walker la siguió hasta el puente. Vio su vestido largo bambolearse al ritmo del barco. Midió su cintura delgada y posó, con disimulo, la vista en el corsé.

—Llamen al capitán —ordenó—. Debo ponerle más oficio. Que no tenga tiempo para ella.

Dobs salió con Gumbo en busca de Snow al tiempo que Walker dictaba a Tucker su primer decreto.

—¡Capitán! —dijo Walker—. Por los poderes que me confiere la Divina Providencia y mi condición de Presidente, lo nombro Almirante de la Marina de la futura República de Baja California.

Snow se sorprendió. Lo miró incrédulo hasta que escuchó la orden de Walker de disparar tres cañonazos en su honor y arengar a la tropa de aventureros.

—También necesitaremos una bandera.

El Almirante de la futura Marina no dudó en ir a buscar a su mujer y presentársela a Walker.

—Sabe cocer —dijo.

—Perfecto. Esta noche le explicó el diseño que tengo en mente.

Después de atravesar el Golfo de California, Walker, consciente de las dificultades que se presentarían al invadir Sonora desde Guaymas o Hermosillo, dio la orden de atracar La Carolina en la bahía de La Paz. En el Norte les habían prohibido el paso y las autoridades locales estaban más que prevenidas de la proliferación de filibusteros norteamericanos dispuestos a invadir tierras a su antojo o con apoyo de líderes de Washington. Las advertencias provenían del gobierno central mexicano y de los franceses interesados en las minas de oro y plata. El Almirante Snow ordenó tocar la diana y reunir a la tropa en cubierta. Los cuarenta y cinco filibusteros intentaban formarse en orden hasta que vieron surgir a Walker desde el puente de mando. Se quedaron mudos ante la imagen pulcra del coronel y sus ojos que brillaban, no sólo por el color natural sino también por el reflejo del sol.

—Parece un ángel —dijo uno.

—Mientras me pague —comentó el otro—, que sea lo que sea.

Con su traje bien planchado y la camisa almidonada felicitó a los filibusteros, los alabó y les dijo que estaban próximos a hacer historia. Luego los arengó y entregó los fusiles y rifles frente a los ojos sorprendidos de los turistas mexicanos y alemanes. Explicó el plan y dio la orden de mezclarse con los pasajeros que bajarían del barco.

—Primero desciendo yo con el almirante y el capitán —dijo—, y luego ustedes ocultos entre los turistas, pero cuando dé la orden —concluyó.

—Mantenlos formados —dijo a Dobs—. Y tú, Gumbo, quédate con el Almirante.

Luego se retiró al camarote, tomó la Biblia entre sus manos y se encomendó: Dios es mi refugio poderoso, quien hace intachable mi conducta, quien me da pies ligeros, como de ciervo, quien me hace estar firme en las alturas, quien me entrena para la batalla, quien me da fuerzas para tensar arcos de bronce. Salió a buscar la bandera.

—Buena suerte —dijo la señora Snow, le acarició la mano y entregó la bandera.

En cubierta ordenó un redoble de tambores y se la dio a Gumbo.

—Vamos, es la hora, el día y el momento —dijo.

La esposa del capitán Snow llegó con un traje blanco largo que tallaba la cintura, pero Walker no pudo quitar la mirada del corsé que moldeaba los pechos. Eso es, el blanco será pureza, inocencia, pensó, y el rojo valor y robustez como la mía. Comenzó a hacer alardes de sí mismo mientras ella admiraba la elegancia y los ojos del Coronel del Regimiento de la Independencia de Sonora. Había algo en su voz de niña, de adolescente y en su manera de hablar que le gustaba.

—Coronel ¿Cómo quiere la bandera?

—Con dos estrellas y tres franjas.

—¿Las estrellas las quiere de cinco o seis puntas?

—De cinco, pero las de seis dicen que son más fáciles de hacer.

—Es igual —respondió ella—. ¡Mire! —y con destreza en las tijeras hizo un giro y varios cortes que dejó a Walker fascinado viendo no sólo las cinco puntas doradas de la primera estrella de su bandera, sino también su fortaleza, lealtad, rectitud, prudencia y tolerancia.

—Son mis valores —exclamó.

—Sí coronel —respondió la dama con admiración.

—¿Una sola estrella?

Walker se paró de su escritorio, miró por la claraboya del camarote y sumergió sus divagaciones en el vidrio convexo que distorsionaba la visión del mar. Lo veía pequeño, con el horizonte curvado y sin ningún pedazo de tierra a ningún lado. Por un momento se sintió solo y a la deriva, pero luego se concentró en la insignia. Soy único, pensó, y en ese caso la bandera debería llevar una sola estrella, pero voy por Sonora y Baja California. En realidad necesito dos. Se fue emocionando a medida que la veía ondear en el barco y en su casa presidencial. Veía un pueblo a su servicio alabándolo y él orgulloso de haber convertido el desierto en una de las tierras más productivas de su país. Recordó el escudo de familia y el fondo plateado de firmeza, vigilancia, integridad. Ahora seré rico, poderoso, un gran propietario y comandante. Un guía con esplendor. Comenzó a sentir calor en su cuerpo, una fuerza que aumentaba a medida que veía crecer su bandera.

—Dos. En realidad son dos estrellas, pero doradas —respondió Walker, pensando en su luz propia. La mujer sonrió. Bien, bien y comenzó a cortar la estrella dorada cuando sintió la mano sobre su hombro.

—¿Las quiere... grandes o pequeñas? —preguntó, y volteó la cara con lentitud para mirarlo a los ojos y rozar con su mejilla la mano de Walker.

—Grandes, muy grandes —dijo, pensando en las pequeñas de justicia y monarquía del escudo—. Ahora seré soberano y el pueblo a mi servicio —agregó.

Ella acercó más la mejilla.

El senador Crabb movía el telegrama de la Casa Blanca con impaciencia a la espera de M.Gwin. Cuando llegó le mostró la nota del Presidente. Su colega sólo arrugaba la frente mientras leía: Paren a Walker punto Gadsen avanza en las negociaciones punto Podremos navegar por el Golfo coma Walker puede dañar el acuerdo de Mesilla punto Párenlo punto Es una orden punto Pierce.

Walker, al sentir la caricia de la mejilla en su mano la movió despacio hasta deslizarla entre el corsé. Rodeo el pezón con el dedo anular. Ella cerró los ojos. Bajó la otra mano para abrazarla. Le besó la nuca. Un suspiro pareció agitar las olas del mar. Navegó por la faja y los contornos del seno. Lo vio brillar como una luna llena y se sumergió en los mares del astro. La levantó hasta llevarla encima del escritorio del camarote. Retiró la mano del pecho y acarició la espalda, la dobló con suavidad hasta que la mejilla quedó apoyada sobre el mapa de Sonora. Le bajó la enagua como quien descende una colina y retiró el calzón. El Coronel y futuro Presidente de Sonora y Baja California aprovechó el vaivén del barco para perderse. Se dejó llevar cuando ella lo apretaba y aflojaba entre las piernas. Pensó en la tía Janet y en el calor que aumentaba entre los dos cuerpos. Sintió que los unía un mar de lava cuando ella no pudo silenciar el placer de la posesión. Le volteó la cara para que viera su sonrisa y el brillo de sus ojos. Sobre la claraboya Walker vio el reflejo de la luna iluminada por la satisfacción, la vio ida en sus deseos. Le sonrió. Se abrazaron mientras aparecía en la claraboya las sombras de Sonora, la señal de haber llegado. La mujer lo miró, acarició la cara y dijo con la mano apoyada en el corazón:

—¡Coronel! ¡La bandera! Pronto tendrá que izarla. Estas tierras lo esperan.

Se tomaron La paz y después de la incursión, Walker ordenó un toque de trompeta y otro redoble de tambores en el centro de la plaza. Sacó de una caja de madera la bandera tejida por la esposa del almirante, escuchó los disparos de honor e izó la tela con las tres franjas horizontales de colores roja, blanca y roja y las dos estrellas doradas sobre la franja blanca.

—Sonora y Baja California —comentó—. ¡Cómo lucen de familiar!

Nuevamente sonó la diana y sacó de su bolsillo un decreto:

—A partir de este momento declaro fundada la República libre, soberana e independiente de Baja California —arengó— y ustedes renuncian para siempre a toda lealtad hacia la República de México.

La tropa, de inmediato, gritó las hurras de rigor y los aplausos del caso para hacer ruido sobre el silencio de la población.

—Ustedes sólo son un grupo de vagabundos y borrachos pisoteando nuestra tierra —gritó el Gobernador, con las manos atadas a la espalda.

Walker no esperó que el regente terminara de hablar. Sacó su pistola y le apuntó a la sien.

—¡Blasfemo! —dijo—, y disparó.

El cuerpo se desplomó contra el piso.

—Hoy 3 de noviembre de 1853, ante la Divina Providencia y ante ustedes, me proclamo Presidente de la República de Baja California —concluyó, al tiempo que sonaban tres cañonazos más en su honor. Dio la orden de romper filas.

Un hilo de sangre salía de la cabeza del gobernador. Tejía sorpresa y pavor en los ojos de los pobladores.

—HOY: JUICIO DE WALKER.

—Senadores y jueces contra el Presidente de Baja California.

Los voceadores de San Francisco fueron los primeros en gritar. La venta de los periódicos había aumentado, más por las aventuras de Walker en el norte de México que por el litigio. Varios de los diarios especulaban sobre su inocencia o culpabilidad, más cuando el juez del caso alegó problemas de salud y no se presentó a la Corte. Acusados y acusadores tuvieron que esperar dos semanas hasta la llegada de otro juez. Cole, convertido en abogado defensor, además de escribir artículos a favor de Walker, había mandado a imprimir volantes que ahora repartían a la entrada de la Corte. La gente se volvía contra los magistrados y senadores que habían montado el proceso. ¿Cómo es posible que acusen a un héroe? Lo que él quiere es nuestro bien.

—¡Sí! Walker es inocente —replicaba alguien entre el público.

A la entrada del edificio los pregoneros pagados por Cole atizaban el ambiente. Los senadores Crabb y M.Gwin tuvieron que ingresar protegidos por la puerta de atrás. Otros, como el almirante Snow, dispuesto a declarar contra la esclavitud, asesinatos y robos que permitió Walker en Baja California y Sonora, entró camuflado. Cualquier testigo en contra era un traidor. El juez sintió la agitación, el ambiente que lo invitaba a ser prudente. Ocultó la preocupación mientras observaba al acusado y a los acusadores. ¿Cómo inicio esto?, se preguntó. Observó de nuevo al acusado. Se arreglaba el corbatín con naturalidad. Parecía que nada lo fuera a tocar. Lo vio absorbido por la luz del espejo. Se cree inocente, pensó. Walker, sobre el cristal, reflejaba la imagen multiplicada por la voz del pueblo. ¡Silencio!, dijo. Y dio la orden de comenzar.

Snow y Dobs se quedaron en tierra a cargo de la defensa militar, mientras Gumbo redactaba los nombramientos y decretos del nuevo gabinete de Gobierno. Walker regresó a cubierta acompañado de Jones y Tucker. Al primero le pidió vigor y juventud; al segundo inspiración y poesía. Luego entró al camarote.

—No olvides que los mexicanos vendrán pronto —dijo Jones.

Siguió el consejo, regresó a tierra y pasó la jornada dando órdenes, organizando la defensa y evitando que la tropa se fuera a embriagar.

—¡Coronel!, pero es que acá no hay nada.

—Y menos dinero —agregó otro de los soldados.

El rostro de Walker se encendió, la cara tomó el color del atardecer, los ojos brillaron como dos rayos hasta que llamó al filibustero que había reclamado.

—¡Repita lo que dijo!

—Mi coronel, sólo decía que no encontramos dinero —dijo el hombre, acongojado y con la cabeza baja—. Aquí no hay nada.

Walker sacó su pistola.

—¡Levante la cara! —ordenó, mientras Gumbo trataba de susurrarle que tal vez no era buena idea dispararle delante de la tropa.

—Los vas a desmoralizar —dijo.

Colocó el cañón sobre la frente y disparó sorprendido de no haber titubeado.

—Quien dispara una vez dispara dos veces —comentó Dobs, para sí mismo, y se ahogó con el fondo de la voz del Presidente que preguntaba al resto de la tropa si alguien más tenía algún reclamo, queja o protesta.

—Tu celebridad va en aumento —dijo Cole.

—Se interesan en la causa que defiende.

—Tienes al juez sin saber qué hacer —afirmó. Lo señalaba con los ojos.

—Mi único juez es Dios. Ante Él soy inocente —dijo—. Sólo soy el que soy.

Su tranquilidad aumentaba con el coro de asistentes.

—La mejor defensa será tocar el alma del estrado con mi voz —afirmó Walker.

La noche llegó sin estrellas, pero con disparos. El eco de la pólvora seguía en el firmamento. Tomó la Biblia y se refugió en ella. Tú me proteges y me salvas; tu bondad me ha hecho prosperar. Has hecho fácil mi camino, y mis pies no han resbalado. Escuchó el golpe apresurado en la puerta. Era Snow y dos filibusteros más:

—Presidente, tenemos cuatro muertos en nuestras filas —dijo—. Un ejército de patriotas mexicanos atacó la cuadrilla de avanzada.

Walker salió de su camarote seguido del trío. En proa contempló las pocas montañas que la luna dejaba ver.

—Te tratarán de rodear —advirtió Dobs.

—Lleven treinta hombres hasta esa colina. Desde ahí controlarán el campo mientras el resto y yo los apoyamos con los cañones desde el barco.

El intercambio de disparos se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada sin lograr avances ni control de la situación.

—Seguimos teniendo bajas —repetía Dobs.

La noche no le había traído sombras sino vacíos militares. Lo que tenía en La Paz ya no eran las lecturas y admiración por Napoleón o las leyendas medievales del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda. En sus filas tenía los primeros muertos en combate en una empresa que sentía que ya estaba más allá de sus manos. ¿Qué hago? ¿Qué hago?, se preguntó. Tú me proteges y me salvas; tu bondad me ha hecho prosperar. Has hecho fácil mi camino y mis pies no han resbalado. Y antes de que resbalara, el coronel del Regimiento de la

Independencia de Sonora y Presidente de la República revisó el mapa de la península y dio la orden de partir.

—Nos retiramos hacia San Lucas, pero sin turistas —dijo—. Son un estorbo. Nos llevamos a los esclavos negros a Baja California.

El turno para la parte acusadora. Que pase el senador Crabb al estrado, ordenó el juez. El salón, colmado de adeptos pagos por Cole casi no lo dejan hablar. ¡Silencio!, insistió. Crabb declaró que en un principio apoyó la campaña, pero luego percibió los riesgos de la aventura en la que se había involucrado. El juez vio cómo los ojos de Walker se clavaron sobre el político, pero mantenía la compostura. No es tan impulsivo como dicen, logra controlarse, pensó. El público acusaba a Crabb de mentiroso y vendido. ¡Los políticos siempre terminan traicionándote!, grito la tía Janet desde una de las bancas. El juez no dudó en llamar a la policía y pidió que la sacaran. ¡Calma, por favor!, repitió, acá nadie grita y si no se callan, tendré que postergar el juicio. ¡Que venga al estrado Howard A. Snow, Almirante y Secretario de la Marina de la República de Baja California! Snow hizo los descargos con una retahíla de improperios que se fundieron en el aire del olvido. La amargura del Almirante se convirtió en ira al ver a Walker confiado, en sentir el iris del usurpador como una extensión de las manos abusivas sobre su esposa. Con los brazos multiplicados como pulpo brincó sobre el cuello. Los ojos de Walker parecían saltar. Snow apretaba la garganta, la sacudía de un lado a otro. ¡Muere, maldito! El rostro del acusado enrojeció, se fue quedando sin aire, sin fuerzas, se fue yendo mientras la policía trataba de evitar que lo ahorcara. Al final le quitaron el fantasma de encima. Esto se me está saliendo de las manos, se dijo el juez. ¡Orden! ¡Orden! Debo pedir un receso, pensó, de lo contrario el acusado se va a creer inocente desde ya.

—Nos vemos en dos horas —dijo el juez—. Es el momento del almuerzo.

Walker recuperaba sus colores. Tomó aire varias veces y sonrió de nuevo. Esto juega en mi favor. Soy la víctima. Ellos mismos se desacreditan. Tienen que recurrir a la policía para defender la institución. ¡Qué débiles! Miró a Cole con señas de que vamos bien. Antes de abandonar la sala el juez lo alcanzó con su mirada, lo observó con agudeza. Captó el gesto. No te creas inocente. Puedes tratar de manipular al público, pero a mí no.

Mientras huían reunió a la tropa en cubierta y ordenó a Dobs izar la bandera bajo el redoble de tambores. Luego dispuso un escritorio y convirtió la proa de La Carolina en el despacho presidencial. Expidió dos nuevos decretos, uno aboliendo los derechos aduaneros y otro por el cual la República de Baja California se adhería a las leyes de Louisiana, incluyendo el código civil.

—Excelente Presidente, ¡Excelente! —acotó Gumbo—. Con esa norma, la esclavitud nos hará grandes.

—Traigan a los dos negros —ordenó Walker—. A partir de hoy, ustedes se llamarán Rómulo y Remo, mis dos primeros esclavos de la República Libre, Independiente y Soberana de Baja California.

Snow, vigilante, con los ojos encima de su esposa, no creía lo que escuchaba. Cambió la manera de observar. Tenía de frente al Presidente. Lo veía como a un ser fantasmal y poseído cuya voz y mirada dominaban el velero de proa a popa y de estribor a babor. La tripulación escuchaba absorta. Lo que queremos es riqueza no negros, decían. Walker percibía el malestar, pero sin saber de dónde provenía, clavó sus ojos en Snow.

—No te fíes de él —advirtió Gumbo.

El juez abanicó el martillo y reanudó el juicio. Es el turno de la defensa, dijo. El auditorio se silenció.

—Señores del jurado —dijo Cole—. Mi intención es defender al acusado de cargos que se le imputan injustamente. Ante todo, el proceso tiene vicios de forma. Esta Corte carece de competencia sobre territorios más allá de California. Explicó que Walker, aunque partió desde Estados Unidos, al haber fondeado Guaymas y atravesado Sonora a pie, había estado sobre tierras donde la presente Corte no tiene jurisdicción.

—Así mismo —agregó Cole—, los cargos sobre violación de neutralidad no tienen razón de ser. Los senadores M.Gwin y Crabb, quienes además son parte acusatoria en el proceso —alzó la voz—, estaban al corriente de que los territorios mencionados no tenían linderos ni frontera reconocida. En la fecha en que sucedieron los hechos, los territorios en mención estaban en disputa.

Con la última afirmación el juez vio como el jurado parecía sentir que tendrían que dejarlo libre. El público, a pesar de los esfuerzos del juez por mantener la calma, gritó con más entusiasmo. Si este hombre no queda libre hoy nos cortan el cuello, pensó mientras volvía a golpear el escritorio con el martillo.

La Carolina fondeó en San Lucas para aprovisionarse y dejar a Rómulo y Remo bajo el mando de tres filibusteros con el mandato de Walker de instaurar el primer pueblo esclavo de Baja California. Enseguida ordenó navegar en dirección hacia Ensenada, a cien kilómetros de la frontera con Estados Unidos. Su primer acto fue izar la bandera y enviar un emisario a San Diego para informar a la tía Janet y a las autoridades norteamericanas de la nueva República y obtener el reconocimiento de la Casa Blanca.

—Toda conquista debe ser reseñada por la historia —dijo.

—Necesitas también refuerzos. Más tropa y pertrechos —agregó Dobs.

Organizó dos cuadrillas entre sus hombres para reconocer el terreno y preparar la defensa. Sin revelar inseguridad, era consciente que dependía de la ayuda que le enviaran.

Por lo pronto, la defensa la haría desde una pequeña vivienda de adobe y madera acondicionada como fuerte y casa de Gobierno. La bandera ondeaba mientras los dos cañones se acondicionaron en las colinas que protegían la parte norte del fuerte. Con Dobs dispusieron a sus hombres para la defensa y se fue a dormir. Los grillos, el ulular de un búho y el croar de las ranas se convirtieron en insomnio. Los ojos grises en medio de la oscuridad del cuarto parecían dos pequeños luceros que se movían nerviosamente intentando alumbrar la habitación. Walker sentía que sus ojos iban de un lado a otro, de arriba abajo. Es el vaivén del barco, pensó. Estás en tierra, dijo Dobs. Siguió con su intento de pegar los ojos, pero cada vez que lo hacía, el búho se encargaba de mantenerlo despierto. Luego sintió el impacto de algo frío y baboso sobre su rostro. Se sobresaltó, y en el momento que se llevó la mano a la cara para defenderse, la masa saltó, pero dejó el frío y los restos de baba sobre el semblante de Walker. Buscó encender el candil. Con el cuarto iluminado observó como una rana se escurría por debajo de la puerta frontal. No alcanzó a atacarla. El ruido de disparos, cañones y los gritos de su tropa anunciaban la llegada de la ofensiva. La defensa mexicana los doblegaba en hombres, pero no en calidad de las armas.

—¡Muerte a M.Gwin y Crabb! Muerte a los traidores de la patria —reclamaban los adeptos a Walker en el exterior de la Corte exhortados por la tía Janet.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

—Te haces cada vez más grande —decía mentalmente la tía Janet.

—Estamos saliendo de esta —afirmaba Cole, en el interior—. Conquistaremos el mundo.

Dobs y Walker revisaron la posición mexicana y la manera como despleaban la tropa. El combate duró hasta el amanecer. Dio la orden de parapetarse en el fuerte.

—Balance de la situación —preguntó.

—El coronel McKibben murió defendiendo el cañón de la colina norte —reportó uno de los filibusteros— y hay doce bajas más en nuestra tropa.

Walker se quedó pensando. Miró desde la ventana del fuerte la colina norte. Se volteó y dictó un nuevo decreto.

—¡Gumbo! ¡Copia! A partir de ahora, este será el fuerte McKibben en honor al coronel de la República John McKibben —dijo—. Ahora necesito dos voluntarios que me sigan hasta la colina.

Los mexicanos continuaron con el sitio del fuerte McKibben mientras Walker se escurría por la parte de atrás con dos de sus hombres en busca del cañón. El Presidente lucía su traje impecable en medio de una tropa que mostraba rasgos de cansancio e incertidumbre. Al llegar a la colina no encontró el cañón pero sí el cuerpo de McKibben con moscas disfrutando de las heridas y el charco de sangre. Vio la inferioridad numérica en que estaba antes de escuchar la voz lacónica de uno de sus combatientes.

—¡Presidente! ¡Mire! —dijo el filibustero, y señaló la bahía donde La Carolina había atracado.

—¡Hijo de puta! —exclamó, esta vez sin santiguarse ni orar.

El Secretario de Marina y Almirante de la República había recogido el ancla y levado las velas de La Carolina. El barco insignia se escurría con su esposa y el viento en dirección a San Diego. Snow navegaba dejando la estela de derrota.

El juez, dio el turno a Walker. Vio como antes de hablar identificó al auditorio. Se dirigió hacia los miembros del jurado. Los miró de pies a cabeza. Se detenía en las manos, en los movimientos de las manos, en los ojos y la cantidad de parpadeos. En los movimientos

del cuello. No lo hace mal. Los tiene presionados. Luego hizo una venia y se paró en frente. Comenzó a hablar.

—¡No! ¡No! No —gritaba Walker desde la colina.

Furioso revisó el terreno. Miró al cielo. Respiró con pausa hasta que oró de nuevo: Perseguí a mis enemigos, los destruí, y solo volví después de exterminarlos. ¡Los exterminé! ¡Los hice pedazos! Ya no se levantarán: ¡cayeron debajo de mis pies!

—Esto no será un Waterloo —dijo, en voz alta.

Y frente a la visión y lo que consideró como perfidia de Snow, el Presidente de la República Libre, Independiente y Soberana de Baja California juntó los veinte hombres que le quedaban, esperó la noche, atacó por sorpresa a la ofensiva y la derrotó sin contemplación mientras las cornetas de los filibusteros sonaban como la lira de Dios. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!, decía Walker.

Los pocos sobrevivientes y sus mismos hombres comenzaron a verlo con susto, con temor. Los mexicanos no podían creer que después de tenerlo sitiado, él surgió de la nada con un ejército de sombras. Los filibusteros de Walker no sabían si las trompetas y los ojos que brillaron eran del Presidente o de un ser sobrenatural.

—Parecía un felino —dijo uno.

—Sus ojos brillaban más que los propios disparos —comentó otro.

—¿Y si un día se enoja contra nosotros?

—Miembros del jurado, su señoría, público asistente.

Sin terminar de saludar la gente gritaba ¡Walker! ¡Walker!

Alzó la mano antes de que el juez diera la orden de silencio. Los adeptos se callaron. Prosiguió. Estamos aquí reunidos para un litigio a toda vista injustificado y amañado, pero no

importa, ustedes se darán cuenta qué tan injustos son los cargos en mi contra y qué absurdo resulta este teatro político que sólo busca arruinar mi reputación. Los que me conocen, que son muchos, me quieren porque bien sabemos que se quiere lo que se respeta y se respeta lo que se conoce, un punto a mi favor que ciertos políticos aquí presentes, ciertos corruptos que dicen personificar la voz del pueblo no tienen. Bien sabemos que esos políticos y gobernantes que no logran el apoyo de su pueblo, que no se hacen querer porque no se ganaron su respeto terminan renunciando o manteniéndose en sus puestos gracias al soborno. Ahora los vemos aquí presentes mostrando sus etiquetas de senadores.

El emisario enviado por ayuda regresó con una tripulación desgarrada, descontenta, muerta de hambre. Pedían dinero y comida.

—Te mando por ayuda y me traes un ejército de miserables —recriminó Walker.

Las explicaciones de la traición de Crabb no sirvieron de nada ni que la tía Janet no había podido convencer a M.Gwin de apoyarlos.

—Tampoco conseguiste el reconocimiento de Washington.

La imagen del emisario derrotado aumentó el hambre y la tensión entre la tropa.

Los hombres estaban aburridos de repetir la misma dieta, aguantar hambre, frío y no ver tierras ni dinero ni minas de nada. Pasaron Navidad, año nuevo y los primeros días de enero en la penuria, sumidos en el descontento y pensando en regresar. El Presidente no lograba calmar el hambre de su pueblo, ni siquiera con arroz con pollo que prepararon después de cazar cuatro correcaminos.

—Reúne a la tropa —ordenó Walker a Dobs.

—Y tú trae papel y lápiz —dijo a Gumbo.

En medio del frío de enero, frente a un ejército de filibusteros que parecían sacados de una iglesia de mendigos, Walker anunció un nuevo decreto.

—Y a partir de hoy la República de Baja California se convierte en la de Sonora dividida en los Estados: Sonora y Baja California, y yo soy el Presidente —dijo.

Los hombres se miraron unos a otros con incredulidad. Parecían decir: es producto del hambre. Walker no sólo sufría hambre y frío, estaba sólo y abandonado.

El grado de corrupción de la plebe que ahora se siente con derecho para actuar en política muestra lo mal que ciertas personas han respondido a nuestras necesidades y aún mas grave, a los designios de Dios que son los designios de nuestra nación. Y es por eso por lo que hoy me acusan, por buscar, de acuerdo con nuestros designios, una América más grande. El mundo no está hecho para cobardes ni corruptos. Este país necesita la grandeza que la Divina Providencia nos ha encomendado. Soy sólo un mediador más que busca nuestro bienestar. Sólo he luchado por asegurar la existencia de nuestra nación, la existencia tanto de ustedes como la mía. Bueno, exceptuando uno que otra oveja descarriada. Y miró a los dos senadores que se fueron reduciendo en sus sillas mientras pensaban en cómo desaparecer sanos y salvos del estrado. No me pueden acusar por mi falta de entereza para abordar problemas vitales, problemas trascendentales, problemas inherentes al futuro de nuestra nación como la sangre y la tierra. Este estrado, esta Corte, ustedes y sus hijos caminan y duermen sobre esta tierra regada con la sangre de nuestros antepasados, sangre que se mantiene íntegra y limpia porque no hemos cometido el error que cometieron otros al mezclarla. ¡Sí señores del jurado! Esta tierra nuestra, regada con la sangre de nuestros antepasados, trabajada con sus manos, con las manos de vuestros abuelos, con vuestras propias manos, es nuestra rica nación. Ya somos ricos, que otros trabajen para nosotros mientras administramos nuestra riqueza. Es legítimo remplazar el trabajo de nuestros antepasados y defender los intereses que ellos nos inculcaron. Ellos ya hicieron lo suyo, ahora nos toca a nosotros administrar la cosecha, consolidar nuestros intereses. Me acusan de

defenderla y consolidarla cuando en realidad lo único que hice fue ampliar nuestro país, ampliar California. Ampliar nuestra frontera, nuestra tierra. ¿Me acusan de esto? Por favor, señores del jurado, ustedes como yo sabemos que las fronteras de los Estados las creamos nosotros y somos nosotros mismos quienes las cambiamos. Yo sólo seguí el destino manifiesto por la Divina Providencia. Somos grandes y tenemos un país único e irremplazable. ¡Créanme señores!, lo único que hice fue hacerles ver a nuestros soldados que la solución es nuestra. Tenemos que incrementar la población blanca en nuestro Estado y en el país. Ese es el designio de Dios. La esclavitud la necesitamos para trabajar la tierra mientras nosotros, que somos el bien, administramos los frutos. Por favor, señores del jurado, entiendan que somos una comunidad que crece y se fortalece, somos un pueblo fuerte, no gracias a la plebe corrupta. Volvió a mirar a Crabs y M.Gwin que ya parecían desaparecidos del mapa. ¡No podemos ser un pueblo sumiso! Seguiré luchando por ustedes, por su seguridad y por el futuro de sus hijos. Tenemos una tradición que debemos hacer respetar. ¡Es nuestro deber defenderla! ¡Consolidarla! Somos autoridad y la esclavitud, nuestra libertad.

—Presidente, hay hombres que están desertando —comentó Dobs.

Walker se quedó pensando, abstraído en cómo consolidar la República de Sonora en medio del hambre.

—Habrá que multiplicar los panes —dijo, y reunió de nuevo a sus hombres.

Mientras formaban bajo la bandera de dos estrellas, veía desde la ventana del fuerte rostros pálidos, chupados, con las ropas raídas y sin abrigo. Esto no es lo que imaginé. Tendré que recurrir a mi poder de convicción. Y antes de arengar a la tropa, comenzó a respirar profundamente, a pedir fuerzas y a pensar en cómo recuperar la fe de sus hombres. Dios está

conmigo, él me ayudará. En seguida salió a la explanada y comenzó un nuevo discurso hasta hacerlos jurar lealtad.

—Ustedes son el futuro —la tropa asentía—. Están haciendo historia y ampliando nuestra patria. Son la fuerza de la tierra y de la gracia de Dios.

—¿Y con eso vamos a comer? —refunfuño en voz baja uno de los filibusteros.

—La fe nos hará libres —agregó Walker.

—Sólo falta que ahora llueva maná —comentó otro.

—Y de todas maneras, pronto llegará la ayuda de mi homólogo Pierce. Washington está con nosotros —he hizo jurar lealtad a él y a la bandera.

El juez observó como la emoción se impregnó en el estrado. Los miembros del jurado no sabían para qué estaban sentados ahí. Sólo querían correr a sus casas a abrazar a sus hijos. Aquí no hay nada que hacer. Me quiero ir ya, se dijo el juez. El abogado acusador también buscaba la manera de huir mientras Crabb y M.Gwin intentaban escabullirse por la puerta de los condenados. Walker concluyo: ¡Miembros del jurado, que me acusen de cualquier otra cosa!, pero nunca de mi espíritu de sacrificio y sobre todo: no me acusen por ser leal a ustedes y a Dios.

Dos días después Washington llegó a Ensenada, pero con la corbeta de guerra dispuesta a capturar a Walker.

—Los políticos siempre terminan traicionándote —dijo—. Que se lleven a los enfermos y heridos, pero no me entrego. ¡Primero muerto!

Con la traición a sus espaldas buscó adentrarse en Sonora. Conseguir suministros y apoyo. Se apoderaba de lo poco que encontraba en el camino. Trataba de conseguir adeptos a la causa, pero obtenía más deserciones y robos.

—Habrá que dar ejemplo —dijo, y mandó a traer a cinco filibusteros acusados de robo, violación y consumo de alcohol.

A los abusadores, al primero lo condenó a diez latigazos por violar a una mestiza; al segundo a cincuenta por haberse aprovechado de una blanca. Al bebedor lo perdonó por ser uno de los mejores tiradores de la cuadrilla y a los otros dos, por robo, los condenó a la horca de acuerdo con las leyes que él mismo había promulgado.

—Lo advertí —dijo uno de los filibusteros— cuando pregunté qué pasaría si un día el Presidente se enojaba contra nosotros.

¡Increíble! Él mismo se defendió, pensó el juez. Entendió que el dibujo de la nación que la Divina Providencia quería para los americanos era suficiente alegato para exonerar al acusado de los cargos. Walker salió enaltecido por la gracia de la oratoria y por la invocación del Todopoderoso, por su capacidad de convicción y una fuerza que ahora lo sacaba en hombros fuera del estrado en medio de la ovación del público.

No durmió. Entre sombras y la Biblia apareció el rostro de George Tanner, sólo que duplicado, como si los dos filibusteros ahorcados fueran gemelos y se burlaban del Presidente. Tanner uno y Tanner dos hablaban en coro, se reían de la esclavitud y terminaban sentados en la misma mesa bebiendo y jugando cartas con Rómulo y Remo en la popa de La Carolina. Los gemelos negros y los gemelos blancos brindaban y soltaban carcajadas sobre el mantel de tres franjas y dos estrellas. A la mañana siguiente Walker se encontró con la bandera de la República de Sonora en el piso, rasgada y sin estrellas: más de la mitad de sus hombres habían desertado.

La tía Janet aprovechó para felicitarlo.

—Eres el hombre del momento, sobrino.

—Sólo soy el que soy.

—¿Qué harás ahora? Con tu fama podemos llegar hasta el Capitolio.

El 8 de mayo, a las 10:27, según marcaba el reloj de bolsillo, en su cumpleaños número treinta, William Walker, coronel y Presidente del Estado de Sonora y Baja California, marchó desde La Tijuana hasta San Diego con los treinta y tres hombres que le quedaban. Atravesó el monumento fronterizo y capituló ante dos oficiales del ejército norteamericano. Con el rostro tranquilo y la mente en alto, llegó una semana después a San Francisco para ser enjuiciado por violación de neutralidad, convencido de que era el designio del Todopoderoso. Dios me tendió la mano desde lo alto y con su mano me sacó del mar inmenso, me salvó de enemigos poderosos que me odiaban. Eran más fuertes que yo, enemigos que me atacaron cuando estaba en desgracia, pero el Señor me dio su apoyo: me sacó a la libertad.

—¡No! El que me hayan declarado inocente no me libera de mis enemigos, los multiplica.

El tercer disparo no lo escuchó. Sólo fue ardor.

Cuarta parte

1

LAS CARTAS SON COMO EL BÁLSAMO, quien escribe adquiere el aroma de la seducción; quien lee, sueños, ilusiones. La mente se diluye en la cortina de lo real, se difumina entre el sopor y se transforma en falacia. El hombre se vuelve artificio, rey. Lo inalcanzable, la incisión que cabalga sobre la quimera. El aroma con el tiempo se convierte en resina, anida sobre la herida, se vuelve espesa y alivia; en otros obnubila, embauca. Quien escucha la lira enflautada, bebe el aceite de sus notas, lo convierte en pergamino de añagazas. El noble pide la lira sin cuerdas teñidas de sangre.

Los pies de Catherine saltaron los escalones de dos en dos hasta el segundo piso. Parecía un pájaro encantado cuando añora el nido y brinca sin cesar hasta llegar a él. Al entrar a la habitación se quitó los guantes, los arrojó sobre la cama. Escribió con desahogo. En su mente la música tejía en ella un óleo fijo. Se transportó a la primera vez que lo sintió en Nueva York, el dedo de Walker en su seno, un pincel, un dibujo. La imagen se sumaba al eco del padre.

—Dile que venga. Que lo felicitó —había dicho—. Que acá lo esperamos con los brazos abiertos. Hazle saber que lo extrañas, pero no se lo digas directamente. Que no sienta la ansiedad.

Mi padre, escribió ella, tiene planes para nosotros Punto Ven pronto Punto Sabes bien que te extraño Punto No quiero más tus cartas Coma te quiero a ti Punto Nueva York te espera Punto Yo te añoro Punto No tardes más Punto Mi corazón desfallece.

—Sublime tu artículo sobre la Ley de neutralidad —dijo Cole, al verlo entrar al diario en medio de la ovación de periodistas y empleados.

Walker había descansado un mes, pero no podía evitar escribir antes de volver al periódico, la mano y la ira que transitaba por sus venas componían textos, organizaba los plomos de la imprenta sobre la galera. Veía impreso el artículo y las reacciones de sus lectores con un día de anterioridad. El comentario de Cole, recién llegado de Centroamérica, no le sorprendió. Una reacción calculada, dijo. Escuchaba el eco de los aplausos y se engrandecía de júbilo. Voy bien, voy bien.

—Esa Ley emitida “vulgarmente” por los ociosos de Washington debe ser abolida, por eso escribí Congreso con “c” minúscula.

Cole lo miró. Dibujaba imágenes de Honduras y Nicaragua mientras se rascaba en la cabeza los rastros de las picadas de los mosquitos. Se habían deleitado con su piel fresca.

—La neutralidad lleva treinta y seis años estorbando el camino de una América para los americanos. Nadie dice nada. Ya tendríamos a todo México, Cuba y las provincias mestizas del sur.

—Las de Centroamérica también —añadió Cole.

Antes de irse de la oficina y abandonar el periódico le dejó un mapa de la antigua República Federal Centroamericana y un sobre sellado con una nota que decía: *Documento privado*.

—Son buenas tierras. Tendrías que mirar hacia allá en vez de perder el tiempo pensando aún en Baja California y Sonora.

—¿Cuándo verás a Catherine?

—Pronto tía, pronto.

—Lleva años esperándote.

—Tía, si esperó años, unos meses poco importan

Catherine escribió una carta más larga donde le contaba sobre la ciudad, los nuevos negocios de su padre, el viaje a Grecia que pensaba hacer después de que él llegara y lo feliz que se había puesto Vanderbilt con el resultado del juicio de San Francisco. No deja de decir que eres un gran hombre, que se siente orgulloso de tratarte como a un hijo y que está dispuesto a darte lo que quieras. Sólo esperamos que vengas pronto, que hayas recibido el telegrama que te envié hace un mes.

Walker caviló con el mapa y el sobre en la mano, pero no duró mucho tiempo en la meditación. Al ocioso y desocupado tiente el diablo, dijo. Se concentró en los telegramas de elogios, cartas de reconocimiento y mensajes de felicitación acumulados en su escritorio después del juicio. A medida que revisaba el correo el corazón le sonreía. Voy bien, voy bien. Se paró frente al espejo de la oficina para ver la proyección de alguna partícula de luz que le reafirmara el camino a seguir. Entre papeles y mensajes de admiración llegados al periódico, había correspondencia que tentaba el futuro. Invitaciones a unirse a las causas más diversas: convertirse en Pastor, litigar contra el Estado, practicar la cirugía o engendrar hijos de viudas jóvenes cuyos maridos habían fallecido en la guerra contra México. También se encontró con una nota de M.Gwin, entorpeces nuestra política exterior, decía. El comentario pasó rápido al olvido cuando vio el telegrama de Catherine. Su corazón se aceleró al recorrer con los dedos las letras de molde. Lo colocó en el bolsillo de su levita. Para que acompañe mis sueños, dijo, y agarró también el documento privado y el mapa de Cole.

La tía Janet lo vio entrar. Caminaba perdido entre las divagaciones. Desconoció la imagen de su sobrino absorto en el más allá. Un alma vagando en un laberinto de dudas. Lo siguió con los ojos hasta el cuarto. Alcanzó a ver que depositaba el telegrama de Catherine y el sobre de Cole sobre la mesa de noche.

—Me voy a bañar —dijo, antes de cerrar la puerta.

Cuando Walker subió al Vesta acompañado de Dobs y Gumbo y de Lipscomb, la tía Janet y Cole, la bruma se había disipado sobre el puerto de San Francisco. Es un buen augurio, dijo, a pesar de que las velas raídas, el casco arañado y una proa amplia que lo convertía en un bergantín lento, decían lo contrario. En un lado, muy cerca al nombre de la embarcación, alcanzaban a ver una herida. Un arpón había perforado las entrañas.

—¿En esto nos vamos...? —dijo la tía Janet.

—No está tan mal. ¡Subamos!

La madera de cubierta rechinaba. Parecía desfondarse. Walker observaba a Janet como si viera entre rendijas bestias marinas dispuestas a devorarla. La tía miraba incrédula a Cole tratando de no mostrar el descontento que aumentaba con la marea de la tarde.

—¿No es algo vetusto? —preguntó

—Puede tener algunos años, pero suficiente eslora para la pólvora y el mortero —respondió Cole—, y solidez para aguantar cualquier tormenta.

Walker se acercó al trinquete y miró hacia arriba. La vista recorrió el mástil hasta desembocar en el castillo. Un vigía dormía el horizonte, como si esperara la orden de tirar las bolsas de lastre y zarpar.

—¿Y ese?

—El capitán —respondió Cole—. Sólo descansa.

—¿Es de fiar? —preguntó con los recuerdos de la traición de Snow.

—Desde el propietario hasta el último marinero, hombres sin tacha y de buena conducta.

Walker terminó de darle la vuelta al bergantín. Caminó por el resto de la cubierta al lado de la tía Janet mientras los marinos la observaban con extrañeza, con interrogación, ¿qué hace aquí?, pero nadie se atrevía a preguntar?

—¿Cómo es posible que le hayan puesto el nombre de Vesta, la diosa del hogar? — cuestionó la tía—. Los marinos son errantes, exploradores de las olas. Nada los ata, ni siquiera una mujer. Luego pensó en los mensajes del más allá. Deberías esperar el barco de Vanderbilt, llegará en cuestión de días —insistió.

La tía Janet se acercó a la puerta de la habitación. Puso la oreja sobre la madera hasta que escuchó el ruido del agua caer sobre la tina. Entró. Se aproximó sin hacer ruido al vestíbulo desde donde se veía el salón de baño. El líquido resbalaba sobre la espalda de Billy. Todavía conserva un cuerpo de joven, pensó. Walker se agachó y con las manos arrojó agua en su rostro, sobre el pelo. Como cuando lo bañaba, se dijo la tía Janet, pero ahora la curiosidad la llevó hasta la mesa de noche donde estaba el mapa de Cole, el sobre y el telegrama de Catherine. Dejó el mapa a un lado sin detallar las marcas rojas ni las rutas dibujadas. Leyó con rapidez, pero sin perder detalle. Sé que papá quiere que tomes uno de sus barcos Punto La boda para diciembre lo tiene contento Punto Que cuando vengas a Nueva York puedes tomar la ruta de los lagos Punto. Yo también estoy feliz. La tía escuchó el silencio que dejó la última gota sobre la tina, luego sintió que Billy sacaba los pies del agua. Lo imaginó desnudo. Alcanzó a leer dos líneas más antes de abandonar el cuarto con los ojos sobre el mapa. Dice que no le parece buena idea que emitas las acciones de la *Nicaragua Colonization Company* Punto.

—¿Por qué te interesan esas tierra?

—Por dinero —respondió Cole—. Quiero ampliar las minas que quedan cerca a la frontera de Nicaragua.

—¿Sólo eso? —preguntó extrañado—. Aquí ya tienes dinero.

—Sí, pero, ¿Acaso no imaginas un país más grande y productivo? Tu mismo hablas de nuestra América más hacia el sur. Si personas e ideas como la tuya prosperan y la expansión nuestra continua, las tierras que compremos ahora valdrán tres veces más. Por eso te dejé también el balance de la venta de acciones.

—¿Y cómo conseguiste al Presidente Castellón?

—Nuestro Embajador. Me dijo lo que necesitaba Castellón. Sólo le ofrecí consolidar su posición política a cambio de tierras. Yo necesito haciendas y esclavos que la trabajen y él, sentirse seguro en el poder.

Walker vio cómo se encontraban sus intereses con los de Cole, cómo las dos visiones confluían en un mismo punto. Imaginó la expansión y nuevos estados para la Unión. Es la señal, pensó.

Salió de la tina y terminó de secarse en la habitación. No se percató que el telegrama, el sobre y el mapa estaban ligeramente cambiados.

Catherine deslizaba la pluma de un extremo del papel al otro con rapidez, con el trazo fuerte que deja la esperanza cuando se ha acumulado en el tiempo. Papá quiere hablar contigo. Sus negocios siguen bien. Siempre ha sido calculador y sabe dónde invertir su dinero. Tiene planes para ti. Dice que Nicaragua es su mejor negocio, más ahora que el tránsito entre Nueva York y San Francisco ha aumentado. Catherine dejó de escribir. Clavó un pensamiento en la pared, lo corrió hasta la ventana y lo enredó entre el bullicio de los carruajes de la Quinta Avenida en ruta hacia el puerto de Manhattan. Cuando la reflexión se

convirtió en nave, en mar, en algo más allá del mar, dejó la pluma sobre el papel y descendió más rápido de lo que había subido. Brincó los escalones hasta llegar a la oficina. Vio a su padre concentrado, firmaba cartas, bonos, cerraba sobres. La luz amarilla de la lámpara dibujó las largas patillas grises mientras el aire frío amarraba las emociones que vibraban en cada uno.

—¡Padre! —dijo ella— ¿Y sí vamos a su encuentro?

—Ni pensarlo, hija. Tú vienes conmigo a Grecia.

Escuchaba la voz de la tía Janet como una tormenta lejana que apenas producía un murmullo en su mente, pero que al final, por más que la evitará, terminaba cubriéndolo. Tomó la orden con tranquilidad. Yo soy la luz, pensó Walker mientras descendían del barco. Ella trataba de entrar en su mente hasta que cayó en cuenta que la diosa Vesta también se ocupaba de conservar el fuego interno y proporcionar serenidad, intuición y sobre todo, claridad.

—¿Y cuando zarpamos? —escuchó preguntar a la tía Janet mientras abandonaban el puerto y desembocaba en la primera calle camino hacia el centro.

—¿Zarpamos? —preguntó Cole. Miró a Walker hasta que se sintió fulminado.

—Cuando el general ordene —respondió molesto.

Leía la invitación de El Comodoro a apoyar en Centroamérica a políticos que respaldaban la ruta dorada entre Nueva York y San Francisco. Miró el mapa. No es tan grande, pensó, sólo un poco más ancho que el istmo de Panamá en la Nueva Granada. Recordó su viaje y observó que si se atravesaba el país por el lago de Nicaragua duraría casi lo mismo que las dos semanas en Nueva Granada, y se le vino a la mente la imagen del perro con la bandera, los tres oficiales persiguiéndolo. Nadie sabía qué hacer con la bandera, como

si fuera la insignia de una patria boba que pasaba de mano en mano, de hocico en hocico, la herencia española, recordó. Volvió a ver el mapa que le había dejado Cole y la nueva carta de Catherine, cada uno de los papeles tenía su propio peso específico, su densidad, pero no cabían en el mismo plato de la balanza: un brazo, el de Cole, sostenía relaciones con los liberales de León mientras que el otro, el de Vanderbilt, estaba agarrado de los conservadores de Granada.

En el espejo, el reflejó de su imagen escindida.

La tía Janet, al abandonar el muelle, caminó al lado de Lipscomb y trató de tomar por el brazo a Walker. Se puso esquivo y avanzó tres pasos hasta que sintió un puño que lo mandó contra el piso. Cole y Lipscomb sujetaron a un hombre de unos treinta años que vociferaba contra él y sus amigos del periódico. Desesperado lo acusaba de traidores, infames y mercenarios vendidos al mejor postor. La tía buscó al agresor intentando descifrar el incidente. Lipscomb ayudaba a Walker a recuperarse del golpe. La tía preguntó quién era:

—Nadie. Un ex accionista de la *Nicaragua Colonization Company*.

—Para Walker tengo otros planes.

—¿Y yo, padre?

—Catherine —dijo, levantando el rostro—, lo siento, pero si no llega es que no quiere nada contigo.

El voceador de la esquina se había dejado mudo al observar la bofetada en el rostro de Walker. Cuando vio que lo levantaron del piso medio aturdido volvió a su trabajo: ¡Quiebran bancos de California! ¡Quiebran bancos de California! ¡Caen acciones!

—¡Sobrino! ¿Qué estás haciendo? —reclamó Janet.

—Nada tía, pronto partiré —respondió.

—¿Partire? ¡Voy contigo! No te acepto que me dejes otra vez.

—Pero tía, es un viaje peligroso.

—Más peligro corres si no me llevas. Te fuiste solo a Baja California y Sonora y regresaste derrotado —reclamó—. ¡Me necesitas!

—Tía, los marinos no aceptan mujeres en los barcos —acotó—, es de mal augurio.

—De mal augurio es traicionar a alguien que te ha dado la mano.

—¡Tía! ¿Qué dices? No te estoy traicionando.

—No hablo de mí.

—...¿?

—Con Vanderbilt lo tienes todo.

—Sí, una fortuna dividida entre trece hijos y a mí, la mitad de lo que le dejen a Catherine.

—¡Pero, padre! Escribió que venía.

—¡Hija! Walker se quedó en Nicaragua.

EL DÍA DEL CUMPLEAÑOS DE WALKER, EL VESTA crujía como un saco de huesos. Aterraba a la tripulación de aventureros dispuestos a fundar nuevos estados en Centroamérica. Los vientos del Pacífico llegaban con la fuerza de un ciclón y el bergantín se mecía de un lado a otro, una balanza indecisa que no tomaba partido por ningún lado. Walker creyó que el mar se había llenado de anguilas dispuestas a atacar el barco y electrocutar a su tripulación de conquistadores. Protegido en el puente de mando se agarraba de lo que podía. Intentaba no caer mientras el estómago también se unía al vaivén de las olas. El casco del barco vociferaba con voz ronca, un tono del más allá presente en el acá. El ruido penetraba las células del miedo y las agitaba unas a otras. La mano del fantasma, surgida de las profundidades, arrojaba olas contra la falange en cubierta. La mitad no tenía experiencia y la otra vomitaba en los camarotes. La tía Janet, en popa, se arrastraba de babor a estribor tratando de pararse de la tempestad y de la tormenta. Lipscomb intentaba disminuir el mareo que producía el alcohol de pulque en la cabeza y agarrar a la tía para que no se fuera a caer por la borda.

—Vamos por buen camino, tía —dijo, mientras desempacaban maletas antes de zarpar.

—¡Billy! —replicó—. ¡No seas como tu padre! —insistió, trataba de verlo diferente a su hermano, pero las manos y brazos de Walker se proyectaban hasta agarrar los títulos de la herencia familiar.

El calor en el camarote aumentaba la tensión. La mirada del sobrino preferido atravesó la escotilla, recorrió el muelle, esquivó a los estibadores y se detuvo, a lo lejos, en un árbol cuyas hojas amarillas caían sobre el suelo. Vio que la imagen de la sombra en el muro

de piedra era más definida. El árbol y sus hojas, entre amarillas y rojas, recordaban el pelo de Vanderbilt cuando lo conoció; las hojas en el piso, la decadencia.

—Tía, es un hombre que sólo se interesa en el monopolio naviero y en su propia economía —acotó, luego, al contemplar la sombra definida y negra de las hojas sobre el muro. La solidez y la unidad de la silueta, recordó la tierra de sus sueños—. Somos el tronco y los brazos de una nueva región, y la esclavitud, las hojas que oxigenan un país.

—Pero en él tienes un aliado y en su hija el amor.

—Vanderbilt sólo quiere dinero, siempre lo ha querido. La expansión y la esclavitud son ajenas a él. No ve la necesidad de luchar contra el abolicionismo.

—¿Y Catherine? La estás evadiendo.

—Sólo amé a Ellen y a mí hijo.

El Esmeralda abandonó Manhattan bajo la luna llena. A medida que la embarcación tomaba distancia de la isla, el cielo parecía hacerse más oscuro. Mostraba algunas constelaciones. Catherine, desde cubierta, concentró sus pensamientos en la estela que veía sobre el tapiz del mar. Sintió el dedo de Walker sobre su seno juvenil. La vibración que se transformó en cartas y notas de amor. En el agua vio el reflejo de las ilusiones que alimentó, como si la adolescencia se hubiera congelado en sus sentimientos, al tiempo que su cuerpo se transformaba en mujer. La excitación evolucionó en malestar. En su estómago, girasoles negros. El dolor le levantó la vista hasta la constelación de Orión. Premiado por Zeus, el cazador dominaba el cielo. Tranquilo, deambulaba por el firmamento. Miró hacia el sureste. Sobre el horizonte, la furia de Artemisa se volvía Escorpión. Catherine tomó su arco. Comenzó a lanzar una a una las flechas sobre el aguijón del animal. En las primeras depositó los recuerdos. Le siguieron las del dolor y el olvido. Dejó de última la flecha de la ira. Apuntó en el centro del aguijón del animal con la esperanza de verlo clavado un día sobre el

cazador. Sintió la brisa, unos pasos y la mano del padre en su espalda. No hubo palabras. Ella sólo descansó la cabeza en el hombro. Él la abrazó. Miraban la estela del barco hasta que una estrella fugaz se convirtió en deseo. Padre e hija pidieron lo mismo.

—Enfrenta tus actos. Alimentaste su amor, ahora debes calmar la tormenta.

—Eran cartas para hacerla sentir bien.

—¡No! Billy, cartas de amor y no hay nada peor que una mujer herida de amor.

Dímelo a mí.

Walker se quedó impávido. Escarbaba en el cuarto una explicación. Arañaba en su cerebro la justificación, algo que tranquilizara el aire.

—Quizás esto te convenza.

Walker abrió el cajón derecho del escritorio y puso sobre las manos de la tía el documento secreto que Cole le había dado.

El Vesta abandonó la bahía de San Francisco bajo la luna llena. A medida que la embarcación tomaba distancia del puerto, el cielo parecía hacerse más oscuro. Mostraba algunas constelaciones. Walker, desde cubierta, concentró sus pensamientos en el surco sobre el agua. Pasado y futuro dibujado sobre el tapiz del mar. Desde la popa veía una esperanza, un sueño, una ilusión, pero su mente parecía escindida, como si navegara también hacia el olvido. Timoneaba entre recuerdos. Los primeros treinta años quedaban atrás. Veía las dos estelas de agua unidas en su origen, pero separadas por la embarcación. La de la izquierda se difuminaba en su cabeza evitando pensar en el tiempo transcurrido; la de la derecha, la del futuro, huía de la otra huella. La veía más clara sobre la superficie, quizá por el viento que soplaba de norte a sur sobre las dos velas del bergantín camino a Nicaragua. Parecía anunciar una tormenta mientras la estela escribía su historia sobre el mar. Sentía sueños iluminados

por la Divina Providencia y proyectados por la luz de la deidad que le daba el nombre al barco. Alejandro ya había fundado Alejandría y llegado a la India, pensó. Aún me quedan tres años. Levantó la vista hasta la constelación de Orión. El cazador caía sobre el horizonte como un gigante cansado de deambular por el cielo, de huir de la furia de Artemisa. Zeus lo protegió, dijo, y ahora ocupa su lugar en el firmamento. Está dispuesto a una nueva cacería y sin riesgos de otra picada del Escorpión. El universo y su dueño me han trazado metas supremas. A mitad de camino, la reflexión se iluminó con un relámpago. El estruendo del trueno anunció la tormenta sobre el Golfo de México.

—Ven hija, tienes que descansar.

—¿Padre, y si pasamos por Nicaragua? —preguntó Catherine.

Vanderbilt pensó en la cantidad de días que se alteraría el viaje, pero no era un precio alto frente a la satisfacción que tendría su hija. Vio la escala como un bálsamo mientras Grecia había perdido sentido para ella.

—Además, es posible que la compañía esté en peligro —agregó.

Ella siguió viendo el cielo, como buscando más estrellas fugaces.

—No es mala idea, hija.

Vanderbilt calculó los días que necesitaría para consolidar sus inversiones, advertir a Garrison y supervisar el tránsito entre el Atlántico y el Pacífico. Miró a su hija. Insistió:

—Ven a descansar.

—En un rato más.

Él bajó al camarote.

Cuando su padre se marchó, sacó del bolsillo la cadena de oro y la medalla que Walker le había enviado. Las arrojó sobre la estela de agua. Luego rompió la carta en mil

pedazos. Los Imaginó como pétalos marchitos de girasol. Los lanzó al mar para que algún dragón se alimentara con las mentiras de Walker y las convirtiera en lenguas de fuego.

—¡Treinta grados a babor! —ordenó el capitán del barco al ver que las olas cambiaban de dirección—. Y cuidado nos acercamos demasiado a la costa.

La voz se ahogó en otra embestida del mar. Lipscomb, justo cuando ya se había agarrado de una de las amarras, terminó sacudido de nuevo contra el piso. Prefirió gatear hasta el segundo mástil y amarrarse antes de seguir revolcándose en cubierta. La cortina de agua impedía que Walker en la proa se percatara de su estado. El que beba en mi ejército lo tiro por la borda, había dicho. Y varios de los guerreros que lo acompañaron en Sonora sabían que no le temblaba la mano.

—¡Arrecifes a babor! —advirtió el vigía amarrado desde las rodillas hasta el pecho en el castillo del mástil principal.

—¡Treinta grados a estribor! —respondió el capitán retomando el rumbo del barco.

La nave protestó con un alarido nacido de la quilla. El clamor se deslizó entre las grietas de cubierta y se ahogó en el siguiente chaparrón que bañó de nuevo a los pocos marinos y guerreros que quedaban en pie. Las olas, una tras otra, se perseguían. Walker cerró los ojos. Medía la frecuencia, uno, dos, tres... diez y ocho, diez y nueve, veinte, y el tablero de su mente se borraba en espera de la siguiente arremetida.

La tía Janet leía con atención el acuerdo político firmado por el Presidente Francisco Castellón. El documento los autorizaba a llegar a Nicaragua con una falange democrática armada de doscientos hombres. El objetivo: defender los valores liberales del Gobierno provisional de León.

—¿Tenemos ciento cincuenta fusiles de bayoneta?

—Y cincuenta rifles —agregó Walker.

El acuerdo, además, confirmaba que cualquier falangista, por el solo hecho de tomar armas al servicio del Estado, se consideraría como ciudadano nicaragüense y gozaría de los mismos derechos y garantías que cualquier de los nacidos en el país. No suena mal, pensó la tía, pero mantuvo la calma.

—Es mucha responsabilidad. ¿Qué más tienes para pelear?

—Ven tía —dijo Walker, y la llevó hasta una de las bodegas custodiada por dos militantes—. Con eso —señaló un mortero y trescientas bombas.

La tía Janet entró al arsenal. Observó con detenimiento la calidad del armamento. La única vez que había visto algo parecido había sido en Nashville, cuando James, el padre de Billy, hecho a los indios Creek de su territorio y se apoderó de las setecientas cincuenta y dos acres donde edificó su imperio.

—Esto va en la sangre de la familia —dijo—. Ya veo donde están las acciones de la *Nicaragua Colonization Company* y el dinero de los ciudadanos que cayeron en bancarrota.

—Capitán... —dijo Walker—. ¿Cuántas olas más cree que aguantará la nave?

No respondió. Lo miró con cara de que flotaban de milagro, como si desde hacía rato nadaran entre los escombros agarrados de cualquier tabla a merced de los tiburones. Walker pensaba lo mismo. Al *Vesta* parecía no quedarle ninguna iluminación ni luz interior. Varios tablones comenzaron a saltar, los lastres a caer hasta que el capitán vislumbró una ventana de cielo, un pedazo de claridad. Veía un roto en las velas del señor donde parecía no existir tormenta. Tomó la decisión de alejarse de la costa aprovechando un chorro de viento en medio del Golfo de Tehuantepec.

—¡Quince grados a estribor! —Gritó con los restos de aire que le quedaban apostándole a los vientos de la esperanza—. ¡Y enverguen la vela mayor!

La tía Janet siguió con la lectura del documento. Cuando llegó al aparte en que Castellón confiaba que sus socios del Norte reclutarían hombres sin tacha, sin ninguna nota de infamia, hombres de buena familia, de buena conducta e industriosos, montó en cólera.

—¿Y este Castellón qué se está creyendo? —preguntó—, cree que venimos de los mismos ladrones y curas que los engendraron a ellos. —¿Cómo permites esto?

—Tranquilidad tía, todo a su debido tiempo.

—¿Pero qué pensará que somos? ¿Gallos de pelea? Cree que nacimos en cualquier fonda mexicana.

—Por ahora vamos bien, tía. Este acuerdo de colonización nos salva de cualquier posible violación de neutralidad. Haremos lo que queramos disfrazados de norteamericanos dispuestos a sembrar café y cosechar bananos, pero llegamos armados hasta los dientes. Levantaremos nuestros propios campamentos militares en la capital y en las fronteras. Haremos creer que nos mandan, pero somos nosotros los que tendremos el control. Siempre ha sido así y así será.

—Esa gente no sabe qué hacer con sus tierras —dijo la tía— ni con su libertad. Tienes razón sobrino, que se sigan pelando entre ellos. Eso facilita nuestra victoria y el apoderarnos del canal, sea en Nicaragua o en Panamá.

Vanderbilt vio entrar a Catherine hasta el camarote. La buscó para despedirse con un beso de buenas noches en la frente, como una bendición, un llamado a tener felices sueños. Luego se dirigió al despacho y organizó los papeles, documentos e instrucciones para sus administradores en San Juan del Norte. A lo máximo nos quedaremos dos días, pensó, mientras abría el baúl con las morrocotas de oro necesarias para proteger sus intereses y pagar la defensa de la *Accessory Transit Company*.

Ante la orden de envergar la vela mayor en plena tormenta, los marinos se miraron sorprendidos. El hombre amarrado al palo mayor con cabeza de vigilante se persignó en la torre y el *Vesta* gruñó, como si todas sus costillas se fueran a separar. Comenzaron a izar la vela.

—Esto es por culpa de la bruja —se quejó uno de los marinos.

—Que no te oiga el general —advirtió el ayudante.

—Me da igual, de todas formas nos hundiremos —respondió—. ¿A quién se le ocurre izar las velas en medio de la tormenta? Es por culpa de la bruja —repitió.

Las olas parecían serruchar el barco. El vigía se preguntaba en qué momento el viento y la presión del agua sobre la vela mandarían el mástil con él amarrado a los infiernos marinos. Veintiuno, veintitrés, veinticuatro, contó Walker. Con el siguiente enviste llegó hasta veintiocho, luego a treinta y uno, como, los años que cumplía. El capitán había encontrado la escapatoria a la tormenta en dirección a la ventana gris en medio de la oscuridad que vislumbró en alta mar.

—Sobrino, cuenta conmigo. Estaré a tu lado hasta el final —dijo la tía. Se acercó a él. Lo abrazó. Quiso besarle, pero sólo acuñó su calor en él, lo suficiente para que sintiera sus pechos. Lo hizo más por sentirse bien, necesaria. Una muestra de su capital aún vigente, un roce para alimentar su ego de mujer deseada. Se retiró rozándole la comisura de los labios.

—Pero hijo, no dejes de escribirle. Que el odio no se convierta en ira.

Treinta y tres, otro enviste de las olas. Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y... Walker pegó un alarido nunca visto en su voz, ni siquiera el *Vesta* en la tempestad había gritado así. El general tenía los ojos grises desorbitados, el pié izquierdo entre sus manos y de su voz sólo

se escuchaba los lamentos de animal herido. El pasamanos del puente se le había enterrado en el dedo gordo del pie. Se revolcaba en medio de los restos de tormenta, buscaba entre cada baño de ola guardar la compostura, ocultar el dolor, sacrificar el gesto. El golpe produjo en Walker un resplandor, un meteorito que dejó sus reflexiones suspendidas en el tiempo. La estrella errática produjo vapor, un geiser. El océano se abrió en dos dejando entrever un istmo de tierra, un camino sólido sobre el cual estaba escrita la ruta a seguir. En el fondo, alcanzó a escuchar el grito del capitán. ¡Estamos salvados, estamos salvados! Y observó al vigía crucificado al mástil, lo vio iluminado por un rayo de luz que nacía de la ventana de cielo en la que no había tormenta.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó desde la cruz.

—Llegamos a Nicaragua —dijo Walker.

UN YUNQUE, IMPULSADO CON LA FUERZA DE UN rayo se estrelló sobre la superficie del escritorio. Sonó como un trueno. La madera crujió. El puño de Vanderbilt hizo que la tinta ocre salpicara el mapa de Centroamérica. Las manchas construyeron caminos impredecibles. La pluma, partida en dos, se clavó en el lago San Juan mientras Catherine volvió a encender la lámpara de petróleo. El asesor que le había entregado el reporte ayudaba a recoger los estragos en el piso del camarote.

—No descansaré hasta acabar con ese miserable. Lo juro —dijo, mientras releía el informe—. Lo llevaré a la quiebra. Lo haré mendigar. Escuchará mi nombre hasta en su pueblo natal —se paró del escritorio y caminó hacia el tragaluz—. ¡Deseará no habernos conocido! —sentenció, mientras observaba la costa.

Vanderbilt concentró la vista en la torre blanca de Tesalónica.

—¿Qué se está creyendo este pequeño Alejandro? —se preguntó.

Walker se paró en la punta del bongo. Sacó el catalejo. Lo estiró. El sol de las cuatro de la tarde hacia ver la superficie del antejo como una vara mágica. Parecía contener los logros del futuro. Desde la pequeña embarcación apuntaba el instrumento hacia la población de Realejo. No sólo captaba la luz, también las ondas que nacían de los golpes de tambor de los hombres en tierra. Cada redoble emitía esperanza en los habitantes. Trataba de verla, pero la lente sólo ampliaba la imagen de un grupo de soldados desarrapados con cara de incertidumbre. Limpió el cristal con la manga de su camisa y volvió a mirar al final del estero. Un pueblo lo esperaba con sus habitantes prestos a combatir. Las cuatro primeras filas de la tropa en tierra se veían ordenadas. Los guerreros estaban bien vestidos, con botas y sus armas listas al ataque. La quinta y sexta fila en formación comenzaba a mostrar visos de

abandono, varios sin uniforme y en sandalias. De la séptima hacia atrás, los reclutados se asemejaban más a un ejército de campesinos dispuestos a labrar el campo con rastrillos y azadones que a un grupo de héroes de la patria.

—Hay mucho por hacer —comentó Gumbo.

—¿A esto me has traído? —reclamó Walker a Cole.

Trataba de no preocuparse ante la imagen.

—¡Son expertos! —respondió—. Expertos sin uniforme —repitió—, y llevan en la sangre libertad, orden y coraje. Puedes contar con ellos como tú conmigo.

Se quedó pensando en la respuesta. En el nivel de confianza que se puede tener en la guerra. En aquella línea delgada más débil que el hilo de una telaraña y más frágil que un cristal de nieve. Se quedó pensando en el espacio donde los amigos se pierden. Esto ya lo viví, dijo en voz baja. Levantó de nuevo el catalejo. Quería comprobar si la lente no lo engañaba, si la visión era real. Escuchaba los tambores igual a una voz que bosteza. Quiso estar en su camarote para maldecir, gritar, golpear el escritorio, pero prefirió ocultar la ira. Tuvo que mantenerse recto, a pesar del rostro enrojecido que lo delataba frente a sus militantes seguros de la victoria.

Al alba, cuando la tropa estaba a las puertas de Granada, el pueblo parecía una colección de casas fantasmas. No se escuchaba ningún ruido, ni siquiera el rechinar de las ventanas que habían quedado abiertas la noche anterior. El pueblo sólo contaba con la protección de dos vigías. Fueron silenciados con rapidez, como una guillotina que cae sobre el cuello del reo. Estaban tan dormidos que no alcanzaron a sentir la hoja de la daga en el cuello. Un olor a pan fresco se filtro en el aire. Coincidió el aroma con el repicar de las campanas de la misa de seis. En medio de la música de carillón y sin un solo disparo, Walker entró victorioso a la plaza. La gente salió cuando escuchó el redoble y el sonido de los cascos

sobre el piso. Primero curiosidad, luego duda, al final agradecimiento. La población, acostumbrada a los desfiles de tropa y los enfrentamientos entre liberales y conservadores, prefirió lanzar alabanzas y vivas que extender el odio. La moral de la falange creció. Esto era lo que necesitábamos. Escuchaban el aumento de elogios en la misma medida en que el sol se levantaba sobre el horizonte. Ya sabían que veníamos. Nos querían ver. Mira la gente cómo nos ovaciona. Dicen que vamos a restablecer el orden, comentó Gumbo. Bien. De eso se trata, dijo Walker.

Vanderbilt volvió a su escritorio y retomó la lectura del informe. Cada frase alimentaba su cólera. No sólo se tomó las poblaciones de la Virgen y Granada. Logró un tratado de paz y ahora es el Comandante en Jefe del Ejército. Le da órdenes al Presidente y hay gente que pide a gritos que él sea el que mande. Catherine se le acercó. Se instaló a su lado y miró el texto.

—Como lo habías sospechado —dijo—. Walker tomó el control del río San Juan y se apoderó de tus barcos.

—Es un mal nacido.

Está comprando esclavos. En Nueva Orleans y San Francisco le ayudan amigos políticos. Crearon la *Asociación de Colonización Centroamericana* para el comercio de negros. En Cartagena, Portobelo y Veracruz cuenta con el apoyo de un cura nicaragüense que compra los esclavos.

Dejó por un momento la nota. Acarició el brazo de su hija. Se paró de nuevo. Sobre una de las paredes observaba los restos del mapa centroamericano. Vio la ruta de navegación por el norte de la Nueva Granada.

Se escucharon los tres cañonazos de saludo en la pequeña plaza de Realejo vestida de bienvenida. Los soldados nicaragüenses de las primeras filas tenían fusiles esgrimidos con orgullo y las bayonetas listas y afiladas. Brillaban casi como el catalejo. Walker vio sobre el hombro derecho una cinta colorada con las siglas del Ejército Democrático. Los del final del pelotón, a pesar de sus rastrillos y azadones, también portaban la misma señal. Uno de los soldados parecía comandar el grupo. Dio un paso adelante y saludó:

—Buenos días general —dijo, con la acostumbrada venia militar—. Soy el coronel Ramírez, responsable del Ejército Democrático. Mis hombres y el Presidente Castellón le dan la bienvenida.

Respondió al saludo, ordenó cambiar los fusiles de hombro y gritar la consigna en inglés, *five or none* que los pobladores no entendieron, pero escucharon igual a la voz de un ángel que desciende con la diadema de la tutela.

—Lo estábamos esperando —acotó Ramírez. Luego señaló el cuartel, las carpas donde pernoctarían y la casa de Walker al lado de la iglesia.

—¿Y el Presidente Castellón?

—Lo espera en León —dijo—. Mañana temprano salimos.

—¡Mira! La gente se rinde ante nosotros, nos ven como la salvación —dijo Gumbo.

—¡Saluden! —ordenó a la tropa—. ¡Saluden y sonrían!

Los vivos crecieron. La gente se aglomeró en la plaza central de Granada para ver de cerca a la falange americana y al general de los ojos grises.

—Deberías bajar de tu caballo —aconsejó la tía Janet— y saludar. Aumentará tu buena imagen.

—¡No! Aún no es el momento.

—La gente quiere tocarte —insistió la tía.

—¡Todavía no! Cada cosa a su momento.

Y mientras seguían la marcha triunfal llamó a Tucker. ¡Escribe! Esto debe quedar perpetuado en la historia de Nueva América: Al pasar los americanos por las calles..., las mujeres, luciendo sus mejores prendas y armadas de sus más seductoras sonrisas, se asomaban a las puertas y ventanas...

—Tus hombres tendrán esta noche su festín —comento la tía Janet—. Son mujeres ansiosas. Mira sus ojos. No sólo tienen el brillo de la esperanza, también hay soledad. Te aseguro que la mayoría son viudas jóvenes.

Y continuó Walker: ...saludando con mucha gracia natural a los extranjeros que venían a buscar entre ellas un hogar y a compartir la suerte que estaban corriendo sus maridos y sus novios, sus padres y sus hermanos.

Terminó de dictar mientras seguía con la mano levantada y firme en señal de saludo. La gente lo ovacionaba. Los rostros, sumaban ilusión, deseo, ansias. Los ojos bien abiertos se clavaban en las caras blancas de los falangistas.

—Sobrino, es hora de que te bajes de tu caballo y saludes a la gente. Tienes que tener contacto con el pueblo —reiteró la tía.

—¿Cómo es posible que tenga dinero para comprar negros? —preguntó Vanderbilt—. Se supone que ni siquiera pudo contratar los doscientos hombres que quería para irse a Nicaragua.

—Le están llegando adeptos a la causa esclavista desde California, Texas y Louisiana. La gente se está enrolando por cien dólares al mes y quinientas acres de tierra —respondió el asesor—. Y lo más preocupante: tiene los veinte mil dólares en oro que usted le dejó a Garrison. Se los entregó en calidad de préstamo para apoyar el nuevo gobierno. Dicen que intenta asegurar la concesión naviera y Walker está dispuesto a otorgársela.

—¡Maldito Garrison! No le sirvieron de nada mis advertencias —reclamó Vanderbilt—. ¿Qué tiene ese maldito enano que convence a todos?

—La mentira, padre. La mentira y sus ojos de iluminado —respondió Catherine.

Cuando la falange americana llegó al Palacio provisional de León, Walker trató de controlar la impaciencia. Esperó que apareciera Castellón.

—Buenas tardes Presidente —dijo Walker con respeto—. Tenía deseos de conocer al visionario, al héroe de Nueva Nicaragua, al comprometido de causas mayores —enfaticó.

Cole, incomodo, tuvo que intervenir.

—¡General! Le presentó al general Muñoz, el hombre fuerte y mano derecha del Presidente —dijo—. Y mientras Walker terminaba de hablar con el individuo de la puerta que gozaba de un aire superior a los otros, Cole le guiñó el ojo. Luego señaló con la mirada hacía la izquierda al sujeto pequeño. Estaba sumergido en un sillón de roble y oculto detrás de un enorme escritorio negro con labrados de hojas.

—¡Presidente! Presidente, que gusto conocerlo —y le apretó la mano con fuerza, mientras el mandatario intentaba salir a flote de los brazos de la poltrona.

A medida que Castellón explicaba sus proyectos, el compromiso del acuerdo firmado con Cole y los recursos con los que contaba, Walker se preguntaba dónde estaba el poder y la fuerza del Presidente.

—¿Y cuánto dinero hay en Rivas? —intervino la tía Janet—Necesitamos más recursos para lograr el control de su país.

La miró con enfado, como intentando callarla en medio de un diálogo de hombres. La tía no le hizo caso.

—Si conquistamos Rivas, Granada caerá —agregó.

—No sé, imagino que el suficiente —respondió el Presidente provisional.

Walker miró a su comitiva con el gesto de que acá no hay nada más que hacer.

—Volveremos a Realejo a esperar el resto de soldados que nos enviarán —dijo, mirando a Muñoz— y también los decretos y nombramientos de mi tropa. —Se despidió decidido a salir lo más pronto posible del salón. Luego llamó a Tucker:

—A partir de hoy serás mi Quinto Curcio, mi Arriano, mi Pseudo Calístenes, serás mi memoria y mi recuerdo, mi pasado y tu futuro, serás el amanuense privilegiado que hará perdurar nuestra conquista y expansión. Y así como hubo una Nueva Inglaterra, habrá una Nueva América y comenzó a dictar: No fueron necesarios muchos minutos para ver que aquel hombre no era el llamado a dirigir un movimiento revolucionario o hacerlo triunfar. Había indecisión, no sólo en sus palabras y facciones, sino también en su manera de andar y en los movimientos generales del cuerpo.

—¡Que desastre —dijo—. ¿Por qué no habrán llegado primero los ingleses a estas tierras?

Lo vio encaramándose a su sillón. Intentaba dominar las alturas y la extensión de la mesa. Para un país tan pequeño, este es un hombre insignificante, dijo.

—Parecen ángeles —comentó alguien.

—Están hechizados —observó Cole.

Al escuchar el hechizados Walker descendió para saludar a quienes lo ovacionaban. Se acercó a una niña.

—Por fin —exclamó la tía Janet.

—Me besó mamá, me besó —dijo la niña.

Parecía no inmutarse, pero tenía la mirada de la victoria. Trazaba decretos, veía el futuro, la realidad de un sueño. Cada vez me acerco más, cada vez estoy donde debo estar.

Gracias Dios mío porque has puesto sobre mí el camino y la luz, dijo. Le dio la mano a una mujer de falda larga y moño en forma de torre sobre el pelo.

—¡Qué hombre tan delicado!

—¿Cómo te llamas? —preguntaba.

Y el pueblo le respondía con nombres incomprensibles para él. No lo perdían de vista mientras continuaba dando la mano a diestra y sinistra. A la gente le brillaban los ojos con sólo verlo. Soñaban con el saludo.

—¡Que me toque a mí! Que me toque a mí —decían.

Besó a otra niña. Trataba de dialogar cualquier cosa en español.

Sus pensamientos aterrizaron cuando vio acercarse a su heraldo. Cabalgaba desafortunadamente. Venía directo hacia él. ¿Y ahora qué?

—¡General! ¡General! —gritaba.

La estela de polvo recordaba la cola de un cometa con aura de mal augurio.

—¡General! ¡General! —repitió—. El Presidente Castellón ha muerto.

—¿Y el Departamento de Estado qué dice? —preguntó Vanderbilt, después de leer el informe completo.

El pueblo lo alababa, lo aplaudía. Sentía al vulgo con él. ¡Walker! ¡Walker! ¡Walker! Y él, con traje de emperador, sólo decía: ¡Soy el que soy!

—¿Sabes qué distingue al prudente del ignorante? —preguntó a Lipscomb.

—No —respondió desconcertado su hermano.

—Derrotar al enemigo sin necesidad de luchar.

—¡Pero habrán combates! —comentó.

—Estamos en una tierra dividida por los políticos y el clero. Divide y reinaras. Siempre es más fácil ganar en una patria boba —sostuvo.

—¿Y si hay bajas de nuestro lado?

—Son el precio de la guerra; los declaramos héroes y con sus nombres bautizamos calles.

—¿Y los muertos nicaragienses?

—¿Acaso importan? Que vayan en primera fila. Es problema de ellos. Necesitamos restablecer la esclavitud, no llenar el país de cuarterones y zambos que no trabajan. El ocio es la madre de todos los vicios y embriaga las ideas. Confunde como están confundidos los yanquis importando pensamientos foráneos. Por mí, todos esos híbridos pueden desaparecer. No los necesito. Lo que quiero es trabajar la tierra, encontrar hierro, acero, madera, producir, exportar. Hacer de estas tierras Estados ricos y productivos.

—¡El Presidente Castellón ha muerto! —repitió el heraldo.

La imagen del pueblo fantasma volvió a tomarse Granada. El silencio apaciguó cualquier celebración. Walker sintió que nadie respiraba. Su mente se perdió por un minuto hasta sentir la duda. ¿Y ahora quién será el sucesor? No será nadie. Algún senador todavía más insignificante que Castellón.

—¡Que digan una misa!

—Están confundidos —respondió el asesor de Vanderbilt—. El Secretario Wheeler reconoció oficialmente el gobierno de Walker-Rivas, pero en Washington tienen dudas y reportes de fusilamientos. Hay senadores que apoyan a Walker, pero otros no han olvidado la estafa.

—¿Cuál estafa? —preguntó Vanderbilt.

—Para invadir Sonora y Baja California, compró provisiones al ejército con cheques sin fondos. Hubo proveedores en Washington que tenían inversiones en el destacamento de San Francisco y perdieron en el negocio.

—¡Ubíquenlos!

Caminó desde la casa de gobierno en Granada hasta la iglesia. Un duelo de campanas anunciaba el oficio en honor del Presidente. El perro de la guarnición atravesó raudo la plaza principal con un hueso de marrano en el hocico. Walker volvía a enrojecer ante la imagen de sus falangistas y nativos saqueando casas y almacenes. Disparó un pistoletazo al aire. El perro se detuvo en una esquina. Desvió los pasos hacia uno de los usurpadores, sacó su espada de plata, la abanicó en el aire y colocó la punta en el corazón de uno de los ladrones. Amenazó con enterrarla, pero sólo espero que una gota de sangre asomara sobre la camisa.

—Regresen todo. Que no falte nada —dijo— y cuando salga de misa los quiero dentro de la cárcel. El que falte lo buscaré para colgarlo.

—¡Por fin alguien con pantalones!

El perro dejó el hueso y regresó a la guarnición.

La gente vio la espada de la justicia. La luz de un nuevo país. Cuando Walker entró a la misa. Ya a nadie le importaba la muerte de Castellón.

—¡Él debería ser el Presidente!

El eco del pueblo parecía haber sido captado por el cura de Granada cuyo sermón ungió de palabras a Walker.

—Padre, este es el hombre que necesita —había dicho la tía Janet—. Es su salvador.

Las palabras del Padre bailaban en la conciencia de los feligreses.

—¿Quién es el cura? —preguntó Walker.

—El padre José Agustín Vijil —respondió la tía Janet.

—Tiene oratoria. Convince.

El rostro de Vanderbilt comenzó a recobrar la calma. Sus largas patillas, que parecían querer hablar, dejaron de temblar y los ojos se concentraron en el mapa. La mancha de tinta se había secado a la altura de Panamá.

—¿Cómo van las acciones del ferrocarril?

—Mejor que en Nicaragua, por supuesto —respondió su asesor.

Por fin ha llegado la salvación a nuestras tierras y así como el pueblo de Israel necesitó su guía, el de Nicaragua tiene hoy un hombre ilustrado e inteligente, dijo el padre Vijil. Tenemos al visionario proveniente del mundo civilizado, un hombre que esgrime la espada de la justicia. Hijos míos, agregó el cura, estamos ante el enviado de la santísima Providencia cuya misión es reconciliar a la familia nicaragüense víctima de su propio egoísmo y vandalismo. El Presidente Castellón no nos ha abandonado, ha abierto el camino para una Nueva Nicaragua.

—Qué bien habla este hombre. Dale un cargo público —comentó la tía Janet.

Sí, queridos feligreses. El general Walker es el hombre llamado a pacificar el país, a lograr la prosperidad, es el hombre que hará realidad el sueño del Canal de Nicaragua. Sí, mis fieles, Estados Unidos unirá los dos océanos y sus naves son las llamadas a esgrimir el pabellón del mundo civilizado.

—¿Padre, a cuantos estamos de Nueva York? —preguntó Catherine.

—Dependiendo del clima, unos treinta días.

—¡Regresemos, padre! Podemos buscar a los proveedores estafados en Washington y hacer una alianza contra él.

Sí, hijos míos, el general Walker es el hombre que lleva en su sangre nobles aspiraciones. Viene de tierras lejanas navegando mares inhóspitos para lograr nuestra salvación. Es un ángel que en sus ojos se ve el brillo de la verdad y la luz de nuestro futuro. Walker ya no cabía en sí mismo. Parecía dispuesto a beber el vino y devorar todo el pan que reposaba sobre el altar.

—Escribe Tucker: La labor del padre Vijil a favor de la paz no se limitó al púlpito; fue un ardiente colaborador de Walker en la tarea de celebrar entre partidos un convenio capaz de poner término a la guerra civil.

¡Hijos míos! Es el ángel tutelar de la paz de Nicaragua, el iris de la concordia. Lo veo en sus ojos, el iris de nuestra salvación, la estrella del Norte, nuestro norte, la ruta a seguir, el camino. Castellón ha muerto, pero tenemos el relevo. Tenemos frente a nosotros el poder y la gloria, la paz y la prosperidad. ¡Amén!

—¡Amén! —repitió Walker.

Vanderbilt se volvió a parar del escritorio. Abrazó a Catherine y subieron a cubierta. Observó como los rayos de sol pegaban sobre la torre de la ciudad ligeramente oculta por los árboles. Luego miró hacia el puerto de mando.

—¡Capitán! —ordenó—. Tiene veinte días para llegar a Nueva York

EL IMPERIO ES COMO LA ESCARLATINA Y EL CÓLERA, como el oro y el poder. Al principio silencioso. Se disfraza bajo el manto de la bondad. Su voz es pura. Ilusiona, deslumbra. Se ampara en la Providencia y se transforma en manifiesto. Encanta. Muestra su exuberancia. El débil pierde la mente ante el poderoso. El juicio se vende, se diluye. Escucha música, la lira del bien. En la conquista, el poderoso se hace ruin. El soberano se vuelve soberbia; la mezquindad, ira. Arrastra al noble. Lo sacrifica. Huesos. Esparce las cenizas en el éter del descontento. El aquilón deja su rastro de dolor.

Cuando el Padre Vijil desembarcó de Cartagena con ciento cincuenta negros comprados a ochocientos dólares cada uno y quinientos por cada mujer, la plaza central de Granada estaba en convulsión total.

—Walker va a fusilar a Corral y a Hernández por traición, es la segunda ejecución en la semana —respondió un parroquiano—. Y hace dos días fusiló a un gringo. Le dispara a su propia gente —enfaticó.

Vijil, sintió la noticia como si las campanas de la iglesia retumbaran dentro de su cerebro, como si doblaran de tristeza en su mente. Al ver la algarabía en la plaza cambió de rumbo. Mientras se dirigía a la Casa de Gobierno la madre de Corral lo interceptó.

—¡Padre! Dígale que lo perdone. A nosotros no nos escucha —suplicó—. Dice que los traidores deben morir. Acusa a mi Ponciano de traición.

—¡Señora! Walker es un buen hombre. Lo sé. Tendrá clemencia.

—Presidente, manda a decir Walker que firme ya los decretos. Que necesita más americanos en sus filas. Son los documentos que respaldan el acuerdo con el difunto Castellón —agregó.

El asesor presidencial de Patricio Rivas le alcanzó el cartapacio con los documentos. Los leyó con detenimiento. El primero autorizaba el ingreso de mil norteamericanos más para contribuir a la paz nicaragüense.

—¿Pero por qué tantos? ¿No le basta con los que vienen de Nueva Orleans?

—Quiere aprovechar también los amigos, el oro y la ruta de San Francisco.

Leyó el segundo decreto con más atención. Al firmarlo otorgaba a cualquier inmigrante doscientas cincuenta acres de tierra y la propiedad sobre las mismas después de seis meses de trabajarla.

—Dice que con ese decreto Nicaragua será el país más rico de la región.

—Mientras ayude a consolidar nuestras posiciones y disminuir el descontento del pueblo —dijo Rivas, y firmó.

—Hijo, llegó Garrison —dijo la tía Janet—. Estuvimos hablando. Sabe cómo puedes apoderarte de la *Accessory Transit Company*. Vanderbilt ha enviado al Castillo un ejército de extranjeros armados y dejó veinte mil dólares en oro para proteger la compañía.

—¡Que entre!

Garrison explicó el plan. Le hizo un inventario de los barcos de Vanderbilt que hacían la ruta por el Atlántico desde Nueva York hasta San Juan del Norte y los que hacían la ruta San Juan del Sur - San Francisco.

—El oro llega por San Francisco, los pertrechos por Nueva York —dijo Garrison.

Luego explicó como habían desplegado a los militares que había enviado El Comodoro.

—La mayoría son polacos, alemanes, italianos y franceses.

Walker miró incrédulo. No entendía por qué europeos. Cómo se iban a entender con el gobierno conservador y con qué los pagarían.

—Con esto —dijo Garrison—. Hizo entrar a dos ayudantes con el baúl de morrocotas que había dejado Vanderbilt camino a Grecia.

El padre Vijil entró al despacho, Walker se afeitaba. Lo vio obnubilado frente al espejo. Movía la navaja de arriba abajo con firmeza. No había un solo trazo de duda o error. Bien, vamos bien, decía, hasta que vio en el reflejo a Vijil.

—Es para salir a la plaza, padre. Que me vean como un hombre íntegro.

—La gente está descontenta —dijo.

—Padre, usted más que yo sabe que hay que hacerse respetar. Ya lo he dicho antes: se quiere lo que se respeta y se respeta lo que se conoce. ¡Que me conozcan padre!

—Con todo respeto, General. Son padres de familia, tienen hijos. Ilusiones. Creen en usted como todo el pueblo.

Walker comenzó a molestarse. Terminó con mayor rapidez el trazo de las patillas y dejó la navaja sobre la repisa del espejo.

—Son traidores.

—Son rumores

—Los traidores deben morir.

—Usted fue abogado. Son inocentes mientras se demuestre lo contrario.

—¡Padre! Usted me escogió a mí. Cree en mi criterio como Dios en el suyo. ¡Padre!: tiene que tener fe —dijo Walker. Le alcanzó una carta.

Vijil comenzó a leer. Mientras recorría el papel firmado por Corral trataba de pensar cómo lograr el perdón. En cada línea se daba cuenta que la muerte era segura. Nicaragua está

perdida, decía la posdata. Honduras, Guatemala y San Salvador corren igual peligro si dejan que avance su poder acá. Consiga refuerzos. La nota iba destinada al presidente Guardiola en Tegucigalpa, pero fue interceptada por los hombres de Walker.

—Tengo fe en usted, general, en su perdón —Concluyó Vijil, y se fue del despacho conteniendo la furia.

A la salida tropezó con Lipscomb. Miró hacia el piso, no por humildad, sino porque no quería que le viera el enojo. Le entregó los títulos de los esclavos con el manojito de llaves de las cadenas y los grillos.

—¡Trate de convencerlo! Que no los fusile —dijo—. Es su hermano.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó el presidente Rivas, cuando vio entrar a su asesor sin tocar a la puerta del cuarto.

—¡Señor! ¡Perdón! Pero, el presidente Mora nos ha declarado la guerra.

Rivas se reincorporó de la cama de un solo salto.

—¿?...

—Dicen que en defensa propia.

—Pero no hemos hecho nada.

—Usted no, pero Walker sí.

El asesor le explicó que Walker ordenó a Byron Cole que reuniera a sus cincuenta y ocho falangistas y los mandó a la frontera con los soldados nicaragüenses. En total seis escuadras de cuarenta hombres cada una. Los armó de cañones, pólvora y fusiles suficientes para cubrir la frontera con Costa Rica en tres frentes. Dos por tierra y uno atravesando el lago Nicaragua hasta el río. La primera escuadra ya está en Castillo de la Concepción.

—Pero... aquí el que da las órdenes soy yo —gritó.

—Pues dijo que no era necesario. Que él era el Comandante en Jefe del Ejército.

—¿Pero qué se está creyendo? Fusila al que se la da la gana y ahora quiere llevar el terror a las fronteras.

El asesor le alcanzó el decreto de Walker. Rivas leyó: por cuanto el supremo gobierno provisorio de la República de Nicaragua ha declarado oficialmente la guerra al Estado de Costa Rica, el ejército deberá desplazarse de inmediato a la frontera y estar listo para entrar en combate.

—Dice que tiene todo bajo control, que sus hombres saldrán victoriosos. Tiene el apoyo de la Casa Blanca y de militantes en todo el sur de los Estados Unidos. Ya saben de las victorias de La Virgen y Granada. Es un héroe allá.

El Presidente Rivas comenzó a dar vueltas en su dormitorio. Se puso una bata y salió hacia el despacho. Llamen a los ministros.

El asesor presidencial y sus dos ayudantes se miraron entre sí. No sabía que responder.

—Señor... ¿Qué ministros?

—Esto no ha debido pasar, hijo. Has debido presionar más al Presidente para fortalecer los frentes en Santa Rosa y Sardinal. Esas victorias costarricenses están pesando mucho sobre la tropa.

La tía Janet intentaba hacer recapacitar a Walker sobre las propuestas estratégicas de Lipscomb. Proyectaba el error en el Presidente a sabiendas de que su sobrino entraría en cólera si llegaba a sentirse atacado.

—Billy, ahora sólo nos queda defender la frontera en Rivas. Los nicaragüenses rechazaron nuestro ataque. Son muchas las bajas.

—Que Cole eche los cadáveres a los pozos —dijo Dobs.

—¿Qué? Desatarás una epidemia —reclamó la tía.

—Por eso —confirmó Walker—. Ya es hora de que el cólera sea mi aliada.

—Al Presidente Rivas no le va a gustar —dijo Janet, como buscando una dosis de recapacitación.

—¡Aquí mando yo! Rivas es un pelele.

La tía observaba. Quería descifrar lo que pasaba por la mente de su sobrino, pero lo veía cada vez más lejano.

—En todo caso Rivas protesta cada vez más —acotó Lipscomb.

—Ya es hora de salir de él. ¡Gumbo! Convoca elecciones. Que la gente vote donde estén nuestros hombres —ordenó.

—Sobrino. No olvides controlar a los ingleses. Apoyan la frontera hondureña.

—Tía. Sé lo que hago. ¡Vámonos para León! —ordenó.

—¡Cuida tu espalda!

—Los ingleses no me preocupan. Son la madre patria.

—Sobrino... ¡Hay madres que venden a su hijos!

—No a mí.

—Se interesan en ese canal tanto como Vanderbilt o como tú. No descuides el entorno —repitió la tía Janet.

Salió molesta. Con ganas de no verlo, al menos esa tarde.

—Trata de que recapacite —dijo a Lipscomb—. Tiene que cubrir todos los frentes.

—Lo sé tía, lo sé —respondió el hermano. Tenía un mapa de Nicaragua con las recomendaciones militares para cubrir las fronteras norte y sur.

Walker escuchó una parte de las sugerencias de Lipscomb, pero aclaró que no podía hacerle caso. Que si no fusilaba a alguien daría señales de debilidad y en estos momentos es un lujo que no se podía dar. Aceptó perdonarle la vida a uno de los traidores.

—El otro debe morir —dijo.

—¿Pero... y a quién fusilamos? —preguntó Lipscomb.

—Al más feo.

No se atrevió a preguntar cuál de los dos era. Salió de la casa de gobierno hasta la plaza central. Espero que fuera el mediodía. En los diez minutos que faltaban para que sonaran las campanas detallaba el rostro de Corral y el de Hernández. El primero tenía una cicatriz en el rostro que atravesaba la mejilla izquierda, el color de su piel era más criollo y tenía ropa de campesino. Corral se había disfrazado para escapar de Walker hasta que los hombres lo atraparon con la carta de traición. Hernández era de tez blanca, más alto, fornido y con uniforme militar. Lipscomb pidió liberar a Hernández. Luego explicó al pelotón que cuando fueran la doce dispararan.

—La gente se va a molestar —dijo uno de los soldados.

—El que quiera protestar, que hable con Walker. ¡Si puede! —dijo—. Yo me voy de aquí.

El Presidente, con los pocos ministros que no habían renunciado, bajó hasta la ciudad de Rivas. Querían supervisar la tropa y las bajas después de que los costarricenses rechazaran el ataque de Walker. Lo que vieron fue una imagen que nunca más quiso recordar, ni siquiera mientras huía. Los cuerpos de su tropa flotaban sobre el Lago de Nicaragua. Los hombres de Walker los recogían y amontonaban en carretas. Luego los arrojaban a los ríos que abastecían los pozos de agua de los soldados de Costa Rica. Todos usaban tapabocas para combatir la epidemia. El cólera había acabado con el frente enemigo.

—Presidente, Walker no sólo marcha triunfal hacia León. Convocó elecciones presidenciales. Todos lo quieren como su remplazo.

El Presidente Patricio Rivas, más por dolor de hombre que por debilidad en el poder, huyó hasta Chinandega. Nunca se pudo recuperar del escenario de muerte que vio sobre el Lago de Nicaragua.

Lipscomb se detuvo bajo el marco de la puerta del despacho presidencial con la noticia en la mano. Washington reconocía oficialmente el nuevo gobierno de Walker. Elogiaba la campaña de pacificación y la defensa de los intereses de la Unión en el país centroamericano. El texto de la Casa Blanca era escueto, pero suficiente para apoyarlos. Quiso entrar pero lo vio entretenido con un fusil. Lo movía de un lado a otro. Calculaba su peso con las dos manos y lo desarmaba. Observó cómo ajustaba el gatillo con cuidado para que quedara alineado y en contacto con el percutor. Luego encajó la culata con el puente. Revisó el seguro. Acopló la daga en la boca del fusil. Apuntó. Revisó la alineación entre las miras e hizo como si disparara. Volvió a desarmar la bayoneta. Separó las partes. Walker repitió la operación de juntar las piezas, pero en esta ocasión más rápido. Contaba en su mente el tiempo mientras conseguía la meta. Al final, desarmó nuevamente el arma y puso las piezas sobre el mapa de Nicaragua. Se quedó observando cada uno de los elementos. Miraba el tamaño, recalculaba el peso, el tiempo de fabricación, los costos. Lipscomb, al final, entró.

—¡Mira! Buenas noticias.

Walker leyó. Buscó entre líneas algún mensaje cifrado, alguna clave adicional, pero no. No había nada más. Reconocemos la nueva administración. Felicitamos a Walker y los americanos en el proceso de pacificación de Nicaragua. Dios salve América. Lo volvió a leer.

—No está mal —dijo—. Ya una vez nos quitaron el apoyo. Algo quieren.

Walker agradeció a Lipscomb el mensaje. Tomó el percutor y el seguro del fusil desarmado y salió de su despacho.

—Averigua si tenemos suficiente acero para fabricar estas piezas —ordenó a Dobs—, y cuánto costaría hacerlas en serie.

Luego llamó a Gumbo.

—Ven. Vamos a supervisar la construcción de las barracas.

El padre Vijil se había arrodillado a rezar en el oratorio ubicado entre los monumentos de San José y San Juan. Se concentró en el Cristo crucificado, en las heridas, en la sangre emanada de la mano derecha y la del costado. Oró ensimismado. Dios mío, siento que él es el que es, pero no dejes que me equivoque ni lo hagas víctima del calor del trópico. No dejes que este David se embriague en las uvas del poder. No dejes que tu elegido pierda el rumbo, es lo que menos necesitamos ahora. Por fin nos has enviado una luz. Yo la veo, la siento y estoy convencido que por fin tendremos futuro. Pero ilumíname a mí también. Pusiste tus palabras en mi boca, pero ya en el pasado me habías dado esta fuerza que luego perdí. No dejes que vuelva a suceder, no dejes que la necesidad sea madre de mis homilías, ni que vuelva a perder la fe para buscarla en los otros. No dejes que me vuelva a equivocar.

Al terminar de rezar, salió a la plaza. La gente lloraba. La madre de Corral, entre sollozos gritaba que Walker era el demonio en persona. Comenzó a recorrer de nuevo los pasos hacia la casa de Gobierno, pero cuando llegó a la puerta prefirió dar media vuelta. Regresaba cuando escuchó la voz del nuevo Presidente.

Walker salió del despacho presidencial acompañado de Dobs, Gumbo y Lipscomb. Caminaron cerca de una legua hasta que pasaron el río. Atravesaron una zona rodeada por doble cerca de bambú y protegida por hombres armados. En el interior de la zona rodeada estaban las tres barracas. Su construcción era tosca, con techos de paja y ventanas pequeñas para que ningún esclavo intentara escapar.

—¿Cuántos negros tenemos ya?

—Ciento treinta por barraca.

—¿Cuántos necesitas para fundir hierro y fabricar percutores?

—Entre veinte y treinta.

—¿Para las culatas?

—Quince que tumben árboles y treinta que los tallen.

—¡Perfecto! —exclamó Walker—, y para los gatillos y las otras piezas de hierro.

—Los que queden. Son piezas pequeñas con mucho trabajo —respondió Dobs.

—Bien. Divide los grupos y mándalos lejos. Que cada uno fabrique una pieza, pero que no entren en contacto ni sepan qué hacen los otros.

Observó que llegaban más contingentes de esclavos. Se acercó con Gumbo.

—¿Estos de dónde vienen?

—De Portobelo y Veracruz.

—Que los mezclen con los de Nueva Orleans —dijo—. Que no se entiendan. Y las mujeres a los cultivos y los hombres a fabricar armas. El que no trabaje, va directo a la penitenciaría.

—Y tú, Lipscomb, necesito que vayas a Nueva Orleans y Houston. Consigue más presupuesto para la fabricación de los cañones de fusil. Que monten la fábrica allá. Que terminen de ensamblar las piezas en los Estados del sur. Los abolicionistas no se atreverán a atacarnos si estamos preparados. Duplicaremos las armas —dijo.

—Tía, cada vez es más difícil hablar con él. Ya no escucha.

—Lo sé sobrino. Lo sé.

—Ahora quiere que vaya a Nueva Orleans y Houston. Quiere que supervise cómo van las fábricas de armas. Que revise los embarques de piezas que estamos enviando desde acá. ¡Tía! Soy un hombre de acción. No un capataz.

La tía Janet observó por el espejo. Walker miraba por entre la rendija de la puerta.

—No te preocupes hijo, todo saldrá bien —dijo, y se le acercó más.

Calculó el ángulo en que estaba Walker. Se volteó y le besó la comisura del labio. Lipscomb se sorprendió, pero la tía, después del beso lo abrazó fuerte, como si fuera un ataque de pasión.

—No te preocupes hijo, no te preocupes —repitió, mientras veía como Walker se retiraba furioso.

—Padre, padre. Lo necesito en Washington. Usted es ahora el Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de los Estados Unidos. Necesito que hable con el Presidente de nuestros logros —lo abrazó y le entregó aparcas de *La guerra de Nicaragua*, lo relacionado con la Nueva Nicaragua que le había dictado a Tucker.

—¡Tucker! Escribe:

No sólo consolidó su poder en Nueva Nicaragua y la estabilidad del régimen. También hace prosperar la industria militar de la Unión. La economía ha aumentado con la venta de armas. Los esclavos de Masaya, Granada y Corinto fabrican partes de fusiles y cañones que luego se envían para terminar de ensamblar en los Estados del Sur. No sólo consolida la industria sino previene cualquier ataque de los yanquis, aquellos burócratas de Washington que acusan de tirano y neo feudal al nuevo régimen de William Walker.

EL VIGÍA POR FIN ENCONTRÓ LAS VELAS DE EL ESMERALDA dentro del catalejo. Llevaba dos días oteando el horizonte en espera de la embarcación. Dejó la luna creciente colgada en el cielo del atardecer y corrió hasta el carruaje. Revisó la enjalma, arrió la bestia y se desbordó por la quinta avenida hasta llegar a casa de los Vanderbilt. La calma se convirtió en un hervidero de preparativos. Las instrucciones habían sido claras: apenas desembarque quiero estar en camino hacia Washington. Su hijo mayor ordenó que el último tren esperara hasta que El Comodoro estuviera en él. Luego, salieron en tres carruajes en dirección al puerto para esperarlo junto con Catherine. Entre las velas del catalejo y la llegada de la nave al puerto aún faltaba un par de horas.

La luna había comenzado a menguar. La tía Janet la observaba en el cenit, casi encima del petroglifo. La piedra tenía un guerrero en posición de adorar al Sol. Más atrás, a lo lejos, estaban las dos barracas cercadas y vigiladas con antorchas por varios de los legionarios de Walker. Alcanzó a ver una sombra entre el bosque, pero no logró detallarla. Desde la pequeña colina reconoció, al otro lado del río, la silueta de las torres de la Parroquia en la plaza central de Granada y el Palacio presidencial. La sombra se acercó en silencio y se posó detrás de un árbol. La tía Janet se disponía a partir cuando escuchó un llamado:

—Señora Janet. Señora Janet... —la voz crecía—. ¡Señora Janet!

La tía se llevó la mano al cinto y sacó su pistola.

—¡Señora Janet! No dispare por favor —escuchó—. ¡No dispare! ¡Soy yo!

Distinguió por fin la sombra cuando salió detrás del árbol. Era uno de los esclavos que había traído el padre Vijil desde Cartagena. El líder de una de las barracas que había sido azotado por pedir trabajar menos horas. Lo pusieron ocho horas a fundir hierro y otras ocho a

transportar piedras para la ciudad amurallada. Desde que la tía Janet lo vio, le había llamado la atención. De los negros traídos a Nicaragua, este caminaba diferente, altivo, con orgullo. La mirada atenta, como quien registra el entorno, lo traduce y lo transforma, pero no para su propio beneficio sino en bien de los otros. Le ayudaba la voz, el tono y las pausas al hablar. No parecía traído de algún lugar del continente sino directamente de África. Advirtió que se acercaba cada vez más hacia ella. La intimidaba el tamaño de la espalda y la firmeza al caminar.

—Soy Zanzíbar.

Miró si estaba solo. Mantuvo el arma desenfundada.

El padre Vijil llegó a Washington con cargo diplomático e instrucciones claras sobre Nueva Nicaragua: ¡Muestra nuestros logros!, había dicho Walker.

—¿Ministro Plenipotenciario de Nicaragua? —preguntó el funcionario del Departamento de Estado encargado de otorgar las cartas credenciales.

—¡Nueva Nicaragua! —aclaró.

—¿No es la misma cosa?

—¡No! Tenemos a William Walker como Presidente. Son nuevos tiempos y Pierce ya nos reconoció —dijo—. Ha elogiado la capacidad tutelar de Walker para conseguir la paz. Es un elegido.

El funcionario levantó la mirada del papel que examinaba. Observó de arriba abajo al padre. Su sombrero de obispo, el crucifijo en el pecho, las cejas desbordadas sobre la cuenca de los ojos.

—Pierce ya no cuenta. Perdió la convención Demócrata —regresó la vista al documento—. Veo que se ordenó en el Convento de Santa Clara. ¿El de Madrid o el de Cusco?

—El de Cartagena en el año treinta y seis.

—Lástima, en Cusco hay oro; en Cartagena esclavos —dijo, buscando algún comentario sobre la experiencia de Vijil en el tráfico de negros—... y también ha sido Ministro General... —anotó el empleado.

—Sí señor.

—... y Magistrado Fiscal de la Corte Suprema de Justicia.

—También.

—Muchos cargos públicos para un sacerdote... ¿Algo más que agregar?

—Es la voluntad de Dios, como los hijos

—¿? —el funcionario miró con extrañeza.

—Tengo dos hijos... Fue antes de ordenarme.

—El Presidente le dará audiencia en una semana, después de que a usted lo confirmen como diplomático de Nicaragua.

—¡Nueva Nicaragua! —insistió. Luego entregó el documento de Walker—. Para que lo lea el Presidente —dijo.

—¿Cuál? ¿El que viene o el que sale?

Al descender del Esmeralda, lo primero que hizo Vanderbilt fue pedir un balance de su economía y las últimas noticias acerca de Walker en Nicaragua. Sus asesores intentaron no enfurecerlo. Las informaciones con las que viajó desde Grecia estaban desactualizadas. Ahora no sólo era Presidente, se había apoderado de todos sus barcos y estaba haciendo lobby en Washington para convertir Nueva Nicaragua en el Estado treinta y dos de la Unión. Se terminó de irritar más cuando supo que Pierce, poco antes de la Convención Demócrata, lo había reconocido como Presidente de Nicaragua. Pierce esperaba anexionar Centroamérica a la Unión gracias a los avances del insigne americano William Walker.

—Creyó que con la expansión americana conseguía más votos para la reelección — comentó su hijo—. Walker dijo que después seguían Honduras, Costa Rica, El Salvador y Guatemala. Que por eso la estrella de la bandera tiene cinco puntas.

—¡Padre! —dijo Catherine—. ¡Ya estoy lista!

—Y ahora cuenta con un cura en Washington que está buscando más apoyo y dinero. Por supuesto los senadores del sur están de acuerdo.

—¡Padre! Trabajemos con los abolicionistas y con los que han perdido dinero con Walker.

—Los senadores están felices —agregó el asesor—. Los gobernadores de los estados sureños copian el diseño de fabricación de armas con los esclavos de acá. En Texas están fundiendo hierro, en Lousiana construyen carruajes, Alabama las ruedas para transporte y en Mississippi y Georgia, las piezas complementarias.

—¿Dónde guardan el dinero? —preguntó Vanderbilt.

—No sabemos.

—¡Averiguen! Monten bancos en cada sede e inviertan en publicidad. Comiencen por Nueva Orleans —ordenó—. Necesitamos su dinero —¡Vámonos! Washington nos espera.

—¿Qué quieres? —dijo la tía Janet, y dio dos pasos hacia atrás.

—Hablar con usted —respondió Zanzíbar.

Hizo un recuento pormenorizado de excesos que la tía desconocía. Le mostró las marcas de la espalda ganadas por reclamar mejores condiciones para sus compañeros.

—Esta fue por pedir agua.

Dejó ver un latigazo que trazaba una diagonal desde el hombro hasta la mitad de la espalda. Le contó que los esclavos, cuando se enfermaban, eran llevados a donde el doctor del campamento.

—Hasta ahora ninguno ha regresado.

Que a las esclavas embarazadas las separan de los hombres.

—Las madres sólo se encargan de los niños hasta que cumplen siete años —dijo—. Luego los ponen a labrar la tierra. Trabajan las mismas diez y seis horas que nosotros —señora Janet.

Al final, explicó que los hombres están fundiendo hierro o encerrados en las barracas fabricando las piezas de las armas.

—No ven la luz —insistió—. Y las mujeres trabajan en los cultivos de café, cacao, banano. Las más fuertes pescan —dijo—. Y si no hay suficiente producción les dan latigazos delante de sus hijos.

La tía Janet trataba de visualizar lo que contaba Zanzíbar. En las cicatrices de la piel veía las fracturas de los proyectos en los que había creído.

—¿Qué quieres?

—No mucho, ama Janet. Que trabajemos un poco menos. Jornadas de doce horas. Que remplacemos un par de días a nuestras mujeres, para que recibamos el sol.

Ella vio sensatas las propuestas. Guardó el arma.

—¿Cuál es tu barraca?

—La cinco, la de la fábrica de gatillos.

—Regresa con cuidado. Yo me encargó —dijo—. Sólo necesito un favor.

—Lo que usted diga.

—¡Consígueme un caracol de mar! El más grande que puedas.

Zanzíbar la miró sin extrañeza. Sonrió. La tía Janet le había pedido las voces del mar.

Cole se acercó para ponerlo al día sobre los últimos informes de Washington. Walker le daba una zanahoria a su caballo. Lo consentía con la mano derecha mientras la izquierda la

acercaba y alejaba buscando suavidad en el animal. Tú no me vas a morder, pensaba. Acarició la crin, luego el cuello, el lomo.

—Buen muchacho, buen muchacho mi Marengo II —decía, hasta que lo vio entrar.

—¿Qué tienes para mí, Byron?

—El padre Vijil ya está instalado. Los senadores del sur están de acuerdo con nuestras demandas —informó—. Han conseguido más recursos y esclavos para continuar con la producción. Los planos y los modelos de fabricación que les enviamos los convenció.

—Perfecto. ¿Y la entrevista con Pierce? —preguntó.

—Dice que le fue bien, pero el futuro con él no es alentador. No irá a la reelección. El candidato Demócrata será Buchanan.

—¡Excelente! Excelente. Me conoce. Sabe quién soy yo —dijo, mientras deslizaba con más confianza su mano sobre el lomo de la bestia.

Cole vacilaba un poco sobre la manera de contar el resto del informe hasta que tuvo que hacerlo. Walker lo miraba. Tenía una sonrisa amistosa, pero también decía con los ojos ¿Y qué más?

—Vanderbilt está en Washington.

Al oír el nombre sintió como si el caballo le hubiera mordido la mano. Terminó de darle la zanahoria y escuchó atento el resto del informe.

—Se ha entrevistado con todos los embajadores centroamericanos. Vijil teme que esté impulsando una ofensiva militar. Dice que los costarricenses contraatacarán.

—¡Tucker! —gritó—. ¡Escribe!: los americanos, con esa fe que tenemos en nosotros mismos y que nos ha llevado de un océano a otro en un período maravillosamente corto, considerábamos el establecimiento en Nueva Nicaragua a salvo de contingencias —¿Copiaste?—. Destruir una vieja organización política es tarea relativamente fácil. Para realizarla se requiere, además de la fuerza; edificar y reconstruir una sociedad. Fabricar con

ellos un todo armónico y adecuado a las costumbres de una nueva civilización. Esto exige, más que fuerza y genialidad, tiempo, paciencia, pericia y trabajo —se quedó pensando—. Los que emprendemos la obra estamos dispuestos a consagrarla con la vida. Así, los combates con nuestros vecinos fueron las contingencias iniciales de Nueva Nicaragua.

Volvió la mirada hacia Cole.

—¿Algo más?

—Sí, Presidente —respondió—. Vanderbilt habló con Buchanan.

—Cuando lo conocí era un joven impulsivo. Reunía dinero para invadir Sonora y Baja California —dijo, después de leer con atención el informe de Vanderbilt.

—Lo que no logró en México lo está consiguiendo en Centroamérica.

Buchanan comparaba el informe con los dibujos del Embajador George Squier en Nueva Nicaragua. Unos mostraban negros trabajando cultivos de café, cacao, banano o pescando. En otros, un grupo más grande de esclavos erigía una muralla alrededor de una nueva ciudad. La plaza central junto con el Palacio de Gobierno, la Inquisición y la Iglesia estaban protegidas con muros. En otro de los dibujos, una legua más allá de la ciudad amurallada, se veían las barracas de los esclavos separadas por el río y por las cercas de bambú.

—Los negros sólo pueden ir a la ciudad amurallada bajo vigilancia de algún capataz —explicó Vanderbilt— y sólo se les acepta en el centro de Granada si van con su propietario. O cargan las compras de las esposas de los terratenientes y conducen los carruajes.

—No sólo quiere a Nicaragua como el Estado treinta y dos sino convertir toda Centroamérica en el treinta y tres.

—Dicen que de continuar aumentando la producción y el comercio de armas, como lo está haciendo ahora, tendrá más riquezas y control territorial que los Estados del Sur juntos. En este momento puede estar produciendo más que Georgia y Alabama —explicó Vanderbilt.

—¿Qué necesitas?

—Si usted quiere llegar a la Presidencia, necesita otros senadores —recordó—. Pierce, por apoyar a Walker perdió la posibilidad de reelegirse. Eso es suficiente enseñanza.

Vanderbilt le alcanzó la lista de los senadores abolicionistas, también la de los estafados por Walker y los del Sur que de una u otra manera estaban perdiendo poder y control sobre sus Estados.

—¡Escúchelos! Sólo eso. ¡Lo harán Presidente! —Se despidió del precandidato con satisfacción.

A la salida del Capitolio, sobre los jardines del lado oriental encontró el carruaje con Catherine esperando.

—Nos fue bien hija. Muy bien.

—¿Qué dijo?

—Nada. No dijo nada. Está más preocupado por beber whisky que por la presidencia, pero todo está arreglado.

—Necesito que hables con tu hermano —dijo la tía Janet—. Insístele que no puede tener a los negros como perros. Mejor viven sus caballos que los esclavos.

—No me escuchará.

—Trata. Dile que necesitan recibir sol. Que el médico cure también a los negros. Que trabajen al menos dos veces a la semana en agricultura. Que los ponga a pescar.

—Va a decir que la producción bajará.

—No sobrino. Insístele que las mujeres somos buenas para trabajos como el de lo seguros y los gatillos. Que no sea terco. Y dale esto —la tía le entregó el caracol de mar—. Él sabe para que es.

Lipscomb tomó el molusco. Se perdió en el color. El nácar serpenteaba hasta el interior. Al tocarlo sintió como la mano resbalaba con suavidad. Lo colocó sobre el pabellón de la oreja. La tía lo vio sonreír.

—Veo que sabes para qué es.

Salió con la misión en la mano. Se dirigió hasta el Palacio Presidencial. Subió las escaleras del segundo piso. Vio como sacaban tres baúles con oro del despacho.

—Son nuestras ganancias de las ventas en San Francisco.

Walker escuchó atento las sugerencias de su hermano.

—Podrían escapar —comentó.

—No tienen a dónde ir —respondió Lipscomb—. Pero si llegase a suceder, me aseguraré de darles cacería.

—De acuerdo, pero con una condición —lo tomó de los hombros, lo sacudió un poco y advirtió—: ¡No te acerques a la tía!

—Pero si es la tía —estiro el caracol—. Por cierto te envía esto. Que tú sabes para qué es.

—No importa. No quiero que se besen.

Lipscomb lo miró desconcertado, casi con la misma cara con la que Walker miraba el caracol entre sus manos. Cuando salía del despacho, antes de abandonar el marco de la puerta, se volteó molesto. No pudo contener las palabras:

—Es para que trates de escuchar el sonido del mar.

En el regreso Washington – Nueva York, Vanderbilt miraba los árboles desde la ventana del tren. Los veía pasar dejando una estela de recuerdos a su espalda. Catherine iba sentada en el asiento contraria a la dirección en que marchaban. También los veía, pero se perdían con más lentitud. Su padre estaba pensativo. Recostó la cabeza sobre el cristal. El Comodoro veía las ramas como un parpadeo de bosque mientras se asfixiaba en el malestar y el engaño al que lo había llevado Walker.

Los últimos movimientos del padre Vijil en Washington se orientaron a bajar los efectos del lobby que había hecho Vanderbilt. Envío artículos a los periódicos sobre los enormes logros conseguidos por Walker en la pacificación del país. También comenzó a auto flagelarse cuando le entraba la duda de lo que hacía.

Lipscomb se había ocultado en una taberna cerca de la plaza. Bebía pulque hasta el punto que ya no distinguía la noche del día. Habían mandado a llamar a la tía Janet para que lo rescatara.

—Parece poseído, señora Janet. Habla de monstruos y llora mucho.

Cuando llegó, lo vio apuntando con una pistola descargada a la sien. Disparaba una y otra vez. Parecía querer liberarse del yugo familiar, como si soñara con un disparo y una bala de verdad. Lo abrazó. Reunía deseos y devaneos para sacarlo con fuerza del horizonte de monstruos. Al salir de la fonda uno de los emisarios de Walker lo buscaba.

—El Presidente está furioso —dijo—. Te busca para que organices un grupo de cacería. Una cuadrilla de negros escapó.

—Te acompaño —dijo la tía—. Quiero escuchar lo que dice.

No hubo necesidad de ir hasta el Palacio presidencial. Cuando atravesaban la plaza Walker ya estaba montado en Marengo II. Lo seguía Cole con un regimiento. Lo vio

tambalearse al lado de la tía. Ella lo abrazaba, pero a pesar de la amenaza, no podía soltarlo. El malestar del Presidente fue visto por toda la tropa.

—¡Padre! Quiero acompañarte —dijo Catherine.

Retiró la cabeza de la ventana. La miró con cierta preocupación.

—Es peligroso. Cuando vayamos estarán en plena guerra.

—No importa padre, cuenta conmigo. También es mi guerra.

Sonrió. Sintió que el espíritu de los Vanderbilt acababa de hablar. Que la sangre heredada estaba ahí, reclamando sus derechos.

No dejes que pierda la fe. Sabes mi pasado, mi presente y mi futuro, decía Vijil mientras el látigo flagelaba su espalda. Renuncié a mis padres y a mi familia. Luego quise construir un hogar. Sí, fracasé en mi matrimonio. Me hiciste un hombre indigno, me mostraste mi miseria. El aire seguía de nuevo el abanicó del látigo sobre su espalda. Te he ofrecido a mi hija y a mi hijo. Para enmendar mis faltas me he entregado a ti. Me mostraste que sólo en ti y en tus hijos encuentro luz y perdón. La sangre comenzaba a escurrir por su columna vertebral. Me ordené, y ahora en medio de un pueblo abandonado, señor un pueblo entregado a las guerras y disputas por el pan de cada día, por un pedazo de tierra, por un plato de lentejas, nos envías al salvador, al elegido. ¡Señor! No nos abandones. La fe me abandona de nuevo. Te lo ruego. Un último latigazo confirmó su pérdida de fe en Walker.

El Comandante General del Ejército de Nueva Nicaragua y Presidente de la República, leía Tucker, considera deshonrosa la actitud del Capitán Walker. Por los poderes que le confiere su pueblo y por el bien de la patria, el Presidente no tolerará ningún acto de deshonra ni malos ejemplos al glorioso ejército nacional. Decreto, por lo tanto, la expulsión

inmediata del Capitán Lipscomb Norvell Walker de nuestro ejército. ¡Comuníquese y cúmplase!

La tía Janet lo miró con furia de desilusión. Se acercó hasta su caballo. Hizo que se encorvara para decirle en voz baja:

—¡Billy! Te arrepentirás. Te aseguro sobrino que desearas no haberme conocido.

Walker se enderezó.

—¡Vámonos! —Se volteó hacia la tía y hacia Lipscomb—. Y agradece que no lo fusilo.

—No nos demoraremos. No quiero perder más tiempo con ese mal nacido. Su caída es cuestión de tiempo —afirmó Vanderbilt—. Ahora vamos por Panamá.

LA TÍA JANET SE SENTÓ A CONTEMPLAR LA LUNA. El brillo del astro parecía saciado de soberbia. La luz caía sobre el valle con vigor. Pensaba en el petroglifo y el guerrero. Adoramos lo que brilla, el sol, la luna, las estrellas, los hombres, dijo. ¿Los hombres? Dudó. Entre todos, lo más efímero, pensó. Clavó la vista sobre el guerrero y el sol. La primera vez creyó que adoraba el astro, pero ahora lo veía como si hablaran. El haz de luz, su canto. La voz escindida invita a la danza de los dioses. Sonríen en el festín. Los colmillos brillan hambre. La piedra del sacrificio pide más. El guerrero protesta. La tía ve cómo los dioses, con su sonrisa socarrona, entregan una lanza. El guerrero la arroja y la pradera se tiñe. En el valle de corazones enterrados la piedra recupera su humedad. Los dioses recogen el manto, la huellas de lo que alguna vez fue jardín. La luna sonríe sobre las cenizas. Se cubre. La tía baja la mirada ante la sombra de nube que la eclipsa.

—¡Señora Janet! —reconoció la voz de Zanzíbar—. A su derecha.

A pesar de la nube que cubría la luna, la visión del petroglifo y la voz de Zanzíbar se transformaron en señal.

Walker daba vueltas sobre su despacho presidencial. Los diferentes reportes eran poco halagadores. Gumbo explicaba que la Casa blanca, después del trabajo de Vanderbilt en Washington, había puesto en duda los alcances de su administración. El trabajo del padre Vijil había quedado inconcluso.

—¡Desertor! Cura mediocre —clamaba Walker al leer la carta en la que el Padre le decía que por motivos de convicción con Dios tenía que volver a Cartagena. Debo ordenarme de nuevo. Siento que el señor me llama, decía—. Maldito cura traidor.

Dobs intentaba mostrarle que aunque en el mapa de Nueva Nicaragua el país se veía pequeño, los dos mil americanos con los que contaban serían inútiles a la hora de proteger las fronteras más grandes, la de Honduras y la de Costa Rica.

—El plan de defensa de su hermano es...

—¡No quiero saber nada de él! Para mí está muerto —interrumpió cuando intentaban mostrarle la estrategia de defensa que Lipscomb había diseñado.

Inicialmente pedía con urgencia reforzar la frontera suroccidental y reunir la mayor cantidad de hombres en Rivas y en el lago Nicaragua. Un batallón más pequeño debía impedir la llegada de barcos a San Juan del Norte. De lo contrario cortarían nuestro comercio, decía Liscomb en el informe.

—Presidente, no es una mala propuesta.

—No me importa. ¡Todos terminan traicionándote! —Walker no escuchaba, sólo veía el beso de la tía Janet sobre su hermano. Parecía dejarse llenar de un vacío que sentía como la nada.

—Presidente... —Dobs trató de hablar con más calma—. Cole no ha regresado de la campaña de San Jacinto.

—Todos terminan traicionándote... Todos terminan traicionándote —repetía.

El traspaso de mando entre Pierce y Buchanan se hizo sin contratiempos. Los Demócratas se mantenían en la Casa blanca con un nuevo Presidente. Sus asesores lo pusieron al día. Las preocupaciones internas eran mayores que las externas. Lo relacionado con Nicaragua, Walker y el Estado treinta y dos y treinta y tres de la Unión pasó a segundo plano frente a las crecientes diferencias entre el Norte y el Sur.

—No me interesa nada de Walker ahora —comentó el Presidente—. ¿Quién lo mandó a legalizar la esclavitud en Nicaragua? ¿Cómo se le ocurre sacar un decreto de esos en estos momentos? —insistió—. Dejen ese tema en manos de Vanderbilt. Le di mi palabra.

—¿Ahora qué quieres?

—Yo organicé la fuga —dijo Zanzíbar—, pero no quería perjudicarla.

Con la voz del esclavo, la nube que cubría la luna se dispersó. El guerrero tanteaba a la tía. Buscaba ver luces en sus reacciones.

—No queremos más dolor en el valle, señora Janet —dijo—, pero nadie nos ayuda.

La tía lo miraba. Intentaba traducir la intención del guerrero.

—¿Qué quieres? —insistió, con voz seca.

—Sabemos lo de su sobrino Lipscomb. Oramos por su alma. Era un hombre bueno.

La tía Janet sentía que el esclavo la miraba con ojos de redención, pero aún no lograba dilucidar si Zanzíbar era una visión o una iluminación hasta que escuchó la pregunta:

—¿Esta usted con Walker o con nosotros?

Walker se había encerrado en el establo con Marengo II. El caballo se sentía incómodo ante el sollozo de su amo. Las lágrimas del Presidente sólo eran escuchadas por la bestia que lo miraba con sus ojos enormes sin parpadear. El animal, con la cabeza, lo empujaba con suavidad por la espalda. Lo sentó en una de las pacas de heno para que naufragara el dolor. Las palabras de la tía Janet retumbaban en su cabeza como un caracol que cambia la música del mar por reclamos. Por momentos sintió que era la voz muda de Ellen, pero hacía mucho tiempo que ese murmullo se había hecho lejano. ¡Billy! Te arrepentirás de esta. Te aseguro sobrino que desearás no haberme conocido. Luego escuchó el

murmullo de Dobs. ¡Presidente! Presidente. El Empire City Naufragó en las costas de Cuba. No hay sobrevivientes.

El capitán Lipscomb Norvell Walker, después de su expulsión del ejército de iluminados, regresaba a Nueva Orleans en el Empire City, junto con otros treinta y cuatro soldados.

Liderados por Costa Rica, Vanderbilt había conseguido que los otros tres países centroamericanos se unieran contra Walker. La primera gran victoria se dio en San Jacinto derrotando el frente de Cole quien huyó en busca del Lago de Managua para regresar hasta Granada. El desastre obligó la retirada de Walker de Masaya y reforzar su defensa en Granada. La lucha se centró en el control del Lago y la ruta del oro.

—Con ustedes.

La tía Janet no dudó en responder. Sintió tristeza. No era traición, pero sí el dolor acumulado por un objetivo fracasado. Las pérdidas en este momento eran más que las ganancias. Su mundo interno había naufragado.

—Con ustedes —repitió.

Walker, Dobs y Tucker cabalgaban en dirección al Lago de Nicaragua después de ver los escombros de San Jacinto. Los aliados se habían posesionado de la ciudad y comenzaban a controlar el centro y norte del país.

—Hacia Granada —ordenó—. Y no quiero saber de más desertiones.

Los soldados se miraron entre sí. No les había leído la mente, pero sí percibió el malestar. Varios habían reclamado a Dobs que faltaban pertrechos y comida. Que la paga

había disminuido y las tierras ya no se podían trabajar porque no tenían como controlar a los esclavos.

—¡Gumbo! Manda a dos emisarios, uno a San Juan del Sur y otro a San Juan del Norte. Que digan que hemos retomado San Jacinto y que Masaya y Granada están a salvo. La cuadrilla invasora abandonó derrotada Nueva Nicaragua. Hemos triunfado una vez más. Tarde o temprano siempre triunfamos.

—Presidente, pero eso no es verdad —reclamó.

—No discutas conmigo. El arte de la guerra se basa en el engaño.

Vanderbilt sabía que Walker buscaría refuerzos por el Atlántico y por el Pacífico. No logró evitar la llegada del general Henningsen en remplazo de Lipscomb para garantizar la defensa de Granada. Sin embargo, impidió el desembarco de un contingente de filibusteros que querían tomarse San Ubaldo sobre el Lago de Nicaragua.

—Padre —dijo Catherine, al escuchar los partes de victoria—. Creo que es hora de que envíes a Spencer a Fuerte San Carlos. Ya tienes aliados para controlar el río San Juan.

Miraron el mapa y los puntos importantes de la ruta del oro. Vanderbilt revisó los costos y no dudó en dar nuevas instrucciones.

—Quiero dejar tropas en San Jorge. Hay que cortar el paso a Walker —dijo—. Y en el Norte, más hombres sobre el río. San Juan del Norte ya es nuestro.

—¿Viene con nosotros? —preguntó Zanzíbar.

Lo miró con ganas de preguntar, pero el esclavo continuó:

—Sabemos cómo escapar hacia el Norte. En el Sur Walker aún tiene algo de control, pero ya perdió el río San Juan. Si llegamos al puerto podemos embarcarnos a Nueva Orleans.

—Y si nos persigue.

—Perderá Granada —respondió Zanzíbar.

—A ustedes tal vez no, pero a mí sí.

—Señora Janet, es más fácil que pasemos los cincuenta esclavos por entre las tropas aliadas que Walker. Está rodeado. Su caída es cuestión de tiempo.

Llevaban tres horas de cabalgata desde San Jacinto cuando uno de los soldados de la avanzada vino dejando una estela de polvo y piedras a sus espaldas. El rostro, más allá de la angustia, dibujaba dolor.

—Debemos cambiar la ruta —dijo.

—Por aquí seguimos —ordenó Walker.

—Presidente —insistió el soldado—. No es buena idea.

—Aquí, el de las ideas soy yo.

A medida que discutían la tropa se dirigía hacia el risco. Después se veía una serie de árboles.

—Si es por una emboscada, estamos preparados.

Walker mandó cinco hombres sobre uno de los lados del risco y otros cinco del otro.

—Si ven algo disparan —dijo.

—¡Presidente! Se lo ruego. No tome ese camino —el rostro se transfiguraba.

—¿Dónde conseguimos a este sujeto? —preguntó.

—Soy uno... —corrigió—, era uno de los hombres de Colt.

Al llegar al risco, frente a ellos, en uno de los robles oscilaba el cuerpo de Byron Colt sin ojos y sin una mano. Los cuervos se deleitaban con el cadáver. Al principio Walker no lo vio. Creyó estar observando el cuerpo de George Tanner llevado a la horca por robo. La culpa se le convirtió en carne y hueso.

—¡Bájenlo, maldita sea! —ordenó, cuando lo reconoció.

Descendió de su caballo. La ira se convirtió en disparos cuando vio que Cole no tenía una sola herida.

—Dicen que le cortaron la mano para que hablara. Luego lo colgaron.

Walker disparó al cadáver. ¡Moriste en combate! Moriste en combate, decía.

—¡Tucker! Tucker. Escribe:

De manera que en el intrépido pero inútil asalto de San Jacinto pereció Byron Cole, cuya energía y perseverancia habían contribuido tanto a llevar a los americanos a Nueva Nicaragua. Tampoco fue Cole la única pérdida en aquel día fatal. Otros hombres valerosos entregaron sus vidas, incluyendo el joven Charles Callahan, quien reportaba nuestros logros al *Picayune* en Nueva Orleans.

Dio la orden de enterrarlo lo más rápido y profundo que pudieran.

¡Y quemen la soga! —agregó.

Vanderbilt abrazó a Catherine poco antes de partir hacia Panamá.

—Nuestros objetivos ya se están cumpliendo —dijo—. Los costarricenses guiados por Spencer recuperaron todos mis vapores y sacaron a los filibusteros del río San Juan. Walker y Henningsen quemaron Granada y huyeron hasta Rivas. Están rodeados y no tienen como llegar hasta San Juan del Sur. Intenta recuperar San Jorge, pero no lo logra —agregó—. Lo que queda es cuestión de tiempo. Los aliados lo están atacando en Rivas. Pronto caerá.

—Padre, ya puedo regresar a Nueva York —dijo, Catherine.

Le alcanzó el último informe de Spencer. Vanderbilt lo leyó.

—Lo sé hija, lo sé —y recibió el reporte—. Sólo me quedará en Portobelo una semana.

La tía Janet, Zanzíbar y los esclavos huyeron cuatro días después, cuando la luna menguaba. La única luz que se vio esa noche fue la de las llamas consumiendo las fábricas de armas. Anduvieron por tierra hasta Las Carolinas. Los soldados de Henningsen perseguían fantasmas. Zanzíbar había organizado a los hombres más veloces para que soltaran los caballos y dejaran sobre el piso gorras costarricenses y de otros aliados. Los filibusteros persiguieron el señuelo hacia el sur mientras ellos huyeron hacia el lago. Luego, se tomaron dos pequeños barcos con los cuales navegaron por el borde del Lago Managua hasta El Carmen, en la isla de la Zapatera. Evitaron ir hasta Ometepe previendo que estarían entre el fuego de ambos ejércitos.

—Necesitaremos más provisiones —dijo la Tía Janet.

Zanzibar, abrió los bultos de granos, papas y botes de agua.

—Racionamos durante semanas. Las papas las cosecharon nuestras mujeres.

La tía Janet se perdió en un caracol de pensamientos. No sólo pensando en las historias de Bigotes que Ellen le había contado a Walker. Lo imaginó así de vivaz si hubiera vivido. Sentía como si al ver a Zanzíbar escuchaba el piano de Ellen y comía el pan con sabor a arco iris.

—Llegaremos a Fuerte San Carlos al amanecer, si el viento nos ayuda.

—Nos ayudará —acotó la tía Janet.

Walker, sitiado después de un mes en Rivas, intentaba buscar una salida al Lago de Nicaragua recuperando San Jorge. Lo rechazaron. Lo intentó una semana después con igual resultado.

—La armada aliada se prepara para una ofensiva. Las tropas costarricenses tienen la moral en alto —dijo Dobs.

Las informaciones parecían premonitorias. Apoyados por los nicaragüenses, el ejército aliado había decidido atacar a los filibusteros en las inmediaciones de Rivas.

—Las bajas americanas son altas —dijo Dobs.

—Lo que había previsto Lipscomb —comentó Gumbo.

Walker hizo un último intento de ganar San Jorge con igual resultado. Terminó defendiendo Rivas con los últimos recursos.

—¡Presidente! Presidente —repitió Gumbo.

Walker parecía no escuchar. Los ruidos esporádicos de pólvora y balas perturbaban las ideas.

—¿Qué? —respondió molesto.

—Más negros huyeron.

—¡Dispárenles!

—Señor. Su tía les ayudó... Está con ellos.

—Ja... ja... la muy zorra. La tía zorra —cogió el caracol que había enviado con Lipscomb— nunca fue digna de llevar nuestro apellido. Robó a mi padre —estrelló el caracol contra la pared— y ahora a mí. ¡Que la busque Henningsen!

Dobs no dijo nada. La capacidad operativa del ejército estaba disminuida. La derrota era inminente. No quiso hablar de la rendición. Sólo dejó en el aire la frase:

—Presidente, el comandante Davis de la armada de la marina estadounidense está en San Juan del Sur. Manda a decir que está dispuesto a llevarlo a los Estados Unidos. Le ofrece la rendición.

Spencer confirmaba la toma de Fuerte San Carlos, la recuperación de todos los vapores y barcos de propiedad de Vanderbilt, la captura de los primeros veintitrés filibusteros

que trataban de defender los últimos puestos sobre el río San Juan y la rendición de Janet Walker, tía de William Walker y cincuenta negros que habían sido esclavizados.

—Dice que quiere ir a Nueva Orleans.

—¿Y los negros?

—También

—¿Y Walker?

—El Presidente Buchanan mandó la corbeta St. Mary. Se rendirá en cuestión de días.

No tiene a dónde ir. Nadie lo defiende. Está sólo.

La última frase era la que quería escuchar Vanderbilt.

—Juré que se arrepentiría de haberme conocido. Lo dejaré en la ruina total. Que la tía entregue lo que tenga y se vaya con sus negros —se quedó mirando por la ventana—. Esto no ha terminado —dijo.

El día que Walker abandonó Rivas derrotado para rendirse ante el Comandante Davis, Vanderbilt ya llevaba una semana en Portobelo y la tía Janet acababa de desembarcar en Nueva Orleans. Ella descendió en el puerto con Zanzíbar y treinta negros más. Al bajar del barco miró al negro. No se contuvo. Lo abrazó agradecida. Sentía que también había recuperado su libertad.

—Gracias —dijo, y lo apretó más fuerte—. Gracias, muchas gracias —repitió.

Zanzibar sintió el calor de una de las lágrimas de la tía resbalar por su omoplato.

El siguiente disparo atormentó la plaza. La pólvora se mezclaba con la sangre.

Quinta parte

1

LA MUERTE PUEDE SER SÚBITA O LENTA. VIAJA en silencio o hace ruido. Cuando saluda, muestra su cara y carga el pasado auestas; cuando no, truena. Invade los olores. Se respira con agitación mientras la sangre hierve. Lenta o rápida, una sucesión de puntos en el tiempo. Cada imagen, pasado. Regresión. Colores de lo vivido y no vivido. Reflejos frente a los hechos. Recuerdos. Olvido. El intenso truena en la memoria. El modesto flota y el amante fluye en otras sangres. El soberbio... el soberbio no parpadea. Se bendice en silencio. Se transforma en letras y números de una lápida. La nada sin luz ni primer día. No hay lira.

Walker firmó el convenio de capitulación, entregó su arma, su cartapacio de decretos presidenciales y los planos de las fábricas en Masaya, Rivas y Granada. El comandante Davis en la cubierta del St. Mary lo observaba como quien mira a un reo incomodo:

—Mi misión es entregarlo en Panamá. Me debo asegurar que en Aspinwall aborde el Empire City II hacia Nueva Orleans.

—Haga lo suyo. Llegaré victorioso una vez más.

—¡General! Usted acaba de ser derrotado.

—No aún —aclaró Walker—. ¡Volveré!

El comandante vio que no había posibilidades de explicar al reo que iba como prisionero. Que aunque lo dejaran en libertad al llegar a territorio de la Unión comparecería nuevamente ante la justicia por cargos de violación de la Ley de neutralidad.

—Mi misión es entregarlo. Lo que venga en su futuro no me corresponde —dijo Davis—. Cumpla órdenes.

Leía con curiosidad el decreto de esclavitud y detallaba el sistema de organización de las fábricas de armas montadas por Walker en Nicaragua y en los Estados del Sur.

—¿Algo más que declarar? —preguntó.

—No. Destruimos cincuenta y cinco mil cartuchos, trescientos mil fulminantes y quinientas libras de pólvora.

—¿Qué quedó?

—No mucho. Cincuenta y cinco granadas y quinientas sesenta balas de cañón.

—Y un país dividido —acotó Davis.

—Ya lo uniremos —dijo—. Espero cumpla con su parte, comandante.

Walker se refería a la cantidad de combatientes y oficiales que podrían embarcarse con él. El resto de filibusteros regresarían a Nueva Orleans, Nueva York y Boston en otras corbetas.

—¡General! Tiene mi palabra de que puede volver con diez y seis oficiales de su estado mayor. Es lo que firmamos —dijo.

La tía Janet tomó un carruaje en el puerto en dirección a la calle Julia 131. La brisa del río le recordaba la necesidad de recuperar las cartas que le había escrito a Billy. Quería evitar cualquier conexión entre ella y Walker en un eventual juicio de neutralidad. Conociendo el orgullo de su sobrino, sabía que en sus memorias de guerra no la mencionaría para nada. La borraría de la historia de la misma manera como había desdibujado el amor por Catherine Vanderbilt. Billy permaneció con el amor mudo de Ellen, dijo. También necesitaba quedarse varios días para revisar sus cuentas. Había reinvertido el dinero de los títulos de tierras que había recuperado de la herencia familiar. No sabía aún qué hacer, pero pensaba en algo productivo. Más de la mitad de los negros que llegaron con Zanzíbar estaban dispuestos a trabajar con ella por una buena paga.

No reconoció a Farquharson cuando abrió la puerta. Sabía que era él por la dirección y el nombre marcado en la entrada. La última vez que lo había visto tenía ocho años y jugaba

con Billy a poner sellos en las paredes de la casa de los Walker. Después sólo supo de él a través de la correspondencia que quería recuperar. Ella, por el contrario, no había cambiado mucho.

—¡Mrs Janet! ¡Qué gusto volverla a ver! —dijo Farquharson.

Al fondo, más allá de la pileta, se escuchaban las notas de un piano perdido en la parte de atrás de la casa número seis. Estaba en venta.

Vanderbilt contemplaba desde la cubierta del Empire City II la costa de Portobelo. El extremo norte de la Nueva Granada y su provincia de Panamá resaltaban por las playas extensas de conchas blancas y el mar transparente entre verde y azul. Pero el paisaje le era indiferente. Su preocupación estaba más arriba con el trayecto del ferrocarril que unía los dos mares entre la Ciudad de Panamá y Aspinwall.

—¿Para cuando esperan a Walker?

—Es cuestión de días. El St. Mary ya debió zarpar —dijo el capitán Wallace—. Ayer llegaron desde Ciudad de Panamá varios de los filibusteros que abandonaron a Walker por falta de pago. Confirmaron que Rivas ya cayó en manos de los aliados.

—Perfecto. Necesito que se asegure de que llegue a Nueva Orleans. No me importa si toman la ruta de La Habana, paran en Nueva York o van directo, pero que llegue. No olvide que es dado a extraviarse en el camino, a vender a su propia madre y no viaja solo —recordó Vanderbilt.

—No se preocupe Comodoro. Tengo clara la misión.

—Y por favor, coloque estos periódicos y anuncios en su camarote. El viaje le dará tiempo de leerlos. Yo regreso a Nueva York esta misma tarde —dijo—. Tengo otros asuntos que arreglar.

Mientras transitaba por el istmo, Walker estaba impresionado con el ferrocarril. Recordó el primer viaje después de la muerte de Ellen. Los ingenieros apenas hacían estudios de terreno, mediciones y los cálculos del trayecto. Ahora, la realidad había avanzado más rápido que su imaginación. Regresaba en tren. Desenterró de su mente las cartas a Vanderbilt en las que le sugería el trayecto por Nicaragua. Maldito Vanderbilt, repetía. Observaba el río desde la ventana del vagón, la selva y sentía la humedad que parecía adherirse a los vidrios. Por qué no pensé en esto, dijo. Dudó si la idea del canal no sería mejor por Panamá. ¡No!, dijo. Tiene que ser por Nicaragua...

Llegó a Aspinwall en pleno auge de comercio.

Ciudad naciente. Vivía del tránsito. Una urbe de paso hacia el oro de California. Se beneficiaba, de ida con, los sueños de los aventureros; de vuelta, con los que habían triunfado. Los que llegaban con algo salían sin pena ni gloria. Lo que habían ganado se lo gastaban en mujeres y alcohol. Más perdición, dijo Walker. Siempre importando ideas foráneas, pensaba, al ver tabernas y cafés al estilo parisino. Sus divagaciones se acabaron al llegar a la estación cerca al puerto. No distinguió la corbeta que lo llevaría de regreso, pero sí escuchó la voz del capitán Wallace.

—¡General Walker! Tengo órdenes de escoltarlo hasta Nueva Orleans. Le ruego extender mi mandato a sus hombres.

Walker no tenía mucho que decir. Respiraba un parte de derrota, pero también sabía que la historia era una continua evolución, una sucesión de hechos. No siempre lineales, pero si causales. Por alguna razón Dios lo ha querido, así, dijo.

—Partimos esta noche. Llegaremos a fin de mes —confirmó Wallace.

El cementerio de Nueva Orleans había crecido. Varios mausoleos parecían monumentos a la guerra. Entregó su alma por la patria (1827-1847), el honor acompaña tu

espíritu (1825–1847), pero ni el honor ni la patria los recordaban. No había flores, sólo maleza y manchas de hongos en la pintura. Otros mausoleos mostraban las marcas de agua de las inundaciones. El nivel llegaba hasta una fecha, un nombre. La tía Janet recordó el artículo de Billy denunciando el abandono del camposanto en época de lluvias. Había dicho que las aguas del Missisipi cubrían las casas de los muertos y hacía flotar sus cuerpos. Sólo espero que alguno de estos cadáveres navegue por la calle Canal hasta la casa del alcalde. Quizás ahí entienda que la peste también le incumbe, había escrito. Las últimas tumbas, recordaban las epidemias de cólera, muertes consecutivas en espacios de meses o días en una misma familia. Apellidos extintos. Tampoco habían flores, sólo buganvillas frente al panteón de los Martin. La tía Janet las observó. Depositó su ramo de nardos anudado con cintas de colores. Sabía que le gustaban. Un hombre de color, más bien *creole*, parecía orar frente a la inscripción de Ellen Martin (1826-1849). Le hizo una venía mientras pensaba en la prometida de Walker, como si esperara que la voz muda le dijera algo que no supiera de su sobrino o entender la desilusión para soportar la tristeza.

—¿La conocía? —preguntó el *creole*, al ver las flores en la tumba.

—De nombre. Compré su casa.

La tía Janet percibió el aire de sorpresa en el desconocido. Aquellos ojos que se preguntaban cómo así. Qué tiene que ver lo uno con lo otro. Pero también veía que bajo las líneas de la frente y las arrugas al lado de los ojos residía una mirada sensata, como si brillara la astucia.

—Me gusta saber dónde estoy —aclaró—. Soy Janet Walker —dijo, y estiró la mano para saludar.

—Mucho gusto. Norbert Rillieux —respondió el saludo.

Antes de partir, Vanderbilt se fue hasta la sucursal del Wilde-Cross de Panamá y retiró las utilidades que había dejado el ferrocarril en el último semestre. Dejó instrucciones a sus empleados. Lo que quedaba de dinero era para la nomina de los dos meses siguientes y el resto para reinvertirlo en publicidad del tren y en la solidez de la institución financiera. Abordó El Esmeralda, pero antes de partir se reunió en cubierta con dos de los ingenieros que habían trabajado en la unión de los dos océanos. De un lado pedían un paleontólogo para estudiar los fósiles que habían encontrado durante las excavaciones y por otro, presentar un estudio preliminar sobre las posibilidades de un canal interoceánico.

—Será más demorado que el ferrocarril, pero es factible con el sistema de exclusas —dijo.

—Quiero costos —pidió El Comodoro.

—El primer problema no es de costos, tiene que ver con el control político de la zona —dijo uno de los asesores.

—De los tratados me ocupo yo —respondió Vanderbilt—. Necesito costos.

El ingeniero entregó el estudio de gastos y las proyecciones sobre la construcción. El Comodoro alzó las cejas, arrugó el ceño y se quedó perdido entre los números. Volvió a mirar a los ingenieros y regresó de nuevo la vista sobre los números.

—¿Esto está revisado?

Los dos asintieron.

—¿Durará la construcción tantos años?

—Sí señor —respondieron en coro.

Se quedó pensando en el tiempo, en lo que quizás le quedaría de vida y que seguramente no le alcanzarían los años para él atravesar el istmo en barco.

—No puedo decir nada. Necesito que lo estudien en Nueva York.

Vanderbilt se despidió. Cuando los acompañaba hasta la escala para que bajaran del barco los ingenieros preguntaron:

—Señor... ¿Y los fósiles?

—De relleno. ¡Utilícenlos de relleno!

Walker en el camarote del Empire City aprovechó el viaje para poner en orden sus pensamientos. Además de salir derrotado de Nicaragua, tampoco sabía qué le esperaba en los Estados del Sur, más cuando leí en *La Gazeta de Panamá* y en los periódicos que le había dejado Vanderbilt, que la tensión entre el Norte y el Sur iba en aumento. Los senadores sureños estaban perdiendo terreno en Washington frente a la defensa de la esclavitud. La carta que les quedaba era que el nuevo estado de Kansas fuera aceptado en la Unión, a pesar de regirse por la ley de soberanía popular que permitía mantener el esclavismo en el territorio. Los abolicionistas estaban contrarios a cualquier posibilidad o decisión política que abriera la brecha a expandir nuevamente la esclavitud sobre la Unión. Buchanan estaba entre los congresistas del Sur, temerosos de perder su mano de obra y los antiesclavistas del Norte. Que brutos, pensaba Walker, no entienden que la estabilidad de la raza blanca depende del mantenimiento de la esclavitud. Por eso la reestablecí en Nicaragua. Es esencial para obtener mayor capital y trabajo y nos permite avanzar intelectualmente. Malditos franceses, repitió una y otra vez. Luego vio la publicidad del *Wilde-Cross Bank*: “Sus intereses del Sur seguros en los bancos del Sur”. Vijil no era tan bruto, a pesar de todo, se dijo, después de ver que había invertido las ganancias de las fábricas de armas en los nuevos bancos.

—¡Mrs Janet! ¿Está segura de ir a *Bellechase*? —preguntó Farquharson.

—¿Qué tiene de malo esa plantación?

—Billy la detestaba. Decía que cómo era posible que un bastardo hijo de negra y francés la dirigiera.

—Querido Robert, si Rillieux es un bastardo, te aseguro que Billy, aunque aquí crean que es un héroe, es más espurio. Descendemos de ladrones escoceses.

Farquharson se quedó frío con la respuesta de la tía Janet. Sintió la afirmación cargada de malestar. Una aversión que no alcanzaba a ser odio, pero que era suficiente para no hablar más de Billy. Desde que Janet había llegado a Nueva Orleans, el tema lo había evadido diciendo que no quería saber nada de Nicaragua. Ya te enterarás, decía. El ambiente se tranquilizó cuando el carruaje se acercó a la plantación y el aroma a caña y caramelo del trapiche se filtró en el aire. A lado y lado del camino la caña estaba en plena cosecha. Los negros cortaban los tallos y la colocaban en coches tirados por caballos que la llevaban hasta dos galpones. Se acercaron a la hacienda y las construcciones aledañas. De uno de los galpones salía la columna de humo que impregnaba el aire de dulce. Rillieux salió a saludar cuando le avisaron que tenía visita. Contuvo la risa al ver las fosas nasales de la tía Janet abriéndose y cerrándose frente al aroma de la caña quemada. Se acercó...

—Es el olor del almíbar —dijo.

Los hizo entrar al galpón. Hacía calor por el fuego en las pailas y las calderas.

—¿Cómo hacen para que no se quemen? —preguntó al ver varios de los negros batiendo el jarabe.

—A veces el almíbar hirviendo se riega, pero estoy perfeccionando un proceso menos peligroso que inventé hace diez años —respondió—. Me falta más investigación y algo de presupuesto, pero creo que pronto obtendré el refinamiento perfecto.

La tía Janet siguió explorando la plantación de *Bellechase*. La hacienda extendía sus cultivos por varias hectáreas. El sistema de organización era el más novedoso visto en la zona. Además, a los trabajadores se les había permitido construir sus propias casas de tal

manera que la región de *Algiers* gozaba de vida y actividad. Los trabajadores atravesaban el río sólo por algún trabajo adicional, de lo contrario, en las noches se reunían a cantar y tocar música. La tía Janet vio la posibilidad de que Zanzíbar y los treinta negros que escaparon de Nicaragua encontraran trabajo, pero también sintió dónde invertir lo que quedaba de dinero. Rillieux tenía un norte claro y definido, sus ideas gozaban de innovación y sólo molestaban a mentes retrógradas por dar demasiadas ventajas a sus negros.

—Así produzco más y todos están contentos —aclaró.

El *creole* contó los otros proyectos, uno relacionado con diversificar el mercado de la producción viendo que la tensión Norte-Sur podría afectar el comercio en un futuro.

—Ya tengo clientes en Europa —dijo—, pero lo que más me anima es encontrar la clave del refinamiento del azúcar. Sé que estoy cerca —concluyó.

El convencimiento y la visión futurista era algo que la tía Janet admiraba, una manera de concebir el mundo. Mientras Rillieux explicaba el resto de actividades, ella miraba de vez en cuando a Farquharson. Estaba ensimismado con la enfermería al lado del trapiche. El *creole* percibió el interés.

—Nos faltan medicamentos y algunos útiles —dijo—. Un amigo médico de mi padre vino a visitarlo y le gustó tanto Nueva Orleans que se quedó. Es el encargado del dispensario.

La tía Janet y Farquharson regresaron con otra mirada. Ella, convencida de haber tomado la decisión adecuada al quedarse en Nueva Orleans y él, con la posibilidad de aprender sobre los avances de medicina en Francia. En el ferry, el amigo de Walker no pudo aguantar más la pregunta que tenía contenida hacía varios días:

—Mrs Janet. ¿Por qué compró la casa de los Martin?

—Por el piano, voy a aprender a tocar piano.

En el muelle de Manhattan, los ayudantes de Vanderbilt bajaron sus pertenencias. Catherine estaba impaciente por verlo. Su rostro no mostraba ninguna huella de tristeza, por el contrario, parecía que la luz se reflejaba en ella con mayor intensidad, sobre todo los ojos.

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—Spencer quiere desposarla. Cuando se embarcó en Nicaragua, le entregó una carta. Ya te la mostraré —dijo—. Dice que después de acabar con Walker regresará para casarse con ella.

Vanderbilt no dijo nada. La abrazó. Las luces en los ojos de Catherine lo llenaban de emoción. Por primera vez, después de muchos años, vio que cambiaba su mirada de ilusión por la de júbilo. En el carruaje, camino a la casa, repartió instrucciones a su hijo. Pidió que le prepararan el viaje a Washington para la siguiente semana.

—Cuando tengan listas mis audiencias con los senadores de las subcomisiones de Hacienda y Defensa, salimos —dijo—. Hay aún mucho por hacer, pero todo parece volver a la normalidad.

El hijo comentó las tensiones políticas recientes y el desequilibrio armamentista entre Norte y Sur después de que Walker había implementado el sistema de fabricación de armas por Estados.

—Además —dijo—, cuentan con soldados experimentados. Muchos estuvieron en la guerra con México.

Vanderbilt parecía no preocuparse. Sus cálculos mentales no dejaban pérdidas.

—Quiero que lo analicen con detenimiento —dijo a su hijo—. No quiero errores —entregó los estudios y proyecciones a propósito del Canal de Panamá—. ¿Y Spencer? ¿Qué más sabemos de él?

—Dicen que es hombre de honor. Por eso lo llevamos a Nicaragua, pero no conocemos más de su vida ni familia.

—¡Averigüen!

Cuando el Empire City II atracó en el puerto de Nueva Orleans, la algarabía era total. Los periódicos, sobre todo el *Daily Crescent* y el *Picayune* lo trataban de héroe. Le rendían honores presidenciales. Predominaban los elogios. Aún no se sabía el resto de los acontecimientos en Nicaragua.

—¡No estoy derrotado! No estoy derrotado —repetía—. Esto aún no ha terminado.

Empresarios del Sur, senadores contentos con el trabajo que generaban las fábricas, familias religiosas convencidas de la esclavitud, soldados que había combatido en Sonora dispuestos a volverse a enrolar y madres convencidas del papel de sus hijos en Centroamérica, hacían parte del comité de bienvenida.

—¡No estoy derrotado! —volvió a decir—. Ni reyes ni presidentes pueden contener mi movimiento fundado en la verdad y guiado por la justicia y el Todopoderoso.

Alzó la mano y saludó a su pueblo. La ovación lo obnubiló. Sólo los ciegos no aprenden que la Providencia me adiestra. Sí, se repitió. Estoy destinado a realizar grandes designios. Alzó los dos brazos y la algarabía produjo más visiones. A pesar de las pruebas, obstáculos, sufrimientos y persecuciones a las que me someten, soy el que soy. ¡Volveré! ¡Volveré! ¡Tucker! ¡Escribe!: Los americanos que apliquen sus recursos y energías para recobrar Nicaragua, tendrán la seguridad reconfortante de que redimen de la barbarie a una de las naciones más bellas de la tierra.

Walker descendió triunfante con sus diez y seis hombres del Estado mayor. Parecía que nada hubiera pasado. Sobre el papel seguía siendo Presidente de Nicaragua. Expandía las fronteras de la Unión como hasta ahora nadie lo había hecho.

¡Viva Walker!, se escuchaba al fondo.

¡Volveré!, repetía él.

2

—YO REPRESENTO SUS SUEÑOS —DIJO WALKER en el pórtico del Hotel St. Charles de Nueva Orleans.

—Bien dicho Presidente —repetía Gumbo.

—Sus ilusiones —y señaló a la gente que se había reunido a ver al Presidente de Nicaragua y futuro Estado treinta y tres de la Unión— son los de todo americano de bien y la de la Divina Providencia. Y son las mismas mías.

—¡Así es —insistía Gumbo, como un eco político en la conciencia de Walker.

Los aplausos de unos y los vivas de otros se mezclaron con la interrupción de uno de los mozos del hotel.

—¡Presidente! —dijo—. Lo busca uno de los periodistas del *Picayune*.

—Aprovecha la entrevista, decía su voz interna. ¡Aprovéchala!

Las mieles del poder hostigan la bienaventuranza.

La actividad en el Capitolio se había incrementado. Vanderbilt, advertía sobre la presión de los esclavistas y la necesidad de que se tomaran medidas concretas ante el panorama de una eventual guerra civil.

—Tenemos que aumentar los intereses para el suministro de insumos que van hacia el Sur, ampliar los subsidios a las industrias del Norte y sobretodo, dar más libertades financieras a las sociedades bancarias —exigió—, al menos las que están en el Sur. Necesitamos tener mayor control sobre el encaje bancario.

—Si controlas su dinero, controlas sus actos, sino, entre las armas y la esclavitud acabarán con la Unión.

Vanderbilt salió de Washington con la satisfacción de haber logrado sus propósitos, no sólo el que tenía que ver con el *Wilde-Cross bank*, también haber negociado el contrato del ferrocarril para prestar servicios al Estado. Pero sobre todo, que Buchanan le haría creer a Walker que lo apoyaría mientras los asesores presidenciales preparaban una consigna en contra del filibusterismo.

—¡Señor! —llamó la atención el mozo—. Me podría firmar este periódico —el joven señaló la parte donde se anunciaba la presentación de Walker en el teatro de la ciudad.

No dudo. Firmó: Con la fe de todos, William Walker, Presidente de Nicaragua. Entró al salón donde lo esperaba el reportero. Expuso su visión de un nuevo mundo y como la gente lo identificaba y respaldaba como conquistador.

—Tengo y puedo conseguir el dinero que necesito para recobrar lo que he ganado por derecho propio —dijo.

Al sentirse en confianza con el periodista sus voces internas parecían unirse: podemos estar derrotados, pero no desanimados.

Lo que se escribía de él en la prensa sembró en el olvido los errores tácticos del pasado. Su elocuencia hacía real lo imposible.

—¡Muy bien, Presidente! —dijo el mozo del hotel, al terminar la entrevista—. Me gustó lo que dijo. Quiero ser como usted —acotó.

Walker le dio un par de palmadas en la espalda.

—¿Tu nombre?

—Samuel Monroe.

—Llegarás lejos. Llevas un honroso apellido —dijo Walker.

—Gracias señor.

El joven se tocaba la mano después de la felicitación. Había olvidado decirle que Farquharson lo buscaba. Lo recordó.

—Dice que es su amigo, señor.

—Ahora no. Que estoy ocupado.

Walker, frente al aura de triunfo, preparaba una peregrinación a Washington.

—Dígale que Buchanan me quiere ver...

—Cada vez hay más armas en el Sur —insistían los senadores.

—No es cierto —respondían los defensores de la esclavitud—. Son para la defensa propia. Somos fieles seguidores a la primera enmienda.

—Quieren exportar guerra y esclavitud.

—Billy no me quiso recibir.

—¡Te lo dije! Ese muchacho es otro —comentó la tía Janet.

Había encontrado paz en casa de los Martin y en el piano de Ellen. Recobraba los primeros movimientos de Bach.

—En el hotel la gente se aglomera para verlo. Creen que es un Dios —acotó Farquharson.

—Él también lo cree —y mostró uno de los artículos que reproducía apartes de uno de sus discursos:

No me sonrojo al decir que soy el favorito de los dioses, decía Walker. Agregaba que la Providencia que los había traído de nuevo a Nueva Orleans no permitiría que hicieran tantos esfuerzos para nada. Todo tiene un propósito. Nos llevará al éxito. Nos permitirá lograr aún más para la grandeza y la gloria del pueblo americano.

—Perdió el entorno. Siempre insistí que no lo perdiera —dijo Farquharson.

Le contó a la tía Janet el día que operó un conejo y dejó la mitad de los órganos por fuera.

—Me tocó salvarlo. Corregir su error.

La tía Janet se quedó en silencio. Las manos se congelaron en el aire. Recordó la pregunta de Zanzíbar: ¿Está usted con Walker o con nosotros?

—Perdió el entorno —repitió—. Me temo que será peor. Con mentes como las de mi sobrino ganaremos más enemigos que amigos —concluyó.

Retomó el teclado. La fuga de Bach. Escapaba a la desilusión. Ella misma se sentía traicionada por el sobrino amado.

—Se volvió sordo. No sé qué es lo que escucha —dijo.

—Su propia voz —respondió Farquharson—. Pero según él, la voz del Supremo, la voz del bien.

La tía Janet siguió con el piano. Sentía con cada nota la fuga de sus ilusiones.

Mi venganza y redención será invertir su dinero en *Bellechese*, pensó. Las notas del piano se hicieron más claras y definidas.

Camino a Washington, leía el periódico con sentimientos divididos. De un lado, casi satisfecho con la entrevista publicada. Yo la hubiera transcrito mejor, pensaba. De otro, molestó con el éxito obtenido por Rillieux en el proceso de refinamiento del azúcar y la venta de la patente a los ingenios del Sur a los países productores en el Caribe. Rillieux y su socia Janet Walker, viajaban como expertos a Cuba para implementar el proceso en la isla. Según la noticia, las ganancias eran enormes y el modelo empleado en la plantación de *Bellechase* era digno de ser copiado en cualquier parte del país. Se está vengando, dijo. Todos te traicionan. Todos sin excepción, repitió. ¡Vieja zorra!

Es propicia la perseverancia. ¿Hasta dónde es lícito mermar a los demás?

Vanderbilt regresó de Wall Street con una carpeta llena de títulos de valores. En el despacho de su casa, respaldado por el retrato que le hizo Samuel Waugh, se reunió a puerta cerrada con sus socios y asesores. Revisaban una a una las cuentas de los bancos, las transferencias y el futuro de las inversiones. La parte de los bancos que le correspondía la invirtió en La compañía del Ferrocarril de Panamá y en sus dos empresas navieras, la *Accessory Transit Company* y la *Vanderbilt Lines*. Su empresa de ferrocarriles al interior de la Unión estaba más que segura gracias al contrato con el Departamento de Estado por los siguientes diez años. Lo disfrutarán mis hijos, dijo.

—Si queda algo, funden una universidad en donde haya nacido Walker. ¡Póngale mi nombre! —sentenció.

Catherine sonrió. Recogía una carta de Spencer. Estaba en la bandeja de la mesa de mármol continua a la oficina de su padre. Alcanzó a escuchar: ¡Manos a la obra! Ya es hora. ¡Háganlo!

Los asesores comenzaron a redactar una carta y un documento destinado al Secretario del Tesoro.

Salvo por la noticia de Rillieux y la tía Janet, Walker navegaba hacia Washington sobre una estela de éxito. El resto de combatientes en Nicaragua aún no llegaban. Los periódicos de Vicksburg, Memphis, Cincinnati, Louisville publicaban partes de victoria, elogios a su personalidad y agradecimientos de los industriales. Las críticas habían desaparecido del horizonte. En cada pueblo donde se había implementado la fabricación de piezas para armamentos reinaba un aire de protección. Lo veían, no sólo como el regenerador de Centroamérica sino de la Unión. En Louisville, antes de tomar en tren hacia la capital,

envió un telegrama al General Henningsen para que manejaran un perfil bajo en Washington. Mis enemigos estarán al acecho, decía. Prefiero dar un zarpazo en silencio, concluyó.

Buchanan notó que el rostro de Walker se había vuelto más duro y deslucido, como si la piel tostada no lograra ocultar la expresión de desilusión. Las cuencas de los ojos parecían más profundas. Le daba vivacidad al gris del iris. La mirada no había perdido su agudeza. Parecía buscar algo sobre el escritorio, una luz, un decreto. A pesar de los cambios físicos, su seguridad seguía siendo la misma que le había conocido en San Francisco cuando vendía el plan de invasión de Sonora y Baja California.

—Te has vuelto un héroe —comento.

—¡No!, Presidente. Sólo soy un regenerador.

Buchanan mostró extrañeza. Buscaba en su mente que entendería su interlocutor por “regenerador”.

—Mi único propósito ha sido el de extender la influencia americana y americanizar Nicaragua —aclaró.

—Pero Centroamérica aún cuenta con apoyo inglés y español —respondió Buchanan—. Eso nos puede generar problemas.

—Esos híbridos centroamericanos son incapaces de autogobernarse.

Frente a la última sentencia, el Presidente no pudo seguirle la corriente.

—¡General! Le ruego no olvidar nuestros compromisos internacionales, los tratados y nuestras obligaciones —dijo, con énfasis—. Por ahora nos tenemos que someter al Tratado Clayton-Bulwer y usted lo sabe.

—¡Señor! —replicó—. Con todo respeto. No creo que usted sea tan ingenuo, Presidente, como para no ver que los ingleses quieren ese canal.

—¡General Walker! Por supuesto que estamos al corriente de la situación en Panamá y en Nicaragua. Cuando sea el momento indicado, actuaremos de acuerdo con nuestros intereses —énfasis—, pero por ahora jugamos a la diplomacia. Para eso existe. Se trata de hacer creer que no usamos la fuerza —agregó.

Buchanan no dijo que los ojos estaban puestos en la provincia de Panamá y las divisiones políticas entre los conservadores y los liberales de la Nueva Granada. Que mientras allá se preocupaban por expulsar jesuitas, Vanderbilt invertía en el ferrocarril y pensaba en el canal. Que él ya se había ocupado del tema y por eso poco le interesaba el trayecto por Centroamérica. Menos dijo que de todas maneras necesitaba que Walker siguiera con la idea de Nicaragua: así distrae a los ingleses, había dicho el Presidente.

—¡Señor! Sólo espero su apoyo.

—¡General! ¿Por qué no piensa en México? Puede volver con sus hombres, ultrajar el pabellón y entrar en contienda. Nosotros aprovechamos el desorden interno y nos apoderamos de Cuba —Buchanan lo miró a los ojos—. A usted le ha interesado tanto como a nosotros.

—¡Presidente! Soy el Jefe de las fuerzas armadas de Nicaragua y Presidente. En México no soy nadie... un invasor. Un violador de la neutralidad —devolvió el argumento.

Buchanan se paró del escritorio. Le dio la espalda. Miró por la ventana.

—Sólo espero su apoyo —insistió Walker.

—¡General! ¡El Presidente soy yo! Ahora nos interesa Cuba.

Buchanan lo acompañó hasta la puerta, pero antes de despedirse, para darle más familiaridad al diálogo, recordó a la tía Janet.

—¿Y cómo está la señora tan diligente que organizó aquella reunión en San Francisco. Creo que era su tía... cierto?

—¡Presidente! —respondió—. Mi tía murió.

—¡Ah! Lo lamento. Lo siento mucho —y se despidió.

La prensa registró el encuentro como “general e informal”. El Presidente mantuvo la orden de que en caso de que Walker regresara a Nicaragua publicaran la consigna contra el filibusterismo, tal como se lo había prometido a Vanderbilt.

—Y mantengo buenas relaciones con los ingleses —había dicho.

Si eres veraz, tendrás luz y éxito. Es propicio atravesar las grandes aguas.

La fama de Walker se extendió también en Nueva York. Propietarios de teatros y organizadores de espectáculos de variedades lo invitaban para que hablara, pero de la misma manera, para que se llenara el salón y aumentarían las ventas. Broadway lo aclamaba. En los intermedios y los entre actos la gente lo ovacionaba, pedía que hablara. Walker repetía frases: no me sonrojo al decir que soy el favorito de los dioses. La guerra en Nicaragua es una guerra de razas entre híbridos y hombres blancos. Los aplausos lo engrandecían. En su mente repetía... el pueblo es emocional... Sentía que la gente tenía deseos de escuchar una arenga más y él aprovechaba ese espacio del entre acto para subir el tono de voz y decir: ¡Vamos a regenerar a Centroamérica! Tenemos el apoyo del Presidente y el presupuesto de ustedes. Además de los benefactores espontáneos y los aportes de algunos de los asistentes, continuaba reuniendo dinero y ofreciendo tierras en Nicaragua para preparar la nueva invasión. El apogeo entró en duda y declive cuando una noche, a la salida de un teatro de variedades, lo abordó un periodista del *Herald* que no estaba muy convencido del éxito. El General Henningsen trató de alejarlo, pero el reportero estaba acompañado de cuatro soldados.

—¡Presidente! —dijo— ¿Los reconoce?

Walker veía cuatro pordioseros, con los trajes raídos, los rostros perdidos en el dolor. A uno le faltaba un brazo, otro mostraba ampollas y gangrena y a los otros dos les faltaba una pierna a cada uno.

—Son sus hombres, ¡Presidente! Reclaman la paga de quince meses por luchar a su lado.

Walker saludo.

—Y quieren una compensación...

La fama comenzó a derrumbarse, no sólo con el incidente y la descripción que hacía el reportero de los cuatro soldados cetrinos, pálidos, enfermos y deprimidos. También publicó, en primera página del *Herald*, el desembarco en Nueva York de la fragata Wabash con ciento veintiún soldados y oficiales, trece mujeres y cinco niños. Los filibusteros de Walker habían comenzado a llegar a los diferentes puertos. Bajaban con gangrena, piernas o brazos amputados, algunos sin un ojo, sin un dedo. Parecía una visión de la miseria hecha hombre. Los que aún conservaban la vista parecían clavar los ojos en un cuadro de horror. Los que tenían voz no hablaban. Tampoco necesitaban hacerlo. Bastaba con verlos. El periódico decía que mientras Walker pasaba las noches en los teatros de Broadway hablando de los logros y llenando las arcas para su regreso, sus soldados permanecían enfermos o en tratamientos especiales en el *Bellevue Hospital*. Oficiales que después de combatir más de un año aún no les pagaban. Llegaron a pedir limosna a la salida de los teatros con el brazo que les quedaba y parados en una sola pierna. Walker huyó en un tren hacia Filadelfia y se escondió unos días en Nashville, donde su padre.

Lo primero que encontró en la casa de su ciudad natal fue a la partera sentada en una gran silla. Roncaba en un sueño profundo. Como Walker, de pequeño, en uno de sus delirios

de fiebre la había descabezado, aún la veía sin la testa. Esta vez la imagen no era de triunfo, parecía el tronco de un árbol que respiraba.

—¿Todavía sigues con esa negra?

—Es la única que no se ha ido —respondió su padre—. Cuando tu madre murió, todos comenzaron a irse.

—Son esclavos, puedes dispararles.

James Walker, a la edad de ochenta y tres años miraba diferente, pero impotente. No encontraba palabras para decirle que algunas cosas cambian, a pesar de los intentos que hacemos por volverlas permanentes.

—No hijo, he perdido la puntería —respondió.

La partera seguía ahí, fiel. Había prometido a la madre de Walker cuidar al marido hasta la sepultura.

En la cena departieron como en los viejos tiempos, sólo que esta vez el padre escuchaba a su hijo y pensaba en las aristas de lo que decía. Veía actos y consecuencias. La férrea decisión de volver a Nicaragua.

—Es más —dijo Walker—. Voy a escribir mis memorias. Ya comencé algunos apartes, pero aprovecharé mi estadía para ajustar los hechos.

—Buena idea hijo —comentó, con la ilusión de que no se fuera pronto—. La memoria, con el tiempo, se diluye. Es mejor que escribas ahora que estás en condiciones de hacerlo. Mi lucidez ahora sólo me sirve para alimentar animales. Además, como estoy sólo, me he refugiado en la memoria pasada. La inmediata no me sirve. Tampoco tengo con quien hablar.

Lo siguió mirando, por momentos como un hijo desconocido, en otros como el hijo pródigo, pero al final como su hijo mayor. No aguantó más la impaciencia y preguntó:

—¿Cómo murió Lipscomb?

—¡Padre! Cómo un héroe de guerra.

Walker sacó del bolsillo de su levita una caja de terciopelo. La abrió. En el interior, una medalla.

—Es la condecoración al máximo honor —dijo—. Se la otorgó el Gobierno de Nicaragua en agradecimientos a los servicios prestados a la patria. Te la traje.

El padre lo miró sin decir nada. Masticaba la carne con dificultad por falta de varios dientes. Tragó el bocado como si fuera una moneda falsa.

—Ponla a lado de la de James.

Walker se paró. Hizo lo que su padre indicó. Vio la daguerrotipia: James Walker, Nashville 1828 – Masaya 1856.

—Tal vez no deberías volver —comentó—. Este país va a entrar en guerra.

—No padre, si reconquistó Nicaragua y Centroamérica, el Sur será más fuerte. No habrá guerra —respondió—. Si extendemos nuestra fuerza a otros mares, menos problemas tendremos en la Unión.

El padre, entre más lo escuchaba, mayor dificultad tenía para masticar la carne. Deseó no atragantarse.

—No debes volver.

—No habrá guerra, Padre. ¡Yo la evitaré!

—¡Maldita sea! —golpeó la mesa—. ¡Que no vuelvas! Es una orden. Ya mataste a tus dos hermanos —dijo—. O acaso olvidaste a James. Murió por perseguirte a Nicaragua. ¡No quiero más medallas!

Walker lo miró con los ojos clavados en él. La frente arrugada. Su rostro ligeramente enrojecido.

—¡Y no me mires así! ¡Soy tu padre! O acaso me vas a fusilar...

Al día siguiente, mientras desayunaba, la comida se le atragantó. Su padre había salido a darle maíz a las gallinas. Estaba solo en la cabecera de la mesa del comedor con el periódico. El titular en primera página era elocuente para alterar el curso de los acontecimientos: ¡Quiebra el *Wilde-Cross Bank*! Las utilidades de las fábricas de armas, los ahorros y endosos adicionales a favor de su campaña de regreso se esfumaban. La rapidez con la que leyó la noticia lo llevó hasta la nomina de socios que integraban el banco.

—¡Maldito Vanderbilt! —repitió varias veces, como una oración—. ¡Maldito mercenario!

Walker terminó el desayuno. Salvo la partera sin cabeza, nadie más lo acompañaba. No había ni un alma. Todos se fueron, como dijo mi padre, pensó. Subió a su cuarto por la maleta.

La nada.

ADELANTE LO PRECEDÍAN DOS OFICIALES CON las espadas desenvainadas. Atrás, otros tres con las bayonetas en su espalda. Caminaban hacia la silla frente al paredón. Walker, a mitad de camino, vio a su derecha la zanja cavada en la arena. Uno de los soldados hondureños advirtió el mohín de descontento.

—Sí, Presidente es para usted —dijo—. ¡Su fosa!

Walker asió su crucifijo con más fuerza. Le tallaba la mano, pero no le importó. Sólo repetía en su mente: todos te traicionan, todos te traicionan. Miró la hora en su reloj de bolsillo: las siete y cincuenta y siete de la mañana. Una rana se desperezaba entre el montículo de tierra dejado por la excavación.

Walker estaba por irse de su casa natal. Era hora de retomar las gestiones para regresar a Nicaragua. Mientras descendía las escaleras con las maletas en mano recordó el día que los sirvientes despertaron aterrados al ver las paredes plagadas de cruces y círculos. Parecían los escudos de alguna sociedad secreta. Las improntas nacían en la cocina, montaban hasta el segundo piso y se detenían en la habitación de sus padres. Mary y James, después de preguntar a los esclavos, descubrieron que Billy, Lipscomb y Farquharson habían pasado la tarde anterior jugando con las papas de la sopa. Estampaban dibujos. Con un cuchillo de cocina habían cortado por la mitad varios tubérculos y tallado sobre el corte formas de estrellas, casas y árboles. Luego mojaron los nuevos inventos en tinta para plasmar las figuras sobre los cuadernos. Son dibujos muy simples, dijo Billy. Lipscomb hizo un círculo y él, una cruz similar a la de San Jorge. Luego imprimieron el diseño, ya no sobre el papel, sino en las paredes de la casa. Billy colocaba primero la cruz y luego su hermano y Farquharson, con el sello de la otra papa, la encerraban en un círculo. Al final, los tres

cómplices dejaron marcado el camino desde la cocina hasta el cuarto de la madre. Los padres, ante la imagen de cruces encerradas no sabían si reprenderlos o admirar dotes artísticas que podrían llevarlos a una vida consagrada al arte.

—Son travesuras de niños —dijo su madre.

Aún, en uno de los bordes de la escalera, en la parte inferior de la pared, se veía vestigios de alguna cruz, o al menos creía verlos. Se quedó pensando en lo que sería su vida si se hubiera dedicado a la pintura. No sería un héroe, más bien haría retratos de ricos y de héroes, se respondió. Vagaría con un caballete sobre mis espaldas. Ahora tengo un país. Un Estado más.

Las palabras flotan. Regresan. Se repiten.

Observó al general Álvarez hablando con los diez soldados del pelotón de fusilamiento. Vino hacia él.

—¡Buenos días, Presidente!

Walker se sintió reconocido en su estatus. Al menos sabe que soy el que soy, pensó.

—¡Buenos días, general! —respondió.

—¿Algún deseo en particular?

Repitió lo que le había dicho la noche anterior. Reclamó que consideraba injustos los cargos de piratería y filibusterismo por el cual lo condenaban a muerte y lamentó que la justicia hondureña fuera tan incompetente.

—Ya le dije, general, que la piratería es imputable para acciones en alta mar. Fui capturado en tierra —insistió—. Y sobre mi acusación de filibusterismo, sabe usted que dicha calumnia no tienen ninguna significación legal.

El general Mariano Álvarez no repitió la sentencia. Sólo estiró la mano y dijo que enviaría la correspondencia escrita por el reo.

—¡Tome! Es para usted —Walker le entregó el reloj de bolsillo en señal de agradecimiento por las cartas.

Con el dinero obtenido en San Francisco logró reclutar doscientos combatientes que se unieron a la causa de recuperar el país que había perdido por culpa de la coalición centroamericana.

—Sólo voy a tomar lo que he ganado por derecho propio —dijo.

En su primer intento de volver, los falangistas lo siguieron hasta Costa Rica con la idea de internarse desde Punta Arenas hasta Nicaragua. Inicialmente lograron tomarse el Castillo de La Inmaculada, pero el Presidente Buchanan, tal como lo había anunciado, hizo efectiva la declaración contra el filibusterismo.

—¡Captúrenlo! Y díganle que se lo advertí —ordenó.

La flota americana se instaló al frente de San Juan del Norte y obligaron a Walker a rendirse y regresar en el Northern Light a enfrentar en Nueva Orleans un nuevo juicio por violación de neutralidad. De nuevo fue declarado inocente, más para que recuperara la libertad y lo siguieran. Los abolicionistas, ante la tensión Norte-Sur, querían ubicar las fábricas de armas y Walker era el indicado para enseñarles el camino.

El pródigo se vuelve a ir.

Se sentó en la silla dispuesta en el cadalso. No quiso que le taparan los ojos.

—Estoy listo —dijo.

Álvarez lo miró. Algo de compasión sintió al verlo indefenso y aún sumergido en la Presidencia de Nicaragua.

¡Apunten! ¡Fuego! —ordenó.

El estruendo de la primera bala se ahogó en el repique de la misa de ocho. Un perro atravesó la línea de ejecución; llevaba una lora entre el hocico a la que apenas se le vislumbraba el movimiento de las garras. Con el olor a pólvora la soltó. Había perdido el entusiasmo por el agitar de las patas y por el sabor a derrota que invadió la plaza. El oficial que disparó descansó el fúsil. Los otros seguían apuntando. La bala, parecía descansar con cada repique de campanas. Viajaba directo a su objetivo: la pierna derecha. Walker sintió un ardor que quemaba los recuerdos de la infancia, el pequeño John Jones que lo acompañase en su primer viaje desde Nueva Orleans hasta San Francisco. Aquel adolescente sensible y propenso a los sustos. El dolor subió desde la pierna hasta la médula. Era el primer disparo. Se despidió de John Jones.

Walker insistía, como insiste alguien que intenta escapar de una pared invisible y se golpea contra los cristales de la realidad. En su segundo intento por recuperar la Presidencia contó en Mobile con apoyo de varios de los primeros combatientes que lo llevaron hasta Nicaragua. Alquilieron una goleta. Él y ciento diez filibusteros se escabulleron por la bahía esquivando uno de los buques que los vigilaba. Logró escapar por la costa bajo riesgo de hundirse. Habían burlado a su propia marina. Sin embargo, en esta ocasión fue la propia naturaleza la que los acabó llevando hasta las costas de Belice y Honduras. Una tormenta incrustó la goleta en uno de los arrecifes y los abandonó tres días a merced de la suerte. Al final, unos pescadores lo rescataron y lo dejaron en manos de los británicos. Lo enviaron de nuevo a Nueva Orleans. Esta vez terminó deambulando por las calles. Las comenzaba a ver como fantasmas. No sentía que caminaba sobre ellas. Las trastabillaba. Un mareo permanente

se había apoderado de él, como si el vaivén del mar, después de tanto navegar de costa a costa y de norte a sur, lo persiguiera. Sólo me siento bien en el mar, dijo y buscó ayuda.

Si no eres el hombre adecuado...

—¡El siguiente! —escuchó en medio del ardor—. ¡Apunte! ¡Fuego!

La segunda bala recorría la plaza central detenida en una onda sonora. Parecía flotar sobre el repique del tercer campanazo. Las caras de los pobladores en esa madrugada miraban con sorpresa. Algunos desprevenidos voltearon a ver en el momento del segundo estruendo. Otros se distrajeron en la huída del perro y unos pocos repararon en la lora maltrecha. Walker también. Vio como el animal recuperaba sus movimientos, hasta que sintió el impacto en la pierna izquierda. La lora parecía quejarse como lo hacían Brown y Smith cuando el calor, el viento o cualquier circunstancia externa los afectaba, les dañaba su ropa o sentían no lucir como debían en los diferentes cócteles sociales. Walker se transportó a esos momentos en que sus ansias de poder lo hicieron hablar frente a la alta sociedad de Nashville, Filadelfia, Nueva York, París, Londres, Berlín, Roma para atraer la atención. El pueblo es emocional, repitió al tiempo que el segundo ardor parecía dormirle la otra pierna. La sangre en su cerebro comenzaba a hervir a borbotones. No entendía lo que pasaba, pero si observaba al general Álvarez mirar su reloj y dar otra orden para un tercer disparo. Se despidió de Brown y Smith con un hasta pronto. Todos vamos hacia el descanso eterno, dijo.

... no se te manifestará el destino.

Deambuló por la calle Canal hasta Basin. Instintivamente se dirigía a tropezones hacia el cementerio, como si en el camposanto estuviera marcada su dirección. Sus pasos, por el

efecto de las olas, eran ebrios. Iba de un lado al otro, de un recuerdo a otro, de un país a otro. Alcanzó a observar el muro blanco y las rejas de la entrada. Esquivó a Ellen y a su hijo. Recordó cuando maldijo en la iglesia. Ahora dudaba de su perdón y arrepentimiento. Pasó de largo y se metió entre recovecos que lo llevaron a las casas de vudú alrededor del segundo cementerio. Que herejía, pensó, hasta que observó en una de las vitrinas una réplica del Vesta. No puede ser, dijo. Lo vio de cerca y era exacto. Al lado, las cartas del Tarot. Esto es una señal. Entró. Creyó ver a la partera descabezada. Hizo de cuenta que era una señal de Dios. La vio blanca y pidió que le leyera el futuro con las cartas que estaban al lado del barco. Escuchó atento: tu destino está escrito. Harás historia. Hasta ahora no me ha dicho nada que no sepa. Tucker escribió *La guerra de Nicaragua* y ya soy historia. ¡Soy el Presidente! Saldrás publicado en los periódicos. Ya lo sé, dijo. Hasta que escuchó: la Providencia te ha moldeado para el cumplimiento de grandes designios. Eres un instrumento del Poder Supremo que dirige los destinos de las naciones y controlas la corriente de la civilización. Te veo navegar fiel a tu destino por el Golfo. Vas sólo. Tus amigos te siguen en un barco como el de la vitrina. Sí, dijo él. Eso es. Debemos viajar en dos barcos. Walker dejó el dinero y de inmediato buscó a los viejos combatientes que quedaban de la primera expedición. Continuaba mareado, pero veía el horizonte más claro, a pesar de que en el fondo alcanzaba a escuchar la orden del padre: ¡Que no vuelvas!

¿Existe el destino?

El tercer disparó lo escuchó en el momento del séptimo repique. El dolor de las dos balas anteriores transitaba por el cuerpo. No sentía las piernas. Gumbo, sigues tú, se dijo Walker. La bala transitaba por los corredores del Capitolio buscando el último respaldo político para apoyar su causa centroamericana, su deseo de expansión y de gloria. ¿Por qué

me dieron la espalda? Me traicionaron cuando buscaba lo mejor para nosotros. Doce mil muertos no es mucho frente al futuro que prometí. Una América grande, enorme, expandida a todo el continente. Estados dedicados a la producción gracias al restablecimiento de la esclavitud, y nosotros... nosotros pensando en grande, dedicados a la intelectualidad y la vida contemplativa. Lo único que quería era el desarrollo de la riqueza de Nicaragua, y para eso estaban mis esclavos negros. No pedía más, sólo eso. Gumbo se calló cuando la bala impactó su mano derecha. La lora reacomodó sus alas.

¡No! El destino no existe.

El último intento por recobrar los derechos en Nicaragua fue desde Nueva Orleans. Un grupo de filibusteros levó anclas en el Clifton y salió por el Missisipi hasta ganar el Golfo de México. El poco viento que hubo llevó la nave hasta las costas de Belice, frente a uno de los buques de guerra de la marina inglesa. La fragata británica decomisó el armamento y municiones que llevaban: veintiséis cajas de cartuchos para rifles, medio barril de cartuchos para carabina, quince barriles de pan, cinco pares de zapatos, veinte frazadas y ocho cajas de cartucheras y cananas. Walker se había embarcado en otra goleta con un número más pequeño de combatientes. Se sentía más seguro en el Taylor y viajando por separado. Logró llegar hasta Trujillo en la costa de Honduras, pero ante la ausencia de la otra fragata se limitó a esperar. Los ingleses advirtieron su presencia. Logró reunirse con sus otros soldados, pero estaba vigilado.

¡No!

Un cuarto disparó surgió desde el silencio de las campanas. Los tres primeros oficiales comenzaron a sentir el dolor del reo mientras el general Álvarez no se inmutó ante el clamor del enemigo. La entereza que mostró Walker al inicio del fusilamiento se había transformado en gestos de dolor. Con cada impacto sentía que se separaba. Su cuerpo fragmentado recordaba los pedazos de un espejo en el que sólo él se reflejaba. En vida, traicionado por mi gente, mi familia, mis amigos, dijo. Ahora, en mi muerte, por mis ideales, mis conciencias. La bala se desplazó firme, sin dudar directo a la mano que empuñaba las armas, la que daba órdenes y definía las estrategias militares. Walker pareció ver el proyectil, la determinación. No perdía ruta ni norte. Iba directo hacia su mano izquierda. ¿Por qué? Dobs, por qué fallamos en nuestra estrategia. ¿Dónde está el error? El estratega militar que llevaba adentro no respondía. Dick Dobs sabía que en la guerra los errores tácticos se pagaban con la muerte. Lo que acaba con uno es la imprudencia, pero la motivación de quien ataca, las recompensas y el apoderarse de los bienes del adversario acaba con el enemigo. Walker no escuchó al estratega. Se acabó la tierra y la paga. Los soldados deben ser bien tratados. Los motiva la retribución, pero si no la hay, desertan, cambian de bando, dijo Dobs. Las promesas deben ser cumplidas. Primero está la necesidad de nutrir a los propios antes que luchar por las ideas de otros. Esta vez fue Dobs quien tomó la iniciativa. Adiós, mi general. Se despidió. El tiro se instaló en la mano izquierda. Sobrevivía el tronco y la cabeza. Sus extremidades parecían ramas desgonzadas. Walker, amarrado a la silla del cadalso, intentaba no sucumbir al canto de las sirenas.

¡Padre! ¡Padre!

La armada inglesa en conjunto con el ejército hondureño protegía las costas del Caribe. Walker había anclado en una pequeña ensenada. ¡Debemos regresar! Comentó Dobs.

Walker no escuchó. No había manera de burlar ingleses y hondureños, y de hacerlo, la oposición nicaragüense y la marina costarricense lo esperaban. Dobs tenía razón. Walker quería oír a su conciencia militar, pero la realidad lo invitó a reunir a sus soldados en cubierta y explicar la situación.

—Los ingleses en mar nos tienen al acecho y en tierra no nos espera mejor suerte —dijo—. Nuestras opciones son: regresar a Nueva Orleans... derrotados o tomar en la noche, por sorpresa, el puerto de Trujillo y recuperar nuestras riquezas, lo que nos pertenece.

Mientras Dobs martillaba en su cabeza la idea de regresar. ¡Debemos regresar!, la otra voz interior de Walker se transformaba en democracia.

—Cada uno de ustedes debe decidir.

Sus ideas y discursos manejados por años. Las esperanzas vendidas. La iluminación que lo guiaba decidió por él amparada en la voz de los otros. De nuevo servía a sus intereses, a su idea del bien y su acción ideal.

—Trujillo, Presidente. ¡Tomemos Trujillo! —respondieron los soldados al unísono.

¡Padre! ¿Por qué nos has abandonado?

Para el quinto disparo, más de la mitad de la gente se había ido. Unos entraron a la misa de ocho, otros se espantaron del dolor del reo o fueron a enfrentar el día a sabiendas de que con Walker o sin él, el sol sale y se oculta todos los días. Los pocos que se quedaron lo hicieron porque tenía que terminar el trabajo de la fosa o esculpir en la lápida: William Walker. 12 de Septiembre. 1860. Esperaron.

—¡Fuego! —dijo Álvarez, dando la orden del quinto disparo.

La lora, recuperada del dolor, estuvo atenta, como si quisiera registrar algún sonido, una voz, un discurso para repetir en el futuro. El tiro hizo girar el proyectil en el interior del

cañón del fusil. Tucker vio el humo, luego la bala en dirección al corazón. Escribe Tucker, ¡Escribe!: Debemos esperar que la posteridad nos hará justicia, sino nos la hacen ahora.

—Presidente... ya no hay mucho que decir —replicó la voz interior.

—¡Escribe! —insistía Walker—. Lo que por ignorancia llaman “filibusterismo” no es el producto de una pasión impaciente o de un deseo inmoderado; es el fruto de los instintos seguros e infalibles que obran de acuerdo con leyes antiguas como la Creación.

—Pero Presidente...

—Es una orden. ¡Escribe! Con que seamos fieles a nosotros mismos, aún es tiempo de que todo termine bien.

Tucker observó la bala entre su memoria, entre los escritos, las palabras, los discursos. Vio que el general Álvarez alistaba la pistola y pensó en el ser fieles a nosotros mismos. El oficial hondureño lo era. Violaba las normas de un pelotón de fusilamiento siendo fiel así mismo. No tuvo tiempo de escribir su propia muerte, pero al menos sabía que quedaría en la memoria maltrecha de sus escritos. La bala, casi en el momento de bordear el corazón le recordó la infancia, la voz de la madre y aquel “son travesuras de niños”. Tal vez no me dediqué a la pintura, pero alcancé a mirar el mundo en imágenes, exploré la poesía y la música. Me enamoré, dijo Tucker. ¡El amor es mudo! Replicó Walker. Pero fui feliz, reaccionó. La bala entró en el pecho produciendo el ardor más profundo de su vida, pero no tocó el corazón.

Entrada la noche, los soldados desembarcaron hasta aproximarse al fuerte. La silueta de la muralla se erigía como una montaña oscura e infranqueable. Walker observó el panorama de batalla.

—Seis voluntarios —pidió.

Los recibieron a bala. A pesar de haber creído que se habían escabullido de los ingleses y hondureños, los habían seguido. No sólo no podían continuar. También era tarde para dar marcha atrás. Intentaron dos veces más y en ambas ocasiones fueron rechazados. La noche se dividió con el alba. La montaña infranqueable mostró la altura de los muros de granito. Sobre los corredores de la fortaleza, a dos metros y medio de altura, Walker observó los cañones y soldados que apuntaban hacia el centenar de filibusteros que fueron quedando al descubierto a medida que la luz del sol despuntaba. Como si el día hubiera traído el último destello de vivacidad y audacia, distribuyó con rapidez a sus hombres, dividió los frentes de ataque e hizo escalar parte de los muros. Logró su última victoria. Dobs había insistido que nunca había una última victoria. Si haces la guerra, la guerra se vuelve continua, dijo. Los ingleses sitiaron Trujillo y su fortaleza. El Presidente William Walker, terminó huyendo. Después de sus últimas escaramuzas, se rindió a la marina de la madre patria. Sólo espero que me entreguen a las autoridades americanas, dijo, en cubierta del navío británico. Los ingleses lo dejaron en manos de las autoridades hondureñas. El tribunal militar dirigido por el general Álvarez lo juzgó y condenó a muerte.

El hombre se abandona así mismo.

El proyectil pasó por el borde de sus palpitaciones, como si quisiera dejar en esos últimos suspiros los recuerdos del poeta y escritor que alguna vez vivió en él. Pero Tucker ya se había ido hacía mucho tiempo. Se había perdido entre la magnitud de los deseos y las iluminaciones. Las cuerdas de la lira fueron rompiéndose y la música se hizo sorda, pesada. Quedó una última bala.

Un silbido en el aire. Una nota silenciosa.

Manuel José Rincón Domínguez
El Paso, Texas - Marzo 22 de 2010

Bibliografía

- Baricco, Alessandro. Seda. Bogotá: Norma, 1997
- Beck, John. Medicine in the American Colonies. Albuquerque: Horn & Wallace, 1966.
- Bierce, Ambrose. Tales of Soldiers and Civilians and Other Stories. New York: Penguin Books, 2000.
- Brenkman, John Brenkman. "On Voice." Essentials of the Theory of Fiction. Ed. Michael J. Hofman and Patrick D. Murphy. Durham: Duke University Press, 2005. 411-441.
- Bolaños-Geyer, Alejandro. William Walker, the gray-eyed man of destiny. St. Charles, Missouri: Privately Printed, 1991.
- Carr, Albert. The World and William Walker. New York: Harper & Row, 1963.
- Dando-Collins, Stephen. Tycoon's war: how Cornelius Vanderbilt invaded a country to overthrow America's most famous military adventurer. Philadelphia: Da Capo Press, 2008.
- Dick, Philip. The Man in the High Castle. New York: Vintage books, 1992.
- Frank, Joseph. "Spatial Form in Modern Literature." Essentials of the Theory of Fiction. Ed. Michael J. Hofman and Patrick D. Murphy. Durham: Duke University Press, 2005. 61-73.
- Genette, Gérard. Nuevo discurso del relato. Madrid: Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.
- Green, Brian. The Fabric of the Cosmos. New York: Vintage books, 2005.
- Hitler, Adolph. Mein kampf. Boston: Houghton Mifflin Company, 1971
- Homberger, Eric. The Historical Atlas of New York City. New York: Henry Holt, 2005.
- Houston, Robert. The Nation Thief. New York: Pantheon Books, 1984.
- I Ching: El libro de las mutaciones. Barcelona: Edhasa, 2006.
- Jamison, James Carson. Con Walker en Nicaragua. Masaya: Editorial y litografía San José, 1977.
- Lodge, David. El arte de la ficción. Barcelona: Península, 1998.

Mamet, David. Una profesión de putas. Madrid: Debate, 2000.

Ondaatje, Michael. The English Patient. New York: Vintage International, 1993.

Ondaatje, Michael. Coming Through Slaughter. New York: Vintage International, 1996.

Ramírez, Sergio. El alba de oro, la historia viva de Nicaragua. México: Siglo veintiuno editores, 1983.

Reich, Jerome. Colonial America. New Jersey: Prentice Hall, 2001.

Sagrada Biblia: La Biblia de estudio. Sociedades bíblicas unidas: Bogotá, 1994.

Scroggs, William. Filibuster and Financiers. New York: The Macmillan Company, 1916.

Serrano, Enrique. Tamerlán. Bogotá: Editorial Planeta-Seix Barral, 2003.

Shakespeare, William. Obras completas. Madrid : Aguilar, 1951

Tocqueville, Alexis de. De la Démocratie en Amérique. Paris : GF-Flammarion, 1981.

Tzu, Sun. The Art of War. New York: Oxford University Press, 1963.

Vargas Llosa, Mario. Conversación en la Catedral. Bogotá: Ariel, 1998.

Vargas Llosa, Mario. Cartas a un joven novelista. Bogotá: Ariel, 1998.

Vargas Llosa, Mario. La verdad de las mentiras. Madrid: Punto de Lectura, S.L. 2007.

Walker, William. La guerra de Nicaragua. San José: Imprenta María v, de Lines, 1924.

Zwieg, Stefan. Américo Vespucio. Barcelona: Ediciones Lara, 1946.

Zwieg, Stefan. Momentos estelares de la humanidad: Catorce miniaturas históricas. Barcelona: El Acantilado, 2002.

Curriculum Vita

Manuel José Rincón Domínguez: Colombian writer and journalist, born in Bogota, 1963. Graduated Social Communications at the Javeriana University and postgraduate studies both in Political Sciences-International Relations and Literature at the Catholic University of Lovaina-la-Neuve in Belgium.

He worked from the European Union headquarters (Brussels, Belgium) as resident correspondent for the major Colombian daily newspaper, *El Espectador* (1987-1990 and 1993-1995) and collaborator for the Spanish magazines *Tiempo* (Madrid) and *Avui* (Barcelona), and for various Colombian reviews and magazines. As of 1999, he also published his articles in the Mexican cultural magazine *Arena* of the daily newspaper *El Excelsior*.

As writer, during the period 1999-2000 he took part in the literary workshop *Taller de Escritores de la Universidad Central* (TEUC) with writers Jorge Franco, Isaías Peña Gutierrez, and Oscar Godoy. In 2006, with the novelist Nahum Montt, he did a creative writing workshop "The City of Bogota "(Ciudad de Bogotá).

For his literary work, Manuel Rincón won the 2006 Bogotá National Contest for the Book of stories (recently published in Bogotá). He was also the finalist of the two Colombian short story contests: of the XIII Short Story National Contest (Barrancabermeja - 1999) and of the XIV Short Story Contest "Municipio de Samaná" (2005).

Currently, he is doing an MA in Creative Writing under the scholarship of The University of Texas at El Paso (UTEP), USA.

Permanent Address: Calle 81 # 10 – 16 Apt. 204

Bogotá, Colombia.

Mail address: mjrincon@yahoo.com